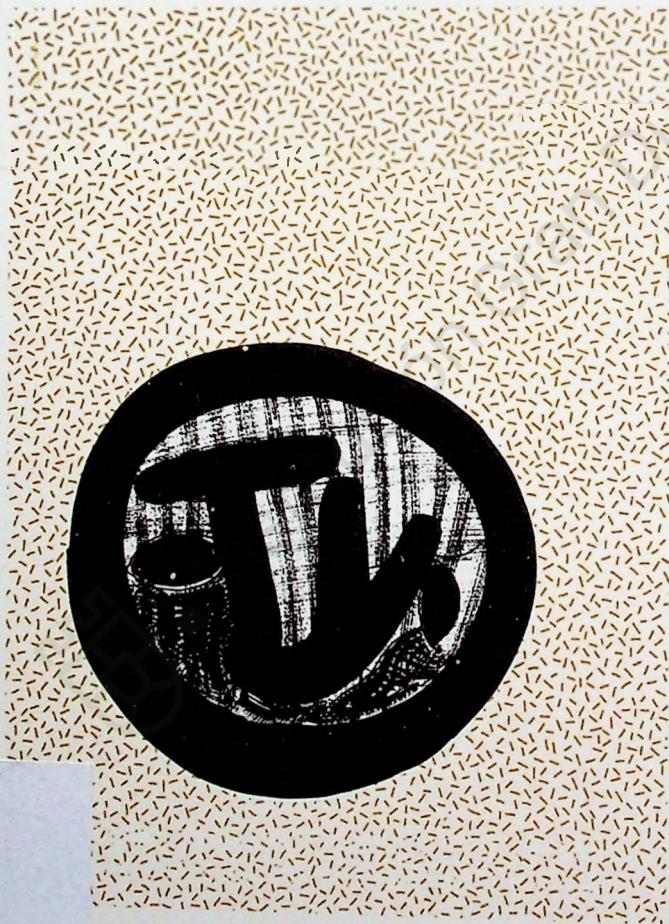


J. H. Martín de Ximeno

Cura de Rasueros

**MEDITACIONES
DE UN CURA
DE ALDEA**



COLECCION TELAR DE YEPES

Hay libros, llenos de estimable información, que son el fruto de muchos días de investigación en archivos y bibliotecas. Hay otros, engendrados al calor de la experiencia, plenos de sabiduría. Este, querido lector, que tienes entre las manos, es de los últimos. Encontrarás en sus páginas importantes saberes, sedimento reflexivo de lecturas muy serias y diversas. Pero hallarás, sobre todo, un «sapere», un saber y un saborrear la propia experiencia.

Para un creyente, la experiencia de Dios y la experiencia del hombre es la misma, única y fundamental. Y el autor nos muestra que una reflexión profunda sobre el ser del hombre no es posible si se deja de lado a Dios. Que el Dios cristiano, el Dios de Jesucristo es el que garantiza el desvelamiento del misterio del hombre. Todos los demás humanismos no son sino intentos incompletos, respuestas parciales a los grandes interrogantes que el misterio del hombre plantea.

Si los místicos nos dan la verdadera dimensión del hombre es porque enmarcan el misterio del HOMBRE en el misterio de DIOS. El Espíritu, la Iglesia, María, forman parte de esta visión coherente del hombre. La fuerza del Espíritu posibilita el descubrimiento del rostro del Padre tras el rostro humano de Jesús, y nos hace descubrir desde el interior el misterio de la Iglesia, matriz de la divinización del hombre. Y María con su «Sí» no es sino el principio de la divinización de lo humano. También los misterios de lo humano se desvelan y cobran sentido: sólo desde Cristo se comprende, por ejemplo, que el hombre no es un ser para la muerte.

Tenemos que agradecer al autor, «un cura de pueblo», como él se define con modestia no exenta de orgullo, que comparte con nosotros el fruto de estas meditaciones.

E. Garcinuño

CDU 242

Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

J. H. Martín de Ximeno
Cura de Rasueros

MEDITACIONES
DE UN CURA
DE ALDEA



Institución Gran Alba



Institución Gran Duque de Alba

I.S.B.N.: 84-86930-36-7

Depósito Legal: AV. 254-1990

Imprime: SERIMA (EN - Carlos Martín - Avila

Quisiera ser este librillo una humilde aportación al IV Centenario de la muerte de San Juan de la Cruz, que estamos ya preparando. Su pensamiento y su espíritu han alumbrado el camino de estas páginas. Quiera el Señor que no los haya yo empobrecido.

Más también quiero dejar constancia de mi gratitud a dos hombres para mí muy queridos y admirados: D. BALDOMERO JIMENEZ DUQUE, cuyo nombre es suficiente, y D. MANUEL LIZCANO, sociólogo, amigo entrañable. Quizá este libro contribuya a difundir alguna de sus intuiciones y de sus inquietudes que tantas veces comentamos en nuestras largas y añoradas conversaciones.

Para los tres mi inmensa gratitud.

El Cura de Rasueros

INDICE

	<u>Págs.</u>
El humanismo y la encarnación	13
¿Vivir desde el Espíritu?	51
En torno al misticismo	77
Sobre la «Oración del alma enamorada»	95
La oración del «Hombre libre»	119
<i>La oración de la Madre del Hombre-Dios</i>	145
El valor <i>Humano</i> de la muerte	169
Sobre el «hombre»: su dualidad y su esperanza	217

SALUDO

Os digo, sinceramente, que también los curas de aldea tenemos el peligroso vicio de pensar.

Hay horas inevitablemente vacías a lo largo de nuestros días de incomprendida o incomprensible soledad.

Se nos ha formado discretamente. Se ha hecho de nosotros, para las necesidades del ministerio, unos hombres con ciertos afanes de intelectualidad, empedernidos lectores, curiosos, asomados al balcón del correr de los tiempos y del decurso de la historia. No somos especialistas en Teología o en Sagrada Escritura o en... Para eso están las cátedras de las Universidades y de los Centros de investigación. Pero se ha hecho de nosotros un colectivo de «humanistas». (Ay, terrible palabra, que va a estar en el «bajo-fondo», en el «sub-strato» de estas meditaciones...!)

Y se nos ha abandonado en la soledad.

Había un tiempo en que esta soledad se compartía con otros solitarios, arrojados —de forma parecida— desde las aulas prominentes al «ocio» de la aldea.

Estaban el boticario y el médico; el maestro y el secretario; y algún que otro rico agricultor que no había acabado sus estudios de Derecho en la Facultad, por las necesidades del cultivo de sus fincas; y el señor veterinario...

Todos ellos formaban la élite del pueblo. Y lo eran, en verdad. Eran el núcleo del pensamiento. Eran la antorcha, tantas veces. Y mejor aún, si no pretendían ser «caciques».

Se reunían al caer la tarde, en la rebotica, o en la casa rectoral, o en algún pequeño aparte del casinillo o de la tasca del pueblo... Jugaban al tresillo, o al mús, o al más humilde tute...

Luego, acababa la partida, o entre las jugadas, salían los periódicos del día, el último libro leído, la política, o la religión, o, los nuevos inventos... Y la tertulia se había convertido en Academia de las Ciencias o en Liceo de la Ilustración Literaria o Artística... Era la comunicación de la inquietud «humanística» de los directivos natos de la pequeña comunidad aldeana, horra de pensamiento y ahíta de hambre y de injusticia.

No existe eso ya. Y no lo añoro. Quizá nadie lo añore. Ni lo desprecio por malo, que no lo era; ni lo deseo para esta hora nuestra, cuando ya no existe ni para nada nos valdría.

Solamente constato que —por inevitables transformaciones de los tiempos, que no voy a contemplar— se ha quedado *solo*, ya, el cura de la aldea, con su carga de pensamiento y de inquietudes; quizá también de zozobras y de dudas. Los demás se han «especificado». Contemplan a la «humanidad», pero se les ha escapado el «rostro» de ese hombre concreto, que arrastraba su historia y pedía un mañana.

Solamente constato que se ha roto ese grupo de directivos natos de la comunidad pequeña, casi autóctona, casi independiente, casi libre, casi autónoma, que se daba a sí misma sus leyes por sus viejas costumbres.

Os aseguro que no añoro nada de eso. Aunque habría mucho que pensar y decir sobre ello. Pero no es mi propósito, ahora. Sólo quiero afirmar un dato sociológico en la definición del «cura de aldea», tal como yo me siento ser, tal como compruebo que se sienten ser tantos hermanos míos.

Vivimos en *soledad*. Son lentes y perezosas las horas. Si no las llenamos de «espíritu», ¿qué haríamos con ellas?

En esta sociedad acelerada, dinámica, concurrente, agobiada... donde a casi todo el mundo se le oye quejarse de la falta de tiempo para todo, no deja de ser dulce privilegio esto otro, tan distinto, que vivimos —o podemos vivir— los curas de aldea: hay tiempo para pensar; para orar sin

prisas; para vivir, desde la contemplación, la dimensión de la vida como espectáculo. Me ha sido concedido el regalo de poder seguir con la mirada el rítmico aleteo de las águilas o el inquieto juego del perrillo: el contemplar la serena existencia de las cosas pequeñas, el ajetreo de los hombres, el esplendor del campo en el rotar del tiempo, y al sol dormirse —rojo— en su nido de ramas de los chopos del río...

Tengo tiempo para pensar en Dios y en los hombres. Justamente, lo mismo que le importaba a San Agustín: «Quiero saber de Dios y del Hombre. ¿Nada más? Nada más, en absoluto.»

Las páginas que os presento son el resultado de algunas de esas horas pasadas en la lectura, en la reflexión y en la plegaria.

Os las ofrezco para romper, por esta vía del silencio de lo escrito, la pesantez de la soledad. No son más que «meditaciones de un cura de aldea», sin ningún valor de especulación teológica o filosófica. No pretenden nada. ¿Qué podría decir yo que no esté ya mejor dicho por los sabios y entendidos?

Tienen, para mí, el pequeño encanto de ser el fruto de mi paz, y os lo ofrezco para compartirlo.

Tengo en casa un cubeto de roble con vino añejo. No tengo otras delicias que ofrecer. Pero, quien se llega a mi casa comparte conmigo un vaso de mi vino añejo y me le hace un elogio.

En el pobre cubeto de mi espíritu vengo añejando algún que otro pensamiento. Me sentiría muy feliz si alguien quisiera compartirlo conmigo. Y más aún, si a alguien le gustase o le sirviese de algún provecho.

Un saludo.

PRIMERA MEDITACION

EL HUMANISMO
Y LA ENCARNACION

I

Dejadme recurrir al capítulo primero de las Moradas de Santa Teresa. Es curioso comprobar cómo los temas del Humanismo han sido vistos y sentidos por los místicos con mucha mayor claridad y precisión que por los teóricos del tema.

Teresa quiere empezar su escrito «con algún fundamento». Y ya estamos en el principio de un «humanismo»; o quizá hemos alcanzado ya el final. El *Hombre* es el receptáculo de Dios. «No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma (de un *hombre*) y la gran capacidad.» Y ya estamos a vueltas con el *Hombre* en las intuiciones y experiencias de Teresa.

Habremos de volver muchas veces sobre el tema. El místico descubre, desde el principio, aquella vieja y total afirmación del Génesis de que el *Hombre* es *imagen* de Dios.

Descubrimiento en profundidad, claro está. No es decir la frase. Sino experimentarlo en sí mismo; y ver a todo hombre como reflejo de Dios, como un Dios que se está haciendo. La inmensa dignidad del Hombre, sus derechos, su absoluta «liberación», su logro total... no anda por el camino de las instituciones: está en su propio interior.

Así lo dijo Cristo: «El Reino de Dios está dentro de vosotros.».

«No es pequeña lástima —continúa Teresa— que no nos entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quiénes somos.» Que nos quedemos en lo «a fuera» de nosotros mismos. «Todo se nos va en la grosería del engaste.» Nos quedamos en los cuerpos. Y no advertimos quién está en nuestros adentros, aquello que somos en verdad. Aquello que expresa nuestro ser

y que se abre hacia el futuro como la única esperanza para todos cuantos piensan, para los hombres-en-verdad, para los libres....: ¡el *Hombre* es *Dios*! Es *Dios* por participación (Juan de la Cruz), pero es *Dios*.

Habremos de volver, repetidas veces, sobre esta experiencia, sobre este descubrimiento empírico del hontanar del *Hombre*. Los «experimentadores» de lo *absoluto* tienen muchas cosas que contarnos.

Pero mientras tanto, vamos un poco a bucear en aquello otro que la experiencia del hombre pedestre nos deja vislumbrar.

* * *

Para mí, ha sido siempre una pregunta sin respuesta:

¿QUE ES EL HUMANISMO?

Una filosofía, una forma cultural, una concepción de la vida de los hombres, una respuesta exacta sobre aquello en lo que consiste el *Hombre*... (Podríamos seguir «ad infinitum».)

Hay un recurso, el diccionario. Y a él vamos:

Tengo a mano el de María Moliner:

«*Humanismo*».—Conocimiento o cultivo de las Humanidades.

«*Humanidades*».—Conocimientos o estudios que enriquecen el espíritu, pero que no son de aplicación práctica inmediata; como las lenguas clásicas, la historia o la filosofía.

Y ahí nos deja María Moliner con una sensación de inutilidad total de todo lo que sea *Humanismo*. Como una especie de conocimientos teóricos, ultramundanos, lujo de los desocupados que pueden deleitarse entre las nubes de un saber sin objeto, sin determinación y sin aterrizaje. *Humanismo*: «el hombre que vive entre las nubes.»

Tengo aquí otro diccionario, el Hispánico Manual de Ediciones Horta. Y me dice:

«*Humanismo*»: Doctrina de los humanistas del Renacimiento que se

han ocupado del estudio de las lenguas y literaturas antiguas. // Fil. Culto de la humanidad. // Fil. Doctrina pragmatista contemporánea debida a Schiller, profesor de Oxford, según la cual todo conocimiento humano está subordinado a la naturaleza humana y a sus necesidades fundamentales, restaurando así, hasta cierto punto, el principio de Protagoras de que «el Hombre es la medida de todas las cosas».

Y, cuando buscas la palabra «*humanidad*», para aclararte, encuentras que *humanidad* significa género humano; o propensión a los halagos de la carne; o fragilidad o flaqueza propias del Hombre; o sensibilidad, compasión de las desgracias ajenas; y, familiarmente, corpulencia y gordura...

Y *humanista*, el que estudia *humanidades*.

Y, como podéis comprobar, nos ha aclarado un montón el concepto de *Humanismo*, de *humanidad* y de *humanista*.

Recurro a otro diccionario. Esta vez es la *Gran Enciclopedia del Mundo*, de Ediciones Durvan, de 1966. Y ahí leemos:

Humanismo: Cultivo y conocimiento de las letras humanas y propensión al estudio de lo humano. El Hombre es un agente, más que un ser pensante, dicen los humanistas; y nuestros conocimientos deben tener como principal objetivo el de resolver los problemas que atañen a la humanidad. Esta escuela, que se desarrolló durante el siglo XV, nació para oponerse a la filosofía escolástica, que hasta entonces había predominado. El Humanismo vino a ser una transmisión entre las doctrinas medievales y la manera de pensar más moderna del Renacimiento. Véase *Escolasticismo*, *Renacimiento*.

El Renacimiento, al apartarse de las ideas imperantes en la Edad Media, tratando de sustituirlas por una concepción más *humana* del mundo, resucitó la afición al estudio de las literaturas clásicas griega y romana, presentando la vida de aquellos pueblos como un tipo ideal de humanidad en sus aspectos literario, político y social. Aunque parecía que las doctrinas humanistas tenían tendencia al paganismo, no eran abiertamente anticristianas ni antipapales; no obstante, al extenderse por Alemania, contribuyeron notablemente a allanar el camino de la Reforma; más adelante, los protestantes se separaron de los humanistas y cada escuela emprendió

distinto camino. Boccaccio, Petrarca, Lorenzo Valla, Juan Luis Vives, Erasmo y Sir Thomas More han sido clasificados entre los grandes humanistas.

Pero cuando queremos aclarar algo más los conceptos y recurrimos, en el mismo diccionario a la palabra *humanidades*, leemos lo que sigue:

Humanidades: Conjunto de Estudios que arrojan luz sobre las características peculiares de la vida humana. Estos estudios constituyen la esencia de una educación liberal, dan a conocer la historia del progreso humano e impulsan al individuo a salir de los estrechos límites impuestos por el tiempo y el espacio para que alcance con su mirada más allá de estas limitaciones. Hoy día, el término designa en muchas universidades, en especial en los Estados Unidos, los cursos de literatura, idiomas, arte, filosofía, religión e historia. De esta suerte, las Humanidades se distinguen de las ciencias naturales y de las ciencias sociales.

Durante el Renacimiento, las Siete Artes Liberales integraban los estudios humanísticos que todavía se admiraban como el compendio de la educación humana. El latín, el griego, la historia antigua, la filosofía, la lógica, la ética y la literatura clásica gozan la consideración de ser los estudios adecuados para toda persona que no pretenda hacer de su educación un utilitario «modus vivendi». Las Humanidades, según opinión general, adiestran la inteligencia y disciplinan la voluntad, al mismo tiempo que inspiran el amor a la belleza, el respeto a sí mismo y a los demás y la apasionada aceptación de la verdad. De ese modo desarrollan ese espíritu humano que se considera característica de una persona cultivada. (Y el artículo lo firma R. H. Carpenter.)

¿Qué nos han aclarado, hasta ahora, los diccionarios? Todo sigue siendo confuso, impreciso. Mezclas de Renacimiento y Clasicismo; de filosofías más modernas... En el fondo, una preocupación por el *Hombre*, que está más acá y más allá de todos los «ismos» imaginables. Permanece intacta la cuestión fundamental: ¿qué es el *Hombre*? ¿A dónde va? ¿De dónde viene? ¿Se cierra en sí mismo o se abre a otra cosa que sea, de verdad, la *realidad* y el *ser*...? ¿Es, quizás, un algo mensurable, objeto de gabinete y de experimentación, o traspasa las barreras de lo inmediato

para abrirse a lo inesperado? ¿Es el *Hombre* un ser de aquí o de «más allá»? ¿Es la historia un mero transcurrir que se constata en datos, en hechos y en fechas, o es, más bien, la pura comprobación de que la *humanidad* es la saeta colocada en un arco tensado, que está apuntando al *infinito* y que sigue esperando la mano diestra que sepa, en el momento oportuno, soltar la tensión de la cuerda para que llegue —al fin— la flecha a su destino? ¿Es el *Hombre* algo hecho o por hacer?

Y, pienso yo, que aquí está la cuestión: ser, o no ser todavía.

El Hombre es un ensayo. Un ensayo de Dios.

Y, de esa inmensa tensión, arrancan todas sus tribulaciones.

Para esta hora de mi reflexión, yo esperaba en los teólogos. Ya sé, ya sé que es elemental. Que el «Diccionario de Teología» de L. Bouyer no es ninguna panacea de los conocimientos teológicos de esta nuestra modernidad teológica. Pero es un botón de muestra. Y en edición castellana de 1972, hecha por Herder en Barcelona, leemos lo que sigue:

Humanismo: Esta palabra no aparece hasta el siglo XIX para designar la obra de los humanistas, y pronto el estado de espíritu con ellos vinculado. Humanista sólo significaba, al principio, a los sabios que se ocupaban de las letras humanas, es decir, profanas, por oposición a los que estudiaban las letras divinas, la Sagrada Escritura. Pero ambos términos (el de humanista ya a partir del Renacimiento) fueron pronto usados para designar primero los métodos filológicos e históricos que permitieron renovar el estudio de las lenguas antiguas en general; después un estado de espíritu ligado al empleo de estos métodos, esencialmente crítico y positivo, es decir, aplicado a los hechos. El Humanismo llegará a ser incluso una concepción del hombre y del mundo caracterizada por su optimismo sobre las posibilidades de la naturaleza humana; y una reivindicación, para ésta, de su pleno y libre desenvolvimiento. En nuestros tiempos, entendido como búsqueda de un florecimiento total de la naturaleza humana, se contrapone no sólo a toda ascesis que parecería mutilarla o comprimirla, sino a toda afirmación de una cierta trascendencia que pretenda medir al Hombre por algo que le sobrepase. Es en este sentido en el que el «existencialismo» de Sartre se presenta como un humanismo,

del mismo modo que el marxismo se había ya presentado como el único humanismo, siguiendo a Feuerbach, que afirmaba que el Hombre sólo sería él mismo cuando hubiera superado definitivamente la idea de su dependencia de una divinidad.

Basta con alinear estas significaciones sucesivas dadas a la palabra *humanismo* para ver que ninguna respuesta simple puede darse a la cuestión. ¿Cuál debe ser la actitud cristiana frente al *Humanismo*? Si se trata de los métodos filológicos e históricos del Humanismo, la Iglesia no puede más que sacar partido positivo de ello, con tal de que se reconozcan las limitaciones de tales métodos. En cuanto al sentido del hombre, de su plenitud, del valor a los ojos de Dios de un pleno desarrollo de la naturaleza original, está claro que es susceptible de tomar un sentido plenamente cristiano, siempre que no se confunda con alguna forma de optimismo demasiado fácil que no vería ni la realidad actual de la caída ni la necesidad consecuente de ciertos renunciamientos con vistas a una restauración y a un perfeccionamiento. En cambio, si se toma el Humanismo en el sentido de una reivindicación que el Hombre presenta frente a Dios, es natural que sea inconciliable con el Cristianismo, aunque este humanismo anti-religioso nos ofrezca también una lección, es decir, nos haga preguntarnos si, de hecho, ciertas presentaciones insuficientes del Evangelio no han podido contribuir a mantener la falsa impresión de que mutilaría la naturaleza humana».

Hasta aquí, el articulito del Diccionario de la Teología de Bouyer.
¡Qué pobreza y cuántas inexactitudes!

Y así, he renunciado a los diccionarios «que no saben decirme lo que quiero».

* * *

II

Evidentemente, no es que yo pretenda tener en mi mano el secreto para solucionar de una vez los problemas que plantea el *Humanismo*. ¿Ha sido anti-cristiano el Humanismo? ¿Es el Humanismo una manera atea

de glorificación del Hombre? ¿El Cristianismo es un humanismo? —libros hay publicados que lo niegan desde el título: «El Cristianismo *no* es un humanismo.» La lista de preguntas sería tan prolífica como inútil.

Quisiera derivarme por un camino distinto.

Mi interrogación se vuelve hacia otra parte y da gloria contemplar cómo la misma luz se refracta, en el prisma, en toda la rica gama de las coloraciones.

¿Y qué pasa con la Encarnación? ¿Ha sido un acontecimiento *histórico* que sólo afecta a los que *creen* en él? El mensaje cristiano es de una categoría tal que desborda todas las categorías. Lo de San Pablo en Atenas es la voz que anda recorriendo todos los siglos; y la inercia humana es un terrible escándalo. «Os anuncio que *Dios se ha hecho Hombre en Jesús de Nazaret.*»

«Os anuncio que ya, por fin, *el Hombre es Dios*, que *Dios es el Hombre*, ese *hombre: Jesús*. Y que —en El, por El y con El— todos los hombres somos *raza de Dios, estirpe de Dios, hijos del Dios*, somos *ser en el ser y vida en la vida*.

El anuncio cristiano es la definitiva glorificación del *Hombre*; es el «manifiesto universal» de que la Divinidad reside en el *Hombre* y que no hay *otro Dios*, porque *Dios se ha hecho Hombre*.

Si esto no nos sobrecoje, no nos abisma, no nos descubre nuestro propio valor de infinitud... es que habremos dimitido de nuestro propio *ser humano*, para conformarnos —miserablemente— con nuestro otro plano infinitamente rebajado de la *bestia*.

Por eso pienso que todos tenemos la obligación de gritarnos en la plaza y en las calles, en el templo y en la alcoba, en el trabajo y el ocio, en la política y en los encuentros internacionales, en todas partes —con minúscula, porque todo eso es pequeño— que tenemos derecho a sentirnos felices, absolutamente felices, porque *Dios se ha hecho Hombre y el Hombre ha venido a ser Dios*.

Y aunque no hubiera seguridades para el agnóstico (seguramente con «pose» de sabio o de crítico), aunque no hubiera seguridades para el ateo (seguramente mal informado o negligente del problema central de su

existencia), aunque no hubiere llegado aún la noticia a muchas gentes (¡Oh incuria perezosa de una Iglesia que se complace tanto en morder su propia cola, en cultivar su parcelita mal que bien, más bien mal que bien...!), aunque no hubiera seguridades para el creyente «medio», comido y atolondrado por las apariencias de *este mundo* —que todos nos empeñamos en cultivar como si *este mundo* fuera *nuestro mundo*—, aunque no hubiera seguridades, sólo el beneficio de la duda tendría que ponernos la carne de gallina. La pregunta debería ser ya electrificante: ¿Será quizás posible que una vez haya habido un *hombre* honrado, cuerdo, cabal, justo, irreprochable... que nos haya anunciado, con palabra y con signos, que *él era Dios viviente en la figura humana total de Jesús de Nazaret*? Porque si eso ha sido posible, la *humanidad* es otra cosa que cuerpos vivientes, pensantes y mortales. La *humanidad* ha cobrado, por lo menos, posibilidades de *divinización*.

Lo dicho me anima ya a una afirmación, que se irá desglosando en formas distintas a lo largo de estas reflexiones:

El Cristianismo es el Humanismo. No un humanismo, como si pudiéramos ir fragmentando al *Hombre* en sus tendencias. *No hay otro humanismo que el de Cristo*, el que se deriva de *Cristo*, aquel único en que el *Hombre* encuentra su grandeza potencial, su destino de futuro abierto, no por ensoñación utópica, sino por encuentro real con lo *real*, por el descubrimiento veraz, incluso empírico —experimentable— de que *el Hombre es Dios por participación*.

III

Hace unos años, Estanislao Fumet pronunciaba una conferencia en Nôtre-Dame de París. Como hace Dios con tanta frecuencia, por caminos insospechados llegó a mis manos el texto de la misma. Y un poco y un mucho, en plena comunión con sus ideas, estoy escribiendo esta reflexión.

Ante tantos abandonos y tantas derivaciones y tantos falsos semblantes, la obra de Fumet ha sido una constante llamada a los valores que no

pasan, a aquellos valores sobre los cuales se basa la esperanza. «Espera a llegar hasta el lugar en que no puedas adorar más que a Dios.»

La presente reflexión se refiere íntegramente a la citada conferencia —que ignoro si fue publicada—. Porque, desde ella, se ha traslucido para mí un cierto orgullo de ser cristiano, una cierta serenidad en mi fe, y un cierto horror como institivo hacia todo lo que es tibio o falso o banal.

La fe, que se convierte en *fidelidad*. Ese empujón definitivo para encontrar la vida consagrada a una sola tarea y a un solo amor: a la búsqueda del *Hombre* en Dios, a la búsqueda de *Dios* en el *Hombre*.

Fumet ha escrito un libro cuyo título es: «Historia de Dios en mi vida»; lo cual vale tanto como decir: «Historia de mi vida en Dios.»

En las líneas de Fumet —que comentamos y repetimos— podremos encontrar la evocación de numerosas figuras que han formado como un cierto clima en la época que nos ha precedido: Claudel, los Maritain, Berdiaev, Bernanos, Malraux... y muchos otros, más o menos conocidos. Pero también la voz de otros hombres de ayer, sinceros buscadores del ser, de lo absoluto; y de la verdad del *Hombre*. Tales como Benito o Francisco o Teresa o Juan de la Cruz... Todos ellos nos interrogan sobre una única cuestión: el Cristianismo ¿es *un* humanismo? ¿Hay otro humanismo que aquel que se deriva de Cristo? En último término: ¿Es posible ser *Hombre* —*Hombre-en-verdad*— sin ser cristiano?

* * *

Conocemos a Dios. Algo sabemos de El. Su nombre y su presencia nos rebota desde lo más íntimo del alma hasta lo más exterior de nuestra experiencia. Pero no le conocemos más que con este pobre conocimiento que se da en el *Hombre*. «A Dios nunca nadie le ha visto.» Le conocemos con aquella reflexión del alma sobre el *ser* (quisiera aquí condensar toda la inmensa aportación zubiriana) que nos conduce a sentirle *necesario*, a «descubrirle» sin que le podamos medir y experimentando que sólo El es capaz de identificarse en propiedad, porque sólo El es «el que *es*».

La verdad es que ningún mortal, ninguna vida con límites, puede

enorgullecerse de ser *el ser*. Aunque el ser es común a todo lo que existe, sea material o inmaterial. Aunque sea común a todo aquello que se da en cualquier lapso de tiempo, a todo aquello que esté contenido en un espacio dado —por grande que se afirme o por pequeño que se suponga—.

Eso es lo maravilloso: todo lo que es, es; lo que no es, no es. Pero lo que comprueba la inteligencia es que, para ser, hace falta *el ser*, hace falta participar en *el ser*; que *el ser uno*, *el ser total*, *el ser subsistente*, es la condición de todo, que sin *un ser* sin comienzo ni fin no existe nada más que la nada. No se es si no se es el *ser*, *el ser supremo*, esto es: si no se es aquello que los creyentes llamamos *Dios*.

Bajo este aspecto conocemos a Dios, Dios nos es conocido. Y bajo este aspecto nos conoce Dios.

Toda la experiencia mística vétero-testamentaria, y especialmente la neo-testamentaria, y toda la abundante experiencia de Dios de los hombres más llenos (más plenamente humanos), transcurre por estos caminos. Y los ensayos de búsqueda del *Hombre*, en cualquier forma religiosa, nos van alumbrando en este sentido de la identidad del Hombre y Dios. Sin confusión. Pero sin separación. Lo que es, es. Y el *Hombre* es la única conciencia de ese *ser*. Todo lo demás que existe es un ensayo de *hombre*, una preparación del *Hombre* o un «pleroma» del *Hombre*.

No conocemos a Dios más que por la situación del *Hombre* en su relación con aquella primera *energía* que nos es infinitamente otra; y que, sin embargo, hace que nosotros seamos lo que somos (no, en cambio, lo que tenemos). Sólo Dios es *aquel que tiene*: su *divinidad*. Y lo que tiene es, precisamente, aquello que es: su naturaleza única, inevitablemente trascendente.

Lo que debería asombrarnos siempre, si no somos ciegos incurables, es que esta *alteridad absoluta* del ser que es el *ser*, la identidad de lo *uno*, encuentre en nuestra experiencia un doble eco.

Nuestra inteligencia, tan mal empleada cuando no la volvemos hacia el *principio* y el *fin* de toda existencia, contempla a todas las cosas que provocan su actividad, a todas las cosas que existen bajo nuestra expe-

riencia, como *documentos* innumerables que revelan la necesidad de un *todo-poderoso-anterior* a la existencia de todo lo que existe: «Los cielos proclaman la gloria del Señor.»

Y esa es la maravilla del *acto puro*, a quien ya vislumbró Aristóteles y a quien los pensadores modernos tienen tanta dificultad en descubrir.

He aquí el primer eco: hay *un Dios* que me es conocido, que se me hace conocido en todo cuanto existe. Dios es la flor y el tiempo. El viento que me azota; es el monte y el valle y la sonrisa del niño. Eres tú, que me miras, y a quien sufro o a quien amo. Dios es la estrella y el campo: Dios es la vida:

«Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios, nemorosos,
las islas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos;
la noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.»
«Nuestro lecho florido...»

(¿Hará falta la cita?: Estrofas 14 y 15
del Cántico Espiritual de Juan de la Cruz.)

El segundo eco nos deja una resonancia de otra clase. No es ya la transparencia de la inteligencia que encuentra su luz en las esencias que es capaz de comprender —de aprehender—; es algo así como la percepción sin sensaciones, como la directa aprehensión de alguna cosa que nos es familiar con una presencia inmaterial, como si nuestro *estar en la existencia* estuviese secretamente de acuerdo con aquella inmanencia del *absoluto*, y que esto no sucediera sino en aquel *Dios-sin-nombre*, que se esconde —latente— en todo aquello que se afirma, que pasa de la potencia al

acto, en todo lo que se afirma, que surge, que llega a ser, que se estremece en la existencia nueva (la maravilla del parto). Es la percepción de que nosotros somos lo que somos, en El. Presencia de inmensidad y presencia de inhabitación, que han enseñado los teólogos. ¿Cuál más deseable o más nuestra, humana? ¡Dios en nosotros, nosotros en Dios!

Dios no tiene nada de nosotros. El es el *absolutamente otro*. Pero, dicen los poetas a los que recuerda San Pablo en el Areópago, «somos de la raza de Dios». ¿Por qué será? Son los poetas los que tienen derecho a decir: «somos de la raza de Dios.» «Quien habla solo, espera hablar con Dios un día» (Machado). Quizá mereciera un estudio más serio para descubrir por qué caminos los poetas construyen su especial metafísica a-racional, pero certera. Los poetas extraen su raciocinio por caminos «que la razón no entiende»: es su intuición de una realidad invisible, tan cierta para el espíritu como la tangible realidad lo sea para el cuerpo: «creo en un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles e invisibles...» O como la Carta a los Hebreos: «De modo que, de las cosas invisibles se hicieron las visibles...» Un ciego de nacimiento, hombre intuitivo, Leon Bloy, ha podido escribir que «lo visible es la huella del paso de lo invisible».

Y éstas son dos maneras de conocer a Dios el Hombre. Una es el *pasmo de que algo exista*. De que ahí esté el sol, el agua y la estrella. De que un niño nazca. De que estalle un beso. De que el viento sople en la alameda. De que se coma el sol su propia sangre cada tarde.

Y el otro modo de conocer a Dios es mi misma mismidad. Que yo pueda clamar ante la vida. Que yo me sienta Dios, libre de todo, antes de todo y dueño. Que yo me sienta «poseído». Que yo sienta por mi interior la voz que grita lo infinito. Que yo me sienta, no un ser para la muerte, sino un ser que lleva vida y que se siente vida para siempre: que yo y lo eterno seamos uno: que yo sepa, por dentro, que soy «raza de Dios».

Dos modos de conocimiento de Dios. Y puede que haya muchos más. Aunque estos dos me parecen fundantes: Dios y las cosas; Dios y yo (o Dios y tú).

Dos modos de conocer a Dios el Hombre, un animal dotado de

inteligencia y de voluntad. Animal en su cuerpo, en su organismo físico, en sus medidas naturales, sometido al ritmo de las generaciones y de las corrupciones. Pero también *animal celeste* por sus propias facultades de *espíritu*. Y —para un hijo de Dios— esa conciencia oscura pero tenaz, de insoportable grandeza, de que existe un *todo-libre*, un *todo-poderoso* que está dispuesto a guiar nuestros pasos y a tratarte como a su hijo («pues que lo es»: San Juan) a condición de que ponga en El toda su confianza. Y así se establece entre ellos —Dios y el Hombre— esa relación afectiva, amorosa, enamorada... que han experimentado todos los santos y que las almas perezosas descuidan buscar. ¡Qué hermosa sería nuestra fe si quiéramos amar a aquello que realmente es *lo-más-amable...*!

Y al llegar aquí, hay que hacer —necesariamente— un paréntesis. Porque ¿está avalado esto que venimos diciendo por la experiencia? ¿Ha descubierto alguien a Dios por las cosas? ¿Escuchó alguien a Dios a través de la voz de las estrellas? Los truenos y relámpagos que descortezaban los cedros del Líbano ¿fueron para alguien la epifanía de la *total-presencia*?

Me atrevo a deciros que *sí*, mil veces ¡¡sí!! Para todo aquel que fue realmente *hombre*. Para todo aquel que situó su vida en la pregunta. Porque sólo se es hombre desde la incertidumbre, desde la inquieta búsqueda de «un poco más allá»; siempre, siempre... «un poco más allá».

Pero no es todo. Desde mis hondos entresijos estoy sintiendo esta voz que me reclama a Dios: soy de su raza. ¿Qué otra experiencia me avala mi propio sentimiento de divino?

Tomad a Cristo, hijo del *Hombre*. He aquí al *Hombre*; «Ecce Homo.» El se ha sentido Dios, se ha sabido Dios: «El Padre y Yo somos una misma cosa...» Y esa es toda la Historia del Nuevo Testamento y toda la Historia de la Iglesia; y toda la Historia *real* de la humanidad: *el Hombre es Dios*. Y sólo desde ahí se puede hablar del *Humanismo*.

IV

Pues bien, hablamos —desde aquí— un poco de «humanismo». Pero como «filósofos», como amantes del saber y de la verdad. No como simples devotos de las «humanidades» (de clasicismos, de artes, de lenguas antiguas, de mitologías...).

Creo que el *Hombre* no es hombre si carece de la preocupación de su destino, si no se pregunta por sus facultades específicas, aquellas que le diferencian de todos los otros animales. ¿Qué tendría que hacer ningún «humanismo» si no hubiese un *hombre* que respondiera a su vocación de *persona-libre*, abierta a lo universal y a lo eterno, si no tuviera bien en cuenta sus tendencias y sus necesidades de observar, de hacer comparaciones, de realizar fecundas aproximaciones a la verdad, de nutrir su espíritu y de pensar...?

¿Y no es esto lo que se hacía en otro tiempo? Se hacía en otro tiempo. Ingenuamente. Cuando se tenía un espíritu más libre, menos condicionado por la memoria, pletórica ahora de estudios y de almacenamientos en la mente de libros leídos y de autores diversos: tan diversos que no nos caben en ninguna biblioteca. (Acabo de leer, con una inmensa frescura ingenua, los «Diálogos» de Séneca. Si el Señor me concede tiempo para ello, no me gustaría morir sin hacer una comparación de Séneca con Juan de la Cruz.) ¿No os dais cuenta? Pensamos lo ya pensado. Decimos todos lo ya dicho. Nunca, quizás, fue tan abrumador como ahora el argumento de «autoridad». Nos referimos siempre a los «maestros» y se llenan —hasta el aburrimiento— de citas nuestros libros. Nuestra propia memoria, o nuestras fichas, ahogan en nosotros nuestra propia disponibilidad contemplativa, sin la cual somos cualquier cosa menos nosotros mismos. Nos referimos siempre a otros libros, a compilaciones de toda clase, a Códigos y a Concilios, a autores «aprobados»... para aceptar como cosa evidente, como consecuencias fatales, unas «alienaciones» que nos apartan de nuestra *interioridad*, que nos segregan de nosotros mismos, que tapan y ocultan nuestra *verdad*.

¿Acaso podrá haber *humanismo* sin atreverse a pensar que todo el

Universo tiene un *sentido*? ¿Que, también, cada uno de nosotros, tú y yo, que no somos —gracias a Dios— «autoridades», tenemos un *sentido* propio y una propia *razón* inalienable? En el contexto cósmico, todos y cada uno de nosotros somos imprescindibles por nuestra propia propensión inalienable a enriquecer la naturaleza por nuestras propias artes ingeniosas; por nuestra propia propensión a tomar posesión de lo creado para ser más aptos a afirmarnos en su seno y a hacer en ello una *obra creadora* y no meramente una *obra utilitaria* —lo cual ya sería bueno—; pero, sobre todo (¿no sería aún más bello?), hacer en todo lo creado *una obra gratuita*, para pura satisfacción interior, para crear por crear, por puro lujo, para dar testimonio de uno mismo. No hace falta que me empujen mucho para decirlo: *para ser testimonio de la Gloria de Dios*, de ese Dios tan lujoso, cuando crea sin más que por crear, inútilmente, gloriosamente —¿desesperadamente?—. Digámoslo, pues. Ansiamos ser testigos de la Gloria del Creador, a quien deseamos imperiosamente parafrasear; pero con nuestro acento, con nuestro tono, con la voz de nuestros tiempos y con nuestro gusto, que es una necesidad y una capacidad para el deleite. Imagen de Dios tan perfecta que sea, como el Creador, creadora.

He aquí al *Humanismo*. Así define sus contornos. Así puede diferenciarse de todo lo que anda hoy —y tantos otros tiempos— de moda y que se opone a la más preciosa de las libertades. (¿No sentís que, de «libertades», anda borracho, hoy, el hombre vivo?)

El *hombre* del *Humanismo* es el hombre *responsable*. No es el hombre que sigue la corriente, que acompaña su paso al ritmo del regimiento que desfila por las avenidas de la vida; no es el hombre que sentiría vergüenza de no hallarse al día de cualquier efemérides publicitaria o bibliográfica; incluso si esas efemérides pretendieran ser culturales, cuando no fueran sórdidas.

El *hombre* del *Humanismo* es aquel a quien quisiéramos tomar en su entera pureza para saber dónde comienza y dónde acaba. Porque ese hombre no ha conocido a Dios en balde. Conocer a Dios es un riesgo que se paga: «Es terrible caer en las manos del Dios vivo.»

Incluso si se le ha conocido para combatirle. Luchar con Dios es cosa

de los míticos Titanes y de los Prometeos. Luchar con Dios es cosa de Jacob, en la noche: «No te soltaré hasta que me digas tu nombre.» Pues combatir a Dios es plenamente justificable, si no se han entendido sus razones, «sus caminos». Y ¿quién puede conocer los caminos de Dios?: «Mis caminos no son vuestros caminos y no son mis pensamientos como son los vuestros.» Por eso existe el heroísmo de enfrentarse con Dios. Y por eso hay ateos profundamente «teologales» o «teo-loquios», los que sólo han sido capaces de conocerle bajo la forma de la «noche», de la «ausencia», del «silencio»... Y, otra vez, ¡saben tanto de esto los místicos!...

Y, sin embargo, el día en que alguna «forma» de humanismo quiso hacernos pasar del anti-teísmo al a-teísmo dejó de tener rostro humano y dejó de ser *Humanismo*. (Pienso, de pasada, que ahí pueda escondese la tragedia de esta hora nuestra: los dos *grandes* sectores, que se disputan la hegemonía del mundo, han dejado de tener *rostro humano*.)

Quizá lo estemos re-encontrando. Quizá se esté volviendo desde un a-teísmo (que se ha quedado desangelado por inviable) a un anti-teísmo más virulento que jamás. Porque, al menos, es hermoso luchar contra Dios.

Si el Hombre tiene, en su naturaleza, *miedos* del infinito, horror de su propio vacío, que le obliga a volver los ojos desde sus propios abismos para ponerlos sobre objetos externos que le retienen «fuera de sí» como con corchetes, su corazón no está tranquilo... San Agustín otra vez: «Mi corazón está intranquilo, hasta que repose en Ti.» «Espera alcanzar la hora en que no puedas adorar más que a Dios.»

* * *

Según algunas de las acepciones que hemos leído en los diccionarios, el hombre del Humanismo es físico o matemático, es un «animal-artista», o un obrero; no digamos un anarquista (quizá éste más que tantos); un soñador poeta, un re-creador, un investigador; un ser que ausculta su entorno y su interior; un inventor... Según esas acepciones, un humanista

es un hombre que se enfrenta a la Edad Media y la confina al tiempo del oscurantismo; que quiere prescindir de teo-logía para cambiarla por antropo-logía. Es un hombre que quiere conocer al *Hombre* hasta sus últimos límites; y, si es posible, es un ser que intenta meter su mano por los músculos y la configuración del Hombre hasta los últimos quicios de lo humano para hallarles una causa. Y, bajo este aspecto, se puede hablar de muchos «humanistas».

El horrible Marqués de Sade —a quien el blasfemo puede confundir con *divino* —es un «humanista», en su género. Pero también lo es San Agustín, en un sentido mucho más perfecto; y San Juan de la Cruz, en un sentido mucho más exigente.

Lo anti-humano es el tipo de humanidad *indiferente a su esencia*. Tal como, sagazmente, intenta distraerle de su esencia el capitalismo burgués. O tal como cualquier totalitarismo pretende dejarle dormir en la ignorancia de sí mismo. Porque el día en que el *Hombre*, cualquier *hombre*, todos los *hombres...* descubran quiénes son, *realmente*, ellos mismos, todo va a cambiar. He aquí la gran revolución que se vislumbra y a la que temen, con razón, todos esos llamados «poderes fácticos», que no son poderes de *hecho*, sino poderes de ficción, becerros de oro del desierto o ídolos de vientres llameantes que van consumiendo un exigido tributo de vida humana.

* * *

V

Será preciso recordar aquella frase de Nicolás Berdiaev: «Donde no hay Dios, no existe el Hombre.» Una frase que no por ser sencilla deja de ser decisiva. Berdiaev la escribía en la ocasión en que él preveía, en tiempos de Lenin, lo que iba a sucederle al comunismo ruso. Anunciaba entonces el final del Renacimiento, que es la hora del *Humanismo*, por definición; y él veía en nuestro tiempo, que comenzaba tras Nietzsche y

tras Marx, una *nueva edad media*. El ha sabido analizar el tremendo drama del *Humanismo* que se destruía a sí mismo separándose del elemento divino que le estructuró desde el principio.

El Humanismo del Renacimiento era, para Berdiaev, un producto cristiano; incluso en aquel impulso que le llevaba a acoger el paganismo helénico. Porque éste es de una belleza tan perfecta que constituye una alabanza al Creador. Los modelos griegos o romanos, que querían hacer revivir los artistas del Quattrocento, dejaban —con ellos— de ser antiguos: eran las figuras de un humanismo primaveral a quien la cultura burguesa —quizá con influencias de San Francisco y del Dante— intentaba apartar del ascetismo medieval. Todo ese humanismo tiene sus grandes pintores en Italia: Giotto y Massaccio, Pedro de la Francesca... que han dado al Misterio de la Encarnación y al realismo de la Teología de San Buenaventura y de Santo Tomás una nueva dimensión, en que la carne alcanza la luz, en que el cuerpo alcanza su inocencia primera, porque el Verbo se ha hecho carne nuestra, y este cuerpo nuestro es ya misterio de nuestra fe. Este optimismo se irá mezclando al orgullo casi ingenuo del descubrimiento de un mundo sin fronteras, un mundo que es nuestro propio cuerpo. No hay «carnalidad» en el Renacimiento, sino «Encarnación». Hay descubrimiento de la multiforme dimensión del *Hombre*, una de cuyas dimensiones es la perfección creadora de Dios, que ha hecho —con un poco de barro— la perfección apolínea y la suave belleza venusina.

Bajo el impulso de un entusiasmo humano, que incita a los espíritus a gozar de la razón y a la sensibilidad a gozar de la naturaleza, pronto se elegirá una Venus que será —en adelante— *la belleza*, y que podría ser, en su origen, la Afrodita celeste. Nada de sensualidad, ni de confusiones con la Virgen Madre. Esa es otra *mujer*. La Madre del Misterio. La otra es, sencillamente, *la belleza*; un puro «Ideal Platónico», una admiración ante la perfección, deseable y alcanzable, de todo ser *humano*, porque el Hombre es Dios-haciéndose.

Por estas puertas, abiertas de repente sobre el cosmos, se sale de las Iglesias, de los Templos; pero sin querer apartarse de la Madre Iglesia; se entona un cántico nuevo, donde se experimenta el delicioso acuerdo de

las antinomias, en que las alegorías hablan más de lo divino que de Dios. Se enlaza con Virgilio y con Platón; el hermetismo y la alquimia tienen sus adeptos, como un juego de chiquillos alegres y profundos que se andan preguntando por el poder que Dios quiera dar al *Hombre* para las cosas maravillosas. La ciencia cabalística de los judíos, portadora de secretos poco comunicables, se va a encontrar siendo cristiana, de un día para otro, con Marsilio Ficino o con Pico de la Mirandola. Este movimiento de libertad y de expansión, que —según Berdiaev— es el fruto de la experiencia que logra el *Hombre* de sus fuerzas creadoras liberadas, tiene miedo, desgraciadamente (en su propio interior) de su propia condenación: se parece demasiado al pecado original: «seréis como dioses.» El fruto del árbol del bien y del mal quizá no sea tan bueno de comer como es delicioso para invitar. Y el Hombre, contemplándose a sí mismo, se pregunta sobre la maldad de encontrarse desnudo: de conocerse —demasiado— a sí mismo.

Pero, ¡feliz culpa!, puede decirse el arte con San Agustín y con la Liturgia, si ella es necesaria para fundamentar lo que hemos llamado «testimonio de la Gloria del Creador». El Renacimiento, que es cristiano y lujurioso, que peca y mata sin remordimientos, no intenta negar a Dios: más bien quería encarnarle a ultranza. Miguel Angel y los Venecianos. Como un grito que es toda una esperanza y una fe: «Dios es Hombre, Dios es un *hombre*, Dios es *este hombre*. No lo sabíamos aún, pero resulta que *el Hombre es Dios*» y se llama «Jesús».

* * *

Después de la Reforma, que vacía al templo calvinista de toda alusión al encanto físico, la Contra-Reforma —por reacción— aumentará el lado triunfalista de la Iglesia, haciendo pasar al arte religioso el impulso barroco de todas las trompetas de la fama capaces de exaltar el esplendor del Catolicismo. Y, no obstante, Rubens, que se encarga de semejante oficio, nos convence, acerca del Misterio de la Encarnación, menos que el protestante Rembrandt, a través de su claro-oscuro.

Pero esta clase de apoteosis tendrá, por otra parte, un final o acabamiento, al menos para el arte. Después de Santa Teresa de Bernini, que traduce el éxtasis espiritual en un pasmo sobrenatural o ultra-natural (¿sensual o afrodisíaco, quizás?), no habrá ya más «viento vehemente» o tumulto del espíritu, en las figuras académicas, lavadas al agua de rosa, con que va a contentarse el triste lujo de las decoraciones religiosas. (Buen capítulo aparte merecería este humanismo cristiano en nuestro Renacimiento español, tan rico y tan característico: los milagros de El Greco o la humanidad definitiva del Cristo de Velázquez, o la carne hecha oración de Zurbarán, o la afirmación rotunda del músculo, de la carne palpable de Berruguete o de Hernández... de los incontables artistas españoles. Pero nos apartaría mucho de nuestro propósito, que no es precisamente hacer historia o filosofía del arte.)

Con los academicismos nos llegó una problemática des-humanación del arte. ¡Ay Purísimas de Murillo, imaginería levantina de Salcillo, o Sagrados Corazones que han invadido nuestros templos, hechos —al fin, para mayor vergüenza— de cartón piedra y de mentira...!

* * *

A propósito de Giotto, André Malraux ha sospechado aquello que la lección de Francisco de Asís haya podido darle al pintor: su *realismo* para imaginar: algo así como un trampolín para el ímpetu nuevo del arte plástico —una aproximación de lo divino a lo humano, una aproximación a lo más pobre, una aproximación al leproso, como recuerdo de los milagros de Cristo— por aquel nacimiento de la «tercera dimensión» que se introduce en la superficie del cuadro para mejor señalar el lugar que ocupa la *realidad*, el volumen, la carne, el hecho mismo de la Encarnación.

A este respecto, y en diferente medida, habría que anotar aquí otra entrañable experiencia, renacentista también —aun sin saberlo—: la expresión mística de Teresa de Jesús. ¡Qué descubrimiento de la *corporeidad* de Jesús, el *Hijo de Dios*! Cuántas batallas libradas en su propio espíritu y en aquel entorno lleno de suspicacias que no la comprendían, para

afirmar así, casi con furor paladino, algo que *es un dogma de fe* desde el comienzo mismo de la fe: ¡Dios en un hombre! Un hombre de bulto, de carne y de huesos, parido de mujer —como todos los hombres—. A quien han palpado nuestras manos y a quien han visto nuestros ojos; con quien hemos comido y bebido; con quien hemos charlado largo, al caer de la tarde, junto al lago. A cuyo parto acudieron unos pastores, por *comiseración humana*. A quien, luego de unos años de vida humana, vida de aventura y peligro, hemos visto morir sobre un madero con estertores y angustias grandiosamente humanas; cuyo cadáver hemos enterrado en una fosa nueva. Y corrimos la losa y sellamos la piedra... Luego, llegó lo demás: ¡Pero era un hombre!

Teresa se dejará matar por ello. Así le ha visto siempre y así le ha amado: *la santa humanidad*.

¿Existe otro *humanismo*?

VI

Y aquí hay que abrir otro paréntesis sobre la noción de *Encarnación*. Si no se tratara más que de la Encarnación de Dios, la Encarnación del Verbo que se ha hecho carne, esa Encarnación, a la que, casi en nuestros días, tan elocuentemente saludaba Carlos Peguy... no habría confusión. Sería exactamente lo mismo que significaba «Encarnación» para Francisco de Asís; lo mismo que intentaba decir Tomás de Aquino, el teólogo del «Corpus Christi».

En el «Descartes» de Peguy, Clío, la musa de la Historia, habla así de sí misma: «Yo, la Historia, en mi larga historia, no emprendo nada que no interese, como físicamente, a Jesús-Dios. No emprendo nada, temporalmente, que no se inserte como físicamente en el mismo Cuerpo de Dios. ¿Tengo aquí un amigo?: pues aquí hay un cristiano.»

El peligro comienza cuando se descubre tal *necesidad* de *Encarnación* que hasta se intenta hacer una «encarnación-vuelta-del-revés». Isaías cla-

maba: «Que el cielo nos llueva al Justo.» Es el cielo, y sólo él, quien nos salva. El Hombre, espíritu y carne, ha ido descubriendo, a través de toda clase de mitos poéticos, la necesidad de un cielo que se vuelva hacia nosotros y nos salve.

Pero la imaginación patina sobre el motivo y sobre el sentido de la Encarnación. Y esa encarnación no es ya la Encarnación de la Palabra de Dios, la En-carnación de la Idea de Dios (que ha sido y es una *realidad* para la fe). Si no existe la En-carnación, la *carnalidad*, la *corporeidad* de esa Idea Divina, de esa *Palabra* de Dios, que es Dios mismo en *persona*, no sería ella la que nos trajera *salvación* ni *Redención* alguna.

La imaginación fabuladora no es suficientemente hábil para remover o cambiar las ideas. Y tenemos bastantes motivos para sospechar y dudar de las *ideas humanas* que pretenden *encarnarse*. A esto he llamado «encarnación-vuelta-del-revés». Nada hay más peligroso para la paz del mundo que las *ideas humanas* cuando intentan «encarnarse». En la práctica, nada hay más atroz que la encarnación de las ideas. Porque las ideas humanas, como no son *Idea Divina*, *Palabra de Dios*, tienen siempre sus aristas afiladas y cortantes.

Las ideas humanas son siempre crueles, lo sepan o lo ignoren. Una de ellas, puede ser el hitlerismo, bajando por la escalera de servicio, desde las «ideas» de Federico Nietzsche. Y otra puede ser José Stalin «encarnando» las ideas de Carlos Marx, para obtener, con una lógica implacable, pronto o tarde, la condena a muerte de la *humanidad*, con el pretexto —en falsedad meridiana— de «deificarla». Ha sido preciso un Soljenytsin y su impávido realismo para desmontar el mecanismo de un horroso sistema —que no se tiene en pie más que a fuerza de mentiras ridículas y necesarias— para abrir los ojos de las multitudes. ¿Cómo será posible que, llevados de la mejor de las voluntades imaginables, al contacto con el escándalo de la *injusticia*, los «Teólogos de la Liberación» hayan podido ver en el «Análisis dialéctico materialista» de la historia una concomitancia con Cristo? La destrucción de lo humano no puede ser cristiano. No hay más «revolución» que aquella que nos hace ver al *Hombre* en Dios y a *Dios* en el *Hombre*. Toda «encarnación» en las «situaciones reales huma-

nas» deja de ser verdad cuando se arranca de abajo hacia arriba. Solamente «desde Arriba» nos llega la salvación y es generosa donación del que nos salva; es fruto de una *encarnación* sólo: no de «nuestra» encarnación. La caridad y el servicio, «el cumplir en nuestra carne lo que falta a la pasión de Jesucristo» y «el ser perseguidos por causa de la justicia» son realidades bien distintas de esas «encarnaciones» cuyo horizonte se cierra en la pura materia del «Hombre», en el aquende de su realidad.

En un sentido contrario, se dan también los «fetichismos», «los rigorismos», esa especie de «caza de brujas» que «encarnan» el absoluto de un dios fabricado a su imagen por verdaderos sectarios. (No es Dios imagen del Hombre. Dios no se nos puede parecer más que en tanto en cuanto nosotros nos parezcamos a El, que nos ha hecho a su imagen.) Se dan aquellos que se creen Hijos del Espíritu y que, sin embargo, asestan los más duros golpes a aquel Verbo de Dios a quien se pretende servir, mientras se tortura a sus miembros y se tortura su cuerpo y se ultraja hasta el infinito la divinidad humana. Las «ideas» encarnadas, en definitiva, son los fanatismos *religiosos*. Porque siempre hay un fanatismo que espía a una presa a quien torturar y desgarrar; un fanatismo que está dispuesto a hacer del otro el blanco de un resentimiento que se transforma, aún sin darse cuenta, en una acción de agresividad destructiva (¡cuánto que pensar sobre el odio entre las que se llaman «iglesias» o sobre las «congregaciones» que se atribuyen la «perfección cristiana» en desprecio a «los otros»!...).

No hay más fanatismos que los fanatismos religiosos. Cuando el partisano o el guerrillero se siente movido por una idea que intenta imponer a los demás, esa idea que quiere «*encarcarse*» toma la figura de un monstruo teológico. ¿Os imagináis todas las «guerras de religión» y todas las «guerras santas» y todas las «cruzadas» y todas las «inquisiciones» y todos los «movimientos de liberación»...? Cuando alguien, quienquiera que sea, habla de «violencia» o de «imposición» o de «intransigencia» ¿qué margen le deja al hombre para ser *Hombre*?

Así pues, hay dos encarnaciones posibles, la de Dios y la de una idea. La primera, dice San Juan que nosotros la hemos visto, la hemos tocado

con nuestras manos, es el Verbo de Dios y la Palabra de vida. Y nos ha ido recitando sus títulos: «Yo soy el camino», «Yo soy la verdad», «Yo soy la Resurrección y la Vida.» La segunda, bajo todas las formas que recuerda la historia, es el *monstruo*. San Juan la llama la *bestia*, en el Apocalipsis. Todo puede reducirse a estos dos «hechos» de encarnación: la Encarnación de Dios y la encarnación de una idea. Y no hay necesidad, para la segunda, de multiplicar los ejemplos: ya se encargan de ello, cuidadosamente, todos los dioses de la antigüedad. Pero todo el universo ha sido construido con este número dos. Y cuando Cristo nos habla de los *dos señores* a quienes puede *servir* el Hombre, es curioso que se atenga precisamente a estos dos, que nos bastan cuando intentamos discernir todo lo que hay detrás de ellos: *Dios* y *Mammón* (la riqueza, lo material).

Encarnación del Verbo de Dios y encarnación del verbo de los hombres. El famoso «humanismo» los ha confundido con frecuencia. Y es normal. Porque cuando el Hombre se encuentra en problema, o está *con* Dios o *contra* Dios; escasamente estará *sin* Dios, a pesar de las apariencias.

Si allí donde no hay Dios, no hay Hombre —y es bien posible que, entre los agnósticos, esta afirmación no sea juzgada como extravagante— los científicos más modernos, los físicos y los biólogos más avanzados... están llamados a meditarla igual que pudiera hacerse en el siglo XVI, aunque en un contexto bien diferente. Allí donde no hay un Dios «que se manifiesta claramente en su creación» (a la que, por naturaleza, El escapa inevitablemente), allí —en la ausencia de Dios—, no puede darse, verdaderamente, el *Hombre*. Y entonces, bien pudiera suceder que todos estos seudo-hombres (que con tanta razón se glorían de ser super-científicos y super-técnicos y super-sabios) se encontrasen con el disgusto de descubrirse desposeídos de su primera y fontal dignidad —la de ser *hombres*—. Y se encontrasen en la necesidad de recurrir a la Encarnación de Dios viviente, positivamente, científicamente, matemáticamente presente... bajo la forma de su ausencia universal —y habrían descubierto la juancruciana «noche del espíritu»—. No tendrían más que ir a buscarle donde El reside permanentemente. Quien quiera encontrar al escondido no tiene más que encontrar el escondite. ¡Oh sorpresa! Con la voz de todos los místicos:

«¡Lejos de mí te buscaba y estabas en mí mismo...!» «¿A dónde te escondiste, Amado...?» «¡Dios estaba aquí y yo no lo sabía...!»

VII

Verdaderamente, no puedo comprender cómo nadie, en serio, pueda sostener que el Cristianismo no es un humanismo; o que, si es algo más, no puede ser *Humanismo*. Dejadme afirmar, más bien, que el Cristianismo es *el Humanismo*, el único verdadero Humanismo. Y que antes de él, fuera de él, contra él (después de él, es imposible, porque con él se llega al límite), no es posible encontrar un humanismo si no es convirtiendo la palabra en vaciedad, arrancándola todo su sentido. (¿Habéis pensado alguna vez en la radical diferencia que existe entre »*Caridad*» y »*Filantropía*»?: la filantropía es la negación del »*amor*»; sólo es egoísmo: es la satisfacción de hacer bien para sentirse bueno; es una farisaica egolatría: »soy tan bueno que hago como si te amase...».)

Todo lo que hay de *humano* en la humanidad es cristiano. Si antes de él, como profecía o atisbo, como preparación. Cuando San Pablo habla de la »plenitud de los tiempos» no quiere decir otra cosa. Que toda la creación se oriente a Cristo, que es su principio y su fin, que toda la historia tenga un punto »*apex*» a donde converjan todos los siglos —de antes y de después— y que ese punto sea Cristo, es cosa de la que *no* duda ningún creyente, a quien le ha sido revelado lo que ha sido escondido »a los sabios y entendidos de este mundo». Por eso el »*ev-angelio*» es siempre el anuncio de un feliz hallazgo.

Cada vez que en la antigüedad, antes del Cristianismo, Dios toma una forma estética, es para hacer evolucionar un puro hieratismo o un símbolo abstracto hacia una humanización de lo divino. En este sentido, Amenofis IV, el padre de Tutankamon, es un humanista, cuando rompiendo con una tradición secular, exige de sus artistas que no le hagan más estatuas de los personajes destinados a entrar en la eternidad bajo formas fijas, convencionales, estereotipadas. Les manda que las hagan con una fisono-

mía más verdadera, que conserven los mismos rasgos que tuvieron sobre la tierra, aunque fuesen ingratos, desagradables o menos bellos: porque aquel fue el Hombre en verdad. Si no tuvo mucho éxito, no lo analizaremos. Pero, después de él, los figurines egipcios más humanos, más realistas, modelados por los humildes artesanos, se escapan de toda aquella rigidez solemne, clásica de los «aristócratas» egipcios, para volverse graciosamente hacia la vida.

En su estética, Bizancio sucede al Egipto de los Faraones. Y hasta Cimabue (siglo XII), maestro de Giotto, padre de la pintura italiana, último de los estilistas bizantinos, se ha conservado en Occidente ese carácter de ícono santo, que esconde bajo una máscara de impasibilidad la sorpresa de una posible sonrisa. Los Niños Jesús inauguran esa sonrisa de la pintura religiosa, aunque no sin trabajo, en los cuadros del Quattrocento. Un siglo antes, los góticos habían ya hecho sonreír, en la escultura, al famoso Angel de Reims. La escultura gótica experimenta un cierto adelanto humanístico (humanista) sobre la pintura.

Por lo que se refiere a la expresión o fisonomía dolorosa de Cristo y de María, que se van a humanizar cada vez más, encontraremos en Italia, luego en Flandes, todas las flagelaciones, las crucifixiones y las dolorosas de diversas escuelas. Y la imaginería policromada constituirá, desde Alemania hasta España (singularmente en España) una especie de teatro religioso, una catequesis plástica en que se enseña todo el misterio de Dios hecho Hombre, hecho el *varón de dolores*. El humanismo cristiano se vuelve cada vez más figurativo. Se enriquece con todos los recursos de la cultura. La invención de la imprenta, los relatos de viajes intercontinentales... ensanchan el campo de los conocimientos profanos. Por todas partes gana libertad el humanismo cristiano. Después de Erasmo y de Tomás Moro, todo el siglo XVI; en Francia con Montaigne. En todos los países de Europa. En España, con Vives, con Vitoria, Fray Luis de León, Teresa, Juan de la Cruz, Melchor Cano,... Toda lista dejaría el vacío de nombres estelares. Si todo ese *humanismo* no hubiese sido el resultado de una Teología realista, no hubiese tenido los rasgos que siempre se le han atribuido; y no hubiese tenido esa coloración evangélica que mantendrá

largo tiempo, a pesar de los asaltos —de frente o a traición— del ateísmo de aquellos a quienes se llamaba «espíritus fuertes» en el siglo pasado. Y la prueba está en que el «humanitarismo», tan desacralizante, tan secularizador, tan ausente de Dios... ha nacido de aquel humanismo cristiano, como brota la rama de un árbol. ¡Con cuánta frecuencia se han visto usadas ambas palabras como sinónimas! Notemos, de pasada, que se da un sentido propiamente moral a la palabra humanidad, cuando se ha hecho de ella una virtud: «Tú no eres humano» o «No tienes humanidad»... significa muy de cerca esto otro: «Tú no eres cristiano, no tienes corazón, no tienes caridad.»

La esencia cristiana del humanismo no se desmiente jamás en la práctica. Cualquiera otra manifestación cultural no-cristiana no constituye un humanismo. Todo lo más constituye una «aproximación» como profética, una añoranza ignorada; o —según los tiempos— un eco de la ancha difusión del cristianismo por el mundo.

La cultura y la religiosidad de la India, por ejemplo, no llega a ser un humanismo a pesar de su religiosidad tan alta y tan bella; a pesar de los elementos contemplativos que la animan; o incluso de aquella piedad del budismo, en la que Schopenhauer veía el único fundamento de la moral, opinión que le hacía poner al budismo por encima de cualquier otra filosofía de la vida. Lo que le falta a la India para organizarse como sociedad humanista es salir de su sueño metafísico para acoplarse a la medida del Hombre, tal como es con sus tendencias e inclinaciones contradictorias; tal como el Hombre es: rescatable en su humanidad profunda, algo que no se alcanza si no es a través de la realidad de Dios que se hace Hombre a fin de que el Hombre sea hecho Dios.

El hinduismo no ha sido un humanismo, como tampoco la sabiduría china. Sólo ha sido un *No-ser* sacralizado. Bajo este aspecto el budismo japonés se aparta de la India. Se ha propuesto conducir la naturaleza hacia el Hombre, asegurándole su simpatía: la Naturaleza es para el Hombre. El árbol se inclina hacia el Hombre, incluso si es preciso sostenerle con horquillas, para permitirle que os salute y para, que a su vez, vosotros podáis saludarle. En la forma de un ramillete de flores ofreciéndose a la

mirada como la prolongación de una mano deferente, en el «ikebana» de la delicada jovencita, hay un gesto concertado de ramaje, un signo de inteligencia. La habitación de madera y papel, tiene su jardín en miniatura; y, a falta de un lago, hay un pequeño estanque capaz de reflejar el cielo, en el que puedes asistir al baño de la luna en su viaje nocturno. Igual que en los jardines de un templo *Zen*, puedes ir contemplando como un resumen de las cosas creadas: unas piedras delicadamente dejadas acá o allá; unos caminos de arena rastrillada; arbustos verde oscuro y césped verde claro; un arroyuelo en el bosque, cruzado por un pequeño puente. El jardín japonés es la pintura del alma nipona: eso que tanto asombro causó a los «americanos» cuando, después de haberlo destruido brutalmente con la espantosa barbarie atómica, fueron a visitarlo. Estaba el alma de los templos y de las pagodas, con su fondo de montañas domesticadas, donde los árboles defienden, del mundo exterior, un espacio sagrado que invita al silencio y a la ascensión a una conciencia tranquila, a un corazón vacío... hacia el templo, que es testigo del cielo. Pero ¿Humanismo? Realmente, no. Con toda esa exquisitez, el Hombre permanece tan solo en esta orilla, cerrado en sí mismo, sin más horizonte que la muerte y la nada. Sólo se alcanza el *no-ser*.

Podrá oponerse —siempre se ha hecho— la sabiduría griega al éxtasis metafísico de la India y sus secuelas orientales. Se habrá pensado muchas veces que el Humanismo era la Grecia clásica y que su definitivo hallazgo ha sido encontrar al «Hombre como medida de todas las cosas». Antes del Cristianismo, es verdad, la sabiduría griega ha sido el modelo de la filosofía humana, desprendiéndose del caos politeista. Habrá que mirarla siempre como un triunfo comparable a ningún otro, en el que la razón conduce por sí misma a la contemplación de las leyes que la rigen y dirigen hacia la definitiva moral humana: la moral de Aristóteles. Y hay gran verdad en ello. La moral ha sido hecha para el Hombre, para el buen orden de la ciudad, de la *sociedad*. En ese aspecto, la filosofía griega es madre del Humanismo

Y, sin embargo, ella, la filosofía griega, que ha conocido todo aquello que la inteligencia puede saber de las facultades del Hombre, de su capa-

cidad de abstracción y de generalización que constituye la especificidad del espíritu humano y su nobleza; ella, que ha podido elevarse hasta la noción de un Dios motor inmóvil del Universo; y que es el Bien Supremo y a quien conviene adorar y rogar, ella tampoco, la filosofía griega —ni siquiera en su apogeo, en el siglo de Pericles, del Partenón y del Auriga— ella tampoco ha conocido la encarnación de aquel *logos* que fue capaz de concebir.

Ha ayudado más tarde al Cristianismo a situar a su Dios Encarnado en una expresión perdurable; y a proporcionar —para su expansión— el sostén de las estructuras intelectuales que su genio de la conceptualización le había permitido elaborar. J. Maritain afirma que Teilhard de Chardin se confundía cuando pensaba que «en el primer siglo de la Iglesia, el Cristianismo había hecho su entrada definitiva en el pensamiento humano identificando osadamente al Jesús del Evangelio con el Logos alejandrino». Lo que ha sucedido es todo lo contrario: «Los Padres apologetas no han identificado osadamente al Jesús del evangelio con el Logos alejandrino. Más osadamente todavía, ellos han identificado al Logos alejandrino con el Cristo Salvador del Evangelio. »Esto es extraordinariamente importante. Y ahí se ve por qué la Iglesia ha encontrado para su teología un orden de conceptos; ha encontrado la elaboración intelectual más apropiada a su objeto que haya podido existir.

* * *

Entonces, todo ese divino-humanismo de la Iglesia ¿acaso no es, eminentemente un humanismo? Tanto más cuanto que no solamente abraza a los primeros siglos de la Iglesia, con Orígenes, o Gregorio de Nisa, o San Antonio o Clemente de Alejandría, o San Jerónimo o San Agustín... o Dionisio Areopagita.

Esa forma cristiana de ser *Hombre*, esa *única* forma de poderlo ser, de poder-ser-Hombre, va pervadiendo todo el campo de la historia cristiana, hasta nuestros días y para todo el futuro que le espere a la humanidad. Es la *plenitud*. Para Cristo, ya; desde que El llegó. Para los hombres, en

el Misterio de su Cuerpo-Iglesia, en el proyecto siempre incompleto y siempre buscado de una «Ciudad de Dios» que ya está aquí y que todavía no ha llegado: en tensión de esperanza.

Por rebuscar algo, entre tantos nombres significativos, ahí están en el siglo VI un Fortunato; después, en el XI, Escoto, Erigena; en el X una Santa Hilegarda, un San Bernardo; en el XII, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Buenaventura (con todo el franciscanismo a cuestas); luego los Victorinos en el siglo XIII, luego Eckart, Suso y los místicos renanos, quienes prueban que el divino-humanismo domina y empapa y hace posibles a los humanismos secularizados. Y la mística española del siglo XVI, con Juan de la Cruz y Teresa de Jesús a la cabeza. ¿En qué es menos humanista (sino mucho más) el Pascal del siglo XVII que el Diderot del XVIII? Y en el tiempo de la Revolución francesa ¿hay algún escritor más elegantemente humanista que José de Maistre, a pesar de su apología del verdugo, sobre la cual él no se apoya más que con un cierto humor para combatir las ideas bajas (con b: vulgares, triviales, zafias...) de Voltaire?

Y si algunos hombres de genio no hubiesen penetrado en los dobles fondos del corazón humano, en aquellas «cámaras del eterno duelo —que dice Baudelaire— donde vibran los viejos estertores»; y no hubiesen creído descubrir un Dios encadenado —Jesús, «el más incontestable de los dioses»— bajo un amasijo de virtualidades ahogadas que no encuentran más salida que una toma de conciencia que el Dios encarnado propone en el silencio y a través del ejemplo de sus santos, si no fuera por ellos, quizás nosotros seríamos cristianos menos lógicos. Lo cual quiere decir que todos los espíritus atormentados, los que han vivido bajo la angustia y la duda, preguntándose continuamente por la razón del ser *hombres*, y han creído encontrar una respuesta más allá o más acá del *Dios-Hombre*, o se han disuelto en la duda —siempre hermosa— o se han encontrado con el Dios que es el Hombre, siquiera sea tras la liberación de la muerte, tantas veces llamada como solución.

Si Dostoevski no hubiese espiado el rostro de Dios en las tinieblas del corazón humano; si Peguy no hubiese retenido el grito del Gólgota

que se eleva desde el centro de la angustia humana asumida por un Dios que muere, nos habríamos quedado sin su propio grito, unido al del Salvador: «el clamor eterno que siempre resonará, eternamente siempre. El grito que nunca se extinguirá. En ninguna noche. En ninguna noche del tiempo y de la eternidad.»

Si Kafka no hubiese hecho aquel descubrimiento de que «el Mal está informado por el Bien, pero que el Bien no sabe nada del Mal»; si Kierkegaard hubiese dejado a los existencialistas ateos o antiteistas sin protestar por adelantado, en nombre de la búsqueda de la fe, una fe recomendada siempre, como el incesante oleaje del mar, ¿habría un humanismo tan anchamente desarrollado como éste que en nuestros días podemos contemplar? Un humanismo donde podemos comprender —sin glosas— la palabra de Jesús: «Buscad y encontrareis... Porque el que busca encuentra; al que llama se le abrirá; y el que pide recibirá una medida colmada y rebosante.»

Si Rimbaud no hubiese hecho caso alguno a un Dios que no le dejó en paz durante «Una temporada en el infierno», que no acabará para él más que con la muerte, ¿hubiese encontrado él la eternidad? Si Isidoro Ducasse hubiese podido pasarse sin Dios, ¿habríamos tenido la figura perfectamente malvada de su Maldoror, esa objetivación de la venganza de un corazón martirizado que se resuelve en el humor?

Si Chesterton, o su «Llamado Jueves», no se hubiese dado cuenta de que Dios se disfrazaba tanto de anarquista como de policía, su «pesadilla» del mundo invisible hubiera sido sin *Domingo*, de una tristeza insopportable.

Y así, quizá, si Nietzsche hubiera muerto tranquilamente, en un tranquilo lecho de cualquier viejo y razonable profesor de ateísmo, no habría inquietado tanto al alma humana como lo ha hecho su Zarathustra, haciendo que su risa precediera a la demencia de un adorador de la eternidad que ha oído que Dios ha muerto y lo ha hecho creer.

Si Carlos Marx no hubiese tenido en Rusia discípulos, como Berdiaev o el Padre Boulgakow, habría dejado sin válvula de escape al materialismo filosófico que ha dado a su comunismo el gobierno de una enorme parte

del mundo; y nosotros quizá no hubiéramos sabido que esa es la paga por la confiscación de nuestra alma.

Si Claudel hubiera permanecido siendo un ignorante de Dios, con su «alma salvaje» piafando de impaciencia sobre sí misma, si no hubiese sido sacudido en un instante de iluminación, en aquella catedral, por la realidad desgarradora de un Dios inocente y eternamente niño, que se muere de deseos de encarnarse por nosotros, él no hubiese escrito el «Tratado del Conocimiento», ni la «Partición del Mediodía», ni el «Zapato de raso».

Todo lo cual resalta el valor de una espiritualidad, el valor de una búsqueda heroica, de la que no podría deshacerse el Humanismo sin que significase una pérdida enorme.

Buena cuenta se han dado de ello los poetas humanistas. En Inglaterra, los mejores de ellos, al fin del siglo pasado, y no sin razón, se han vuelto hacia el catolicismo romano. Pongamos a Eliot como el tipo del poeta humanista. Lo es; y quizá con más fervor que Paul Valery. En España, Unamuno, que ocupa una posición bien humanista; y no está en paz con Dios, pero le busca apasionadamente. La cruz, transparentándose bajo su ropa, en el busto de Salamanca, es todo un acierto.

Los que no han tenido ninguna preocupación por Dios, los indiferentes —y este no es el caso de Tolstoi, ni de Tchekov, ni de Ibsen... y escasamente es el caso de un espíritu libre— han podido quizá llamarse o ser llamados humanistas; pero ¿qué puede haber más mezquino que el humanismo laico de Anatole France?

En nuestros días, los inmensos progresos que se han hecho en el conocimiento del universo físico, no pueden impedir para nosotros el Humanismo. Más bien se agiganta. Y encontramos en ello una razón suplementaria para encontrar un valor infinito a ese Misterio de la Encarnación. En su tiempo, Ernesto Hello se maravillaba de los beneficios del vapor y de la electricidad; y de la fotografía. Descubrimientos en que él veía un pretexto más para admirar con creces la gloria del Creador, que nos revela, poco a poco, analógicamente, ciertas facetas de su infinita unidad. Su propio género de progreso que él atribuía como José de

Maistre, a la llegada del Cristianismo, le inspiraban comentarios de una cualidad mística seductora. Llega a tener a esa conquista progresiva de las ciencias físicas en los tiempos modernos, por una consecuencia lógica de la Encarnación del Verbo. Esa introducción de la Divinidad en un cuerpo, esa efectiva realización de la esperanza de los antiguos que sus leyendas anticipadoras han dado bajo forma de «recuerdos», ese cumplimiento tangible de la promesa hecha a Adán —«dominarás la tierra»— a Abraham y a su descendencia secular, había permitido al hombre de los tiempos modernos penetrar audazmente en los más oscuros rincones de la materia, para dominarla y poseerla.

* * *

Para terminar, volvamos la mirada hacia el misticismo. ¿Haremos también entrar a la mística en los cuadros del *Humanismo*?

Naturalmente que sí. Y en un grado eminentísimo. ¿Cómo no sería la *Mística*, la cima de la cultura y la plenificación del Hombre? A condición de que se guarde un punto de encarnación con lo humano, y que ese punto sea «El Agape», la Caridad. Punto esencial, porque si no se da, no hay Mística, sino —acaso— mixtificación.

Han sido ellos, los auténticos místicos, los que han tenido la más hermosa de las experiencias humanas, la seguridad de sentirse «divinizados», los que han sabido bucear en las grandiosidades de la Gracia, los que han saboreado el Don de Dios que se deriva directamente de la presencia de Dios en la carne humana. Algo más iremos viendo de este tema a lo largo de estas reflexiones, porque —en el fondo— esto intentan ser: reflexión sobre la experiencia de Dios en el Hombre y sobre la experiencia del Hombre en Dios.

Muchos han pensado —¿por qué?— que la contemplación es algo ajeno al judaísmo y al Cristianismo en cuanto tal. Lo cual echaría a la contemplación fuera del área cristiana; y haría de todos los místicos cristianos, de la parte más sublime de la experiencia espiritual vivida por las almas santas —por los hombres más *hombres*— una cierta cosa pedida

a préstamo en casa de los árabes o a las puertas de los neo-platónicos. Tesis de la que uno se avergüenza, pero que acabaría por alcanzar al centro mismo del amor cristiano si no se está bien sobre aviso. A todos aquellos que quisieran hacernos creer que la sabiduría contemplativa no es la cima del Cristianismo y la más alta cumbre del Humanismo, habría que preguntarles qué significa —en Marcos y en Mateo— el episodio de la Transfiguración: el Hombre a quien Dios le *brilla* por dentro...

Y, por fin, ¿cómo no ver que todo el Evangelio de San Juan, desde su Prólogo, no habla más que de un solo y mismo asunto: la oposición de las tinieblas y de la luz, la oposición del *hombre* logrado y del *hombre* frustrado —no-Hombre—? La luz rechaza a las tinieblas. Y la Encarnación del Logos, de la Palabra de Dios, viene a despertar en el corazón del hombre interpelado su decisión de «dejarlo todo» por el Cristo-Hombre, que es Dios. La sabiduría contemplativa, que hace pasar al alma humana de aquello que es en sí misma a aquello que es Dios —¡que bien traduce esto el símbolo del carro de Elías!— no sería accesible al Humanismo si el Humanismo le negase al Hombre el hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Si el Hombre rechaza su origen divino, se puede asegurar que, poco a poco, perderá sus rasgos originales, o sea: su misma *originalidad* y volverá a las nieblas del inconsciente personal, bajo los aplausos de la selva (riesgo que anda por ahí, como inminente). No tendríamos ya ni *las palabras* del Humanismo, que estaban hechas para distinguir esto de aquello, ni las *cosas* que el hombre del Humanismo se esforzaba en *nombrar* (con el primer privilegio que le concedió el Creador: Adán iba poniendo nombre a las cosas...). Si la inteligencia renuncia a su destino, si la razón renuncia a su imperio, si el amor renuncia a su vocación que es unir a las personas, el *Hombre* —que estaba ya «de sobra» para Juan Pablo Sartre— se liquidaría en su propia contra-existencia: sería la hora de su auto-destrucción con la que amaga siempre el potencial atómico almacenado por los dos poderes encontrados de nuestro mundo.

Y esto, no es de desear.

* * *

NOTA: Esto, que antecede, había sido escrito bastante antes de 1985, fecha en que apareció (ya en 1986) un libro importante de Olegario González de Cardedal, Teólogo abulense y salmantino. Al cura de aldea le da una inmensa alegría el haber coincidido con ciertos planteamientos básicos del Teólogo. Especialmente, porque al Teólogo y al cura de aldea les unen lazos muy fuertes de sacerdocio, de paisanaje y de mutuo afecto. El cura añade que también de admiración para el Teólogo. Por tanto, remite al lector a otra lectura, seguramente más decisiva e importante: léase el libro de Olegario que se titula *La gloria del Hombre*.

SEGUNDA MEDITACION

**¿VIVIR DESDE
EL ESPIRITU?**





INSTITUCIÓN
GRAN DUQUE DE ALBA

El hilo que conduce nuestras reflexiones está en ir considerando al Hombre en conjunción con lo divino. O no es Hombre. Será cualquier otra cosa, pero no *Hombre*, si se suelta, ignora o «pasa» de su vida en Dios, desde Dios, para Dios...

Cristo es el acontecimiento fundamental de toda la Historia humana: Dios se ha venido con nosotros, «ha acampado entre los hombres», por pura gracia, para hacer de nosotros sus *hijos*, para dejar su divinidad en estos seres a los que había dotado de una chispa de inteligencia y de una capacidad volcánica de amor.

Pero la obra de Cristo —temporalmente limitada a un tiempo corto y a un espacio chiquito— le ha sido confiada al Espíritu Santo que El nos enviaría desde el Padre: «No os dejaré huérfanos» y «El os enseñará toda la verdad».

Desde la hora santa de Pentecostés, el Espíritu Santo está trabajando en la Iglesia y en el mundo. Sólo el Espíritu Santo nos revela de verdad y nos enseña a clamar —desde lo más hondo del alma— el grito que constituye al Hombre en *hombre*: ¡Padre! Y se lo gritamos a Dios.

Se trata del Espíritu Santo, Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Aquel a quien el Hijo, desde el Padre, ha confiado la obra de ir constituyendo al Pueblo de Dios en Iglesia, esto es, en Cuerpo de Cristo, en el *total-hijo-de-Dios*, a fin de que todo hombre de buena voluntad pueda quedar asumido en lo divino. Pero también de aquel Espíritu que es «dulce huésped del alma», Maestro interior de cada uno, soplo, voz y belleza, dedo de la derecha del Padre, que revela a cada uno

—actualizándola— la vida de *hijo de Dios* en la intimidad personal del corazón. Comunidad y personalidad individual quedan afirmadas, robustecidas, logradas... bajo la fuerza del Espíritu que nos ha sido dado.

El es el lazo de unidad, y el término y acabamiento del movimiento trinitario y de la vida íntima de Dios, aquella «pericoresis» o «circunminsesión» de que hablan los padres griegos; el instante sin tiempo en que se cierra el círculo infinito del Padre y el Hijo en el amor. Pero es también como el manantial en que brota la vida íntima de Dios fuera de Sí Mismo. La «relación» íntima de Dios en su Vida Trinitaria explota en «misión». Y la profundidad de Dios se convierte en fuente y en río impetuoso que anima a todo lo que existe. Por eso, toda vida espiritual, toda vida realmente *humana*, no puede ser más que una vida en el Espíritu, que es nuestra riqueza y nuestra verdad.

La vida del Espíritu no puede aparecer, para el Hombre, como una devoción secundaria, como «alienaciones» de monjas de clausura. Vivir en el Espíritu es como el corazón y la animación de toda vida humana, de toda vida cristiana, de toda vida eclesial. Es la misma *plenitud* del Hombre.

* * *

«Buscad en el Espíritu vuestra Plenitud» (Ef. 5,18): esa es, para cada cual de nosotros, los hombres, la invitación de San Pablo. No hay nada más inverosímil; y nada más realista. Siguiendo a San Pablo, a los Apóstoles y a nuestros Santos, vamos a ir considerando que la vida cristiana es una vida en el Espíritu, o —como San Pablo escribe a los Gálatas (5,24)— que «el Espíritu es nuestra vida». Penetremos, de mano del Espíritu, hasta el mismo corazón del Misterio de Dios, para descubrir allí nuestra plenitud (Ef. 3,19): «Llenándonos de la plenitud total, que es Dios.»

Os invito, pues, a que vayamos considerando —con una cierta calma— estos cuatro puntos:

I. Que el Espíritu Santo nos hace reconocer el rostro de Cristo y —en El— el rostro de su Padre.

II. Que el Espíritu Santo nos hace descubrir, desde el interior, el Misterio de la Iglesia.

III. Que el Espíritu Santo nos hace vivir y comprender la *locura* de la Cruz, en la dulce espera de la venida del Señor.

IV. Que, gracias a la vida en el Espíritu, los carismas, la gracia divinizadora y el ministerio apostólico se implican y se condicionan, en una subordinación a la caridad, para una vida en las bienaventuranzas.

I

EL ESPIRITU NOS HACE RECONOCER EL ROSTRO DE CRISTO; Y, EN EL, EL ROSTRO DE SU PADRE

San Pablo nos dice: «El Evangelio no os ha sido sólo anunciado en palabras, sino con poder, en Espíritu Santo, en plena seguridad... Y vosotros habéis venido a ser imitadores nuestros y del Señor, acogiendo la Palabra, en medio de las pruebas, con la alegría del Espíritu Santo» (I Tes. 1,5-6).

Dos experiencias se responden mutuamente:

a) La experiencia del Apóstol, en primer lugar. El poder de afirmación, la plenitud de convicción, que penetran el anuncio evangélico de Pablo, la constancia, los prodigios y los milagros que la sostienen (2 Cor. 12,12), brotan del Espíritu Santo, para establecer sólidamente en los fieles el Testimonio de Cristo (I Cor. 1,16).

b) Despues, la experiencia de los fieles. Ellos acogen la Palabra de Dios y la viven en las pruebas y en la alegría del Espíritu.

Imitan así a Pablo y a Cristo en su vida. El Espíritu autentifica la palabra del Apóstol, la confirma entre los fieles. «Nuestra carta (de recomendación) sois vosotros, una carta escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. En efecto, vosotros sois abiertamente una carta de Cristo redactada por nuestros cuidados, escrita no con tinta,

sino con el Espíritu del Dios vivo; no sobre tablas de piedra, sino sobre tablas de carne, sobre vuestros corazones» (2 Cor. 3,2-3). Pablo está orgulloso de la gracia interior que ha transformado a los que le oían, y de la plenitud de los dones espirituales que él ha fundado. No hay otra prueba más visible de la autenticidad de su ministerio que la plenitud de los dones que brotan del corazón de los fieles, en los que obra el Espíritu Santo.

Esta experiencia eclesial del Espíritu —la experiencia de un Cuerpo con diversidad de dones (I Cor. 12,4-30; Rom. 12,6-7)— es para Pablo el testimonio de que la acción salvadora de Dios está trabajando en el mundo. Ella es un testimonio del Espíritu, que de gloria en gloria, configura al cristiano con Cristo, que es imagen del Dios vivo (2 Cor. 3,18). Es como la garantía de su ministerio apostólico y de su libertad: «Dios nos ha cualificado para ser ministros de una alianza nueva, no de la letra, sino del Espíritu» (2 Cor. 3,6).

Realmente, en el poder del Espíritu, el Apóstol anuncia la Palabra. Y en el mismo poder del Espíritu, el convertido acoge la Palabra; realmente, en el Espíritu se realizan la conversión y el desarrollo de la vida cristiana. El Apóstol describe ante los ojos de sus auditores los rasgos de Cristo en la Cruz (Gal. 3,2); y, bajo la acción del Espíritu, el Crucificado se revela como el Hijo de Dios, que ha amado a Dios y se entrega por El (cf. Gal. 2,21). Y así el cristiano reproduce el movimiento por el que el Señor se reveló a los Apóstoles.

En efecto, los Apóstoles han vivido con Cristo; le han reconocido como el Mesías; pero no han podido admitir que su destino pudiese ser el del Siervo Sufriente. Y esto es así, hasta el, punto de que el testimonio evangélico, los Evangelios mismos, no son otra cosa sino el testimonio de una incomprendión del Señor por parte de los discípulos, hasta el momento de su glorificación. Los Apóstoles no han comprendido a Jesús, hasta que Este resucitó de entre los muertos, hasta que vino sobre ellos el Espíritu Santo.

Los relatos de los Sinópticos o de Juan no intentan, de ninguna manera, disimular las radicales insuficiencias de su fe, de la fe de los

Apóstoles, al mismo tiempo en que —llevando con El una vida en común— eran los testigos oculares de los sucesos de la vida de Jesús; y eran los auditores privilegiados de su Palabra. Buscan disimularlo, tan poco, que los Evangelios son un testimonio brutal del desnivel de planos que no ha dejado de existir entre el Maestro y sus discípulos.

Realmente, Cristo viene de «otro mundo», viene de «junto al Padre»; e intenta desvelar un misterio, un secreto, que los discípulos no pueden comprender: el de su destino de Hijo, tendido totalmente hacia la Cruz y la Resurrección.

Unicamente «en el Espíritu», los Apóstoles han podido, por fin, comprender al Señor. Y después de muchos rodeos, San Juan nos explica cómo ellos han reconocido el Misterio de su Maestro.

Tomemos sólo un ejemplo, la entrada mesiánica de Cristo en Jerusalén trae a la memoria de San Juan la profecía de Zacarías (Za. 9,9): «N^o temas, hija de Sión: he aquí que viene tu Rey, montado sobre el hijo una asna» (Jn. 12,15). Pero en seguida rectifica: «Sus discípulos no comprendieron esto entonces, sino que, cuando Jesús hubo resucitado, . acordaron de que ésto había sido escrito de El, y que ésto le había sucedido» (Jn. 12,16).

¡Qué maravilloso resumen de los diferentes momentos de la inteligencia del Misterio de Cristo, por parte de los Apóstoles!

- Incomprensión de los Apóstoles.
- Glorificación de Jesús, que les comunica su Espíritu.
- «Recuerdo» de los Apóstoles.
- Comunicación a los hombres del Misterio conocido.

Bajo la moción del Espíritu, ellos vuelven a leer el contenido profético de la Escritura y lo relacionan con los hechos concretos de la vida de Jesús. El reconocimiento de la Persona de Cristo, en un proceso lógico, es así bien sencillo: el sentido de la Persona de Jesús y de su obra, se revela a los Apóstoles y —por ellos— a todos los discípulos, gracias al don del Espíritu Santo; y les permite esclarecer y aunar entre sí a la Escritura y a las Palabras y Gestos de Jesús. Como bien demuestra el relato de los Peregrinos de Emaús, este recuerdo transfigurado viene

dado en la «fracción del pan». Esta reenvía al memorial establecido por Jesús en la víspera de su muerte. En la Comunidad Cristiana, celebrando la Fracción del Pan (en un recuerdo vuelto hacia el futuro, hacia la escatología), gracias a la presencia del Espíritu, a su Poder y a su Fuerza, es posible reconocer, y es admitida como cierta, la Presencia de Jesús Resucitado.

La exégesis de (la comprensión de) la Escritura, es —de alguna forma— anterior a la Eucaristía: es como la Eucaristía de la inteligencia, que introduce a la Eucaristía del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Y gracias a esta Comunión en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, nosotros recibimos en plenitud al Espíritu Santo. Así, la vida del cristiano va de plenitud en plenitud.

Todo esto queda maravillosamente significado por el Don del Espíritu de Pentecostés: Cristo sube a los cielos para que, desde allí, el Padre envíe su Espíritu Santo a los discípulos para formar la Iglesia. Envía su Espíritu a su Cuerpo para constituirle en Cuerpo Espiritual, es decir, en un Cuerpo todo impregnado de su Espíritu Santo. Si Cristo ha venido a nuestra tierra, si nos ha integrado en su Cuerpo, es para que nosotros pudiéramos, en el Espíritu, reconocer en El a su Padre; y clamar hacia El, en lo más profundo de nuestro corazón: ¡Abba, Padre, Padre querido!

Y así queda reducido el desnivel que existía entre Cristo —que está «junto al Padre»— y los discípulos, que están allí donde está El: junto al Padre, Hijos en el Hijo.

Para los discípulos, que están ya —en cierta medida—, gracias al Espíritu, «junto al Padre», todas las cosas se vuelven nuevas. Todo se ilumina a la claridad del Misterio Trinitario, revelado en el Hijo-del-Hombre que muere en la Cruz.

A la luz de la Palabra de Dios que, desde antes de la creación del mundo, antes de toda eternidad, se encontraba «junto al Padre», todo cobra sentido, desde el misterio del origen de las cosas hasta el final de todo. Pasado, Presente y Futuro se recapitulan en la unidad de conciencia del Siervo que nos abre, en el Espíritu, a la presencia del Padre.

Todo el Pasado de la Historia Santa, de la Ley, de los Profetas, los

sucesos de la Vida de Cristo... descubren el Hogar que les reune en la Unidad: el mundo, desde su origen, el hecho mismo de la creación, encuentran su plenitud de significación: la eterna complacencia del Amor del Padre. ¡Dios nos ha amado siempre, siempre...!

El Presente se encuentra incesantemente re-ligado a la Presencia Divina del Resucitado en su Iglesia. Bajo la luz del Espíritu, la existencia concreta de cada uno de los hombres está plenamente justificada en el amor del Padre. ¡Dios nos ha amado siempre...!

El futuro se abre, enteramente libre, ante los discípulos, están llamados a encontrarse, un día, allí donde está Cristo; y a contemplar a Dios en el cara a cara de la visión beatífica. Esperando esa hora dichosa, tienen por misión anunciar al mundo la salvación que viene. Y desde ahora, ¡la claridad de la consumación de todas las cosas en Dios ilumina al mundo! ¡Dios nos ha amado siempre! Y, sin el Espíritu, no habríamos reconocido nunca a Cristo, que nos descubre el rostro del Padre: «Tomás, quien me ve a mí ve al Padre.»

Resumamos. ¿A qué ha venido Cristo al mundo?

El primer asombro es el asombro de la Creación. ¿Por qué ha creado Dios algo fuera de Sí, si El es en Sí mismo completo, si es el Todo por ser el ser...?

Cristo ha venido al mundo para revelarnos el «Misterio escondido»: ¡Dios nos ama! ¡Nos ha querido! Ha querido que seamos. Y por ser, nos ha involucrado, nos ha incorporado al *ser que es*.

Y todo eso que Dios *es* nos aparece vivo, *humano...* en ese *hombre* que es Jesús.

Nos hubiera sido imposible reconocer en el *rostro humano* de Jesús el *rostro del Padre*, si no fuera por la Fuerza y la Luz del Espíritu que nos ha sido enviado de lo Alto, en una Pentecostés interminable, para cerrar el ciclo trinitario en la experiencia del pequeño misterio del *Hombre*. ¡Estamos envueltos en Dios! ¡Nos ha absorbido en su Misterio! ¡Somos Hijos de Dios, vamos al Padre y el Amor, el Espíritu, cierra el abrazo eterno que nos hunde para siempre en el seno del *ser*! ¡Ecce homo! ¡He aquí al *Hombre* «al que ama el Señor»!

**EL ESPIRITU SANTO NOS HACE DESCUBRIR,
DESDE EL INTERIOR,
EL MISTERIO DE LA IGLESIA**

Ser cristiano es descubrir con los Apóstoles, con Pedro, Juan y Pablo, que la Cruz de Cristo desvela el Ser Misterioso de la Iglesia. La Iglesia afecta e implica a los hombres, a *todos* los hombres, por la Palabra y por los Sacramentos, que son las arras de la realización del fin de los tiempos.

Primero, por la Predicación; luego, por el Bautismo, que hace que nosotros estemos muertos ya con Cristo y, con El, resucitados, comienza la edificación del Cuerpo de la Iglesia. Pero esta Revelación y esta Edificación no alcanzan toda su medida de plenitud anunciatriz del fin de los tiempos, más que en la Eucaristía. Porque en ella la Cruz de Cristo es presentada en su dinamismo unificante, suscitando el crecimiento de la Iglesia, hasta el momento en «Dios será todo en todos». La Cruz de Cristo hace surgir así a la Iglesia por el Evangelio. La realiza en el Bautismo y le da su profundidad en el Sacramento de la Eucaristía, esperando el cumplimiento del fin de los tiempos. La Cruz aparece como la verdad de los Sacramentos y como la clave de la interpretación de la Sagrada Escritura, cuyo sentido y significado nos revela. Ella aparece en una perspectiva gloriosa. En el brillo de la gloria que viene, ella es el instrumento de la recapitulación en Cristo y por Cristo, a la espera de la resurrección definitiva. Ella descubre en sí misma las realizaciones de los últimos tiempos: la efusión del Espíritu Santo, la incorporación al Cristo glorioso, hasta la realización final de todo el designio de Dios, Dios todo en todos (1 Cor. 15,25).

¡Qué alegría en nuestro corazón si nosotros vemos en la Iglesia el Misterio escondido en Dios, verdadero término de la creación! «Elegida antes de que fuesen echados los fundamentos del mundo», ella ha sido predestinada antes de los siglos para existir en todo tiempo. Creada la

primera, antes de todas las cosas, Ella —para quien el mundo ha sido hecho—, Ella «paloma perfecta», «la única casa»; Ella es el mundo entero, re-Creado para ser conducido a la *divinización* del Hombre, gracias a la comunicación del Espíritu. La Iglesia es celeste, no es otra cosa que el cielo, como dice San Juan Crisóstomo. La Iglesia es la Eva espiritual, llamada antes que el sol, prometida a los bien-preparados, anticipadamente, por el Señor. Ella es, en verdad, la *nueva creación* en el Espíritu: «Yo vi venir hacia mí a una Virgen, adornada como la esposa que sale de la cámara nupcial, toda vestida de blanco, la cabeza cubierta hasta la frente por una mitra. Tenía blancos los cabellos. Según mis visiones anteriores, yo la reconocí como la Iglesia»; así declara el Pastor de Hermas.

«El Señor se ha hecho carne para destruir la muerte y vivificar al Hombre», decía ya San Ireneo. «La Palabra de Dios se ha hecho Hombre a fin de que nosotros seamos divinizados», no cesa de repetir San Atanasio. La Iglesia es la vida deiforme comunicada en Cristo Jesús por el Espíritu Santo, la realidad de la comunión con Dios en Cristo, porque (como escribe San Gregorio de Nisa) «Dios se ha unido a nuestra naturaleza para que nuestra naturaleza, por su unión con Dios, llegara a ser divina, en cuanto salvada de la muerte y liberada de la esclavitud del enemigo; porque su resurrección de la muerte es, para la raza mortal, un comienzo de la resurrección a la vida inmortal».

Presencia del Misterio, la Iglesia es, en verdad, el fundamento —en el Espíritu Deificante— de la resurrección en la incorruptibilidad: Ella es «la raíz de la resurrección y de la salvación». Paraíso nuevo, la Iglesia aporta a la creación entera, el conformarse a la Imagen de Dios, a partir de ese horno de Divinización que es el Cuerpo Glorificado de Cristo. Así pues, la Iglesia es la matriz de la divinización del Hombre: Ella está ahí para transformar a los cristianos a imagen de Cristo, gracias al contacto con el Cristo Glorificado, realizado —sobre todo— por los misterios que ella celebra, en particular, por el Bautismo y la Eucaristía. La presencia del Cuerpo Glorificado del Señor hace de cada Sacramento una Teofanía, una presencia en el mundo del Dios vivo, que transforma a los hombres. La Iglesia, cargada del Pleroma de la Humanidad Deificada es, así, el

Sacramento en el que el Espíritu manifiesta en Persona el Misterio escondido en Dios antes de todos los siglos.

¿Por qué los cristianos viviremos, en conjunto, tan mal estas dimensiones del Espíritu? ¿Es tan fuerte el «espíritu del mal» y de la Carne, que puedan tanto obnubilar la mente y arrastrar el corazón de los hombres, de los «cristianos»?

Algo muy grande se nos ha ido escapando a los sucesores de los Apóstoles y a sus colaboradores en el Ministerio para que sea tan raquítica nuestra vida en el Espíritu.

El día —¿soñado?— en que el Hombre descubra su dignidad y su llamada, en que se decida a vivir «desde el Espíritu» la forma real del *hombre nuevo*, se habrá descubierto lo que es el *Humanismo*, esta capacidad de ser Dios traída a los hombres por Cristo con la fuerza de su Espíritu, derramado (derramado = perdido?) sobre su Iglesia.

III

EL ESPIRITU NOS HACE VIVIR Y COMPRENDER LA LOCURA DE LA CRUZ

Nosotros los cristianos, hemos sido transportados al Reino del Hijo Bien-Amado. (Col. 1,13; Col. 3,4; Ef. 2,6; Col. 2,12.) Nuestro nacimiento al Reino no implica, sin embargo, que haya para nosotros una desaparición de nuestra condición de temporalidad. Nuestra aclimatación al «más allá del tiempo», no impide el que permanezcamos en este mundo, hasta que —por la muerte— este mundo llega a su fin para nosotros. Liberados de un estado de servidumbre con respecto a «este mundo», en cuanto forma de existencia hostil a las realidades divinas del Reino, nosotros no estamos en el mundo, no somos del mundo, como Jesús «no es de este mundo»

(Jn. 17,14). Y, sin embargo, en el interior del tiempo, en el acá y en el ahora, en estricta fidelidad a la economía de la misión de Jesús entre los hombres, nosotros, los cristianos, debemos cumplir nuestra experiencia de comunión con la eternidad. ¡Ya estamos allí! Y por eso no somos de este mundo. Los pensamientos del mundo, su jerarquía de valores, los deseos y esperanzas de este mundo... no son, de ninguna forma, los nuestros. Entre «este mundo» y Cristo no hay posible entendimiento.

«Desde ahora, nosotros somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos» (I Jn. 3,2). Y, por eso, hay en nuestra vida una mezcla recíproca de fracaso y de gloria. «Cristo fue crucificado en su debilidad, pero vive por el poder de Dios» (2 Cor. 13,4). Y también nosotros somos débiles en El, bien seguro; pero viviremos con El por el poder de Dios. Este fracaso y esta gloria la evoca para nosotros una palabra de San Pablo en toda su verdad: «Ahora yo me alegro de los padecimientos sufridos por vosotros; y compenso, en plenitud, la pobreza de las angustias de Cristo, sufridas en mi carne por su Cuerpo, que es la Iglesia; porque yo he venido a ser siervo de ella por el don de la economía de Dios que me ha sido entregado, para cumplir en vosotros la Palabra de Dios, ese Misterio escondido desde los siglos y las generaciones y que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes de entre los gentiles quiso Dios dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este Misterio: Cristo en vosotros, El, esperanza de la gloria» (Col. 1,24-27).

El apostolado clava a San Pablo a la Cruz de Cristo y le hace gustar la pobreza y la angustia de ella. En la persecución, el Apóstol experimenta la ansiedad del Pobre por excelencia, Cristo, el Varón de dolores. Porque «en la desnudez, el hambre y la sed» (Rom. 8,35), él participa en el despojo y en el «sítio» del Gólgota. En su carne experimenta el Apóstol la debilidad de la Cruz; pero él sabe que en esa debilidad se manifiesta el poderío de Cristo Resucitado. A través de la pobreza y de las angustias apostólicas se transparenta la Gloria de Dios y la plenitud de la Palabra. La antinomia: «pobreza de las angustias de Cristo en mi carne» y «riqueza de la gloria del Misterio de Cristo entre las gentes», aparece así como una ley estructural de toda vida cristiana. La carne del cristiano, sufriendo la

pobreza angustiada del Calvario, es el «vaso de barro» (2 Cor. 4,7) en que reposa la fuerza del apostolado, luz y plenitud del Cristo Glorioso.

¡Qué prodigiosa invitación a vivir las Bienaventuranzas a través de eso que la Escritura llama «el fruto del Espíritu»: «caridad, paz, longanimitad, bondad, confianza en los otros, dulzura, dominio de sí...» (Gal. 5,22).

Porque, en efecto, lo que Dios quiere para *cada uno de nosotros* es que vivamos, realmente, las Bienaventuranzas; es decir, el misterio del loco amor de Dios, todo el misterio paradójico, deslumbrador, extraordinario... de Dios, que se introduce en nuestra vida para que nosotros vengamos a ser *semajantes a El*.

Por eso, nosotros, no podemos ser más comprendidos que Cristo: «el siervo no puede ser más que su amo.» Pero tendremos la alegría de ser testigos del amor de Dios, de las «epifanías» de ese amor: «Porque como es El, así somos nosotros en el mundo» (I Jn. 4,17).

Las Bienaventuranzas son el realismo mayor que pueda darse. Naturalmente, no con la lógica de «este mundo». Pero sí con la lógica de Dios, con la única lógica de *verdad*. No son una especie de *ideal*, un tanto vaporoso. Ni el sueño irrealizable de un soñador de utopías. No. Son la *vida divina* que se ampara y se refugia en lo más concreto de nuestras vidas: «Bienaventurados los pobres...» Con esta sola frase podrían resumirse las Bienaventuranzas: *dichosos los desdichados*. Las Bienaventuranzas son la dicha, en el corazón, de una situación existencial desdichada, de sufrimiento y de pecado. Nadie puede dar rodeos delante de esta inmensidad, de esta atrocidad del sufrimiento de los hombres. Y, sin embargo, el Señor nos dice que seamos felices. ¿Cómo será eso posible si no es en el Espíritu Santo? ¿Si no sucede en la paradoja de una vida dada, entregada, trastornada... por el Misterio de Dios; de una vida crucificada por el Misterio de Dios, para la salvación de nuestros hermanos?

Las Bienaventuranzas tienen siempre una forma de Cruz para que estalle la alegría. Acordaos de la palabra del Apóstol: «Habéis recibido la Palabra de Dios en la prueba y en la alegría del Espíritu Santo.» La *prueba* y la *alegría* van juntas. Y como nos dice San Pedro: «Alegraos en

la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su Gloria exultéis de gozo. Bienaventurados vosotros si, por el nombre de Cristo, sois ultrajados, por que el Espíritu de la Gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros» (I Pet. 4,13-14).

Comunicar en la Eucaristía ¿no es acaso ser introducido en el Misterio del Siervo del que nos habla toda la Escritura, ser introducido en la misma vida de Cristo para tomar parte en su misma suerte, ser sacrificado con El en beneficio de nuestros hermanos? ¿Qué significarán para tantos asistentes a la Misa «ritual» y «obligada» de los domingos las palabras de la consagración —venturosamente puestas ya en las lenguas vernáculas y perfectamente intellegibles—: «Tomad y comed todos de El, porque esto es mi Cuerpo que será *entregado por vosotros*»... «Por vosotros y *por todos los hombres*, para el perdón de los pecados»?

El Señor nos hace participar en su Eucaristía para que, como El, nosotros seamos triturados, deshechos... para la salvación del mundo. La vida cristiana, desde el Espíritu, es belleza y esplendor. Es una confesión de fe que implica a todo el ser, hasta lo más íntimo de sí mismo, que transfigura al ser desde sus más hondos repliegues, que le trasfigura desde lo interior, que libera todas sus posibilidades humanas y espirituales en la alegría de Dios.

Lo que el Señor nos pide es que encontremos a nuestros hermanos en la Luz, esto es, en su propia mirada, en la mirada del Padre asombrado que es capaz de entregar a su Hijo a la Muerte para que surja ese rostro nuevo y para que surja *nuevo*, un día, en la propia Gloria de Dios, *el rostro del hombre* divinizado.

Cada uno de nosotros tiene su propio rostro, su propio nombre. Cada uno de nosotros es contemplado por Dios, mirado por Dios, amado por Dios hasta lo infinito. Dios es el Amor y nosotros somos sus hijos, porque El nos ha amado hasta entregarnos a su *único* Hijo. Si esto no se nos hace asombroso y no nos llena de inmensa alegría en la *confianza* total, es que tenemos el corazón empedernido y que nos falta lo esencial de la fe.

Y, por consiguiente, hay que decir que, en el re-encuentro que hacemos

con cada uno de nuestros hermanos, debe ser este poder del amor de Dios el que triunfe: que veamos «al otro» como al amado de Dios, al hijo del Dueño. Hemos de aprender a amar con el poderío del Amor de Dios, del Espíritu de Dios. Amar con el corazón del Padre Celeste. Amar con esa locura de Cristo, que se entrega a la muerte por sus hermanos: «Por vosotros... para el perdón de los pecados...»

En la historia de la humanidad, el misterio de Cristo es un corazón de hombre que se ha expresado como el amor perfecto del Padre. Por primera vez, un corazón de hombre late con un amor perfecto hacia Dios y con un amor perfecto hacia los hombres; y nosotros hemos sido llamados a vivir esta realidad. Amar como ha amado Cristo: en el Espíritu Santo. Porque amar así no es posible si no es en y desde el Espíritu Divino. Recordad la horrible fórmula de Dostoiewsky: «Cuando pienso en la humanidad, en general, la amo. Pero cuando veo un rostro, lo detesto.» Pues bien, la «humanidad» es lo abstracto; pero para un cristiano no hay más rostro que los rostros concretos. Hay que encontrar a los hombres, pero en el Espíritu, en la ternura del Espíritu. Lo que caracteriza al cristiano es la ternura. Los primeros cristianos tenían una expresión maravillosa: «Cristianos = Xrestianos.» (Un juego de palabras con *Xrestós*, que significa «bueno».) (Cfr.. Tit. 3,4: «Cuando apareció el bueno, el Amor de Dios hacia los hombres...; o la frase de los apócrifos: «eamus ad suavitatem: vamos al que es la suavidad.») Cristiano, xrestiano; esto es: compuesto de bondad y suavidad. Cristiano, es decir, un hombre *amasado* de suavidad y de ternura, de la ternura del Espíritu, de la ternura de Aquel que se cierne sobre el légame y nos ama (Gen.) y ha ordenado a toda la creación para servicio y gozo del *Hombre*, a quien levanta desde el barro a Hijo.

¿Es esto posible? Sin duda, *sí*. Pero a condición de que creamos en el poder permanente del Espíritu. No tenemos más que suplicar como el ciego que imploraba su curación y el don de la vista: «Jesús, ten piedad de mí» (Lc. 18,38). Y la presencia de Cristo hará brillar en nosotros la luz y el esplendor. Se trata de que nuestros ojos se abran al misterio de nuestros hermanos, se trata de que nuestro corazón sea purificado de los

espíritus perversos. Es preciso que seamos liberados de la ocupación continua de las ideas, de la opresión de los pensamientos, de todo aquello que aploma nuestro corazón... para que, poco a poco, queden libres, en nosotros, las energías del Espíritu. Si fuéramos conscientes de lo que el Señor nos pide, pronto brillaría en nosotros la luz de Jesús y seríamos unos seres de bendición, capaces de decir como Cristo: «Gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla» (Mt. 11,25; Lc. 10,21); capaces de cantar con Pedro y con Pablo, contemplando el amor de que estamos envueltos: «Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo...» (Ef. 1,3; Pt. 1,3). La alegría, la paz, la bendición... habitan en nuestros corazones, como en el de Cristo: «Os digo todo esto para que *mi alegría* esté en vosotros y para que vuestra alegría sea perfecta» (Jn. 15,11). «Mi paz os doy» (Jn. 14,27).

He aquí una experiencia humana: «La vida es terrible. Al principio uno es una pequeña planta que crece, crece. ¡Qué maravilloso! Crece como por si misma. Luego vienen los golpes del viento y de las tempestades de arena. Y, entonces, uno se encoge, se abarquilla. Un buen día se manifiesta. Y lo que ha sucedido es que uno se ha convertido en un pequeño cactus, lleno de espinas... (y de resentimientos).»

El único medio que tenemos para evitar el convertirnos en un cactus —¡qué peligro para todos nosotros, especialmente para cuantos vivimos en soledad!— es vivir en la novedad del Espíritu, es andar en la maravillosa novedad de los Hijos de Dios. Una maravillosa libertad, un niño asombrado. ¿Has visto un niño ante el mundo? ¡Todo se vuelve maravilloso a sus ojos! Creo que el cristiano es —él también— un niño asombrado. Está en el mundo de Su Padre, en el mundo del Padre de los Cielos. ¡No puede convertirse en un pequeño cactus que pinche por todos sus contornos! Es imposible. Y comprendemos la frase de Jesús: «Si no sois como niños, os quedaréis fuera del Reino.»

Es preciso que seamos liberados por el esplendor del Espíritu. Es preciso que vengamos a ser *hombres libres*. Es preciso que seamos niños asombrados en el corazón de la miseria y del sufrimiento... en el corazón

de todo: porque creemos en el *invisible*. Y nos es dado creer en El, porque *ahí está el Espíritu*. Sólo El modelará nuestra vida sobre la vida de Cristo y aprenderemos a comprender nuestra muerte en la muerte de Cristo. Sólo El nos permitirá pasar tranquilos a través de las decepciones, de las miserias, de las debilidades, de las cobardías y de los pecados. El puede *triunfar* de todo, porque El es la *misericordia*. Es preciso que, como Cristo, seamos un *sí* ante el Misterio de Dios. Y entonces entraremos, por nuestra plenitud, en la plenitud de Dios.

Por eso debemos suplicar al Señor que nos haga penetrar en su propio Misterio, que nos haga conocer esa «sabiduría» de Dios en el *Misterio* de que habla San Pablo en la Primera Epístola a los Corintios: «Enseñamos una sabiduría *divina*, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria» (1 Cor. 2,7). Y se comprende que San Pablo pudiera exclamar: «Ruego para que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo y Padre de la Gloria os conceda el Espíritu de Sabiduría y de Revelación en el conocimiento de El, iluminando los ojos de vuestro corazón, para que entendáis cuál es la esperanza a la que os ha llamado, uáles las riquezas y la gloria de la herencia otorgada a los santos y cuál es la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, según la fuerza de su poderosa virtud que El ha desplegado en la Persona de Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el Cielo, por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación; y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. El ha sometido a todas las cosas, y le puso —sobre todas las cosas— como cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos» (Ef. 1,17-22).

¡Inverosímil descubrimiento! ¿Cómo perderemos los hombres nuestro escaso tiempo con cosas tan «menudas», tan insignificantes, tan pasaderas...? La voz de los místicos resuena aquí una y mil veces: «¡Oh hombres, nacidos para tanta grandeza...!»

Venimos y somos envueltos en el misterio de un designio de amor de Dios, que —como la Sabiduría— colma al mundo en todas sus dimensiones, en su altura y en su profundidad. El misterio de una impensable

complacencia de amor que nos envuelve desde toda la eternidad y que nos precede por todas partes; de un amor que reposa desde siempre en el Hijo y que nos abraza con El. Por eso el Señor nos invita a cantar su Gloria en la Eucaristía, en el mismo corazón de la Iglesia. «Apacentaos del Espíritu, bebamos a Cristo» —dice San Atanasio— o como nos recuerda la Liturgia: «Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido al Espíritu Santo, hemos encontrado la auténtica fe, adoramos a la Trinidad invisible... porque Ella nos ha salvado.»

Para la Iglesia, vivir en Cristo es guardar la memoria de su Señor, ser fiel a la Muerte de Amor de su Señor y Esposo, que es el Fundamento de su existencia. Esto quiere decir que la Iglesia está toda Ella presente al Misterio del Padre (que todo lo ha encerrado en la misericordia); que Ella espera con confianza absoluta todo lo que viene hacia Ella a través de las profundidades de su porvenir, ya conocido: «Marana, tha, Ven Señor» (Ap. 22,17).

La Iglesia cree en la maravillosa promesa del Señor: «Me voy y vengo (no dice: vuelvo o regreso, sino 'vengo') hacia vosotros» (Jn. 14,28). Porque en la Cruz se ha producido la revelación de «El es, está y viene» (Ap. 1,8). Para la Iglesia, el Nombre de su Señor, el nombre maravilloso, no parecido a ningún otro, el nombre del Bien-Amado, ya será —en adelante— *«Aquel que viene.»*

Y en la medida en que nosotros nos dejemos enredar en esa llamada incesante «hacia el Señor», se produce en nosotros una transfiguración de nuestras propias medidas *humanas*, se da una transfiguración de nuestra sensibilidad, y vamos alcanzando la medida sin medida que Dios proyecta sobre el *Hombre*.

San Antonio Abad, el Padre de los Monjes, Juan de la Cruz, Teresa, Catalina de Siena, Francisco el de Asís, Agustín... toda la interminable lista de los místicos está aquí, para decírnos que delante de nosotros se yergue la Cruz para transfigurar, ya, desde ahora y aquí, nuestra carne.

«Todo el cuerpo es transformado y viene a estar bajo el poder del Espíritu —dice San Antonio, por citar a alguien más lejano de lo consuetudo— y pienso que, desde ahora, le es ya concedida una cierta parte de

aquel cuerpo espiritual que él recibirá después de la Resurrección» (cfr., *passim*, los relatos de Teresa y los análisis de Juan de la Cruz).

(Uno se asoma a cualquier macro-ciudad de nuestro entorno. Uno se va a tomar una copa al pequeño bar del pueblo donde vive. Y mira. Y oye. Y observa...)

¿Hay alguien a quien preocupan estas cuestiones? ¿Será uno un des-encarnado? ¿Estará viviendo en Babia el cura de la aldea?

¿A través de qué ignotos caminos estará obrando el Espíritu para que el Misterio de Cristo sea realidad en tantos corazones «divertidos», alienados, esclavizados al «ahora» material que gobierna Mammon?

Y ésta es otra de las formas en que el cura de aldea se siente crucificado con Cristo y clamando con El desde la Cruz: ¡Dios mío...! ¡Por qué me has abandonado? ¡Tiene razón mi vida?

¡Qué ganas tengo de sentarme a la sombra de la retama. Y morir...!)

IV

POR LA VIDA DESDE EL ESPIRITU, LOS CARISMAS SE IMPLICAN, EN SUBORDINACION A LA CARIDAD, PARA UNA VIDA EN LAS BIENAVENTURANZAS

La experiencia personal que hace al cristiano penetrar poco a poco, y más profundamente cada vez, en ese Misterio del Espíritu, no está libre de ambigüedades. Por eso debe estar siempre sometida al discernimiento de la Iglesia. Al fin, el Espíritu Santo ha sido dado en la Iglesia, para la Iglesia y por la Iglesia.

Por eso insiste tanto San Pablo sobre el criterio de la Caridad, que es

el carisma por excelencia, el carisma de todos los carismas (cfr. 1 Cor. 13,21). Es el don fundamental que justifica a los demás dones, «el don derramado desde arriba en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom. 9,5). La *caridad* constituye tan radicalmente el *ser* del cristiano que sin ella no hay cristiano y sin ella no sirven nada los carismas, dado que los hubiere realmente en su ausencia. Ella constituye al cristianismo y a la Iglesia (1 Cor. 8,1; «sólo la caridad edifica»). El juicio que podemos dar de los carismas depende enteramente del *sostén* que ellos presten a la caridad, que levanta la Iglesia. Esta caridad está fundada sobre una fe que se apoya en Cristo sólo; y, gracias a ella, obra el Espíritu que atrae al alma hacia la experiencia de los bienes de Dios. La caridad significa la primacía del testimonio del amor de Dios. Es el Misterio del Amor del Padre, del Amor del Hijo, de la transfiguración de todo el ser por el Espíritu; transfiguración del ser y del obrar que unifica al Hombre, por fuera y por dentro, a *imagen* de Cristo, y que construye al *hombre nuevo* en la libertad de la bendición.

Y los criterios de discernimiento de la experiencia cristiana aludidos por San Juan son exactamente iguales. San Juan nos da una lección de discernimiento espiritual. Hay que desenmascarar los falsos rostros de la experiencia espiritual, probar los espíritus: «Carísimos, no creáis a cualquier espíritu; sino, examinad los espíritus, si son de Dios. Porque muchos seudo-profetas se han levantado en el mundo» (1 Jn. 4,1). Los criterios propuestos por San Juan se reducen fundamentalmente a dos: la fe bautismal y el imperio del amor fraternal; y los dos se implican uno en otro. El criterio es la enseñanza desde el principio, la catequesis apostólica (1 Jn. 2,7), desde la iniciación cristiana, la única que garantiza la comunión con Dios. Es la confesión de que Jesucristo es el Hijo de Dios hecho carne (1 Jn. 4,2), el que «vino por el agua y por la sangre» (1 Jn. 5,6); Aquel que nos enseña a dar la vida por nuestros hermanos (1 Jn. 3,16). El precepto de Dios es que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos mutuamente conforme al mandato que nos dio. Y conocemos que permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado (1 Jn. 3,22-24).

El cristiano está metido entre la inspiración de Dios y la tentación diabólica; entre Dios y el mundo; entre Cristo y el Anti-Cristo. Esta lucha, áspera y dura, no puede resolverse más que por el concurso y el discernimiento del Espíritu, conforme a las normas de la enseñanza apostólica (1 Jn. 1,1-4).

Por eso no hay lugar para una oposición entre carisma y ministerio apostólico o sacerdotal. El ministerio apostólico es, también él, un carisma; y toda la tradición cristiana lo ha comprendido así. El carisma de la verdad, dice San Ireneo, hace entrar a los Obispos, por sucesión, en el servicio apostólico del designio eterno del Padre y revela la dimensión propiamente escatológica de su ministerio. Según la expresión de San Ignacio Mártir: «Jesús, nuestra vida inseparable, es el *propósito* del Padre ('expresa el sentir del Padre', traduce el Libro de Horas), como también los Obispos, establecidos hasta los extremos del mundo, son el *propósito* de Jesucristo ('son la expresión del sentir de Jesucristo', ibd.)» (Carta a los Ef. 3,2). En la sucesión Apostólica, a través de una sucesión ministerial desarrollada en el tiempo, los Obispos forman un único cuerpo que asegura una función escatológica —«hasta que El vuelva»—: la custodia del testimonio trinitario para la salvación del mundo. Esta estructura eclesial, en su conjunto, reenvía al Misterio de Cristo, que no habla de sí mismo y cuya Gloria viene del Padre y vuelve a El (Jn. 17). El ministerio episcopal tiene su papel esencial en la Iglesia: el de subordinar todas las experiencias y todos los carismas al discernimiento espiritual de la doctrina apostólica y de la caridad eclesial. El carisma episcopal es, pues, esencialmente, un carisma de discernimiento. Es como un «rádar» que debe detectar las ambigüedades y conducir a la Iglesia sobre el camino recto de la experiencia de Cristo.

Parecerá, quizá, extraño que me derive tanto hablando de Cristo, de la Iglesia y de la Jerarquía en una consideración sobre «la vida desde el Espíritu y en el Espíritu», que nos está descubriendo el valor del *Hombre en sí*.

Lamentable sería que nos propusiéramos una vida «en el Espíritu» que se situara «más allá de Cristo» (peligros de no pocas comunidades de

talante no muy precisamente definido...): y esa es la fuente de todos los luminismos y de todos los pietismos, ilusiones que nos hacen tomar por norma del Misterio de Dios a las emociones que El suscite en nosotros. Pero también se puede tener una vida «en el Espíritu» que nos dejara «más acá de Cristo», del Cristo Evangélico, como hacen los «fundamentalistas» que reducen las Escrituras a la pura letra.

El Espíritu Santo y el Padre (cfr. San Juan de la Cruz) no tienen más que una *palabra* que decir y que hacer conocer al Hombre: el Verbo hecho carne, el Hijo aparecido entre nosotros. Y, en El, queda dicho todo y revelado todo, recapitulado todo.

En este mundo nuestro, donde la atmósfera ambiental niega la fe, lo que todos necesitamos es una Iglesia libre, *bajo el soplo del Espíritu*, una Iglesia toda incandescente del fuego de *Pentecostés*. Con toda intención he usado los vocablos «incandescencia» y «fuego». Porque el drama del ateísmo, como el misterio cristiano, se desarrollan en el fuego.

Con extraordinaria lucidez, Nietzsche ha vivido la sombría grandeza de la aventura atea y la ha definido como un camino incesante en que el *Hombre* se consume:

«Incendio y combustión son mi vida.
Sí. Yo sé de dónde vengo.
Insaciable, como la llama,
ardo para consumirme.
Todo lo que toco se vuelve luz;
carbón, todo lo que abandono:
seguramente soy llama.»

A esta llama que consume y destruye todas las cosas —al mismo hombre también— se le puede responder solamente con la llama de amor pentecostal, que gracias a la Cruz, en la alegría, transfigura al Hombre, en la esperanza de renovar el universo. ¿Hay respuesta más hermosa al poema de Nietzsche que una lectura resposada y meditativa de la «Llama

de Amor viva» de Juan de la Cruz? ¿O que este cántico, menos conocido, de San Sergio de Radogène?:

«Iluminado por el Espíritu,
bautizado en el fuego,
quien quiera que tú seas (hermano mío),
tú eres el trono de Dios, tú eres la morada,
tú eres el instrumento,
tú eres la luz y la divinidad...
Tú eres Dios,
Dios, Dios, Dios...»

Nada hay más verdadero: la vida del Hombre no se realiza si no es en el Espíritu Santo. Osemos pregonarlo ante el mundo: la única respuesta a la revolución introducida en el mundo por el ateísmo (filosófico, marxista, capitalista, existencialista... de cualquier clase, si cabe clasificar) es la presencia *discreta y brillante de Dios, en la simplicidad de una vida transfigurada por el Espíritu*.

Entonces, a través de este humilde testimonio que nosotros podemos dar, brillará de nuevo, sobre el mundo, como en los tiempos de las primeras generaciones cristianas, el grito del Apóstol San Juan, reconociendo con asombro el *rostro de su Maestro*:

»*¡Es el Señor!*» (Jn. 21,7).

»*Marana, tha*»: »*Ven, Señor, Jesús*», el último grito de la Biblia.

NOTA:

Me importa descartar la no muy escondida línea que guía estas sencillas meditaciones. Diferentes corrientes de pensamiento o de acción, al margen de la Iglesia, contra Ella o más allá de Ella (desconociéndola absolutamente) se han otorgado el derecho de llamarse «humanismos».

Especialmente todas las formas de ateísmo moderno y contemporáneo. A veces con mucha garra y con no pocas «razones» que no constituyen «razón».

¿Nos faltará a los *cristianos* el valor de ofrecer al mundo el único espejo del *Hombre* que es *Cristo*, amorosamente guardado y maravillosamente vivo y operativo en su *Iglesia*?

Todo otro «humanismo», que se ha manifestado como fundamentalmente ateo, y que ha querido ver en su ateísmo su «progreso» o su «modernidad», está descubriendo, con tremendo desencanto, que no conduce a ninguna otra parte sino a la desesperación en los caminos sin salida de tantos hombres, insignes por otro lado; y experiencia colectiva de inanidad y de fracaso en la orientación del *Hombre* hacia una sociedad materialista-capitalista, o hacia esa otra sociedad que buscaba otro paraíso para el *Hombre* en las consecuencias sociales de la filosofía atea de Marx.

Mi humilde grito, unánime con todos los siglos de la Iglesia, es solamente este: *nadie salva al Hombre sino Cristo*. Por consiguiente no hay más *Humanismo* que el *Cristianismo*; y él vive en su Iglesia, bajo la luz y la fuerza del Espíritu.

Esta carga de optimismo en la fe debe guiar nuestros pasos.



Institución Gran Duque de Alba

TERCERA MEDITACION

EN TORNO AL MISTICISMO



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

EN AVILA CIUDAD

Grave cuestión esa del Misticismo. Tan grave que no vamos a osar pasar los límites que la circundan.

Seamos, por ahora, solamente espectadores asombrados que recorren con ojos infantiles la elevada muralla del misterio.

Quedémonos, así, un rato, en torno al Misticismo, dejando penetrar en nuestras almas los suaves aromas que despiden esa ciudad encantada de los eternos buscadores del Amor, del Absoluto.

Lo grande, lo heroico, siempre me ha causado un profundo respeto. Como si temiera que, sólo con mirarlo, iba a injuriarlo.

Lo heroico, más que para especulado, es para intentar imitarlo; más que considerarlo, hay que contemplarlo con avidez, a ver si deja en nosotros como la huella de su paso, en un inesperado despertar con la sorpresa de haberlo vivido, también nosotros, de alguna forma.

Lo heroico de los héroes radica en el esfuerzo humano —sobrehumano— por resistirse a la rutina, por no dejarse invadir de la rutina insulsa.

Toda aspiración heroica es la fuerza que rompe los sosos moldes de la vida sin «vida». Y que lanza al Hombre por nuevas e insospechadas rutas de grandeza, en el misterio del Hombre y de Dios. Quizá, sin embargo, en el propio marco de lo común y ordinario, de lo sencillo y humilde, de tantas cosas que no tienen nombre porque nadie las ve.

Ser héroe es lanzarse a campo través, hacia las montañas azules; es abrir camino en el terreno abrupto; es roturar el campo que no conoció arado.

El héroe no tiene rutinas; su vida es una invención continuada, porque constantemente está encontrándose a sí mismo en el camino nuevo.

El se nos crece y se nos pierde en sus alturas. Se oculta a nuestra vista, hasta que él queda solo, completamente solo; y nosotros, boquiabiertos, sin pensar en nada, como esperando que baje alguna especie de ángel a decirnos, como a los Apóstoles en la Ascensión, que qué hacemos mirando hacia la altura.

Lo heroico me ha dado miedo, porque se escapa de las manos; porque no se lo puede comprender si no se lo vive a idéntica altura.

Lo heroico es para hecho; no para pensado.

Y he aquí que querer contemplar o comprender al Misticismo es querer «capturar» en la mente lo *heroico*. Es como meterlo en un bloque de hielo, como deshacer o matar lo heroico.

Por eso, no; no pasaremos los umbrales.

Vamos a quedarnos a respetuosa distancia de la ciudad encantada de los eternos buscadores de lo Absoluto, de los eternos buscadores del amor.

En torno, nada más que «en torno al Misticismo», vamos a hablar de cualquier cosa que se pierde en el conjunto brillante del cuadro.

Nosotros, situados ante «Las Meninas» de Velázquez, no vamos a fijarnos en el genial maestro, cuyos ojos vierten sobre la escena su miopía y su desdén. Ni en la linda princesita legendaria que se alza en la mitad del cuadro como un lirio invernal. Ni en la menina deliciosa que ofrece —desmayos de sueños juveniles— a su pueril señora un búcaro rojo. No. Todo esto es demasiado grande para nosotros.

Allá, en el fondo del cuadro, se abre una pequeña puerta cuarteadas, donde el sol vuelca el haz fulgurante de sus rayos. Una figura breve, negra y calva, se dispone a salir. Se espera, de un momento a otro, que el estallido solar quite la penumbra del contraste e ilumine la extraña figura. Pero, no. Velázquez la dejó así para siempre: destacando en silueta,

nada más. Como algo intrascendente. Nosotros vamos a fijarnos en este humilde personaje.

Naturalmente, para ello, me harían falta unos ojos forasteros. Los míos, cansados de mirar siempre el mismo paisaje, no saben hallar el pormenor, no saben buscar lo intrascendente.

Y, sin embargo, estoy convencido de que vivir es asombrarse de ser, es admirarse de existir en estas circunstancias y en estas condiciones. Circunstancias y condiciones que nunca se señalan ni resaltan si no se despereza la mirada que, lánguida y errabunda, se va posando perezosamente sobre el panorama ya muchas veces visto.

Y, con todo esto, se me ha ocurrido pensar en la soledad. Quiero fijarme en lo pequeño y anodino. No en lo triunfal del cuadro. En la penumbra del contraste me he encontrado con la soledad. No. No se encuentra solamente la soledad en la ciudad de los místicos. Es algo más trascendente, que ocupa muchos corazones y llena muchos ámbitos. Paredjas de siempre, las llena con la trascendencia de su intrascendencia.

Yo no sé si, alguna vez, Avila —por ejemplo— ha dicho su canción de soledad. Avila es gris. Avila es un cadáver. ¿No veis? De cada piedra tiene prendido un poema; y pende, de cada reja, una endecha. Pero todo parece sorprendido por una helada. Todo petrificado, como un nuevo castigo de una nueva mujer de Lot.

O quizá, ¿Avila, un cadáver? No. Dije mal. Avila vive. Hay que percatarse de que tiene una continuada tendencia a divinizar las cosas, dotándolas de atributos divinos. En Avila se palpa, por ejemplo, el atributo de la inmutabilidad. Vivir no es transcurrir, sino ser. Así, la mejor pervivencia de las cosas consiste en estar quedas, que se llegue hasta ellas un nuevo Josué y las pare en el transcurso de su existencia.

Así hace el pintor, que sorprende un momento; el poeta que inmortaliza una circunstancia, una circunstancia tan leve como un olmo podrido...

No sé. Me sigo preguntando quién habrá sido el Josué que se ha llegado hasta Avila y le ha dicho «párate», tan fuerte y tan tajante que Avila ha hecho caso. Y se ha quedado así: una ciudad en éxtasis de piedra; por cuyas calles retorcidas espera uno encontrar el gesto, retorcido

—también— de un corchete golpeando una puerta en el nombre de la Santa Inquisición. Pero todo quedo, todo parado, todo en paz. Sin turbar el silencio del viento que se cuela entre las almenas de la muralla como un susurro de salmos, como una lejana melodía de clavicordios sobre la paz de la noche...

No sé quién habrá sido el Josué. Pero Avila está sola. Se ha quedado bien dormida y retrasada en el concierto de todo eso que llaman «el, progreso». Sola consigo misma, Avila se ha dormido sobre los siglos y se ha buscado la soledad de un claustro.

Avila vive. Lo que pasa es que a Avila le han cantado sus místicos canciones del *encuentro*. Es que se han quedado vagando por sus calles silenciosas —Avila, la noche— los espíritus libres de Juan y de Teresa; es que hay un murmullo de liras que rebota plácidamente en la concavidad de las murallas; un eco que repite:

«Quédeme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado...»

Y otra voz, como un hilo de plata, que responde:

«En soledad vivía,
en soledad ha puesto ya su nido
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.»

El eco de las voces calladas nos ha llevado hasta las puertas de San José:

«Y en soledad ha puesto ya su nido»

La plazuelita de las Madres, dentro del marco silencioso de la ciudad dormida, es un remanso de paz con tintes violeta. Cuando se llega allí,

hasta el viento parece más dulce, como si tuviera miedo de borrar la última huella que dejó la sandalia de la Madre Teresa.

Todo está casi igual que entonces. El arquitecto Mora hizo un ensayo de imperio en la herreriana arquitectura de la iglesia. Pero la dio la serenidad de lo impasible, la profundidad de lo eterno, un gesto señorial y escurialense de una cierta España que sigue siendo universal e inmortal por Teresa.

Pero todo en silencio, en soledad que abruma y acompaña.

La paz se impone. Sólo hay como un eco que dice:

«Quédeme y olvideme...
Cesó todo, y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.»

«Entrado se ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.»

Así vamos viendo que es la soledad un atributo de los místicos.

La soledad que se ha quedado flotando sobre Avila no es suya: es de Teresa y de Juan. Los santos y los héroes son los eternos solitarios de los caminos de la vida. Los santos y los héroes (más héroes son los santos que los héroes) vieron brillar la estrella que les marcaba el derrotero, y se pusieron en camino. Tuvieron sed de océanos y hambre de universos y morriña de su eternidad. Y emprendieron la marcha hacia lo ignoto: «sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía.» Completamente solos. Otros muchos vieron también la estrella, otros muchos se pusieron a caminar al lado de ellos.

Irán en pelotón, a ver si logran saciar su sed de océanos y calmar su hambre de mundos y acallar su morriña de eternidad. Irán en pelotón,

pero ellos no se verán, aunque se ayuden mutuamente sin saberlo. Irán ganosos de santa soledad, hacia la absoluta, la completa, la verdadera soledad que consiste en no estar ni aun consigo mismo:

«Salí sin ser notada,
estando ya mi casa soleada...»

Claro que esta santa soledad es sólo para ellos, para los espíritus fuertes y atléticos. Los enfermizos, los débiles y los cobardes, tienen que llevar siempre el bastón, la compañía, la cháchara banal.

La auténtica soledad es más terrible. Es la tortura del alma que navega solo hacia Dios, frente a la noche y el mar, sin tener un suspiro que sea eco de su propio suspiro. El desamparo que le hace clamar a Cristo, en la Cruz: ¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado? Es el abandono, la terrible sensación de las almas, que al abandonarse a Dios, se sienten perdidos. Lo han dejado todo y sólo encuentran el silencio de la noche. Y así brotan los gemidos de los solitarios, como aquel de Juan de la Cruz a Catalina de Jesús: «Consuélese conmigo, que más desterrado estoy yo y más sólo...»

Dios lo hizo bien, pues «en fin, es lima el desamparo y para gran luz el padecer tinieblas».

La nostalgia de su Castilla, la incomprendición del ambiente, el ansia de un poco de compañía en el rudo caminar del holocausto... le retuerce la boca en un rictus de dolor purificante. De aquel tiempo de Baeza son los versos aquellos:

«En soledad vivía
en soledad ha puesto ya su nido...»

La Madre Teresa también ha sentido la fatiga y el tedio del solitario caminar. Ella, como nadie, tuvo que abrirse paso entre la incomprendición de directores y amigos. (No digamos de enemigos.) Y cuando conquistó la cumbre, ya no le hacía falta compañía, ya era ella la que marcaba la

ruta. Que el áspero subir la hizo arrastrar las sandalias; y fija, cristalina y brillante, ha quedado su huella señalando el camino.

Podría decirse que esto de la incomprendión, de la soledad y del abandono es patrimonio común de los héroes. Pero también de los héroes sencillos. De aquellos que, ignorados, van moldeando su vida con el cincel de la cruz silenciosa y callada, que van acompañando su paso con el vacilante andar de Cristo camino del Calvario sin que nadie los vea ni los note; ni ellos mismos.

Unos sufren la soledad que presta el abandono de los hombres; precisamente cuando se entregan para el bien de los hombres.

Otros, además, encuentran también la soledad de Dios, el abandono de Dios, precisamente cuando Dios es la forma de su existencia, cuando son su atalaya y sus testigos, cuando por El suspiran y a su amor se entregan.

Mas seguir por aquí, sería entrar en el recinto de la ciudad murada.

Mejor que nadie, ya escribió nuestro Juan de la Cruz la maravilla de la *«Noche»*.

El que quiera saber de purificadoras torturas interiores, que se siente en la paz de una alameda y escuche, leyendo, las torturas del santo.

* * *

He dicho «paz». He dicho «silencio».

He aquí otros dos nuevos atributos de los místicos.

Las paz fue, para ellos, el descanso del alma sobre el seno de Dios, sobre el Amado.

A vueltas de luchar consigo mismos, encuentran el reposo, la serenidad que han impreso los hombres en las cosas más bellas.

Y, entorno,

«el aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada.»

Silencio y paz son acordes de una música inédita, como los goznes en los que gira la vida de los hombres de Dios.

Y son, también —me parece—, las dos notas más salientes de esta vieja ciudad abulense, que parece recogerse cada noche en su interior reconditez berroqueña para escuchar la salmodia de las almenas besadas por la brisa.

«En el silencio hallarás tu fortaleza» —rezaban las Reglas del Carmelo.

Juan de la Cruz, ansioso de gustar el silencio de su «castillo interior», hubiera refugiado su deseo en la Cartuja del Paular. Pero Madre Teresa le hace comprender que el silencio y la paz no se hallan en el apartamiento de los hombres, sino en el hundimiento en Dios, en el olvido completo de toda otra cosa que no sea Dios: «Espera llegar hasta el lugar en que no puedas adorar más que a Dios.» Porque, entonces, encontrarás al *Hombre* y sabrás de las cosas de este mundo y comulgarás en su gozo y en su dolor.

Silencio y apartamiento, que nos vaya acercando al toque de lo divino: sólo desde esa altura se puede comulgar con lo humano y con la criatura. Sólo desde esa altura se descubre en verdad «la huella de Dios» en cuanto existe:

«Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!

Oh prado de verduras
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura;
y, yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de (su) hermosura.»

¿No es verdad que es sencillo el silencio cuando no hay compañero a quien hablar? Así, de la soledad sale el callar y la absoluta soledad —no despectiva— que acompañan siempre a los *hombres* de Dios. El silencio es un calderón en la sinfonía de la vida. Lo heroico, lo grande, viene a consistir en hacer que el calderón dure tanto como la vida, y que la sinfonía venga a ser esa «música callada» de que nos habla San Juan.

El silencio es un constante calar hondo en la infinita melodía de Dios: «Quien habla solo espera —hablar con Dios un día...»

Por eso el *Hombre* de Dios, el buscador de lo Absoluto, el místico, viene a ser un loco que se alimenta de tras-trigo y que habita las regiones del tras-mundo. En un *tras-hombre*, un *hombre pleno*, la plenitud de la *humanidad*, que los hombres dormidos no conseguimos ser. Es un *tras-hombre*; pero con alcances tan altos, con tan raudo vuelo, que nunca pudo soñarlo la imaginación turbulenta y alterada de los «humanismos» de estos siglos, ni el super-hombre de Nietzsche.

En efecto, no hay punto de contacto entre ese super-hombre que ha intentado el racismo y ese *tras-hombre* que encarna el místico y que es la vocación universal, la llamada de Dios, significada en la Encarnación y lograda en la Resurrección del *Hombre* que triunfa de la muerte.

El *tras-hombre* encarnado en el místico es el hombre de las ansias infinitas y de los logros infinitos que un día se asoma al precipicio de la divinidad y se emborracha de honduras y amplitudes; y le sobrecoge el vértigo del Amor y se deja caer para siempre en el abismo sin fondo y sin riberas de lo *absoluto*, del Absoluto.

Y en, medio de la caída, nácenle alas con que vuela y tórnase pájaro cantor de dulces melodías amorosas, mientras agita sus amplias alas, magníficas, serenas. Y, entonces, se nos pierde de vista y se sublima en Dios, su Enamorado Dios, Dios pequeño porque humano; Dios Infinito porque Absoluto.

En los tintes violeta de la tarde se oye, apenas, la quejumbre amorosa de su voz:

«Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver, en tu hermosura,

al monte y al collado
do mana el agua pura.
Entremos más adentro: en la espesura...»

Y cuando torna de su raudo vuelo y cuando quiere traducirnos lo que ha visto, no acierta a hablar; quémanle las palabras en la boca, llévase al pecho las manos, como queriendo arrancarse un dardo que le destroza las entrañas, mientras exclama:

¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres...!
¡Oh cauterio suave...!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda, oh toque delicado...!

Y no aguantando la fuerza del ímpetu de Amor, tórnase a perder en su vuelo por las regiones del tras-mundo. Hasta que, un día, rompiendo la llama de amor la leve tela del amoroso encuentro, se nos hundirá para siempre en el abismo de Dios, perdido para siempre en el Amor del Absoluto.

HE AQUI AL HOMBRE

El misterio del *Hombre* se hunde, para siempre, en el *Misterio de Dios*. Y ya llegó, por fin, la verdad de una llamada, la hora de una cita.
¡Hombres, nacidos para tanta grandeza...!

Se ha puesto el sol. ¿Qué es esto que llega sobre la ciudad dormida? Esto que llega es la noche. Una coloración entre azulada y bruna, cayendo como un velo de sombra sobre la hermosa faz adoncellada de la ciudad de piedra.

Ahora empieza su vida interior. Ahora tienen lugar las purificaciones. En el hueco de la noche que parece la fosa de un sepulcro. Ciertamente

la muerte lo hermosea todo. Todo lo que murió tiene mejor existencia en el recuerdo que en su vida...

Esto, que llega, es la noche que va vertiéndose, como un licor, sobre la copa de estos valles. Arriba, las estrellas entablan su diálogo. Es la noche. Esa noche callada.

Plácame ahora recordar aquella otra noche, del tres al cuatro de diciembre de 1577, cuando el Amor llegose a llamar airadamente a las puertas de la humilde casita en que Fray Juan vivía entre los muros de la huerta del Convento de la Encarnación, a donde Madre Teresa le había llevado como confesor.

Y le llevaron preso.

Se le acabó la edad dorada en que gozó enseñando, a almas de privilegio, la escondida senda de los pocos sabios de este mundo. Anocheció en el cielo de su vida y su alma gustó el amargor de la *noche oscura*.

La noche pasiva del sentido ya había purificado a Juan con sus torturas. Faltábale, empero, la noche del espíritu. Y le llevó el Señor a pasarla en la oscura celdilla de Toledo.

Durante la bonanza, durante los regalos que median entre ambas noches, Dios comunica, con abundancia y facilidad, el gusto, el barrunto de la felicidad de Amor. Pero Juan estaba destinado a la unión del *Hombre y Dios*, a la asombrosa *unión de amor* entre la Criatura y su Creador, entre el Peregrino y el Huésped, entre lo *contingente* y lo *eterno*, entre la *nada* y el *todo*.

Necesario es, pues, que el alma del poeta se ablande, se humille y purifique; y se ponga tan sutil que pueda hacerse una *misma cosa* con el Espíritu de Dios.

Y el tormento interior le desgarra las entrañas del alma; y el sufrimiento interior quiébrale, también, las carnes. Adquiere ahora Juan, de verdad, la categoría de hombre que resiste la divinización; que resiste. Fiel a su Dios, Juan aguanta; y vive, de la fe, la esperanza de que pase la noche.

En el calabozo no hay luz. Sólo una saetera abre su ojo espantado sobre Toledo. Lo suficiente para que Juan levante su mirada ansiosa y descubra un trozo de cielo rutilante de estrellas:

El alma se le enerva, se le sube a la boca el corazón.

El recuerda otra noche venturosa, cuando él emprendió el éxodo hacia Dios:

«En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada...»

En una noche oscura él salió a buscar a Dios y le halló a la vuelta de sí mismo, le encontró en el *Hombre*, buscando en la cueva de su «pecho florido».

Hay que cantar a la noche. A todas las noches nuestras, tan humanas. A todas las noches de la historia. A todos los ensayos de búsqueda de Dios que el Hombre ha ensayado. Y a todos los intentos que ha intentado. *La grandeza del Hombre está aquí*: en que, siendo esta pequeña cosa moridera y este poco de carne que han de comerse los gusanos, tiene un *inmenso apetito* de eternidad, un infinito deseo de ser Dios. Algo que se ha logrado en Cristo, el *Hombre-Dios*, algo que es un *Sacramento*, un signo y una promesa de que eso es posible, que «Dios estaba aquí y yo no lo sabía»:

«Oh noche que guiaste!
Oh noche amable, más que el alborada!
Oh noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el *Amado* transformada...!»

¡Hay que cantar a la *noche*!

La fe es un gozoso misterio de esperanza. No te veo, mi Dios; pero ya espero verte. El tiempo es un estorbo. Pero es también el gozo de buscarte.

No te encuentro, aunque te estoy palpando en cada cosa. En cada cosa, que es siempre la presencia de tu ausencia.

¡Hay que cantar a la noche, aunque es de noche!

Pero entonces parece que la noche venturosa del Amor encontrado se ha puesto para siempre. Y la garganta le estalla a Juan en un grito profundo que resuena en el desierto de su alma, que se le sale por la saetera de Toledo en busca de los collados eternos:

«A dónde te escondiste,
Amado y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido.
Salí tras Ti clamando y eras ido.»

Y, entonces, el ingente espíritu del místico inicia un éxodo segundo en busca del Amado. La cárcel no impide que su espíritu vuela y vaya preguntando por los campos, por los cielos, por los valles, por toda la creación —que es carne y barro— buscando sus amores más allá de los montes y riberas; porque *nadie* le da noticia de aquello que él busca:

... y todos más me llagan
y déjame muriendo
un «no sé qué» que quedan balbuciendo...

Es la pena del amor impaciente. Pero esta pena no puede ser larga. Hay que recibir o morir.

Y aquella noche toledana, tórrida y fulgurante de estrellas, una ronda de mozos —a los que pláceme figurar como soldados de los tercios— pasaba por debajo de la celda carcelaria de Fray Juan cantando una

copilla del corazón (¡Ay, rondas de los mozos de todos los tiempos, cómo buscáis —sabiendo o sin saberlo— lo único importante: *Dios*!):

«Muérome de amores
Carillo, ¿qué haré?
—¡Que te mueras, alaé!»

Y Juan lo oyó. Y se quesó suspenso. ¡Morir de amor!
Estaba él entonces charlando con la fontana pura. Estaba imaginando la inocencia y el mensaje de las pequeñas cosas, prohibidas para él, encarcelado. Estaba imaginando el agua clara brotando entre la arena y los guijarros «del monte en la ladera»...:

«Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados...»

Y sí que los formó. La fuente cristalina formó los ojos deseados. Los formó, de repente, brillantes, envolviendo en luces divinas la oscuridad del calabozo. Y todo brillaba allí con el esplendor de la gloria de Dios: «Que te mueras, alaé.»

Brillole el ánima a Fray Juan y ya quedose con él, para siempre, iluminada. Y recogió la luz de aquellos ojos y trenzó con ella un cántico de amores tan armonioso y tan bello que dióle Dios un beso agradecido sobre la frente orlada.

Amaneció para Fray Juan. Pasó la *noche* y le llamó el Amado para los desposorios. Tuvo razón de ser todo el misterio del *Hombre* y *Dios*. El nos lo cuenta. Y lo ignoramos. No se es Hombre si no se es Dios. Dios se ha hecho Hombre, en nosotros. También en ti y en mí, que estamos tan lejos aún de la aventura que nos explica y que nos hace ser.

Toda la paz, todo el sosiego, toda la dicha y el amor llenaron la celdilla de Toledo; y se salieron fuera de ella; y pasando los montes, se vinieron a traer el mensaje a la Madre Teresa y a toda la humanidad que anda buscando los caminos para llegar al ser, al *ser*.

Y la paz, y el sosiego, y la dicha y el amor... se quedaron para siempre a vivir con nosotros, si nosotros queremos despertar de nuestros sueños del invierno total de la mentira de «este mundo», que nos «encanta» y «encandila», que nos roba de nuestra *verdad* de Hombre-Dios.

Aquí se esconde el «huerto deseado». Aquí vive la «llama de amor viva», aquí vive el *Hombre* y aquí está la paz. Aquí mora el Amado guardando el sueño de la fiel esposa...

Quizá por eso, en símbolo de piedra, nuestra Avila se calla y dice, con el gesto, a todo ruido:

«Y no queráis tocar nuestros umbrales...»

«Y no toquéis el muro,
porque la Esposa duerma más seguro.»

Ahí está Juan. Y ahí está Teresa.

«Entrado se ha la Esposa
en el ameno huerto deseado.
Y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.»

Están aquí los dos. Pero, tan escondidos, que no los hallará quien no se determine, como ellos, a seguir las durezas del camino de amor; quien no tenga valor para decirse:

«entremos más adentro,
en la espesura...»

Avida, ciudad amurallada, como símbolo roqueño de todo lo que los místicos nos han querido o sabido contar de su experiencia de Dios. La intimidad en el silencio, en la paz, en el sosiego. En encuentro consigo mismo. El descubrimiento de un *yo* humano que puede hablar con Dios, que se pregunta —asombrado— en el dulce caer de la tarde rosada, al contemplarse *siendo*: «*¿Qué es esto?: Dios.*»

NOTA: El último entrecerrillado —«*¿Qué es esto?: Dios*»—, reproduce el título de un «pequeño» libro de Baldomero Jiménez Duque. El cura de aldea no querría imaginarse que ningún cristiano de habla hispana no lo hubiera leído y meditado largamente. Es un libro sin pretensiones doctorales. Escrito mojando la pluma en pura sangre de un corazón lleno de Dios y lleno de *Hombre*.

No sé si alguien leerá esto que escribo. Pero si alguien me lee, se lo suplico: ¡ciérre mi libro! ¡Léase antes, como quien reza, esa «pequeña» gran obra de *D. Baldomero Jiménez*.

¿Que no sabéis quién es? ¿Y a él qué le importa?

Sin querer ofender su humildad, pues que aún nos vive, yo diría que es el Fundador —sin pretensiones— de una nueva escuela de espiritualidad. El tiempo hará justicia y verá la verdad. Por mi parte, el cura de aldea se atrevería a llamarla: nueva escuela abulense de teología y espiritualidad (en la segunda mitad del siglo XX).

¿Nombres? ¿Para qué?

Pero el libro que os cito, bien merece la pena.

Aunque es tan breve.

CUARTA MEDITACION

**SOBRE LA «ORACION DEL
ALMA ENAMORADA»
DE SAN JUAN DE LA CRUZ,
DOCTOR DE LA
IGLESIA**



Institución Gran Duque de Alba

Es tan breve el texto que intento comentar, que bien conviene transcribirle aquí y tenerlo ante los ojos:

«¡Señor, Dios, Amado mío! Si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz en ellos, Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero; y ejercita en ellos tu bondad y misericordia y serás conocido en ellos. Y, si es que esperas a mis obras para por ese medio concederme mi ruego, dámelas Tú y óbramelas; y las penas que Tú quisieras aceptar y hágase. Y si a las obras mías no esperas, ¿qué esperas, clementísimo Señor mío? ¿Por qué te tardas? Porque si, en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi cornadillo, pues que le quieres, y dame este bien, pues que Tú también le quieres.

¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos si no le levantas Tú a Ti en pureza de amor, Dios mío?

¿Cómo se levantará a Ti el Hombre, engendrado y criado en bajezas, si no le levantas Tú, Señor, con la mano que le hiciste? No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu Unico Hijo, Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero. Por eso me holgaré que no te tardarás, si yo espero.

¿Con qué dilaciones esperas, pues que desde luego puedes amar a Dios en tu corazón?

Mios son los cielos y mía es la tierra.

Mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores.
Los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son
mías.

Y el mismo Dios es mío y para mí; porque Cristo es mío y todo
para mí.

¿Pues qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto y todo es
para ti.

No te pongas en menos ni repares en meajas que se caen de la
mesa de tu Padre.

Sal fuera y glóriate en tu gloria. Escóndete en ella y goza, y
alcanzarás las peticiones de tu corazón.»

Cuando nuestros místicos, y especialmente Juan de la Cruz, alcanzan las cimas últimas de su propia aventura y experiencia de fe, resulta que lo que encuentran es al *Hombre* como *valor*.

Ellos han vivido la fe. Esta fe nuestra, que se debate entre la oscuridad y la duda. A pesar de los fenómenos más o menos extraordinarios o patológicos que han sufrido, resulta que, cuando llegan al culmen de su síntesis vital, su hallazgo es el *Hombre*.

«En una noche oscura... salí.» Salió a buscar a Dios y lo encontró en el *Hombre*.

De aquí que la preocupación máxima del místico, que le hace permanentemente actual, es su preocupación por encontrar el sentido trascendente y radical de la existencia humana. Como ya se preguntaba el salmista: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?»

Sólo a través del conocimiento *real* del *Hombre* se puede encontrar a Dios, que es *lo real*. ¡Qué profundidad cobra así la primitiva revelación genesiaca de que el *Hombre* es *imagen de Dios*!

Pero a su vez y recíprocamente, sólo sabiendo de Dios se puede saber del *Hombre*. Así lo han expresado, de una u otra forma, todos los «buscadores». También San Agustín con su breve «quiero saber de Dios y del *Hombre*».

Por eso es maravilloso el esfuerzo de los místicos. «Buscando mis

amores - iré por esos montes y riberas. - Ni cogeré las flores - ni temeré la fieras - y pasaré los fuertes y fronteras...»

«Buscando mis amores», buscando a Dios, lo que —en último término— han encontrado han sido al *Hombre*, al *Hombre* como *realidad*, al *Hombre* como *valor*, al *Hombre* como *absoluto*.

Y así, cuando Juan de la Cruz ha completado su periplo, cuando ha bajado «a las bodegas del Amado» y ha bebido del «adobado vino», cuando ha recorrido todos los caminos, y ha descubierto el camino sin camino —«ya por aquí no hay camino»— que lleva a las cumbres de la unión, cuando *sabe* que «la amada se ha trasformado en el Amado», cuando sabe todo lo que es sabible de Dios antes de que se «rompa la tela de este dulce encuentro», nos deja como una apretada síntesis de todo lo que es el sentido de la existencia humana: su «oración del alma enamorada».

1. LOS PECADOS

A veces, el estilo de los místicos nos sorprende, se nos hace chocante e incluso —diríamos— un tanto amanerado.

A uno, que se siente varón, no se le suele ocurrir decirle al Señor exclamativamente: «Señor, Dios, Amado mío.» No nos sale eso del alma, por más de que —Dios lo quiera— estemos sintiendo el alma repleta del amor a Dios.

Nos sentimos, más bien, en plan de hijos, de pequeñitos y de desvalidos; y, desde luego, en plan de pecadores constantemente avergonzados.

Pero Juan de Cruz, en cuanto empieza a hablar de Dios o con Dios, tiene ya esa expresión en los labios o en la pluma, que, si ahora nos disuena un poco, está sin embargo diciendo la máxima hondura de la compenetración del alma y Dios. Del alma, esto es, del *Hombre*, porque cuando el místico habla del «alma», entiende al Hombre entero, hombre o mujer. ¡El *Hombre* amando a Dios! Medid la distancia. ¿Cómo la pobre «cenicienta» osará poner sus ojos en el rey de reyes? Pues ahí lo tenemos con el Hombre: «Señor, Dios, Amado mío.»

Es bien posible que en esta sola exclamación, dicha y vivida en la verdad, se encierre todo lo mejor de la experiencia mística. Que deberíamos repetirla cada día; y hacerla nuestra, muy nuestra. Porque el alcance de la fe para vivir en Dios no es privilegio de unos cuantos, sino llamada y urgencia de Dios a cada puerta; que estamos constantemente recibiendo en nuestro corazón la aldabonada de Dios, según la mística expresión de nuestro Lope:

«¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mis puertas, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Cuántas veces el ángel me decía:
‘Alma, asómate agora a la ventana:
verás con cuánto amor llamar porfía’...»

Abrir el alma a Dios, ¡amar a Dios! Este es el avatar del Hombre, este es el Misterio del Hombre. Y, evidentemente, cuando uno se deja invadir de Dios, es cuando está alcanzando nuevas cotas de humanidad.

¿Hacemos un pequeño escarceo «antropológico»?
¿Cuándo el antropomorfo llega a ser, de verdad, Hombre?

El segundo relato del Génesis nos muestra a Yahaveh-Dios formando al Hombre con el barro del suelo. Un polvo a quien El infunde aliento, soplo de vida.

El ser llamado «Hombre» es una nueva criatura, distinta de todas las demás criaturas creadas, a quien se le confía el señorío sobre todas las demás. El Hombre es «zoología», pero zoología con un soplo de Dios.

Ha salido del polvo y al polvo volverá, como cualquier vegetal o cualquier animal. Pero es un «polvo enamorado», como dijo Quevedo. Es un vaso de barro; pero un vaso de barro que contiene, no una sangre

animal, sino «humana». Un vaso de barro que se va a convertir en cáliz y que va a contener la Sangre de Dios.

¿Cuándo el antropomorfo llega a ser «Hombre»? Sólo, cuando en el tremendo viaje de los siglos, poniéndose la mano por visera para resguardarse de tanta luz que le deslumbra, igual que el marinero encaramado sobre la cofa del palo mayor, se ve obligado a exclamar alegremente: «¡Dios a la vista!»

Sólo cuando descubre a Dios es *Hombre* el Hombre.

Y entonces se siente «polvo enamorado»: «¡Señor, Dios, Amado mío!»

La plenitud humana viene a cuajarse cuando entre el Hombre y Dios ya no hay distancia; cuando el Hombre y Dios no son dos, según la expresión juancruciana; aunque nunca podamos confundirlos.

Y esta es la aventura del Hombre sobre la tierra, la llamada a la sublimación del ser humano en la Resurrección, que es el término central de toda fe y esperanza cristianas: el «más allá», la «transcendencia», el «tras la muerte»... que va cuajando aquí, en un proceso transformativo por donde el Hombre está llegando a divinizarse.

Así pues, toda experiencia del hombre que camina a lo Absoluto, del hombre que se siente en la Gracia, en el Don y en el Regalo... se expresa en la exclamación juancruciana: «¡Señor, Dios, Amado mío!»

Ya en eso nos podríamos quedar, sin leer ni una palabra más de la «oración del alma enamorada». Porque, en último término, ésta es la voz de Jesús cuando exclama «¡Padre!» en su oración. Ahí terminaba la oración de Jesús: justo cuando empezaba.

«Señor, Dios, Amado mío....»

Señor, por Dueño, por Infinito, por Omnipotente, por Creador, por Absoluto, por la Totalidad y por lo Eterno.

Y eso es el objeto único de todo mi amor. Me he quedado vacío ya de toda «cosa». Ya no soy nada. Soy yo. Ya no soy yo. Soy Tú, pues que te amo.

Todo eso que soy y en que consisto, lo que yo hago, lo que me mueve, lo que me informa, o eso que me hace ser lo que soy yo... ¿de dónde arranca? Sólo de Ti, pues que te amo.

«Señor, Dios, Amado mío.»

¿Qué soy? ¿En qué consisto, ¿En qué me ocupo?

Y ahí se yergue mi conciencia como un fiscal que acusa. Salmo 50:
«Mi pecado está siempre frente a mí.»

En la «oración del alma enamorada» esta primera parte es decisiva. Todo hombre se siente pecador. Madre y Maestra Iglesia nos lo recuerda siempre al principio de la gozosa celebración de la Eucaristía. Sólo peca el Hombre. El Hombre es pecado. El Hombre es el fracaso de Dios. Y no se puede ser hombre si uno no se descubre *pecador*. Metafísicamente optimista, científicamente optimista, oteando futuros inimaginablemente más amplios para el esfuerzo humano, el Hombre aparece pesimista frente a sí mismo. Los comportamientos éticos, individuales y sociales, son para desesperar: el Hombre es el Pecado y la Maldad.

Y, sin embargo...

Con un aire un tanto barroco, pero con una enorme precisión, he aquí el contenido de la oración juancruciana:

«Si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz en ellos, Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero; y ejercita tu Bondad y tu Misericordia; y serás conocido en ellos.»

¿Qué le anda pidiendo el Hombre a Dios?

Lo que el Hombre anda deseando es unirse con Dios. Lo que realmente está empujando nuestra vida es llegar a la «verdad definitiva», es traspasar los límites de lo perecedero y transitorio, para alcanzar los sin-límites de la eternidad. Lo que el Hombre desea —y al mismo tiempo teme— es *morir*.

Y en esto están de acuerdo todos los que han pensado, los que se han hecho atalayas y voceros de todos los demás, que andan dormidos, «encantados»... con las preocupaciones de las cosas de este «siglo».

«La naturaleza (Dios) no ha dado al Hombre otra cosa mejor que la brevedad de la vida», decía Plinio el Viejo. O Shakespeare: «La vida es como un cuento contado por un idiota, un cuento hinchido de palabrería y frenesí, sin sentido alguno.» Y hasta Voltaire, que nunca fue un ateo, sino un atormentado: «El sueño de la vida es una pesadilla perpetua.» «El sueño de la vida» o la «Vida es sueño» de nuestro Calderón; o su «Gran

teatro del mundo». O aquel: «Ven, muerte tan escondida que no te sienta venir, porque el gozo de morir no me torne a dar la vida.» O como Unamuno, que pensaba en la muerte para poder vivir despierto. Y el «muero porque no muero» de Teresa. Y el «rompe la tela de este dulce encuentro», de Fray Juan...

Todos los que han sido *hombres* han descubierto que esta vida no es la Vida, sino solamente su apariencia y su promesa. Que esta vida no es sino un segundo útero materno, cuya función es «darnos a luz» en la Verdad, darnos a la Luz y a la Vida.

Y, siendo esto así, pide Juan en la «Oración del alma enamorada»: ¿por qué no me llevas a mí ya, que tantas ganas tengo de encontrarme con tu Rostro y con tu Verdad? Señor, Dios, Amado mío: ¿por qué me dejas aún en este campo yermo, negro, oscuro, ingrato, que es la fe? La fe es como una maldición y un destierro que, sin embargo, estimamos como un don y un beneficio. La fe no es más que una separación y un exilio. Es no poder alcanzar lo que está constantemente ansiando mi alma. Es el tormento de Tántalo: estar muerto de sed, tener el agua al borde de los labios... y no poder beberlo.

Lo que pedimos es la muerte. Lo que andamos deseando es morir. No por morir. No por dejar el ser, sino por encontrar al *ser*, por descubrir nuestra verdad, por haber llegado ya a todo aquello por lo que fuimos creados.

Y entonces, si mis pecados tienen la culpa de que Tú no me des la muerte, «si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz Tú en mis pecados tu voluntad y ejercita en ellos tu Misericordia y tu Bondad, a fin de que seas conocido en mis pecados, y mis pecados se conviertan en alabanza de tu Gloria».

«Seas conocido en mis pecados...» ¡Qué valiente expresión! Seas conocido en mi pobre humanidad caída...

La Liturgia, esa vieja maestra del arte de orar, por aquello de que la ley de la oración es la ley de la fe, nos lo recuerda igualmente cualquier día. Domingo XXVI del tiempo Ordinario: «Oh Dios, que muestras tu *poder* en el perdón y en la misericordia...» ¡Todo el poder del Dios

omnipotente es el poder de perdonar y de ejercer misericordia frente al Hombre; y sólo frente al Hombre, que es el único, entre todas las criaturas, que tiene necesidad de ello! ¡Qué gozosamente se arrebuja uno entre los brazos del Padre cariñoso que olvida y perdona —aún por adelantado— el hecho de que nosotros seamos su *fracaso creativo*!

Sin querer, nos asalta el corazón y la memoria la figura del gran perdonador que fue Jesús. Jesús perdonando a Zaqueo y a Mateo: los del dinero. Perdonando a Magdalena, porque así amaría mucho más. A la mujer del adulterio, para vergüenza y fuga de los fariseos. A la Samaritana, la mujer de los siete maridos y que aún vivía con el que no era el suyo. Al paralítico y al ciego y al leproso, que son los signos de la caída humana. A Pedro, el Primer Papa negador de la verdad y de su evidencia de que El era el Mesías y el Hijo de Dios... ¡Perdonando Jesús a todos los pecadores con que se encontró por la vida!

El Hombre es el Pecado; pero Dios es el *perdón*.

¡Haz. Señor, en mis pecados tu voluntad! Eso es lo que yo más quiero. Porque sé que tu voluntad, en mis pecados, es perdonármelos. Tu estilo es olvidar mi mal para que brille tu bien. Y así, mis pecados, perdonados, serán el brillo de tu Bondad y el esplendor de tu Gloria. Serán mis pecados la causa de que veamos *quién* eres; y cómo todo tu ser es perdón y misericordia y amor: «Oh, Dios, que muestras tu *poder* en la *misericordia* y el *perdón*...»

Debe ser este sentimiento como la humildad absoluta del Hombre, que, sabiéndose criatura de Dios, se descubre siempre pecador. La compunción del corazón es una nota constante en toda la experiencia de los místicos. Es la experiencia de la humildad, esto es, de su propia verdad radical. No se ha sentido nunca el místico limpio de conciencia. No se ha sentido santo; como nosotros mismos, se ha sentido pecador y pequeño y bajo.

Pero ¡cómo le pide entonces a Dios el alma enamorada!: «Haz en mis pecados tu Voluntad, que es lo que yo más quiero.»

Y ¿cuál es la Voluntad de Dios en mis pecados?: «Ejercita en ellos tu Bondad y tu Misericordia.»

Porque yo tengo pecados, es cierto, Señor, y Tú lo sabes. Pero, ¿para qué los tengo sino para que Tú demuestres tu Bondad y para que se manifieste tu Misericordia Divina?: ¡Serás conocido en mis pecados! —Oh, feliz culpa del cántico pascual—.

Hay, de repente, como un trastreueque de valores. Hacen falta mis pecados para que, en la Creación, brillen esplendorosas la Bondad y la Misericordia Divinas.

Mis pecados rompen el orden y la harmonía de la creación. Es bien cierto. Ellos son un abceso y un tumor en las bellas proporciones de lo creado. Mis pecados son un monstruo. Pero un monstruo necesario para que se manifieste todo el poder de Dios. Mis pecados son la causa de una esplendorosa «teofanía».

Es hermoso contemplar cómo amanece, o cómo se ponen el sol. Es hermoso contemplar la grandiosidad de una noche estrellada. Es hermoso ver en cada cosa la magnificencia y el poder y la sabiduría de Dios. Pero, ¿dónde Dios se manifiesta más Dios? ¿Dónde es Dios más Dios? Dios es más Dios cuando me perdoná y me acoge; cuando pasa sobre mí, no el sol de la mañana, sino el Sol de su Bondad. Dios es más Dios, no cuando me deslumbra con su gran poderío, sino cuando me espera al regreso y soy yo el «hijo pródigo» que vuelve a los brazos del Padre, desencantado de todo, y busco en El mi refugio y lo encuentro.

Dios es más Dios cuando perdona —y perdona siempre—. Y por eso tengo derecho a rezar el Padre-Nuestro y llamarle «Padre» a pesar de toda mi sucia historia.

¡Señor, Dios, Amado mío! Que se ejercite en mí todo el brillo de tu Omnipotencia; perdóname, para que seas conocido en mis pecados. Que yo pueda excluir, amándote más porque más me has perdonado: ¡benditos sean mis pecados, mi única riqueza! Yo los ofrezco a tu perdón a fin de que, ellos también, sirvan para alabanza de tu Gloria!

Y, si me perdonas ya, llévame ya Contigo, que es lo que te ando pidiendo. Tengo prisa. Porque llegar a Ti es todo el sentido de la existencia humana.

¡Bendita Muerte, ven! Marahna, thá!

2. LAS «OBRAS»

«Y si es que esperas a mis obras para, por ese medio, concederme mi ruego, dámelas Tú y óbramelas; y las penas que Tú quisieras aceptar; y hágase. Y si las obras mías no esperas, ¿qué esperas, Clementísimo Señor mío? ¿Por qué te tardas? Porque si, en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi 'cornadillo', pues que le quieres; y dame este bien, pues que Tú también le quieres.»

El hilo de la oración es la prisa. El descubrimiento interior de que *el Hombre consiste en ser Sed de Dios*. «Mi alma tiene sed de Ti», decía ya el salmista.

«¿Qué esperas? ¿Por qué te tardas?»

Es la clara conciencia de que esta vida no es más que «viaje», peregrinación y romería. Todos los viejos sabios mitos vétero-testamentarios hechos carne de la vida misma:

Abraham, dejando el acomodo de su Ur para ponerse en camino hacia una «tierra nueva» que Dios le mostrará.

El pueblo hebreo, íntegro, dejando a sus espaldas los fértiles valles del Nilo, para buscar —a través de la noche y del desierto— «La tierra Prometida».

Prisa de llegar, siempre prisa...

Si tengo que ir a casa y estoy por el camino, me urge llegar pronto, a buena hora. ¡Qué lentamente corre el tren o qué poco anda el coche...! Tengo que llegar!: ¿Por qué te tardas, Señor?

Si para llegar ya, el estorbo era el pesado fardo de mis culpas, perdóname Tú, Perdonador: ¡ya te lo he dicho!

Y si esperas a mis obras, ¡qué problema para Ti!: «Si esperas a mis obras, dámelas Tú y óbramelas; y las penas que Tú quisieras aceptar; y hágase.»

Si esperas a mis grandesas y a mis heroicidades, Tú sabes que no puedo, sólo, ni decir «Jesús». ¡Obra Tú en mí! Dame Tú la cruz que Tú

quisieres de mí y dame tu gracia para que yo la pueda llevar, con la elegancia de Cristo, por el camino de «mi» calvario. ¡Con tu gracia me harás poder, obrarás Tú en mí! Y «Hágase tu voluntad en mí lo mismo que se hace en el Cielo.»

¿Dolores, sufrimientos, purificaciones...? Leamos la «Noche oscura» de Fray Juan.

Pero son todas purificaciones que traen los grandes bienes.

Sí, Señor. No quiero andar engañado sobre los oropeles que pueda andarme ofreciendo este mundo y su halago.

Incluso Séneca, un hombre que *no* llegó a saber de Cristo, nos lo avisa:

«Piensa, pues, que Dios nos dice: ‘¿Qué razón tenéis para poder quejaros de mí, vosotros, que gustáis de la rectitud?’ He rodeado a los demás de falsos bienes y he burlado sus espíritus vacíos con una especie de largo y engañoso sueño. Los adorné de oro, plata y marfil: nada bueno hay dentro. Esos que tomáis por felices, si los vieras, no por donde se presentan a nosotros, sino por el lado oculto, son desdichados, miserables, asquerosos, compuestos por fuera a semejanza de sus paredes. No es la suya una felicidad íntegra y consistente; es una capa, y muy ligera, por cierto. De modo que, mientras les es posible mantenerse y mostrarse a voluntad, brillan y se imponen; cuando sobreviene algo que les perturba y descubre, entonces se hace evidente cuánta porquería profunda y verdadera encubría un resplandor que no les era propio» (Diálogo «Sobre la Providencia», 6,3-4).

Sí, Señor. No me des del halago del mundo, sino de la reciedumbre de la Cruz.

Sea en mí verdad esto otro de Séneca: «Os he concedido el desprecio a lo temible, el hastío de los placeres; no relucís por fuera, vuestros bienes radican en vuestro interior.»

¡Que en mi interior radiquen mis bienes, porque Tú hagas posible que yo los tenga y me des todas las penas que Tú quisieras aceptar. Y así

obres Tú en mí las obras que Túquieres y esperas, para darme el bien que yo espero y que Tú tambiénquieres. ¡Fúndeme en Cristo y «hágase tu voluntad»!

Y si mis pecados no son ya impedimento (porque Tú perdonas) y si tampoco es impedimento mi falta de obras (porque Tú suples y las puedes obrar en mí), ¿por qué te tardas? ¿Qué esperas para darme —por la muerte— la Visión de Ti, la Paz y la Vida?

El Hombre no descansa hasta que descanse en Dios.

¿Hace falta algo mío? Pues «toma mi cornadillo, pues que loquieres»; mi cornadillo, esto es, mi pequeña contribución para que Tú consigas el fin que buscas de mi dicha; toma mi cornadillo, mi aceptación completa de tu voluntad, mi dejarme en tus manos, mi dejar mi cuidado «entre las azucenas olvidado»: ¡toma mi cornadillo! «Y dame todo mi bien, pues que también Tú loquieres.» Ese Bien que es mi Muerte para llegar a Ti: «rompe la tela de este dulce encuentro».

En el capítulo XIII de la «Subida al Monte Carmelo» nos resume San Juan la aportación que Dios espera de nosotros, en qué consista nuestro «cornadillo»:

«Procure siempre inclinarse
no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso;
no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido;
no a lo más gustoso, sino a lo que da menos gusto;
no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso;
no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo;
no a lo más, sino a lo menos;
no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciable;
no a lo que es querer algo, sino a no querer nada;
no a andar buscando lo mejor de las cosas temporales,
sino lo peor; y desear entrar en toda desnudez y vacío y
pobreza, por Cristo, de todo cuanto hay en el mundo.»

He aquí el camino para la auténtica libertad, para la verdadera felicidad.

«A vosotros —dice Séneca, poniéndolo en labios de Dios— os he dado bienes seguros, duraderos, mejores y mayores cuanto más vueltas se les dé y más se les analice; os he concedido el desprecio a lo temible, el hastío de los placeres; no relucís por fuera; vuestros bienes radican en vuestro interior. He puesto dentro de vosotros todo bien. Vuestra felicidad es no necesitar la felicidad.

Acaecen muchas cosas tristes, terribles, difíciles de tolerar... Como Yo no podía (no quería) sustraeros a ellas, armé vuestros espíritus frente a todo: soportadlo con valor. En esto sobrepasáis a Dios: El está al margen del sufrimiento; vosotros, por encima del sufrimiento. Despreciad la pobreza: nadie vive tan pobre como ha nacido. Despreciad el dolor: desaparece o hace desaparecer ('rompe la tela'). Despreciad la muerte: acaba con vosotros u os traslada de lugar (¡os traslada de lugar!). Despreciad la suerte: no le concedí ningún arma capaz de herir el espíritu. Ante todo me guardé de que nadie *os mantuviera sujetos* (esclavos) contra vuestra voluntad.»

Y es curioso comprobar cómo, desde los puntos más opuestos de la rosa de los vientos, buscadores del *Hombre* tan dispares como Séneca, Zarathustra (Nietzsche) o San Juan de la Cruz vengan a encontrarse en las mismas avenidas. De estos tres, el que más empuja al *Hombre* hacia su altura de grandeza de libre es el santo cristiano.

3. LA «ELEVACION» DEL *HOMBRE*

«El alma enamorada» juancruciana, siguiendo su diálogo con Dios, se pregunta y le pregunta al Absoluto:

«¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos si no le levantas Tú a Ti en pureza de amor, Dios mío?

«¿Cómo se levantará a Ti el Hombre, engendrado y criado en bajezas, si no le levantas Tú, Señor, con la mano que le hiciste?»

«¿Quién podrá levantarse a Ti, en *transcendencia*, si Tú no lo levantas?

¿Quién podrá llegar a *ser Dios*, siendo barro y bajeza como somos, si Tú no ejercitas de nuevo tu poder creador y nos haces *nueva criatura*?»

He ahí todo el misterio del Hombre: ser un algo divino en camino de serlo *realmente*.

Habría que traer aquí a larga colación toda la *llama juancruciana*. Toda la relación ontológica entre el ser limitado y el Ser Infinito. Algo real es verdaderamente el Hombre. Algo real con capacidades de infinito, con chispas de inteligencia y abismos de capacidad de amor. Algo nacido para Dios, creado para Dios, con deseos insaciables del *todo*. Y aún ya en esta vida, cuyo término provisional es la muerte, el místico nos presenta al Hombre sumido en Dios, engolfado y anegado en Dios, hecho *uno* con Dios. Es el testimonio supremo de los que han sabido buscar de verdad la elevación del Hombre. Un esfuerzo que nos sobrepasa y que no es posible más que en el ámbito de la Gracia, de la Obra de Dios en nosotros: «Cómo se levantará a Ti el Hombre... si Tú no le levantas.» Dios realiza esa elevación que consiste en la identificación del Hombre y Dios: «Dios es el obrero» (can. I,v.3,n.9). «El Verbo, Hijo de Dios, que por la delicadeza de su ser divino penetra sutilmente la sustancia de mi alma» (can 2,v.3,n.9). «Todo lo que se pueda decir en esta canción es menos de lo que hay, porque la *transformación del alma en Dios* es indecible. Todo se dice en esta palabra y es que el alma (el Hombre) *está hecha Dios de Dios* por participación de El y de sus atributos» (can. 3,v.1,n.8).

¿Estará de más el que nosotros pongamos nuestro «cornadillo» en la fragua para que la «llama viva» de Dios construya con nosotros la *nueva criatura*? ¿El Hombre que es creado en justicia y en santidad de verdad? ¡El Hombre siendo Dios en Dios...!

* * *

En la oración juancruciana, aparecerá ahora todo el «cristo-centrismo» de su obra escrita, de su vida vivida, de su experiencia de Dios. ¿De dónde le viene al Hombre la esperanza y la seguridad de ser «levantado» y «sublimado» en Dios, en la propia vida de Dios, si no es por Cristo y desde Cristo?:

«No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo, Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero. Por eso me holgaré que no te tardarás, si yo espero...»

Todo el Don de Dios es Jesús, el *Dios-Hombre*, el Hombre-Dios. En El se cierra el círculo de la Creación. El es el Principio y el Fin. El Alfa y la Omega.

Nunca sabremos, mientras vivamos, la razón de la Creación. ¿Por qué ha querido Dios crear, fuera de sí mismo, todo este lujo existencial que a El no le vale para nada? Porque El no necesita nuestras alabanzas, ni nuestra existencia le enriquece. Porque El es El, el que *es*, el *sol* y el Sobrante, el *todo*, el *absoluto*. ¿Por qué habrá querido crear, crearnos, crearme...?

Y, sin embargo, se «recrea» en lo creado. «Vio todo lo que había hecho; y era bueno.»

Y todo lo quiere llevar a perfección. Y al Hombre, al que ha puesto a la cabeza de lo creado, dándole el dominio sobre todas las cosas, al *Hombre* le da más: la da su propio Espíritu a través de la presencia del Dios-Humanado, le da y le regala su propia categoría de Dios.

Todo nos lo ha dado Dios en Cristo. Todo. De una vez. Para siempre: «No me quitarás lo que una vez me diste.» Se nos dio El mismo. En promesas, en fe, en experiencia interior, en deseos, en búsqueda, en noche y en alborada...

Pero, sobre todo, se nos da y se nos queda en *Sacramento*.

Ser cristiano es para enloquecer, si nuestra fe fuera siquiera pequeña como un grano de mostaza. Pero ni a eso llegamos. Andamos «encantados» —como los «príncipes» de los cuentos de hadas— «encantados», esto es, engañados, dormidos, falseando la verdad de nuestra propia y honda verdad. Porque las cosas, y el *Hombre* sobre todas, una cosa *son* y otra *parecen*. Y es preciso que rompamos la cáscara del *parecer* para encontrar la sustancia del *ser*.

¿Qué más le podemos pedir a Dios si se ha hecho *Hombre*? ¿Si un *hombre* es Dios en plenitud y en *El* todos los hombres tenemos acceso a lo divino?

¿Qué sentido de *verdad* tenemos cuando el sacerdote nos dice, en un gesto, que es toda la entrega de Dios a los *hombres*; el *cuerpo de Cristo*? ¿Qué fusión de *vidas*? ¿Qué entronque de lo de *El* en lo nuestro?

Resbalamos. Una vida mística es la vida en la verdad del Hombre. No está más allá de nuestras capacidades. Porque *El* es el obrero y está al trabajo en nosotros.

Sólo tenemos el impedimento de nuestro sueño. Dormidos o encantados, no vemos romper al sol de la mañana; y nos sentimos «acomodados» en el «teatro del mundo». ¡Qué hermosas nos parecen las máscaras!

Pero un alma de fe, un espíritu gemelo en tantas cosas del de Juan de la Cruz, Teresa, nos cuenta en su «Vida» (9,2): «Como sabía que estaba allí, cierto, El Señor dentro de mí poníame a sus pies.»

¿Pudo hacer *El* más? ¡Ponerse allí, dentro de mí!

La cuestión es «saber (saborear) que Dios está allí, dentro de mí». «Saber que Dios me lo ha dado todo en Cristo y que Cristo se me ha dado en comida: *tomad y comed; esto es mi cuerpo*.»

Jesús nos lo inventó. Dios es nuestra comida.

¿De qué nos vamos a alimentar en adelante? ¿De fruslerías? ¿De la carne y del pan de este mundo, que ya está pasando antes de ser? ¿De toda la mentira? No podremos alimentarnos de la *nada* cuando nuestra hambre es hambre del *todo*. No podremos saciarnos con el vacío, puesto que tenemos necesidad de la *plenitud*.

Cuando sepamos que «está allí, cierto, el Señor», sabremos lo que es el Amor, sabremos qué cosa sea vivir, sabremos lo que es «ser *hombres*» y empezaremos a entender qué cosa es *ser* Dios.

Todo nos lo ha dado Dios en Cristo. Y Cristo se nos ha dado *todo* en la Cruz y en la Eucaristía. Está expedito nuestro camino hacia las nuevas etapas de lo humano. Nuestra «elevación» hasta Dios. «Por eso me holgaré que no te tardaras, si yo espero.»

Yo sé que en Cristo «reside toda la Plenitud de la Divinidad». Y Dios nos ha dado a Cristo. En Cristo-Seguridad esperamos. Y sabemos que el *tiempo* no es nada. ¡Qué torturas para otros que quisieron llamarse «humanistas» y quisieron «salvar al Hombre» por caminos retorcidos, tan

lejos de la verdad del *Dios-Hombre*...: Bergson, Heidegger, Sartre, otra vez Nietzsche, «ismos», «ismos»... «ismos»...!:

«No tardarás, si yo espero.» Y yo quiero esperar, esperarte. Me sentaré al borde de la acequia. Junto a la fuente cristalina. Escucharé a los pájaros cantar y miraré el andar cansino del abuelo. Contemplaré cómo se come el sol su propia sangre, cómo se duerme cada tarde en su viejo nido de los chopos del río... Esperaré, Señor. ¡No te me tardes! Yo sé que el tiempo es nada. Y aun esta nada se me hace larga, mientras te espero... Te esperaré. Siento que ya la tarde de la vida va cayendo sobre mí, mientras te espero...

4. DIALOGO DEL *HOMBRE* CON EL *HOMBRE*

De repente, la oración juancruciana da un giro inesperado. Deja el Hombre de dirigirse a Dios para increpar al Hombre. No es hablar consigo mismo como en tonto narcisismo. Es tomar como *dos* diferentes *planos* de conciencia. Habla el Hombre de la *experiencia* de Dios, con el *dubitativo*. Habla Juan, con nosotros. Y nosotros le respondemos tímidamente, como los indecisos a perdernos con él en sus alturas. Es todo un grito de aliento y de esperanza. Como si quisiera decírnos que todo lo suyo es también para nosotros y que no andamos tan lejos de la verdad, que podemos descubrir en nosotros la auténtica verdad del Hombre y su grandeza. Los místicos no nos hacen señales desde sus alturas para darnos envidia. Nos llaman sinceramente para que les acompañemos en su ascensión. Ellos serán nuestros guías y estaremos seguros de no perder la senda que conduce a nuestro propio encuentro, mientras vayamos «a zaga de su huella».

Y así nos increpa el Santo, desde su otero:

«¿Con qué dilaciones esperas, pues desde luego puedes amar a Dios en tu corazón?»

¿Estás asustado por haber vislumbrado tu *grandeza* y tu *libertad* en la Esperanza? ¿De qué te pre-ocupas, Hombre, puesto que puedes *amar*? Tú

has llegado ya a lo eterno, ánimate. Eres *eterno*, pues que *eres*. Puesto que ya eres un «estar ahí», con tu conciencia y tu inmensa capacidad de amor, ya eres el *ser*, participas de lo *absoluto*, de «Lo-suelto-de-todo», de lo *libre*, de la *verdad*. ¿Qué esperas, si ya puedes *amar*?

Quizá sea ésta la más honda intuición sobre el Hombre:
El Hombre consiste en Amar.

¿Qué han hecho, hasta ahora, los «humanismos» con el Hombre? Es pavorosa cualquier mirada sobre la Historia. Los «hombres» no han hecho más que «dualizar» al Hombre. Razas, Pueblos Elegidos, Poderosos, Mentores de la Ciencia, Progresistas, Poseedores de la Verdad, Cruzadas, Imperios, Revoluciones del Proletariado, Igualdades y Fraternidades y Libertades...: ¡Falsedades!

Todos los «ilustrados» de todos los tiempos, todos los «humanistas» de todos los tiempos, fiados de los milagros del «progreso», no han hecho más que dominar al Hombre partiéndolo en «Dominadores» y «dominados»; blancos y negros; altos y bajos; dignos o indignos; «hombres» (sin horizonte) y basura. ¡Que alcen su voz los «libertadores»! ¡Que me digan dónde están los «salvadores»!

El mundo, sin Cristo, no ha engendrado más que el fracaso del Hombre. Ya es bien triste que tenga categoría de aforismo una frase como esta: «La historia se repite.» Que es como decir: «El hombre no avanza.» ¡Por los siglos: el hombre no avanza!

Triste es reconocerlo. Pero, al menos, es leal. Y hay que meter la mano al corazón de la conciencia de los hombres y clamar desde todas las atalayas de la existencia humana: ¡estamos poniendo nuestra esperanza donde no está la verdad!

Hay algo que estamos siempre ignorando, como si nos diera vergüenza confesarlo: *no es el Hombre quien se salva a sí mismo*. ¡Necesitamos de *Dios*!

Y ese Dios que *nos salva* se ha hecho *carne nuestra*.
Nos ha descubierto que *Dios es el Amor*.

«¿Con qué dilaciones esperas, puesto que ya puedes *amar*?» Ama, puesto que eso es *ser Hombre*, ya que *Dios* es el *Amor*.

Al final, ¡qué fácil es ser místico, esto es, «hombre del misterio», «hombre de la entrega» confiada a la Verdad! Todo consiste en que amemos sin dilaciones, que sintamos nuestra vida perdida en el universo, que seamos, como Dios, un Amor derramado sobre todas las cosas, sobre todos los hombres. Y demos por ello la vida: «Nadie tiene más amor que aquel que da la vida por sus amigos.»

El Hombre, el verdadero Hombre, aquel que es la imagen del Absoluto y del Libre, aquel que *ya* está salvado y que ha encontrado su plenitud, *el Hombre*, consiste en *amar*: «Que ya sólo en Amar es su ejercicio.» Y un amor que no distingue objeto. Todo el mandamiento de Dios, que no es «mandato», sino ordenación del hombre hacia su verdad, anda ahí resumido en todo el Evangelio: «Amarás a Dios y a tu prójimo», que eres Tú mismo en ambos casos, «como a ti mismo». Y esto, en las cláusulas del Gran Teatro del Mundo, continúa inédito.

* * *

Alguien, no obstante, lo ha logrado a imitación y en seguimiento de Cristo.

He aquí el segundo plano del diálogo del Hombre con el hombre.

Desde su logro, él nos grita su alegría porque se siente Dueño y Absoluto. Porque se siente el Libre con la libertad verdadera del «ya por aquí no hay camino, que para el justo no hay ley». Se siente Dueño del mundo creado y aun Dueño del mismo Creador. ¡Así de grande es el hombre cuando ha llegado a *ser Hombre*!:

«Míos son los cielos y mía es la tierra.

Mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores.

Los ángeles son míos, y la Madre de Dios; y todas las cosas son mías.

Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí.

*¿Pues qué pides y buscas, alma mía?
Tuyo es todo ésto y todo es para tí.»*

Ese es el *hombre real*. No menos. Es preciso tomárselo en serio. No es el sueño de un borracho. Ni menos la imaginación de un esquizofrénico.

Es la verdad que se resuelve al final de una inmensa aventura de fe. Es la experiencia de Dios sobre la tierra, como un cuarto de hora antes de irlo a experimentar en la esperada tras-muerte que nos abra a la Gloria del Hombre.

Ese «todo es tuyo» de la plegaria juancruciana marca el margen único de la Absoluta Libertad del Hombre.

Y nos invita a la grandeza: «No te pongas en menos»: ataduras, «cosinas», apetitos, pequeñeces, soberbias, afán de dominio, nombradías, cargos, importancias, dineros, envidias, «celos», sentimiento de fracaso, salud, enfermedad, olvido, humillación, des prestigio, calumnias, trabajos o gozos... ¡fruslerías! No son más que las máscaras con que se disfraza el vacío para la comedia de este mundo que pasa y que no es. «¡No te pongas en menos! ¡No repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre!

¡Tú, sal fuera de eso y gloriáte en tu gloria!»

«Quien se cierre sobre las más altas montañas se ríe de todas las tragedias de la escena y de la vida» (Nietzsche: «Así habló Zarathustra.» 2.º parte).

Tú, sal fuera. Vete de las cosas, sin dejarlas; no seas de *este mundo*, estando en él, pero cambiándole.

¡Escóndete en tu gloria (gloria del Hombre) y goza.

Y alcanzarás las peticiones de tu corazón: alcanzarás tu Muerte que es *tu vida*.

Y vivirás con Cristo por morir con El.

El tras-mundo, que tú tanto esperabas está ahí.

Dios es tu Dios, porque Tú eres el *Hombre*.

NOTA: Al cura de aldea le da algo así como vergüenza de haber escrito esto. Siente algo así como si sus botas, hechas al barro, hubieran irrumpido en un prado «de flores esmaltado», profanando su inmensa hermosura.

Por eso quiere refugiarse en más alta cabaña. Recurrid a Fray Juan. Leed, en el reposo de las tardes doradas, lejos de ruido y de angustia, en el suave retiro de las horas dormidas, la «Llama de Amor viva» y sus comentarios.

Quizá la obra menos estructurada de nuestro Santo; porque no caben estructuras en el volcán de Amor de Dios para los hombres.

Pero, eso sí, el cura de aldea está convencido de que esto es el único *Humanismo*: la *Grandeza del Hombre* alcanzando a *Dios*.



Institución Gran Duque de Alba

QUINTA MEDITACION

LA ORACION DEL
«HOMBRE LIBRE»



■ Institución Gran Duque de Alba

Dejadme que os lo cuente. Esta tarde de otoño se ha puesto el sol en oro puro. Ha vestido el aire de luz y claridad no usadas. Se ha dormido mi sol en los brazos de mis chopos de siempre. Pero como Midas, ha ido cambiando en oro todo lo que tocaba. El viejo campanario, las humildes y chatas casuchas de mi aldea, el cielo gris, las gotas de agua... Se ha encendido el ventanal de mi cocina, y los niños, los pocos niños, osados a jugar en la llovizna de la tarde, se habían convertido en niños de oro. Era de oro el seco rosal y los álamos niños de mi huerto. Y, en un momento dado, he creído que también mi corazón se convertía en oro.

Venía de la Misa de la tarde. Venía de advertir a los hermanos hombres que es inelegante rehusar la invitación del Rey de Reyes que nos tiene dispuesta y abastada la Mesa y el Festín, que celebra las *Bodas del Hijo* con esta *humanidad* despreocupada...

De junto a Dios venía. Pero estaba mi Dios en todo el oro de la tarde callada, casi hostil con su viento; y casi enamorada del oro derramado por los anchos campos, donde se muere ya el girasol y donde se abre el haza de la nueva arada. De junto a Dios venía cuando Dios me esperaba, envuelto en luces de oro, en la infinita tarde que está anunciando ya la gloria del alba, la luz de la alborada, el signo perpetuo de la resurrección y de la vida.

De junto a Dios venía y otra vez le encontré donde yo menos sospechaba...

Que está Dios en la vida y en las cosas. En la luz y en la tarde. En la vesana de oro: cuando menos lo esperas...

Y entonces surge un grito robusto y la voz que te explica y dice quién tú eres: *¡Padre, Padre...!*

* * *

Luego tú eres *hijo*.

Quisiera yo saber qué es, en mí, ser *hijo*.

Una vez, hace ya muchos años, recordando con amor a aquel «padre» que me engendró a esta vida; y que marcó mi vida con «sus cosas» y con su vida misma, le dediqué un poema. ¿Me permitís, que, masticando otra vez lo que siento de hijo y lo que barrunto de padre, os lo transcriba aquí?:

«Mi padre era menudo,
pequeñito y risueño;
era romántico y travieso;
tenía —como yo— verdiazules los ojos
y miraba de frente.

O agachaba, de pronto, la cabeza
para pensar más hondo
y decir, de repente, cualquier cosa
que trascendía a Dios sin él saberlo.
Era mi padre.

Tenía el genio fuerte.

Se enfadaba, hasta perder el habla hablando.

Pero tenía el corazón más blando
que una muchacha de quince años.

Nunca guardó un rencor, ni tuvo envidia.
Se sintió 'gran señor'

y era más pobre que un gitano.
Era mi *padre*.

Guiaba el rosario en casa,
bendecía la mesa,
leía cada noche un poquito del 'Kempis'
o del 'Camino de Perfección' de Teresa,
o del Padre Granada...
Nunca decía nada,
pero tenía siempre a Dios en la mano
o en los labios;
que le salía de dentro
y lo ofrecía a todos,
como el hombre que da pan a los pájaros...
¿Sería mi *padre*?

Se me durmió en las manos...

Serían las doce de la noche.

¡Ay! ¡Cuánto había amado!

Se sintió *vivo* en mí,
otra vez renacido y empezando.
Y me hablaba de Ti, mi Dios,
sin conocerte:
pues mi Dios y su Dios no son el mismo
y no son diferentes.

¿El sigue vivo en mí?

¿Soy yo su hijo?

¿Quién te ama a Ti, mi Dios?

¿Es él o yo, o los dos?...

Era *mi padre*.

La Vida era un misterio en su vida;
y la esperanza era camino sin vuelta.
'Hay que esperar' —me dijo un día—
y yo sigo esperando
¡tantas cosas...!

El era un hombre bueno,
como dijo Machado:
'en el buen sentido de la palabra,
bueno...'

Sabía sonreír y bailar;
sabía ser sufrido sin presumir de nada;
sabía oler la rosa
y acariciar a un niño
y contemplar el cielo
y descubrir el nombre de una estrella.
Sabía pasear y perdonar;
empuñar un fusil
y ser heroico a medias
para que nadie hablase de él.

Cogía zarzamoras en el río;
y, en verano, se bañaba tres veces
—ni una más—
en el agua que corre
cantando su alegría.

Y todos le querían...

¿Seguirá vivo en mí?

Mi padre era esa cosa
que, cuando ya no está,
lo llena todo.

Mi padre es como un gozo indefinido,
como una rosa muerta
que hubiera —en mí— dejado su perfume;
como un canto de vida que no acaba,
que cierra en Ti, Dios mío,
su círculo de amor...

Y no lo entiendo,
pero soy él, que muere en Ti.
¡Oh amor!
Era *mi padre*.

Y ¿soy su hijo, yo?

¡Hace ya tanto tiempo
que se durmió en mis manos...!

Este amor que yo tengo
¿es su amor?

¡Oh vida, oh muerte, oh misterio...!
¡Ay, la Historia de Dios...!»

* * *

Era tan sólo un sentimiento de *hijo*. De esa maravillosa *dependencia* por la que uno «no se es»; sino «que viene de».

¡Qué sería esto en Cristo, que se sentía «proceder» eternamente del *eterno padre*...? ¡En el Misterio del *amor* Eterno, en la *fusión* que hace posible y necesario al *ser, ser, ser...*!

* * *

Yo me he «sentido» «proceder-de...». No ser «yo» si no es en esa corriente de la vida por la que uno es desde otro, o repite al otro, o explica al otro, o define al otro, o se es el otro para ser tú mismo.

Con esa veraz sagacidad de los ingenuos, de los niños, ¡cuántas veces me he quedado sorprendido ante la admiración de los pequeños a quienes yo enseñaba una «foto» de mi padre! Decían: «Este eras tú cuando eras joven.»

No es más que una «analogía». Pero, al fin, el hombre sólo conoce por «analogías», por «semejanza» y por «imagen». No estamos nunca tan lejos de las »ideas« de Platón. Dios me libre de entrar en «epistemologías» o «teorías del conocimiento». Yo sé que yo sé. Y esto que sé me está diciendo que yo soy el hijo de mi padre, que yo soy su continuación y su complemento; como él nunca se sentiría ser sin mí, que soy su expresión y su verdad, que soy su *palabra*. Que he sido toda su esperanza y todo su gozo.

Un día me dijo, cuando él estaba ciego y yo acababa de llegar al Sacerdocio, tomando mi mano entre las suyas, acariciándola y besándola —con una enorme devoción a lo sagrado—: «¡Hijo, ya soy Sacerdote...!»

Es sólo «analogía». Un cierto parecido o una cierta proporción. En último término, por proporción y por regla de tres se solucionan todos los problemas: hasta los más intrincados de la técnica moderna. Hasta las «parábolas» del Evangelio. «Esto es a lo otro, como aquello es a Ti.» Cruza los multiplicandos y divide. Y encontrarás la solución.

Es sólo «analogía».

Pero «análogamente» hemos de ir descubriendo qué cosa es ser *padre* y en qué consiste ser *hijo*. Cómo el Hijo es la expresión del Padre, la continuidad del Padre y la Palabra del Padre. Cómo no se es Hijo sin el Padre y cómo no se es Hijo sin ser la reduplicación del Padre. Cómo el Padre se siente ser en el Hijo y cómo no puede ser Padre sin el Hijo que le expresa y le define, que le repite y le anuncia: que le da en comunicación a quienquiera que entre en la Familia. Cómo Padre e Hijo no pueden ser tales si no están fundidos en el *uno* por el vínculo del *amor*: «Este eras tú cuando eras joven», me decían los niños. Y descubrí el secreto de la *filiación divina*.

A los ojos de Dios ¿me pareceré yo a Dios como, a los ojos de los niños, me parezco al padre que me engendró para esta vida del «acontecer» posibilitante de mi eternidad?

Es sólo «analogía».

Pero a ella recurrió Jesús, El *Hijo* que ha descendido desde el *Padre*, para decirnos *quiénes* somos nosotros, quién es el *Hombre* y cuál es la

esperanza que nos aguarda más allá de las formas y figuras en que consiste esta pre-vida, posibilitante de la *Vida* en verdad.

Es sólo «analogía».

Pero en eso consiste todo el ser del *Hombre*: «Analogía de Dios», «Imagen de Dios», »*Hijo de Dios*». Repetición de Dios. Continuidad de Dios en lo creado. Anuncio de su Verdad y expresión de su Amor. (Todo se queda pequeño al decirlo.) El *Hombre* es Dios en camino, el *Hombre* es Dios en Dios, por participación: «Este eres tú cuando eras joven..» ¡Qué hermoso es pensar que el Rostro de Dios parezca más joven que mi propio rostro de hombre, cuando los niños me contemplan! Pero »*Hijo de Dios*», como hijo de mi padre.

Los cristianos, en gran medida, seguimos siendo ateos.

No creemos.

Nos hemos llenado de ínfulas orientales y de racionalismos griegos y romanos. Y hasta de «ciencias ocultas» de todas las escuelas habidas y por haber.

Pero ésto, tan sencillo, tan crítico, tan evangélico, tan *nuestro...* lo hemos dado al olvido vital: realmente, nunca lo vivimos.

Veo a mi pequeña comunidad parroquial. De verdad, de verdad, ¿se sienten *Hijos de Dios*? ¿Hablan con su Padre? ¿Se sienten su Imagen y su Prolongación y su Expresión y su Palabra...? ¿Se sienten *amados*? ¿Se «conocen» envueltos en el «misterio» de un *amor* que es eterno y personal? ¿Se *viven*, por dentro, como algo que ha nacido para la *inmortalidad*, para la *vida*?

Veo a esta *Iglesia universal*. ¡Esta Iglesia comida de menudencias!, ¡Madre mía!: ¡Que si se tose así, que si se tose así...! ¡Que un rito, que si una palabra, que si un gesto, que si es un hombre, que si es una mujer, que si éste aceite, que si aquél agua, que si un vestido, que si esta forma...!

¡A lo esencial! Dios como *padre*. Y el *Hombre* como *Hijo y heredero*. Y Cristo en Cruz, que nos lo gana todo. Y su *Espíritu* derramándose en nuestros corazones, para que seamos capaces de llamarle »*Padre*» a El, por que lo es: y nosotros a sentirnos *hijos*, pues que lo somos. Y a saber que el *amor* nos circunda para que seamos capaces de descubrir que el

Hombre ya no es hombre sólo, sino que es *Hombre-Dios*, formándose y haciéndose, en camino, salvándose con la fuerza de El, con la gracia de El, con la infusión de El en nosotros, con el desbordamiento de su Amor, de su Espíritu en nosotros —que no merecemos nada— que lo encontramos todo de regalo, manando de la Cruz en un chorro de Sangre de Dios que diviniza cuanto toca y de un fuego de Amor que purifica a todo cuanto quema.

¡A lo esencial!

Dios como Padre, pues que lo es.

Y el *Hombre* como *hijo*, pues que también lo es, en su designio amoroso, elevador, salvador y *explicador* del *Hombre* mismo.

No es el *Hombre* sin *Dios*.

Y ya, tampoco, en este orden de Cristo, en esta *Encarnación* que El ha querido, tampoco es *Dios* sin el *Hombre*. Porque Dios se ha hecho *Hombre*.

* * *

¿Habrá un diálogo —digo yo— entre el *Hombre* que aspira a Dios y Dios que aspira al *Hombre*? ¿Qué interés se te seguirá, Dios mío, que te has hecho mendigo de lo Humano?

A las puertas de una humilde aldea de Nazaret te he sorprendido mendigando licencia para entrar en este mundo que Tú habías creado y que no era tu mundo todavía. Sólo fue tuyo por Ella. Porque Ella quiso darte un »Sí» que ha cambiado todo el destino de nuestra historia humana y todo el sin-destino de tu esencia Divina: ya no serás Dios sin nosotros. Serás En-manuel: *Dios-con-nosotros*. Y sin nosotros *no serás Dios*. No serás más que el *desconocido*. Y, por consiguiente el *ignorado*, esto es, el *no-existente*. No existe, para mí, más que aquello que me es conocido. Si yo no te *conozco*, no existes, Dios mío. Por eso has mendigado hacerte *hombre* y has pedido licencia a una doncella nuestra para hacerte carne en el calor *humano* de un útero materno. Y así has querido dejarte conocer, visiblemente, para que pudiéramos amarte de verdad.

Pero, cuando has venido, te nos has revelado nuestro y tras-nuestro. De nuestra propia carne hasta la muerte. Pero diciéndonos de aquella otra *»realidad»* que nos trasciende: nos ha venido a hablar del *Padre*.

Y nos has vuelto del revés. Tú venías de allí. Y lo sabías todo. Creíamos que éramos. Y nos has revelado que somos los que «venimos-de». Los que no somos. «Los-que-vamos-hacia...» Los que aún *no somos*. Que el *Hombre* es solamente tu proyecto, tu sombra y tu imagen. Y cuanto Tú te has hecho lo nuestro, hemos sabido que lo nuestro es hacernos lo tuyo: porque Tú vienes del Padre, procedes siempre del Padre y siempre vas al Padre en la consumación eterna del Amor.

Te has hecho nuestro mendigo. Pero también la *revelación de nuestro ser real: Hijos de Dios* en Ti, que nos asumes asumiendo a la *Humanidad*.

¿Diálogo entre el Hombre que aspira a Dios y el Dios que aspira al Hombre?: Sí. Una única palabra que marca toda la dependencia y toda la esperanza de la herencia: *¡Padre!*

¡Toda la conciencia de «venir-de», de «caminar-hacia»!

De no tener un *ser* sino en su origen. De no tener explicación sino en su *fin*. El Hombre es una deuda infinita y una esperanza sin fin. Un *ser* sin más *ser* que el que le han dado «allí» para esperar que un día encontrará su *ser* «allá». Dependencia absoluta de engendrado y absoluta esperanza de heredero. Y una palabra en medio: *¡Padre!*

Por todas partes, el *Hombre* es un misterio de Amor.

El oro de la tarde otoñal iba vertiendo su riqueza sobre toda la humildad de las cosas diarias: las casas, los niños, la torre, los campos callados, la misma llovezna... Pero, si no hubiera estado allí el *Hombre*, como testigo de semejante prodigalidad, ¿de qué le hubiera valido a Dios tanta belleza?

* * *

Por todo eso, por la realidad enorme de que Dios es uno de los nuestros, porque sabemos que nuestro pobre barro está ya —para siem-

pre— hundido en el Misterio Trinitario, porque hubo un *hombre* que se sentía —trascendentalmente— «venir-de» El *Padre* e «ir-hacia» el Padre, por eso...

¡qué nunca nos importe cuando en la *oración* no sepamos decir nada!

Digamos sólo el *Padre-Nuestro*, la oración del *hombre libre*.

¿Podrá haber otra mejor?

Nos perdemos frecuentemente con teorías y consejos humanos.

Nos entra envidia de los místicos, como si no pudiéramos serlo nosotros, a nuestra medida y en nuestra libertad. A veces, tenemos gana de cosas «maravillosas» o «sobrenaturales», como si no fuera maravilloso y sobrenatural el ser y sabernos y experimentarnos como *Hijos de Dios*. ¿Cómo es posible que la oración se nos despegue de la vida de cada día y de cada hora? Cada día y cada hora estamos «viniendo-de-El» y «hacia-El-vamos»: Cristo nos ha asumido en la *filiación*; «Mi Padre y vuestro Padre».

No acabamos de comprender que sólo tenemos un *Maestro*: Jesús.

Sólo ha habido un *orante*, porque sólo ha habido un hombre *libre-en-verdad*. Y *ese* es el Hijo Unigenito de Dios. Todo El es Misterio y Sorpresa.

Jesús no sólo anuncia el Evangelio, la Buena Noticia de Dios para todos los hombres. No se contenta con recorrer los caminos de Galilea anunciando que ya ha llegado el Reino para todos los hombres de buena voluntad y que todos los hombres son *libres*. No le parece bastante con *liberar*, a su paso, al leproso y al ciego y al paralítico y al muerto; y al adinerado... No. No era eso sólo.

Vivía constantemente bajo la mirada de su *Padre*. Se sentía «venir-de-El». Y estaba constantemente entregado a su voluntad.

Mucho antes del amanecer sobre las colinas familiares a su experiencia terrena, se retiraba a *orar*. Cuando todos estaban cansados de la brega del día, *El* se quedaba solo, bajo la luz de las estrellas, que El conocía desde antes de haberlas creado, para hablar con su *padre*. ¡Dedicaba tanto tiempo a *orar*...! Nos sorprende.

Parece que podríamos decirle: «date prisa, Señor. Tienes mucho que hacer y es breve el tiempo. Te está esperando el mundo y sólo tienes tres años para hacerle nuevo...»

Le diríamos tantas cosas sobre la eficacia, sobre el tiempo útil, sobre organigramas y programaciones y sicologías empresariales u obreras y sobre pactos con los poderosos del mundo, o con los grupos de presión... Le diríamos tantas cosas sin entenderle.

Pero El, silenciosamente, nos responde yéndose al monte a *orar*.

Oraba tanto, que preocupó, intrigó a sus discípulos.

Y un día le hicieron una petición, porque les daba envidia de aquella soledad tan llena de cosas, que ellos no alcanzaban.

Quizá sea la petición (la oración) más importante de toda la historia humana:

»*Maestro, enséñanos a Orar.*»

Y les enseñó a *orar*. La *oración del hombre libre*:

Les enseñó el Padre-Nuestro.

Con tanto hablar de «el padre» y del sentimiento de «venir-de», me había olvidado de un recuerdo que es tan primario como el otro. Me había olvidado de citar a «nuestras santas madres». Las que nos sentaron —cuando niños— sobre sus rodillas y nos comunicaron la *oración de Jesús*. ¡Qué riqueza nos dieron! (Hago sólo este paréntesis de «feminismo», que es pieza esencial de todo *Humanismo*.)

Así Jesús, como una madre, nos enseñó a rezar. Dejó en nuestras manos y en nuestro corazón el «Padre-Nuestro». Nos dejó, para orarla nosotros, su *oración*.

¿Cómo era la oración de Jesús? Sin duda, nadie habrá orado jamás con mayor perfección. Ni siquiera estos místicos, más cercanos a nosotros y que tanto nos deslumbran. Porque nadie, como Jesús, ha amado al Padre.

Y, sin embargo, la oración de Jesús es muy sencilla. Vale para el niño

y para el sabio y para el santo; y para el pecador: vale para todo *hombre*.
Es la oración del *libre*.

Es muy silenciosa. No tiene palabras.

Sólo decía —con todo su ser, eso sí— «Abba», «Padre», «Aquí estoy», «Hágase en mí», «Aquí estoy, por ellos»:

«Et Ego pro eis sanctifico me ipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate»: «Y por ellos me consagro a Mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad» (Jn. 17,19).

Jesús no nos da una receta para orar. No nos enseña un «método» de oración, como los yoguís indios o como tantos «maestros espirituales» de nuestra historia eclesiástica.

No nos deja ni siquiera una «fórmula» para que la repitamos, como si tuviera en sí misma un valor «mágico»: («diciendo esto serás escuchado, habrá sometido a Dios a tu capricho...»).

Jesús no hizo eso.

Es mucho más sencillo. E inmensamente más hondo.

Compartió su *oración* con los discípulos y la puso en sus manos. Como compartió con ellos su mendrugo de pan (y se multiplicaba el pan para que comieran todos...). Como compartió con ellos su vida y la dio por todos.

Jesús es, en todo, un puro compartir.

Y cuando compartió con nosotros su oración nos descubrió la fuente única de donde mana la oración: no se puede orar si no es desde la *evidencia interior*, desde la *experiencia* de ser el *Hijo* de Dios. Sólo puede orar el creyente, el que se encuentre absorbido en el torbellino infinito del triángulo de Amor que forman el Padre que engendra, el Hijo engendrado y el Lazo Eterno que los funde en la *unidad* del *único*. Quizá también puede orar el mendigo exterior, aquel que se sienta a las puertas del *castillo* y escucha con hambre infinita el regocijo de la fiesta que es *Dios*. Perro que espera las migajas. Cuando entre, tendrá parte colmada en el festín y se sentará a la mesa del banquete. Siempre está la puerta abierta.

Pero hay que ser *Hijo de Dios* y hay que ser *libre*. Mientras estemos atados a las cosas de este mundo, mientras prefiramos los ajos y las cebollas de la esclavitud de Egipto a la amargura del maná del desierto, no tendremos acceso a la Tierra de la Promesa.

Orar no es más que *ser y saberse uno por dentro*, el Hijo de Dios. Saber que estamos envueltos en el Misterio de lo *uno*. Es toda la *conciencia* de Jesús: «vengo de Ti...; y ahora voy a Ti.» (Reléase, de rodillas, todo el capítulo 17 de San Juan.)

Y ahí nos pone Jesús, en su pleno Misterio Trinitario.

Desde ahora ya, tu oración y la mía es la *oración* de Jesús; tu oración y la mía se han vuelto complemento y riqueza de la oración de Jesús. Tú y yo, de rodillas o contemplando el mundo, somos el *mismo Hijo de Dios*, hablando cariñosamente con el *Padre*, con todo el fuego del *Espíritu*.

Y así te mira Dios, el Padre: con una mirada de infinito amor, con ese esflujo de Amor que es el Espíritu Santo.

Toda oración cristiana es orar, con Jesús, al Padre, con los hermanos, en la unidad del Espíritu.

Es imposible orar si no es desde Jesús, desde el Espíritu de Hijo. Y quizá por aquí ande lo más original del Cristianismo, lo que nos dice con mayor claridad en qué consiste el *Hombre*, por dónde tiene que ir caminando toda la historia humana para que pueda ser verdaderamente *humana*, historia del Hijo de Dios en su despliegue sobre los siglos y a la búsqueda de la Ciudad-de-los-Libres.

Otros intentan orar, ya lo sé. Son bien devotos y tienen atisbos bien serios de la verdad. Pero se quedan siempre a menos de la mitad del camino. Se quedan en su nada y en la «distancia» de Dios. Se siguen sintiendo esclavos. Y no vale, para el hombre, ser esclavo. Ni siquiera «esclavo» de Dios. Tú no eres ya esclavo: eres el Hijo; y, por tanto, el Heredero; eres el Señor que viene.

Por eso es imposible orar si no es desde Jesús, desde el Espíritu del Hijo.

Y ahí salta la única palabra que expresa toda oración, la de Jesús: ¡Padre! Sólo es una experiencia de *amor*, una real presencia del Espíritu.

Solemos orar nosotros, con mil esfuerzos, a veces por *introspección*, a veces por *análisis*, a veces por *reflexión*.

Por introspección, mirando a nuestra vida; pasando, por el tamiz del pensamiento, toda nuestra existencia; como quién pasa por la «moviola» la propia aventura de su ser diario, para advertir sus logros y sus fallos.

A veces oramos por análisis: qué sucede en mi entorno, cómo van las cosas, qué han hecho o qué esperan de mí los hermanos, cuáles son las líneas de preferencia de los hombres, cómo puedo influir en ellos, hasta qué punto dependen de mí los caminos de la historia...

U oramos por reflexión: nos fijamos en contenidos intelectuales, nos brotan las «ideologías», estructuramos los destinos de la vida... como si la oración fuera un estudio o una investigación metafísica o sociológica.

Introspección, análisis, reflexión... Todo eso es válido. Quizá necesario es sus momentos dados. Pero con tal de que vengamos a parar en la *oración de Jesús*. En la única palabra: ¡Padre!

No hablemos demasiado. Podemos hacerlo, si nos place. Al Padre le hace mucha gracia el parloteo interminable de sus hijos «jaimitos». ¿Pensáis que al Padre le molesta la cadencia interminable de los rosarios y de las letanías y de los vía-crucis? ¡Claro que no le molestan! Son «sus pequeños» haciendo piruetas y diciendo, afectadamente, el «papel» de una comedia que van a representar en la escuela o en no sé qué velada benéfica. Pero son sus niños. Y todo le hace gracia y le cae bien.

Pero el *Padre* conoce. Sabe, por adelantado, nuestras necesidades y nuestras preocupaciones. Le sobran todas nuestras palabras y todos nuestros pensamientos, que —a veces— se nos antojan brillantes, como nunca pensados ni dichos. ¡Cómo si pudiéramos enseñarle a Dios *¿¿??!*!

Sencillamente, El, *El Padre*, nos mira y nos sonríe. Por eso nos escucha.

Nos ama en Jesús, en su *único Hijo*. Al que hemos sido incorporados por la Fe, por el Bautismo, por la Eucaristía...

Somos su *Hijo*. Por eso es imposible *orar* si no es desde Jesús.

Y, para Jesús, orar es darse al Amor, es entregarse. Para Jesús, orar abarca a toda la *persona*. Pero radica allá, «en el más profundo centro» de la persona, donde se esconde la misma capacidad de *libertad*, que es nuestra esencia: «Aquí estoy»... «Hágase»... «Acepto.»

Y así han orado todos los «oradores», los que han aprendido a orar desde Jesús: «Aquí estoy», en plena *libertad* de Hijo de Dios, en pleno dominio de las cosas: «Mío es el cielo y mía es la tierra.» Mío es el mismo Dios, porque es *mi padre* y yo soy su heredero, su porvenir y su prolongación. Que no me hubiese engendrado si me quería esclavo de algo o de alguien o de El mismo: ¡Que no me hubiese engendrado! Pero si me ha engendrado, por criatura y por *Gracia* en Cristo que me salva y me une a Sí, *soy su hijo*: soy el Hijo de Dios con todos los derechos, con toda mi herencia de infinita eternidad. Tengo que llamarle *Padre* y a El se le cae la baba... porque es *padre*.

Le pidieron a Jesús: »enséñanos a orar.»

Y El nos respondió: «*Cuando oréis, decid Abba.*»

En esta palabra está toda la oración de Jesús.

Nunca he sabido bien si se pronuncia «*abba*» o «*abbá*». Ni tampoco le importa a Dios que se la digamos como llana o como aguda. Lo único que le importa a Dios es que se la digamos con toda la verdad de nuestra existencia. Que sea nuestra palabra de amor. ¡Palabra de honor, palabra de hombre, palabra de «caballero»...! ¡*No!* Que sea *nuestra palabra de amor*: «Amarás a Dios con todo tu corazón.»

¿No veis? La primera palabra del niño es la sonrisa.

No sabíamos hablar todavía. Se nos abría, poco a poco, la inteligencia a la luz de la vida. Pero sentíamos ya el calor de los nuestros, el amor con que se fue moldeando nuestra existencia.

Nos sentíamos tan envueltos de amor... que sonreíamos. Nos dejábamos querer. Nos dejábamos mirar. Nos dejábamos mecer entre los brazos robustos de nuestro padre, que nos miraba satisfecho y orgulloso de habernos engendrado: nuestras carnecillas habían dormido largo tiempo

escondidas en sus potencias viriles... ¡Y estábamos ahí, ahora, en sus brazos!

Nos dejábamos mecer junto a los blandos, tibios, senos de nuestra madre, que eran nuestra cuna y nuestra pan. Y eran *nuestros*.

Nos dejábamos hablar y nos hacían gracia las palabras que aún no comprendíamos.

Nuestra única respuesta era una sonrisa. No teníamos aún el riesgo de la palabra.

Nuestra sonrisa era la aceptación del amor que se nos prodigaba. Nuestra sonrisa, que tanta gracia les hacía a los nuestros, era nuestra respuesta y nuestra entrega al amor...

Pues esa es *toda la oración de Jesús*.

Sentirte pequeño y sin palabra. Acogido en los brazos del Padre, que es Dios Omnipotente. Dejarte querer por El, como Hijo, con toda la fuerza del Espíritu. Saber que estás en buenas manos fuertes: «Tú eres mi roca y el lugar de mi refugio...»

Y, por tu parte, niñín sin palabras ni ideas, sin fortaleza ni posibles... ¡sonríete, solamente; sonríe...! bajo la mirada de Dios que te envuelve en su Amor y te cobija: que te hace ser, para que llegues a *ser El mismo*.

El día que descubramos qué cosa sea orar y qué fácil es la oración, dará un giro nuestra vida. Habremos descubierto cuál es el *ser del Hombre* y cuál su dignidad, cuál su valor de *libre absoluto*, no domeñado a nada, no sometido ni «hijo de ley»; sino *hijo del amor*.

Todo consiste en sabernos amados por Dios en Jesús. Experimentar, por dentro (con «sabor» de «verdad»), que somos objeto de su interés y de su cariño, que somos objeto de su «gracia». Es descubrir que Dios nos lleva en el hueco amoroso de sus manos: que Dios es nuestro nido.

Orar es saberse niño y desvalido: «si no os hacéis como uno de estos pequeñueos, no entraréis en el Reino.»

Pero por lo mismo que nos descubrimos «niños de Dios», «hijitos de Dios», «mimaditos de Dios»... nos descubrimos fuertes y grandes: herederos de toda la promesa y de todo el Reino: hijos de la Verdad que nos hace libres.

Desde la hora en que sepamos qué cosa sea orar, ¿qué más dará todo?:

Vida larga, o vida corta.

Salud, o enfermedad.

Riqueza, o pobreza.

Exitos, o fracasos.

Nombradía, u oscuridad.

El cargo encumbrado y brillante, o el último puesto.

Trabajo, o descanso...

Algo, o nada.

¡Todo es igual!:

«Aquí estoy.»

«Hágase.»

«Me fio del Amor.»

«Amén.»

«Aleluya»...

¡Sólo me queda un grito:

*Padre: En tus manos encomiendo
mi espíritu!*

¡Me queda la sonrisa sin palabras!

¿Sin palabra?

Llega un momento en que la sonrisa del niño, que se siente arropado de amor, estalla en palabra.

Siempre es un acontecimiento, para cada familia, el instante en que, por vez primera, el niño ha dicho «pappa» o «mamma».

En su primera palabra. Su única palabra.

El ser entero, la vida entera... se expresa como esa única palabra. Es toda su respuesta al amor de que se siente envuelto.

El padre y la madre se sienten felices con ella. No piden otra cosa de su hijo: «Ha dicho papá». Y aún le quieren más, si ello es posible.

Ni Dios quiere otra cosa de ti, de mí, de todos...

Eso es lo que nos enseña Jesús. Es toda su oración. La oración del Maestro de orar. ¡Que le llamemos a Dios «Abba», «papa» o «mama»!

Pero llámarselo con toda la fuerza del ser, con toda la verdad interior del amor por sentirnos *ser* en Dios, por sentirnos sus *hijos*, por saber que «venimos-de» y que «vamos-hacia» El, porque El es el *amor*.

La oración de Jesús es sentirse uno *enamorado* de Dios; y descubrir al Dios que se esconde en cada cosa, en cada hombre, en cada hermano. Y, sin medidas, amar... porque Dios es el *amor*.

La oración de Jesús es saber que el Padre
«pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura»...

La oración de Jesús es sólo una sonrisa de amor agradecido; y una expresión de asombro infantil por todas estas cosas buenas y bellas, con que El ha querido sembrar el camino que nos lleva —a través de la vida— hacia la *vida*.

Esa palabra que Jesús nos enseña, la primera palabra del niño «abba», sólo aparece tres veces en el Nuevo Testamento. Una vez, puesta en labios de Jesús, en el Padre-Nuestro. Dos veces, puesta en nuestros labios de hombres, por la fuerza del Espíritu: «El Espíritu es el que nos hace clamar 'abba', Padre.»

Todos los que se ponen en manos de Jesús pueden decirla. Los que se hacen como niños: *los niños*, los «pobres» de las Bienaventuranzas, los «anawím» de Dios.

Y la oración no consiste en otra cosa. Todo el «diálogo» del Hombre a Dios es la constatación de su esencial «pobreza»; de su esencial «dependencia» gozosa; la comprobación del «venir-de-El» y de nuestro «ir-

hacia-*El*»; sabiendo que todo el trayecto se realiza en el hueco amoroso de las manos del *Padre*. Nuestra pobreza esencial *El* la ha convertido en el objeto de su infinita ternura. Jesús nos lo revela desde su misma experiencia de *hijo eterno* que se ha metido en el barrero de la carne humana. Jesús nos quita todo el vértigo de la infinita distancia con decírnos, de una vez y con una sola palabra, que —por pura Gracia, por infinita Generosidad, por pasmoso Amor inmerecido— el *Hombre*, es *Dios; Dios; Dios...*

El resto de la Oración de Jesús no es más que una explicación, más bien breve, de esta Palabra. Decirla como Jesús, desde Jesús y con Jesús: eso es orar. Saberse Hijo de Dios y andar por la vida sembrando esta alegría, anunciando esta Buena-Noticia de que el *Hombre* está salvado, redimido, elevado, eternizado, divinizado...

»*Por El, con El y en El,
a Ti, Dios Padre Omnipotente,
en el Espíritu del Amor,
todo Honor y toda Gloria...!»*

Para quien intenta vivir su vida desde la Oración de Jesús, ¡qué despreocupación maravillosa, qué superación de las medidas de este mundo, qué «perfecta alegría», qué santa indiferencia, qué seguro caminar en la «noche, amable más que el alborada», que total *sabiduría...*

¡Dios, Padrecito mío!: «¿Quién me hará temblar?»

* * *

Así podemos hablar, con Jesús, a nuestro Padre «que está en los cielos».

¿Tan lejos? No, Padre. Tú no estás lejos. Estás en nuestro corazón y nuestro corazón es tu cielo. (¡Cómo nos convenía, ahora, leer desde el capítulo 44 hasta el final del »*Camino de Perfección*«!)

«Los cielos» es lo que se escapa a la mano del hombre. Con esa

expresión Jesús nos pone fuera de todo el terreno de lo «mágico». Dios no puede ser nuestro «tapa-agujeros». Dios es la *transcendencia*, el «Siempre mayor». Dios no es un dios de bolsillo, como una varita mágica a quien yo pueda exigirle el puntual cumplimiento de todos mis tontos caprichitos de infra-hombre.

Su amor nos abarca y nos desborda: nos trasciende. Dios nos toma. Y es preciso dejarnos en sus manos y confiarse enteramente a El, que nos lleva. «Estoy en Ti, que estás en los cielos.» Toda oración, si es oración, es *éxtasis*, toda oración es «salir de sí».

Y, si todavía, en los amargos tragos del «éxodo» y en los tumbos inevitables del caminar «de noche», no podemos regocijarnos todavía de la dulzura del «encuentro», se manifestará en nosotros toda la grandeza de la *Fe*: «Sé de quién me he fiado.»

Y «santificado sea Tu Nombre».

La «santidad» es experiencia judía del Sinaí.

Santo es el tomado por Dios, el abarcado por el Amor. Por tu Nombre, Señor, envuélvenos en tu Amor, seamos como seamos. Brille tu Misericordia perdonándome y sea alabado tu Nombre en mis miserias. (Cfr., «La oración del alma enamorada».)

Tómanos como somos, niños pequeñitos, indefensos e impotentes. Tómanos y santificanos. Haznos cada vez más entregados a tus manos de Padre.

«Venga tu Reino.» Cumple tu plan de Amor. Cambia en mesa de paz y de harmonía este campo de guerra que es el mundo. Despierta a los hombres, que andamos dormidos, encantados y encandilados con tantas cosas que no son dignas del *Hombre*: «reúne en torno a Ti, Padre Misericordioso, a todos tus hijos dispersos por el mundo.»

Ven, Señor. Tú eres «tu Reino». «Marana, tha.»

Ya estás aquí, Señor; pero «todavía no».

¡Ven!

Y que *tu mundo* realice la *utopía* del *Hombre*.

Lo que queda es «fiat», «hágase», «amén», «aquí estoy».

Gozosa aceptación del amor y entrega confiada. ¡Hágase tu voluntad! Lo que Tú quieras, Señor: ¡bendito seas! ¡Qué más da? Sólo Tú importas, sólo Tú vales, sólo *Tú eres*.

Es la oración de los orantes verdaderos, la pobreza del corazón, la santa indiferencia, la «perfecta alegría»: es *la libertad*. Uno se pone a soltar lastre de su barca y se anda más *ligero*, más «suelto-de todo», más *ab-soluto*, más señor de las cosas y no su esclavo. «Hágase tu Voluntad.» Lo que Tú quieras es lo que yo más quiero, porque sé que eso es manifestación de tu Amor.

Y como somos y nos sabemos «hijos», ¡qué seguros estamos de que no nos faltará el «pequeño rebojo de pan de cada día»!

Tenemos que ir por ahí sin llevar dos túnicas, sin alforja y sin monedero. No os inquietéis. Los pájaros no siembran ni los lirios tejen. La pobreza es la libertad y la alegría. Sólo, un mundo de pobres puede ser feliz. Lo cual es subvertir todo el orden de valores establecido por «este mundo». Es derrocar al becerro de oro. Los de «este mundo» no pueden entenderlo.

Y ésta es la «gran revolución», amorosa y pacífica de los «pobres» del Evangelio. Todavía «utopiana». Pero ahí está la utopía para realizarla, como encaminadora de la *Humanidad* que intenta ser compuesta de *hombres* y no de energúmenos.

¡La pobreza, sí! Porque ella es la *libertad* y la alegría.

«Perdónanos.» Haz que sepamos perdonar, ya que Tú nos perdonas cada día. A la tarde de la vida sólo nos juzgarán en el amor. Por eso, Padre, te pedimos que nos enseñes a amar como Tú amas. Que nos ensanches el corazón a fin de que seamos capaces de perdonar siempre. De perdonar a todos, especialmente a aquellos que nos persiguen y calumnian, a los que nos quieran llenar de salivazos y nos empujen por la vía-crucis.

Que nos enseñes, a todos los hombres, a vivir —desde lo hondo— la *fraternidad*.

«No nos dejes caer en la tentación.» Porque la tentación vendrá. Vendrá el dolor y la tribulación. Nos echarán de casa y nos sentiremos tirados en la cuneta de la vida, mientras pasa la procesión de los satisfechos y orondos que se burlarán de nosotros. Llegará la tentación, como a Cristo llegó: con las sirenas del mundo y la pasión del poder y el oropel de la soberbia.

Sentiremos que nadie nos hace caso y sentiremos ganas de morir bajo la sombra del ricino, como Jonás...

Danos tu mano en el desamparo, Señor. Y que la «tentación» no pueda sobre nosotros, sino que encontremos en ella el gozo y la alegría de decirte: «hágase en mí según tu Voluntad.»

«Libranos del mal.»

No hay otro mal que la *nada*.

Ser librados del *mal* es saberse librados de la *muerte segunda*, librados de la *nada*. Porque Dios es el *ser* y nos está dando el *ser-por-participación*. El mal sería ese despegó de Dios que nos dejase de su mano creadora para arrojarnos a las tinieblas del *no-ser*.

La Oración de Jesús acaba así siendo una *oración pascual*, un cántico de Resurrección, un anuncio de vida; de vida *eterna*. «El que cree en Mí vivirá.» «Vivirá eternamente.»

Y ¡cómo así! «Padre Dios, en tus manos encomiendo mi espíritu y mi vida.»

Amén, Amén. Así sea, así será, porque el Amor del Padre nunca nos puede defraudar.

Ojalá oremos siempre desde la conciencia interior y amorosa de saberlos el «Hijo muy amado»; desde la conciencia asombrada de saberlos amados por Dios que se nos ha revelado como Padre. Sintiéndonos chiquitos; porque «el que no se haga como uno de estos pequeñuelos no entrará en el Reino».

Y como el cuerpo es también parte del ser y de la persona, si no tenemos o no encontramos nada que decirle a Nuestro Padre... *estémonos allí*.

Que sea nuestro cuerpo la expresión de nuestro silencio. Que sea nuestro cuerpo la voz de nuestra oración. Como cuando nos sentamos en casa, al lado de los nuestros. Silenciosos, pero en compañía, como sintiendo el calor de los que nos aman.

Estémonos allí, aunque no digamos nada. Quizá cuando menos lo esperemos es El quien rompe a hablar.

Que la Oración del Libre no es más que una entrega al *Amor*.

* * *



Institución Gran Duque de Alba

SEXTA MEDITACION

**LA *ORACION DE LA MADRE
DEL HOMBRE-DIOS***



Institución Cervantes Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

2016

Quisiera saborear una vez más la lectura del capítulo primero del Evangelio según Lucas. Lecturas paralelas sobre dos personajes tan definitivos como Juan el Bautista y Jesús. Jesús sobre todo, claro está. Juan confesará con alegría que no era digno de soltarle la correa de la sandalia. Pero ese capítulo evangélico es una de las pocas «asomadas» que podemos hacer al «espíritu» de la Madre de Dios que ha querido hacerse Hombre en Ella:

¿Podríamos asomarnos a los pensamientos y a los sentimientos de María?

Hay, en el capítulo lucano, como una proyección completa de cuanto fue la experiencia vital de Esa Mujer.

Intento resumirla así: (Y cada lectura es «nueva»):

La humildad. No podía creerse que Ella hubiese sido elegida entre todas las mujeres para el acontecimiento más importante que nunca hubiese podido esperar la Humanidad. «Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué significaba aquel saludo.»

La fidelidad a las decisiones: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?»

La confianza en la obra del Señor: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti; y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra.» «Para Dios nada hay imposible.»

El asombro del Amor de Dios a los Hombres: «Kejáritomene»: «Llena de gracia.» Tú has entrado en la simpatía y en el favor de Dios. Dios te ha colmado. Cuentas con Dios, siempre, a tu favor. Estás llena de su Don, un Regalo que es El mismo. (Es como la experiencia de la pobre

Humanidad atónita ante la manifestación del Amor de Dios: «Tanto ha amado Dios al mundo que le entregó su Hijo.») Y así es también la Madre de Dios como una profecía hecha carne de todo el proceso de la Redención.

La fecundidad de los gestos totales. Dí una palabra sola: «Hágase.» Tú mandas. Decide...

Y en cuanto hubo el consentimiento de una entrega absoluta a la *voluntad del otro*, «El Verbo se hizo carne». Y Dios puso su tienda en medio de los Hombres.

El afán mensajero de lo Bueno: «Se levantó María y se fue presurosa a la Montaña», a llevar la noticia de lo esperado por los siglos, a hacer que el Niño-Hombre brinque de gozo en el seno mismo de la tierra, porque lo que tenía que venir ya ha llegado: *Enmanuel*, que ya está Dios con nosotros.

La constancia en la entrega: en Nazaret se abre el paréntesis que se cierra en el Gólgota. Desde el «fiat» hasta el «stabat Mater». Es la constancia de un seguimiento en la profundidad de la fe. Ni era claro el Misterio del Anuncio ni era claro el Misterio de la Muerte. Pero estaban allí la Promesa y el Cumplimiento. Se había dicho «hágase» y se llega hasta el final: toda una vida de coherencia consigo mismo, de obediencia de amor hasta la muerte.

«¡Feliz la que ha creído, porque se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»

Interminable la consideración y siempre «nueva» la lectura de este o de cualquier trozo evangélico.

Algo más, para empezar el tema de la oración de María:

La humildad de los »medios». Nazaret, una aldea. «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» De Nazaret nos llegó la *salvación*. Desde el Anuncio en Nazaret se comenzó a sentir de otra forma radicalmente distinta el mundo, el tiempo y el *Hombre*. Desde Nazaret arranca el único *Humanismo*. Desde la «Aldeana» de Nazaret Dios anda corriendo por este mundo nuestro de los *hombres*, divinizando a cada cual que se deje llenar por la Gracia del Espíritu que el Hijo ha enviado desde el Padre.

Hoy miro con ojos asombrados a «mi aldea». Nazaret es mi pueblo, esta pequeña aldea donde se van consumiendo mis días y mis sueños. Un pueblecito sin incidencia histórica ninguna. Pero quien habla a esta aldea nazarena que es mi pueblo, donde no hay más que gentes sencillas y vueltas hacia la tierra, es el mismo Espíritu Santo que un día «envió al Arcángel San Gabriel a una muchacha aldeana, desposada con un hombre llamado José; y el nombre de la muchacha era María». Sencillamente, María.

¡Cuántas veces me quedo mirando a las pequeñas mujerucas de mi aldea con el regusto de que me recuerden a aquella otra «Aldeana» de Nazaret en la que empezó *la tierra nueva!*

Que Dios obra siempre en las pequeñas cosas. Y todo es «su mensaje».

* * *

Y Ella se fue, apresuradamente, a la Montaña. (Seguramente todos deberíamos irnos corriendo a la Montaña. Irnos a buscar soledad para el misterio que es nuestra vida. Pero esto sería otro camino de reflexión. Dejémoslo ahora.)

Ella se fue a la Montaña, grávida de Dios, a contarle a su prima qué es esa maravilla de sentirse una pobre moza humana preñada de Dios. Se fue a decirle al mundo entero, desde la Montaña, que Dios ya estaba aquí, que lo llevaba Ella en su seno y que se estaba haciendo *Hombre*. Dios, con su sangre de muchachilla de quince años. Que estaba Dios viniendo a ser *Hombre* porque Ella había dicho «Sí», «Lo quiero», «Hágase en Mi»... Y estaba en Ella, todavía en la oscura promesa del feto, *toda la redención*. Pero había llegado la *redención*, la *libertad del Hombre*, porque Dios estaba siendo ya *Hombre*, en la dulce y húmeda oscuridad de su Vientre: «Bendito sea el Fruto de tu Vientre.»

Y le reventó el corazón en la plegaria. Sabiéndose tan «divina». Como le reventó a Jesús, años más tarde.

Le salió la «oración de la esclava», que no es esclava más que en la libertad asombrada del Amor que es Dios y que para Ella había sido algo

preferencial e incomprensible: era Ella, por encima de todos los amados de Dios, la *amada* única, la Preferida, la Sola... el Objeto de las complacencias divinas, *la Madre de Dios*.

Le reventó el corazón en la plegaria.

Y ahí nos dejó, en la lectura de San Lucas, otro modelo de oración que es semejante y paralelo al modelo de Jesús.

Nos dijo María su «Magnificat» y lo anda repitiendo la Iglesia como oración suya, como oración de la «Esclava» que no es esclava, sino *Hija*; y encumbrada hasta la máxima *libertad* de quien se siente envuelto en el Amor de Dios.

I

Y cuando he querido estructurar en un cierto esquema que fuera coherente con mis diferentes estados de ánimo, o con las impresiones que este pequeño trozo de la Biblia ha ido levantando en mi pobre espíritu, me encuentro con que soy incapaz de ponerle límites al mar; que se escapa de mis pequeñas manos su grandeza. Es uno de esos «pequeños» párrafos de la Biblia que nos descubren la infinitud de la riqueza que nos ha sido dada en la Palabra.

Entonces, ¿cómo osaría yo intentar decir lo que es inefable, como resumir lo Infinito, cómo encerrar —en mi pequeña caracola— toda la armonía incesante del océano?

Hagamos otra vez empeño de humildad. Sentémonos, discípulos de amor, a los pies de quien tiene el oficio y el poder de enseñar.

Al caer la tarde, cuando se duerme el sol cortándose su barba con la cuchilla del horizonte, se oye y repite el grito enamorado y asombrado de María.

Toda la Iglesia lo repite. Esta conmemoración de la Encarnación del *Hijo* de Dios, la dice la monjita de clausura y la de la Caridad. La repiten los viejos monjes solitarios, los cartujos y los benedictinos; y los hermanos menores de Francisco. Y el Papa. Y también este cura de aldea y todos

los curas de aldea de la Santa Iglesia de Dios. Y las almas sencillas. Tantas almas sencillas... ¡quizá la mejor parte de la Iglesia que ora! Es el grito gozoso de la tarde, cuando se duerme el sol, de esta Iglesia, de esta *Humanidad* que se siente *salvada y libre* por obra y gracia del sí de la Doncella.

Asombrados, como Ella misma. ¡Proclama mi alma la Grandeza del Señor. Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador!

Quizá, lo mejor que podríamos hacer, era sentarnos en silencio admirativo; repetir una vez, y otra vez, el cántico mariano. Dejar que su perfume —tan bíblico y tan evangélico— nos fuese penetrando hasta los tuétanos mismos de nuestra «consistencia».

Desde mi osada pequeñez, querría invitar a todos a que hiciéramos nuestra la experiencia de querer «con-sentir» (sentir con, meternos en los mismos sentimientos) en los sentimientos que inspiran el poema de la Virgen, tal como Lucas nos lo ha querido transcribir.

Me parece que hay que tener el anhelo de querer «sintonizar» con el «espíritu» que late en él. Como anhela el labrador, mientras va abriendo surcos en la tierra, la mies que ha de madurar bajo el sol y la lluvia del cielo.

II

El «Magnificat» es una *unidad* literaria. Resume y quiere comunicar —en su indestructible conjunto— una *experiencia de vida*, una experiencia de fe.

El pensar y el sentir y el comunicar esa experiencia de vida (de la vida de María, recién preñada de Dios) no discurre por un cauce rectilíneo. Si cae una piedra sobre la tersura de un lago, se va reproduciendo en círculos concéntricos —más amplios cada vez— su única «impresión», su única implosión o estallido.

Poesía espontánea la del «Magnificat», repite y saborea la impresión

de un hecho único, ampliándolo desde la propia vivencia personal hasta un horizonte inmenso.

Para la Virgen, este hecho único e irrepetible es el divino regalo de su Hijo, que es Dios.

Os invito a que penséis en el pasmo de la Doncella, que se siente llevando en su Seno otra vida, otro latido: nada menos que el latido del *Dios Omnipotente*, de Aquel que es su Creador y el Creador de *todo*, de Aquel que es lo *infinito* y lo *eterno*. Ella, pequeña muchachita nazarena, está preñada... Y su *Hijo* es *Dios*. Y aún no sabe nada su marido, su bendito marido, que está cepillando un leño al otro lado del tabique. Os invito a que penséis en el pasmo de la Doncella. O en si hay cosas grandes en este mundo de lo *humilde* y sencillo.

¡Cómo le gusta a Dios jugar con las paradojas, plantearnos problemas insolubles! «Porque para Dios nada hay imposible.»

¡Quién eres tú, Abraham el de Ur? ¡Déjalo todo! Vete sin destino a una tierra que no conoces! ¡Fíate de Mí! Te haré Padre de un pueblo numeroso como las estrellas. ¡Que no tienes más que un hijo, e hijo de la ancianidad tuya y de Sara! ¡Y a Mí qué me importa? Te haré Padre de un Gran Pueblo. ¡Coge a tu hijo, a tu único hijo, al hijo de tus entrañas... y sacrificiamelo a lo alto del monte Moria! ¡Te fías? ¡Tienes Fe? ¡Sí! Pues, me sirves. Te haré Padre de un Gran Pueblo.

¡Y tú quién eres? ¡Moisés, el cobarde fugitivo de la justicia del Faraón, y el hermano del tartamudo Aarón? Pues ponte en marcha. Celebra mi «paso» junto a vosotros, con un cordero degollado. ¡Yo haré que seáis libres! Ponte en marcha con todo *mi pueblo*. Con tu bastón romperás los mares y la Roca dará agua en el secadal, y os lloverá carne del cielo y comeréis un pan que contiene en sí todo deleite. ¡Tienes fe en Mí? Pues ponte en marcha. Hay un lugar donde existe la *libertad*. Yo os guiaré a la *patria* donde empecéis a ser *señores* y nunca más esclavos de nada ni de nadie. ¡En marcha!

Y así juega Dios con los contra-sentidos.

Y Tú, María, pequeña doncellita aldeana, ¿te has entregado a Mí, por amor, renunciando a la plenitud de tu maternidad? ¡Pues serás *madre*!:

«Vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado *Hijo del Altísimo*; y el Señor le dará el trono de su padre David; y reinará sobre la casa de Jacob por los siglos; y su Reino no tendrá fin.»

Así le gusta a Dios embobecernos con el juego de sus contra-sentidos, con su divertido deporte de sus paradojas.

No por burlarnos, no. Sino para suscitar nuestro amor y nuestra confianza: ¡Poderoso es el Señor! ¡Su Nombre es Grande!

Pero desde ahí, desde que María se ve envuelta en el torbellino de lo *divino*, comenzó a comprender la grandeza del *Hombre*. No por el *Hombre* mismo, sino por aquello que empezaba a formarse en su seno y que venía a nosotros: por ese Misterio incomprensible de que Dios iba a ser traído a los *hombres* por sus pequeñas manos de Doncella entregada.

A partir de la Palabra que Ella ha aceptado en Nazaret, el hecho de ser *Madre de Dios* llena toda la razón de su existir...

(Nos desviaría mucho, ahora, de nuestro empinado sendero, analizar con humildad si —en nuestra propia experiencia vital— contamos también con una «implosión» que haya canalizado para siempre nuestra vida. Como sucedió para la Virgen María en el instante único de la Encarnación de Dios. Momentos estelares. ¿Cuál ha sido el nuestro, ¿Desde qué hora vivimos, en verdad?)

Un elemental análisis del texto lucano nos lleva a tres estadios: «María» - «Los Humildes» - «Israel».

Imaginémonos un surtidor cuya agua, al descender sobre sí misma desde el impulso vertical, se remansa en un primer pilón. (Esto es algo que le gustaba mucho, en otro contexto, a Santa Teresa: pero vale lo del surtidor y lo del agua clara: «¡Oh cristalina fuente...!»)

Y de aquel primer pilón, se rebosa hacia otro estanque más ancho. Y cuando éste se llena, se derrama el agua hacia un espacio abierto y sin límites.

Así el «Magnificat».

Comienza elevando a Dios, en verticalidad de júbilo y de glorificación, todo el pensar y el sentir del alma: «Proclama mi alma la grandeza del Señor. Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador.»

Desde la altura de la *Gracia* de Dios, en que se ha situado, ese chorro del espíritu, lanzado hacia lo alto, refluye sobre su personal bienaventuranza, sobre su condición de «elegida y de única»: «Porque se ha fijado en la humilde situación de su esclava. Pues mira, desde ahora, me llamarán 'feliz' todas las generaciones.»

Luego, sin perder el nivel (que se mantendrá en todo el Cántico, como el chorro del agua en el imaginado surtidor), se extiende, en una segunda fase, a cuantos viven —como Ella— la humilde situación de la pobreza: a todos los «pobres de Yavéh», a todos los «anawín»: «Su misericordia llega a sus fieles... exalta a los *humildes*, a los *hambrientos* los colma de bienes...»

Y esto es decir —tercera fase— el desbordamiento del Amor de Dios a un espacio ya abierto y sin límites: a *Israel*, al *Israel* de las Promesas de Dios, a su Pueblo Elegido, a su *pueblo*, que se está haciendo *carne* en su Iglesia, Iglesia de los *humildes*, de los «pobres», de los «anawín», sobre los que va a recaer el cántico de las Bienaventuranzas...

Así pues, en estos tres círculos concéntricos, en la «implosión» de María que se siente «preñada» de Dios y que se experimenta como la *Humanidad total* (a la que Dios ha mirado en su humilde condición de esclavitud); en la prolongación de María en los «*humildes*»; y en su prolongación en toda la *Iglesia*... está el *Magnificat*:

Maria, Los *Humildes*, *Israel*. Estos tres son los círculos del «*Magnificat*».

Pero todo ello, como «elogio» de Dios, como «alabanza» de Dios, «para gloria de la alabanza de Su Nombre», que nos diría San Pablo.

Intentemos recorrerlos brevemente, de fuera hacia adentro: desde la Iglesia hasta María, que es el mismo Corazón de la Iglesia.

III

El «Magnificat» es el Cántico de Israel, es el Cántico de la Iglesia, es el Cántico del hombre redimido.

Es el eco de una fe de novicia. Era la palabra llevada por los siglos a través de los profetas y de los maestros de la Escritura. Era una aurora sin nubes, que esperaba mantenerse gozosamente israelita, viendo cumplidas en Jesús todas las esperanzas de aquel *pueblo*: «Dios ha acogido a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia, como la había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia, por siempre.»

Es curioso comprobar cómo, incluso en la mirada de la Virgen María, pequeña moza nazarena llena de fe, se había quedado estrecho el ámbito de las «promesas» de Dios. Porque se había quedado estrecho el ámbito de la «descendencia de Abraham». Sólo en el desarrollo del Evangelio íntegro, de la vivencia apostólica bajo la luz del Espíritu Santo, de la experiencia colmada del acontecimiento Pascual, se pudo descubrir que la descendencia de Abraham no era descendencia de sangre, sino descendencia de *fe*.

Ahora son realidad aquellas promesas que hizo a los Padres y que quedaron consignadas en la Biblia. Bendición sobre el linaje de Abraham y, mediante él, sobre *todos los pueblos de la Tierra*. Obra inmensa de aquella «misericordia» que define el carácter del Dios que se ha revelado a Israel: todo El gracia y amor. «Misericordia para siempre», que ahora se ha hecho *carne* en el Misterio de Nazaret, cuando la Humilde Esclava ha concebido y «está Dios con nosotros»: *Enmanuel*.

Esta mirada a Israel puede indicarnos la punta intencional del «Magnificat», que se define al final, como en la mayor parte de las buenas obras literarias. Y así coincide con los cánticos de Zacarías y de Simeón, con el Mensaje de los Angeles a los Pastores, con la misma Anunciación hecha a María.

Y así el «Magnificat» resulta un cántico de amor a Israel. Ilusión todavía no marchita de que la Gloria de Dios coincidiera con la gloria de

una patria. ¡Qué alegría saber que María se sentía «israelita» hasta la más escondida médula de sus huesos! ¡Qué alegría saberlo, porque así descubrimos cómo Ella era *humana* y se sentía viniendo en el chorro de la historia, hecha de amor y carne, de un pueblo al que Dios había elegido para que naciese Ella! Y, de Ella, el *Dios-Hombre*.

Pues los designios de Dios se cumplen; aunque tengan que realizarse por encima de comprensibles incomprendiciones humanas.

Ya se había llamado »*Iglesia*», desde antiguo, al Pueblo de Israel. Y la que llamamos *Iglesia* de *Cristo* nació y se desarrolla en continuidad teologal con el Israel que Dios eligió.

Conservando intacto el nombre y el amor de Israel, el «*Magnificat*» es el Cántico de la Iglesia, del *Pueblo de Dios*, de esta Comunidad Universal en la que el *Hombre* puede encontrar la Salvación que le viene de Dios: «Ha mirado a su Iglesia, su Sierva, acordándose de la *misericordia*, para *siempre*; como lo había prometido a nuestros Padres, a favor de Abraham y su descendencia.»

Ella no pudo entonces barruntarlo. Pero ¿qué sentirá Ella ahora, cuando se vea y se sienta llamada y proclamada —con tanta razón— *Madre de la Iglesia*?

IV

El »Magnificat» es el canto de gloria de los »humildes» y los »pobres» a los que tanto ama el Señor.

En verdad, el «*Magnificat*» es el cántico de aquéllos que son protagonistas de las «Bienaventuranzas». «Gloria a Dios en el Cielo y, en la tierra, la *paz* para estos hombres a los que tanto ama el Señor..»

El rostro de estos «pobres» manifiesta al mundo la fisonomía del «*Israel de Dios*». Son, en el lenguaje de la Biblia, los que «temen al Señor». Sencillamente, «los fieles».

Es precioso pensar que somos también nosotros.

«Desbarata los planes de los poderosos, exalta a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes....»

Todo el Evangelio de la Infancia, según Lucas (y también la «infancia de la Iglesia» en los primeros capítulos del Libro de los Hechos) respira el ambiente social y religioso de los «anawín».

Con un vigoroso juego de antítesis, «los pobres del Señor» se contraponen a los idólatras del poder y del poseer. A los «hiperéfanoi» o soberbios.

Esta segunda parte del «Magnificat» tiene aire de victoria. Victoria, no por obra de humildes, sino por obra del Omnipotente, que ha obrado en su favor, que va a obrar siempre en su favor. Expresiones de grato sonido al oído de un pueblo sediento de justicia. Se inspira en la fraseología tradicional de los salmos. Se percibe en ellas el eco lejano de la alegría con que los antepasados celebraron el don de la *libertad* en el Exodo de Egipto, en el exodo de Babilonia... en toda la *obra libertadora* de Dios.

El Exodo es una historia siempre contemporánea. Divina *liberación* de las humanas servidumbres, que se ha de actuar todos los días.

Por eso, si —alguna vez— los redimidos o liberados asumiesen la posición o los métodos de sus antiguos opresores, caería sobre ellos la misma condena.

Y por eso también es explicable nuestro estupor y nuestro asombro, si —desde ciertos estamentos de nuestra Iglesia actual— se puede someter a dura crítica adversa todo el esfuerzo de una «teología de Liberación» que hunde sus raíces en la misma médula de la Biblia. O todos los «movimientos» que hacen declaradamente opción por los pobres y oprimidos, que son los predilectos de Dios.

Como «tentación», ahí está siempre. La tentación, para la Iglesia, de convertirse en «un poder» entre el grupo de los «Poderosos». Asumir sus métodos y convertirse en una máquina más de esclavización y de dominio; de alinearse siempre entre «las autoridades» y no entre los «servidores». Es innegable —y tristísimo— que la Iglesia esté ofreciendo al mundo el rostro y el aspecto de una «potencia política» o de una «potencia económica»: de una negación real de las Bienaventuranzas y del grito del

«Magnificat». La tentación está ahí: defender al Evangelio yendo contra El. Intentar exponerlo ante los hombres mediante los métodos que el Evangelio condena. Y haciendo de El, no un mensaje de *liberación*, sino un anuncio de sometimiento y de renuncia a la dignidad suprema de los *Hijos de Dios*.

Cristo mismo es el *pobre* cantado en el «Magnificat». Cristo y todos los «pobres» que, con El, van a hacer *unidad* en un *cuerpo místico* suyo, que es la Iglesia. Cristo es el «Pobre de Yavéh» que anunciaba Isaías.

¿Qué le tocó a El, en el concierto de este mundo al que vino, sino las notas discordantes y amargas?

Nacer en una cueva; tener por cuna un pesebre, conocer la amargura del exilio en su infancia dolida; trabajar en la oscura humildad de un taller de artesano; proclamar una verdad que nadie quería entender; hacerse sospechoso a todos «los grupos *religiosos*» y los «grupos políticos» y los «grupos dominantes»; no poseer nunca ni una almohada propia, ni —en el fondo— un corazón amigo donde poder reclinar su cabeza; ser perseguido como peligroso, como pecador, como loco... ser acosado, ser preso, ser torturado, ser llevado a la muerte entre el vilipendio y el escarnio, mientras la carcajada y el desprecio de los «poderosos»...

¿Os imagináis qué sería el ambiente que rodeó a Jesús en su camino hacia el Gólgota? La calle llena del bullicio de la gente. Este vendiendo y voceando su mercancía, aquél preguntando el precio de una alfombra, la mujer regateando una moneda que le pedía de más el lechuguero... «¿Qué pasa ahí? —Nada, que llevan a ajusticiar a un condenado. —¿Qué habrá hecho, el canalla?— ¡Eso está bien! ¡Justicia, que hagan justicia...!» Sin más interés. Y cada uno se volvería a lo que, «realmente», les interesaba... Las voces de la mujer que vendía pucheros y cántaros de barro, los gritos del verdulero... irían acompañando los pasos vacilantes del que cargaba con su cruz y subía al monte. ¡El que había encarnado todo el dolor de la Humanidad esclavizada y sufriente...!

Ese era Cristo, que sigue vivo dondequiera que un hombre es perseguido o acosado o vilipendiado o despreciado; o simplemente ignorado en su ser o en su valer...

El Exodo, como la Pasión, es una historia siempre contemporánea. Redención divina de las humanas servidumbres que se ha de actuar todos los días. Y el «Magnificat» es el cántico de esa *liberación* que mira a Cristo en primer plano y que percibe en panorama, a toda la Humanidad Doliente que se siente ya levantada, resucitada ya, en una mañana de Pascua sin ocaso, que llena de estupor a los «sabios y entendidos de este mundo»:

«El Poderoso ha hecho obras grandes por mí.
Su Misericordia llega a sus fieles.
Su brazo interviene con fuerza,
desbarata los planes de los arrogantes,
derriba del trono a los poderosos
y exalta a los anawín (a los humildes).
A los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despidе vacíos...»

El Cántico de la Liberación es la Obertura misma del Evangelio. Y es la voz de la *Madre* en el *Adviento de la Historia*, tres meses antes de parir al que venía a ser *Dios-con-nosotros*. «Le pondrás por nombre *Enmanuel*.» Dios con nosotros, Dios que se ha querido hacer carne de esclavitud, carne para sufrir la injusticia, pero reclamando la *libertad definitiva de la Pascua*.

¡Qué bien resuenan, desde este contexto, los otros Himnos del Evangelio de la Infancia según Lucas!:

El de Zacarías:

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha venido El a *liberar* a su Pueblo,
suscitándonos una fuerza salvadora
en la casa de David, su siervo...»

(Lc. I,68-69.)

O el de Simeón:

«Bendijo a Dios diciendo:
Ahora, Señor, despide a tu siervo en paz,
porque mis ojos han visto a tu Salvador...
Luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu Pueblo, Israel.»

(Lc. 2,28-32.)

O hasta la misma Ana, que, sin himno esta vez,

«hablaba del Niño a todos los que esperaban la *Liberación*.»

(Lc. 2,38.)

Podríamos resumir diciendo que el «Magnificat», himno de la Liberación de los Humildes, sólo puede cantarse desde las Bienaventuranzas. Quien quiera hacer *suyo propio* este himno, quien quiera cantárselo a Dios desde su propio corazón, tiene que renunciar a toda voluntad de hacerse poderoso a costa de oprimir —de cualquier forma— a sus hermanos hombres. Tiene que renunciar a enriquecerse a costa de explotar a los demás. Y esto vale para el individuo y para las «sociedades», incluida la Iglesia. Es el *Ev-angelio* que tenemos que ir pregonando a través de todo un «mundo» que no lo quiere recibir (y así le va), y a través del «mundo» de nuestro espíritu, que se deja ensordecer por todo el ruido exterior.

El «Exodo» hacia la *libertad* tiene que irse construyendo, tiene que irse formando desde »*nuestro propio y personal éxodo*» de toda forma de esclavitud interior («pecado» lo hemos llamado mucho tiempo): salir de la esclavitud interior de cada uno. Y en este aspecto, ganar a un *hombre* para *su libertad* es ganar a *todos* los hombres: con que haya *un libre* ya hay libertad sobre la tierra.

No olvidemos jamás la palabra de Jesús: »*La verdad os hará libres.*» Y »*Quien comete pecado es un esclavo*» (Jn. 8,32 y 34).

Y como nos recuerda San Pedro: »*Cuando uno se deja vencer por algo es su esclavo*» (2 Pet. 2,20).

V

El «Magnificat» es el cántico de la exultación de María, el indicativo de su «Espíritu Libre», en favor de la Iglesia.

Bajo la inspiración del Espíritu Santo, San Lucas ha dejado a la Iglesia, en su Evangelio, la imagen arquetípica de María. Demasiado oropel, demasiadas estrellas y nubes y mantos azules y lunas a sus pies... Demasiada «escenografía» para la Mujer sencilla y humilde, entregada a Dios. Dejémoslo ahí, con un lamento, impotente. Con un lamento, donde el cura de aldea expresa su preocupación, de estos días, por un cierto «corrimiento» que él detecta, desde una centralización *cristológico* y *antropológica* del Concilio Vaticano II («Abrid las ventanas...»), hacia una *mariología* donde se advierten las *vaciedades*.

María *es en Cristo*. Su valor no es suyo. Su valor está en el «kejaritomene», en el haber sido «llena de Gracia» desde el principio de su ser; en el haber sido preparada desde el comienzo mismo de la historia para el *Acontecimiento* que sucede en *Cristo*: en el Dios que se viene a ser *Hombre*, en el *Emanuel*, en la *Encarnación*.

Y ahí queda María, en su papel adjetivo y lateral. En su papel humilde —y tremadamente eficaz— de quien se siente instrumento de *Dios*, envuelta en el quehacer de *Dios*. Y, por eso, *co-redentora*. Envuelta y principio y madre... de todo el proceso de la *Divinización* de lo Humano. Nadie, como Ella, ha llevado *dentro* de Sí a *Dios*. Nadie como Ella le ha *convivido*. Nadie como Ella se ha entregado a *su voluntad*. ¡Qué fuerza la de aquél: «Hágase en mí según tu Palabra»!

En ese marco nos la presenta Lucas.

En la sencillez humilde de la aldea, en el frescor de sus años mozos, desposada con el Artesano, acarreando cada día su cántaro de agua y amasando el pan de la jornada.

Y a Ella le fue enviado el Angel del Anuncio.

Nadie podrá saborear su pasmo y su susto.

Papel adjetivo y lateral. Sí.

Instrumento de Dios, sólo instrumento de Dios. Sí.

Pero, desde entonces, envuelta ya en todo el quehacer de Dios, del Dios que viene a *librar* al Hombre de toda su radical esclavitud que le estaba impidiendo *ser Dios*.

¡Madre de Dios...! A uno le da vueltas la cabeza cuando se piensa, en serio, que Dios haya querido escoger este camino y que haya querido hacer de la *Mujer* alto tan grande. Para que la *Humanidad* descubra lo que es *ser Hombre*.

Así nos la presenta San Lucas. En su sencillez y en su pasmo. Un pasmo de que aún no se ha recuperado el *Hombre*.

Pero Ella sigue siendo Ella misma. Lo que está siempre sintiéndose, por sentirse la excepcionalmente «kejaritomene», «llena de Gracia». Es Hija de Israel, es Hermana de los Humildes y se siente toda volcada hacia Dios. Desde el Anuncio, inmensamente llena de Dios.

Es Hija de Israel

María funde su horizonte personal con el de su pueblo. Pueblo al que Ella representa y, en cierto modo, personifica. Ella es el ideal viviente de la Ciudad de Dios anunciada por los Profetas.

El Cántico tiene por motivación inmediata dar gloria a Dios por la Maternidad suya, de la que va a nacer El que será cumplimiento de todas las esperanzas proféticas, de todas las promesas hechas a Israel; donde la descendencia «de Abraham» alcanzará su destino. «Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí.»

Sintiendo muy suya su Maternidad, María reconoce que es Gracia y Salvación para todo el Pueblo. Su jubilosa gratitud personal de la primera estrofa se identifica, en la última, con la proclamación de la misericordia y fidelidad de Dios para con Israel.

Para cuantos creyeron en Jesús durante la época apostólica la significación teológica del pueblo elegido se fue polarizando en la Iglesia. Por

los años en que escribió San Lucas y en el círculo de sus primeros lectores, este proceso ya está concluido. En el «Magnificat» a nivel de redacción evangélica, la Iglesia asume todo el amor que María profesa a su patria Israel.

Cuando la Iglesia canta su «Magnificat» de cada día, sabiendo que es de la Virgen, lo siente y lo dice como suyo propio, pero desde el corazón de María. Intima relación entre María y la Iglesia, que profundizarán siempre más y más los textos litúrgicos, la reflexión teológica y la experiencia cristiana: Jesús es para Israel; y desde él se desbordará (oleada infinita del Dios que salva) a todos los hombres.

Es hermana de los humildes

Las Bienaventuranzas fueron vida en Nazaret antes de ser voz en el Sermón de la Montaña.

Para judíos y galileos de entonces, ya el mismo nombre de «Nazaret» sonaba a humillación social. La solidaridad de María con los «anawín» se fraguó en una experiencia común. ¿Quién ha sido María para los que la conocieron vivir sino la humilde y callada «mujer del carpintero»? Pero Ella, testigo de las injusticias, pone en sus labios de «mujer fuerte», «valiente hasta la audacia» (como la llamó Pío XII), toda la energía de los profetas para pregonar el juicio de Dios sobre los injustos. Los que, como Ella, tengan el corazón lleno de las Bienaventuranzas, la podrán llamar y podrán sentirla como «Virgen de la Liberación», realmente «Madre de los Hombres», de los hombres sufridores y dolientes, ofendidos y humillados, que es la mayor parte de la *Humanidad*. A su grito de «*Liberación*» le están faltando muchos ecos nuestros, de cristianos reales, de hombres liberados y liberadores, de todas las gentes que quieran, de verdad, verse comprometidos en la construcción de un »*común de libres*». Le está faltando —¿me lo dejáis decir?— una *Iglesia con otro aires*, quizá la que se esperó con alegre esperanza tras el Vaticano II, y que parece haberse perdido en no sé qué desierto... Quizá nos está faltando una

Iglesia del Magnificat que tendríamos que ir construyendo entre todos, desde lo *interior* de los corazones convertidos a la libertad.

Toda de Dios

A la «gracia de su vocación», que, de parte de Dios le ha comunicado el Angel del Anuncio, Ella responde con un *acto de Fe*. Una total aceptación de la Palabra que le ha sido comunicada y una entrega total de Sí misma: «Aquí está la esclava del Señor. Cúmplase en Mí lo que has dicho» (Lc. I,38).

Cuando Isabel la felicita por «haber creído» (Lc. I,45), la Virgen Madre acepta el motivo de la felicitación y la glosa con un «salmo, himno, o cántico inspirado».

Las composiciones poéticas de la Biblia y de la Liturgia brotan de una experiencia de fe que busca prender y hacer llama común en el alma de cuantos la escucharán en disposición de creer lo mismo, sentirlo con igual ardor y expresarlo con las mismas palabras.

El «Magnificat» es la glosa poética de un acto de fe en el Misterio del Hijo de Dios hecho *Hombre*. Es una elevación en forma de himno en torno al momento más importante de toda la Historia Universal: Nazaret, la *Encarnación*.

Es una fe diáfana: con una única mirada intuye, en el germen oculto, la inmensidad del porvenir: la salvación de Israel, la gloria de los pobres, la propia bienaventuranzza, el amor de Dios reinando sobre los fieles, para «siempre»: Dios inundando al Hombre...

La fe del «Magnificat» se define a sí misma:

— Es la fe de quien acepta y reconoce en sí el favor divino; sabe y siente y experimenta vitalmente que, en su vivir humano, *todo es Gracia*, todo es regalo de Dios, sin mérito alguno de su parte. Es la pura humildad en ejercicio de amor.

— Es la fe de quien ha dado y mantiene su «consentimiento» activo a la *Gracia*. Es la sinceridad de la «esclava del Señor», en libre consagración

de su existencia, de su voluntad, de su trabajo, de su persona... Y, además, «pro eis». Como Cristo consagra su entrega «pro eis», es decir, por *nosotros los hombres*.

— Es la fe de quien abre la profundidad del propio ser —«alma y espíritu»— al abrazo de Dios.

Felicidad interior que se muestra en exultante alegría: «*Bienaventuranza*..»

— Es la fe de quien mira a Dios con amor inteligente. Mirar así a Dios, mirar al Infinito... es admirar y contemplar. La admiración y la contemplación fraguan en el *silencio* y son la oración.

(*Bienaventurados nosotros*, los que podemos mirar y admirar la «sombra» de Dios en la llanura inmensa, donde los chopos nos dicen algo de levantar la mirada hacia la otra inmensidad del azul o de la estrella... Y *bienaventurados vosotros*, los que podéis brincar de roca a pino; o al agua remansada en el pantano, por cuyo cielo hay siempre un águila volando... Fe que nos deja ver a Dios en cada cosa, admirativamente, en el silencio-en-torno. Pero luego necesita comunicarse; y su comunicación es la *alabanza*. Y así intentamos enumerar, interpretar y describir las obras de Dios, bosquejo de los rasgos fascinantes de *su rostro*; intentamos comprender las «razones» de su Corazón....)

Por eso el «*Magnificat*», fe hecha cántico, es ante todo un «elogio de Dios», una Palabra sobre Dios, una noticia de Dios, una experiencia de Dios en el Corazón de la Madre que lo va a parir hecho carne nuestra...

Es «elogio de Dios» por la descripción de cuanto ha hecho en favor del Israel, en favor de los humildes, en favor de María...

Es «elogio de Dios», por la *grandeza* que se afirma de El. Y esa *grandeza*:

— *Se cifra en el mismo nombre* sobre todo nombre al que se ofrece la alabanza desde las primeras palabras: «*El Señor... mi Dios... mi Salvador...*»

Saboreado cada día en la oración matutina de los judíos, el Nombre Divino es resumen de toda fe, concentración de todo amor.

— *Se afirma* en el verbo de donde arranca al cántico: »*Magnificat.*» ¡Dios es grande! ¡Proclama mi alma la grandeza del Señor! Grandeza, gloria y a altura; en contraste con nuestra situación de «humildes», gentes del «humus», del barro, del limo y del cieno... del que estamos hechos.

— *Se subraya* con el atributo »*poderoso*». El Poder de Dios ha sido la razón definitiva para el acto de fe y de consentimiento de la Virgen, al concluir su diálogo con el Angel en Nazaret: «Porque para Dios *nada hay imposible.*»

Poder sin límites, medida sin medida de las «grandes cosas» que Dios ha hecho en María y en nosotros. El Poder de Dios es la confianza de los «humildes», de las gentes del «humus»; como también es certeza de perdición para los orgullosos: «a los ricos los despieza vacíos.»

— *Se confirma* con la proclamación: Santo es su Nombre.» Que es un punto más de contacto con la oración de Jesús: «Santificado sea Tu Nombre.»

En su fundamental sentido teológico, la palabra «santo» incluye lo «misterioso», lo «fascinante», lo «transcendente», lo «divino», lo «otro», lo «más-allá», lo «verdadero»... lo «consagrado».

Y así el elogio de la Divina Santidad está en línea recta con el Misterio de la Concepción de Jesús, tal como el Angel se lo anuncia a María: «Por eso, a lo que va a nacer de ti, lo llamarán Santo, Consagrado, Hijo de Dios» (Lc. I,36).

Toda esa «infinita grandeza de Dios» (del Dios que Ella admira con la fe judía; y del Dios que Ella siente latir en sus entrañas, del Dios hecho la carne de un Niño aún no logrado) forma un inmenso contraste junto a la anonadada pequeñez de «los humildes» (María, los «anawín», Israel, La Iglesia, los hombres todos...). Contraste que es clave estructural del «*Magnificat*» y le confiere su inmarcesible encanto religioso y poético.

Ambos extremos del Cántico se abrazan y harmonizan en su motivo dominante: *la misericordia*, suprema razón de la gesta que celebra. Lo que ha aparecido en la Encarnación ha sido la Misericordia de Dios: «*apparuit benignitas.*»

Misericordia que es gracia y amor. Gracia y amor de Dios a los hombres, que está ya para aparecer, que «adviene» en la figura de Jesús = «Yahveh salva». «Mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador» (mi Jesús). Que por algo el Angel le ha ordenado: «le pondrás por nombre Jesús.»

Como una resonancia de toda la Biblia de Israel, el Cántico de María llama a Dios »Salvador». Pero la razón única del «Magnificat» está en que ya se ha verificado la *Encarnación de Dios en lo humano*; y que sólo faltan tres meses para que nazca en este mundo, en este «humus» de los «humildes», del barro y de la miseria, *aquél* que teniendo por Madre a la «humilde» Doncella de Nazaret, se llamará —porque lo es— *el Hijo de Dios*. «Y le pondrás por nombre Jesús, que quiere decir: Dios salva.»

Porque son palabras de María, porque son «su alma y su espíritu», las palabras del «Magnificat» han de ser alma y espíritu de la Iglesia.

Cualquier palabra queda inerte mientras no se hace voz de una persona amada.

Un poema nos habla al alma cuando es evocación de aquél que, por nosotros, le dio vida.

El «Magnificat» ha sido y será «por siempre» la voz de María en el corazón de la Iglesia.

Es su «cántico espiritual» de la Salvación.

Es, tal como Ella lo vio, la infinita Historia del Amor de Dios derramándose infinitamente sobre la humildad de los humanos: humus, humus... que somos barro nada más, que somos *nada*.

Dios cerniéndose, otra vez, sobre el barro, para una nueva creación.

Tal la Salvación cantada por María.

Y otra vez, la convicción de que el *Hombre*, en esta economía de la Redención obrada por Cristo, el *Hombre* alcanza su dignidad suprema e insospechada. Barro que somos, alcanzamos la frontera de *Dios*.



Institución Gran Duque de Alba

SEPTIMA MEDITACION

**EL VALOR HUMANO
DE LA MUERTE**



Institución Cultural Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

«Fijaos un poco y veréis cuán corto y cuán despejado es el camino que conduce a la *libertad*...»

«Incluso entre los altares y los ritos solemnes de los sacrificios, mientras se desea la vida, adaptaos a la muerte...» (Séneca).

«¿Consideras que Sócrates fue desgraciado porque apuró aquella poción... igual que si fuera la medicina que confiere la inmortalidad, y porque discutió sobre la muerte hasta la misma muerte?» (Idem).

«Sólo quien piensa en la muerte puede vivir despierto» (Unamuno).

Una cierta aversión parece que sufre el hombre a pensar o a hablar sobre la muerte. Especialmente, el hombre inmaduro, el que se siente atado y asido al «fenómeno» de esta vida y al «teatro» de este mundo. Sólo el desasido y el libre puede contemplar a esta vida «primera» nuestra como lo que, realmente, es: la única forma posible de alcanzar la «segunda» Vida, que es la vida en verdad. Y sólo ése es el valor de esta vida: ser posibilitadora de la «otra».

Le damos tanta importancia a «lo que pasa» que apenas dejamos tiempo para pensar en lo que *no pasa*, en lo fijo e inmutable y logrado, en lo perenne, a donde nos encaminamos y que define ya definitivamente nuestra razón de *Humanidad en Dios*, donde el hombre *ya es*, por fin, *hombre*.

Intentemos despegarnos un poco de la «inmadurez» que todos arras-

tramos mientras vivimos acá; e intentemos con cierta «osadía» pensar en la muerte para poder vivir despiertos. Porque incluso entre los altares y los ritos solemnes, hemos de adaptarnos a la muerte.

Ahora se está muriendo el día, aquí, frente a mí. Estoy mirando —con el asombro cotidiano— este desangrarse del sol que se despide, arrojando sus brazos encendidos a los enhiestos álamos de la ribera.

La muerte marca todo lo que es la vida.

Esto nos es común con las flores y con los altos álamos del río. Nos es común con el perrillo mío, tan gracioso, a quien la rueda de un coche sin malicia aplastó la cabeza sobre el asfalto negro de la carretera.

Todo esto, que vive, ha vivido para morir. Sólo EL-QUE-ES tiene el *ser* y el *no-morir*.

Lo que tiene un principio tiene un fin. Y ¡qué corto es, qué despejado, el camino que conduce a la libertad!

Para el Hombre, la dimensión es distinta. Pero sólo desde Jesús. Antes de El, todo eran escarceos y dudas. Era un ansia interior de inmortalidad que andaba quemando a los espíritus más despiertos; pero que nunca conseguían el sosiego de una esperanza segura.

Sólo desde Cristo ha quedado aclarado el problema: el *Hombre* ¡no es un ser para la muerte!

He citado a Séneca, con admiración y respeto. Pero su visión sobre la muerte terminaba en la muerte misma, en la muerte como aniquilación y despedida absoluta del ser. Y hacia esa misma «paganía» han ido desfilando todos los «humanismos» que han intentado construirse desde fuera de Cristo. Los más antiguos; y todos estos más modernos que se vanaglorian de haber descubierto el sentido del *Hombre* en su pura materialidad, en su pura inmanencia. Si le quitáis al hombre su referencia de *Eternidad*, le habéis quitado todo su ser; le habéis convertido en lechuga o en mono. Por más «lechugadas» o más «monerías» que sea capaz de realizar.

Por eso me parece que no perderemos el tiempo si «perdemos» un tiempo en intentar analizar, siquiera sea por alguno de sus ángulos, el *valor humano de la muerte*.

Lo haremos, si os parece, jugando al contra-punto de la Palabra de

Dios con una palabra de hombre (mujer, en este caso, porque he elegido a Santa Teresa) que nos testimonia de su experiencia de vida y de su «sentimiento» de muerte.

I

EL MIEDO

En el ejercicio de su ministerio, el cura de aldea ha visto ya demasiados ojos asombrados, demasiadas manos crispadas, demasiadas angustias, reflejadas en las palabras y en las quejas de los que iban a morir, para poder dudar de que *el miedo* sea la característica del sentimiento del Hombre que se enfrenta con *su muerte*.

Todo se nos vuelve «ligero» (y hasta superficial y banal) cuando es «otro» el que se muere.

El «dolor» por el ser querido, que se nos va, no es todavía un «aproximación» a »*nuestra propia*» muerte.

¡La sentimos siempre tan lejana...! ¡Nos engañamos tanto... como si nunca hubiéramos de sentir su mano helada sobre *nuestra* frente!

Parece mentira que esa *evidencia* del morir necesario, cierto, inesperado, sin excepciones, universal —por tanto—, rápido (demos gracias a Dios, porque tarda mucho menos un hombre en morir que en nacer); parece mentira que ese hecho *evidente* lo tiremos los hombres a la espalda de nuestra conciencia, para seguir viviendo —¿viviendo?— como si *nunca* hubiéramos de morir.

Es tal el *miedo* que nos causa, que preferimos *disimular*nos su certeza y agarrarnos, *asirnos*, a todo esto que *no-es*, porque nos falta la certeza de *todo-aquello-que-es-en-la-verdad*.

¿Falta de fe? Quizá no. Quizá sólo sentimiento animal, instinto, resistencia imposible de evitar; agarrarnos a esto que sentimos como «vida», que experimentamos como «vida», por que nos falta la experiencia de «la vida».

Que yo sepa, a ninguno de nosotros nos queda recuerdo ni conciencia de nuestro «ser de fetos». Pero ¡qué a gusto, qué acomodados nos deberíamos sentir todos en el ámbito cálido y amigo del útero materno! Nacer es una especie de muerte. Si el niño que nace tuviera conciencia de si, ¿no sentiría miedo de abandonar «aquellos» tan dulce, para pasar a lo «ignorado» tan hostil y tan seco?

Morir es *nacer*. Nos falta la *experiencia* de lo que nos espera. Y sentimos, *naturalmente*, todo el miedo imaginable de llegarnos, de *nacernos* a otra cosa tan totalmente *desconocida* y tan distinta de esto a lo que estamos «acostumbrados»; a lo que es «natural» que estemos «asidos».

La muerte y el miedo son casi sinónimos en nuestro lenguaje, porque son casi idénticos en nuestra experiencia intra-mundana, la única que nos es dada. Aquí estamos; y salir de aquí, es el *misterio* y la noche.

El cura de aldea recuerda, entre muchas más expresiones, la del viejito a quien acompañaba cuando ya estaba entrando la muerte por la puerta de la alcoba; y al que le hablaba del cielo:

«¡Convénzase, señor cura: 'ca', uno como en su casa, en ningún 'lao'!...»

¿Se sentiría Jesús «como en su casa» (cuando le iba llegando la hora de morir), en este «casa de barro», en esta «tienda de nómada» que El había asumido precisamente para compartir «la experiencia» divina de ser *Hombre*? (Mt. 26,38 y ss.; Mc. 14,34 y ss.). «Mi alma está triste, hasta el punto de morir... Padre, todo es posible para Ti: aparta de mí este cáliz... Y, alejándose de nuevo, oró, repitiendo las mismas palabras.» «Y sumido en su angustia, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lc. 22,44).

Jesús mismo no tuvo un miedo «vulgar» ante la muerte. Fue un miedo «excepcional», un miedo «único»: fue la más clara conciencia de morir que haya tenido ningún hombre. Sólo El sabía, en verdad, lo que es la vida y la muerte. Y odió a la muerte teniéndola que asumir «voluntariamente»: «No se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú...»

Los otros «héroes» —se podría citar la lista inmensa— o se enfrentaron

con la muerte sin «saber» lo que es la vida, o sin «saber», en su verdad, lo que es la muerte: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mt. 27,46). Cuando El muere, es el Hombre sólo el que muere, el «abandonado» de Dios.

Cristo ha temido a la muerte.

Por eso no es vergonzoso para el hombre sentir ese único pavor. El miedo ante la muerte es tan *humano* como lo es el deseo y el hambre de vivir.

Y si alguna vez —muchas veces— el hombre busca deliberadamente la muerte y se la procura...: «Si alguna vez, Platero, me echo a ese pozo, no será por quitarme la vida: créemelo. Será por alcanzar más pronto las estrellas...»

El *miedo a la muerte* es tan nuestro, tan *humano*, tan específicamente «miedo-del-hombre», que hasta le ha anegado a Dios cuando corrió la aventura de meterse a hombre.

Por eso, no habrá que avergonzarse de temerla; ni aún de odiarla. La muerte es la negación de nuestra vida. Y estamos tan metidos en la *vida* que no sabemos comprendernos en la *muerte*; porque la muerte es el triunfo del absurdo.

Y, ¿los «hombres de Dios»?

No los dis-traidos, los que van siendo llevados de acá para allá en las «preocupaciones de este mundo».

El cura de aldea saca con frecuencia a relucir el tema de la muerte entre las gentes de su pueblo. Acodado en la barra del bar y con cualquier motivo de la actualidad aldeana, mientras se toma un vino con las «ovejas de su rebaño», echa —como un cuadro de espadas— sobre el tapete verde de la charla, una pregunta sobre la fugacidad de la existencia. Y siempre encuentra la misma respuesta de rechazo: «Sobre eso no hay que hablar.» Es un tema prohibido. Pero sólo prohibido por el *miedo* a su evidencia.

¿Será ese «miedo» una experiencia «mística»?

Creo, en el fondo, que lo es. Es como un cabezazo contra el muro del «misterio». Del misterio infranqueable. Con toda la fuerza de nuestros músculos tensos, damos con la cabeza contra el muro. Y el muro sigue intacto, mientras llevamos nuestras manos a la cabeza herida... Mejor, no herirnos: «Sobre eso no hay que hablar...»

Y a las espaldas nuestro tema, porque nos anda royendo a diario el corazón.

¿Y los hombres de Dios?

Estos aldeanitos míos se callan con un silencio hondo para escuchar la Palabra cuando la muerte pasa llevándose una vida de las nuestras. Hay el silencio del miedo.

Como en Teresa de Jesús, que había recibido ya en su vida de búsqueda y de entrega «grandes revelaciones y gracias». Precisamente nos está contando en el capítulo 38 de su «Vida» una de «las grandes mercedes» que el Señor le había hecho, sus visiones del cielo y de lo eterno; cuando se le escapa su íntima verdad: «muerte, a quien yo siempre temía mucho...» («Vida», 38,5).

Así es la verdad de los «hombres de Dios». Aquéllos que nos han adelantado en el conocimiento de toda verdad, porque se han entregado más generosamente a la acción de la Gracia. Y que, cuando están ya escalando las últimas cumbres, nos dejan ver su identidad con los que estamos empezando el camino: «muerte, a quien yo siempre temía mucho...»

¡Pues como todos, Teresa, como todos! Asidos a esta pequeña cosa que es la vida, pero que es «nuestra vida». El único lugar donde podemos experimentar que somos «reales», que estamos, que «somos»...

Y para que nos sintamos animados los que nos sentimos —quizá sin razón— tan lejos de la «santidad», de la plenitud de «hombres», si espi-gamos en Teresa y en sus sentimientos, no mucho antes de que exclamara en Alba de Tormes: «Ya es hora de que nos veamos, Esposo mío», encontraremos en sus «Exclamaciones» (14,1), algo como esto: «Temerosa cosa es la hora de la muerte.» «Temerosa cosa.» Para aquella que había pasado su existencia vuelta hacia Dios, que fue siempre una «caminata»

de la Ciudad y del Reino. Pero se planta ante la muerte «con temor y temblor»: «Temerosa cosa es la hora de la muerte...»

La muerte es también para ella algo que «hay que *tragar*» (C.P. XI, del C. de Valladolid, 4). «Si no nos determinamos a *tragar* de una vez la muerte... no haremos nada.»

Volveríamos a Séneca, sin querer: «adaptaos a la muerte.»

«Tragad la muerte.»

El *miedo* a la muerte es la constante del *Hombre*.

En la Historia de la Cultura suelen ser más importantes los sepulcros que las ciudades. Las «necró-polis», más duradera que las «polis». Las pirámides, más perennes que Menfis.

El miedo de la muerte y el misterio de la muerte van con nosotros desde la cuna. Es parte —y parte esencial— de lo *humano*. Ningún otro ser cultiva a sus muertos. Porque ningún otro ser siente y vibra desde su interior un grito que le clama y que le explica:

¡No quiero morir!

La muerte es el absurdo del *Hombre*.

II

LA PAGA

Hay algo en que —según pienso— están de acuerdo los «humanismos» no cristianos, que —en efecto— ni son «humanismos» ni son «cristianos». Y consiste ese «acuerdo» en proclamar una exaltación del «hombre» por negarle su pecado de origen. Quieren contemplar al hombre bobalicamente, roussonianamente, como una criatura feliz e inocente que, abandonado a su soledad individual, aparece como un dechado de perfecciones y hermosuras sin tacha. O, al menos, capaz de una fuerte tensión perfectiva, creadora del «super-hombre» y que coincidiría con el «ocaso de los dioses».

El cristiano saca su optimismo de otras fuentes.

Por de pronto, cuenta con el *pecado* como realidad insoslayable. El *Hombre* consiste en *no-ser* todavía. Experimenta, individual y colectivamente, la necesidad de un esfuerzo constante —y siempre ayudado por el *otro*— para ir dejando atrás el «animal» de que proviene y realizando el *Dios* a que se encamina.

Según la comparación teresiana, el hombre es un gusano asqueroso que tiene que sacar de sí toda la seda —en una «noche activa» del espíritu— para poder encerrarse en la crisálida, semejante a una muerte transformativa —«noche pasiva» del espíritu— hasta que la gracia del *otro* logre el «milagro» de la pintada mariposa que vuela hacia el azul.

Pero en todo el proceso anda presente el *pecado*, como realidad obstaculizadora. Hasta la última hora de la santidad de los santos.

Es uno de los temas más fecundos y más radicales de la revelación cristiana en torno a la valoración del *Hombre* y a la valoración de la *libertad*, que trae Jesús.

Casi toda la carta de Pablo a los Romanos está traspasada por esta «experiencia» del *pecado humano* y esa «experiencia» de la «Gracia» que es Cristo. Y la *muerte* como paga por el pecado.

(Rom. 5,12): «Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, así a *todos* alcanzó la muerte, por cuanto *todos* pecaron.»

Hay esta realidad: *todos somos pecadores*: «El que de vosotros esté limpio de pecado que tire la primera piedra.»

(Rom. 7,14): (7,15-20): «Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco... En realidad yo no soy quien obra, sino el pecado que *habita en mí*. Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance; mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que *habita en mí*.»

Esta conciencia tan «íntima» del pecado y de que *la paga* del pecado es la *muerte* la han tenido todos los que han querido superar su *condición* de pecadores para situarse en el ámbito de la gracia, todos los que han querido pasar de «gusano» a «mariposa». Lo han experimentado Pablo y Agustín; y Juan de la Cruz, con su teoría de las «noches» que son muerte anticipada; y Teresa, con su «compunción del corazón» y con su crisálida. Pero, sobre todo, lo ha experimentado Cristo: «A Aquel, que no conoció pecado, Dios lo hizo *pecado*» por nosotros. Y sufrió la *muerte* y el *sepulcro* por nosotros.

Aceptemos nuestra condición de mortales. Debemos pagar por nuestro *pecado* personal y original. Es hora de pagar.

Pero procuremos pagar con el amor.

Así nos lo recomienda Teresa, con su sentimiento del pecado como estorbo e impedimento de la vida eterna:

(Cam. de P. Cod. de El Esc. 70,3): «Plega a Dios nos lo dé a probar (el amor) antes que nos saque de esta vida, porque será gran cosa a la hora de la *muerte* (que vamos donde no sabemos) haber amado, y con pasión de amor que nos saque de *nosotros*, al Señor que nos ha de juzgar. Seguros podemos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino a propia, pues es a la de quien tanto amamos.»

Quisiera hacer hincapié en esta «desprestigiada» noción de la condición «pecadora» del hombre. Si somos sinceros, una de dos: o se es «a-teo» (Dios no existe para mí, de ningún modo), y entonces el hombre se erige su propio «pequeño dios» que termina estrellándose contra el paredón inevitable de la «*muerte total*»; o se es «creyente», y entonces se experimenta la infinita distancia que nos separa del *santo*. Y nosotros nos sentimos casi infinitamente pecadores, con el único refugio de nuestro Amor para alcanzar el Perdón: «Porque ha amado mucho, se le perdona mucho.»

Y por ahí va la intuición de nuestros místicos: «vamos a la casa de Aquel a quien hemos amado sobre todas las cosas.» «A la tarde te examinarán en el Amor.»

En efecto, es el único camino que nos queda para escapar de la esclavitud de la muerte.

No ha sido un castigo de Dios, sino elección nuestra. No hemos querido ser *libres* ni *absolutos*. ¡Nos hemos contentado con ser bestias! Nos hemos entregado a la esclavitud de la «apariencia», de la carne, de lo inmediato, del poder, del dinero, de la fuerza, del sometimiento de los demás a nuestro *orgullo* (Caín y Abel), de la eficacia, incluso. Hemos querido establecer sobre el campo de la Historia la razón del «más fuerte». Hemos elegido el camino de la bestia: ¡pues sed *bestias: morid!* Como individuos y como colectividad...

Lo asombroso es que Cristo, por ser *Hombre*, haya querido también entrar en comunión con esta condición «esclavizada» del que se había querido convertir en «infra-hombre». El ha asumido la «categoría de siervo» y la condición de «humillado» hasta el extremo de aceptar la muerte, «y muerte de Cruz»: la muerte del esclavo.

Semejante en todo a nosotros, menos en el pecado, El asume la última consecuencia del pecado que es el «rebajamiento» de morir.

Y pagar con su *muerte* por todos.

La muerte es el absurdo del *Hombre*, porque el hombre ha elegido ser *absurdo* desde el principio: ese «hacer lo que no quiero» de San Pablo, me parece demasiado elocuente. Se mete el pecado y me despersonaliza, me destruye como hombre y me bestializa.

De ahí los esfuerzos de los místicos. Hay que partir de la «negación-de-sí» para llegar a la «afirmación-de-El». Sólo el Amor es fuente del *Perdón* y del Re-encuentro: «Qué dulce será la muerte del que de todos sus pecados tiene hecha penitencia» (Teresa de Jesús, Cam. 40,9). ¡Tener hecha penitencia de todos sus pecados! Es la invitación y la necesidad de un proceso de purificación y de superación de sí, en que coinciden todos los «experimentadores del Absoluto», todos los místicos, todos los «*sabios*», según los llama la Escritura y la vieja filosofía, maestra de Occidente...:

«¡Qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados tiene hecha penitencia...!»

¿Querremos entenderlo los hombres de hoy? Primero, hay que sentirse «pecadores». «Saber» que nuestra intimidad, por más que intentemos

disimularlo, es una intimidad «bestial», no despegada aún de nuestro origen «animal», de nuestro «humus» primigenio. *Somos pecado*. Y la *Historia* es testigo. Como es testigo nuestra conciencia personal. Somos llamados a un esfuerzo personal y colectivo de *nuevas formas* de una *humanidad* cuyo único modelo es *Cristo*: el *Hombre* que ha alcanzado la *Divinidad*.

Y la ha alcanzado por el *misterio* de la *muerte* que paga por el pecado y se encuentra con las auroras de la *Resurrección*.

Luego, desde el clamor de nuestra conciencia, nos sentimos llamados a un proceso de *liberación* de nuestro pecado, mientras vamos ensayando a lo largo de nuestra vida la liberación de nuestra esclavitud de pecadores. No hay «método». Hay sólo experiencias de los que han buscado los caminos entre la tiniebla de las noches; y nos las han querido comunicar para que las hagamos «nuestras», para invitarnos a seguirles en los caminos sin camino. Todo aquel que no esté dispuesto a «des-asirse» del reino del pecado que es «este mundo» no encontrará jamás su *libertad*.

A unos y a otros, a *todos*, el supremo «des-asimiento» nos lo trae la *muerte*.

Con la *muerte* sí que nos des-asimos, sí que dejamos en el «acá» todo lo que es de «acá». Pues ¿qué se lleva el hombre cuando muere? Desnudo naci y desnudo muero. «¿De qué le vale al *hombre* ganar todo el mundo si, al fin, pierde su *Vida*?»

Con la Muerte encontramos la *libertad*.

¿Qué *misterio* será ese de morir? ¿Pagamos por *todo* con la Muerte? ¿Es Ella la puerta de la *Vida*?...

Si fuera sólo éste el horizonte que nos dejara el Cristianismo, no habría subsistido veinte siglos.

Pero no es desdeñable, sino intrínseco al *Hombre*. Y nos abre la interrogación de *todo* el *Misterio* de *Cristo*.

Al fin, El —que era Dios— ha querido asumir la *Muerte*. El, que *es-el-ser*, ha querido asumir la experiencia del *no-ser*, que es la *Muerte*. Y, precisamente, como *paga* por el pecado, que El no había cometido, algo que era extraño a su experiencia.

¡Que mi muerte *pague* por mi pecado; y sólo será *misericordia* y bondad de mi Dios!

¡Que todas las muertes humanas sean *paga* del pecado de la Humanidad! ¡Que todas las muertes humanas entren en *comunión* con la Muerte del Hijo de Dios *humanado*! ¡Y entremos en su *noche* y despertemos en su *Resurrección*!

III

LA MUERTE DE LA MUERTE

El comienzo de esta reflexión, como paradoja, me parece como algo de capital importancia en toda la «Imagen del Hombre» que nos descubre la Biblia y que está a la base del *humanismo cristiano*. «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?»

Es todo el clamor emocionado por la victoria sobre la *muerte* que nos ha sido dada en Jesús, el Cristo.

Toda la Iglesia es Pascua y todo el *Hombre* es gozo de Resurrección.

Cristo destruye a la muerte con su *muerte*. Y esta victoria sobre la muerte es, a la vez, victoria sobre el mal y destrucción del «maligno».

La «evidencia» experimental del hombre, en cuanto habitante de «este mundo», en cuanto miembro de la «comunidad de los vivientes» que pueden ser conocidos con los sentidos humanos, es la misma «evidencia» del bruto: se muere y ¡ya está! Todo ha terminado para el que termina. Y esa «evidencia» ha estado presente en gran parte de pasajes del Antiguo Testamento y hasta en algunos Libros Sapienciales. Ha dividido a los judíos en sectas diferentes: saduceos, que no esperaban de ninguna forma en la resurrección; y fariseos, que defendían por lo menos alguna forma de resurrección.

Los grandes pensadores de la antigüedad se han debatido en la duda de una posible pervivencia del hombre; pero inclinándose, casi unánimes,

por la destrucción total del hombre por la muerte. Frente al triunfo de la muerte se daban por vencidos. Y por eso se la buscaban con valor, cuando esta vida se les tornaba invivible.

Y así también, estrellándose contra la alta muralla infranqueable de la muerte total, han tenido que írselas componiendo para soportar esta vida, con sentimiento de una ética imprecisa y pobre, todos los ateos, «humanistas» o no, de los últimos siglos.

Ahí aparece, una vez más, el inmenso enriquecimiento que aporta la fe al ser humano que tiene la gracia de poseerla.

Esta es la aportación de Cristo a la *Humanidad*: la seguridad de la *Resurrección*. Toda la predicación y todos los signos de Jesús son el anuncio de la tras-vida, el anuncio del gozo de nuestra eternidad, con El y por El. Claro que el hombre no podría esperarlo como algo debido a su naturaleza, o conquistable con sus fuerzas de criatura. Pero para eso ha venido *El*, para eso Dios se ha hecho hombre.

No sólo para informarnos sobre la única «moral» que construye a libre; sino para asegurarnos de que, si buscamos y realizamos en nosotros la *libertad* que El nos anuncia, seremos libres incluso de la muerte, que nos tenía sometidos a su imperio.

Pecado y muerte son correlativos: ambos proceden de Satán. Lo hemos visto. Por eso la muerte es la paga del pecado. Y hubiera sido el triunfo definitivo del *mal*, sin Cristo.

Pero nos recuerda, entre cientos de pasajes, la carta a los Hebreos (II, 14 y 55):

«Así como los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó El de las mismas, para aniquilar mediante su muerte al Señor de la muerte, es decir, al Diablo; y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a *esclavitud*.»

Cristo es la muerte de la muerte. Y no sólo de la muerte, sino también del Señor de la muerte. Todos los miedos humanos han quedado aniquilados tras el *miedo* de la muerte de Cristo: los discípulos han sentido ese miedo tras la muerte de Cristo. Miedo de que todo no hubiera sido más que un «sueño», una «ilusión» tan cariñosamente acariciada, que se hubiera

desvanecido como el humo dormido de la tarde en el soplo de viento que sigue al ocaso: «Nosotros esperábamos...», confiesan los de Emaús. Todo se iba al traste con la muerte de Cristo. La piedra del Sepulcro taponaba todas las esperanzas.

Si Cristo no hubiera *resucitado* seríamos los más desgraciados de los hombres. Y los más imbéciles. Como reconoce San Pablo.

Pero estalló la luz en la mañana de la Pascua: he aquí al Vencedor de la muerte. De la suya propia y de la muerte de todos los hombres, que adquieran así su propia dimensión de eternidad y que saben que toda la Palabra de Jesús es *verdad*: «El que cree en Mí vivirá eternamente.»

Así que «¿dónde está, oh muerte, tu victoria?»

Los discípulos estaban gozosos: «Hemos visto al Señor» y nos ha dicho esto y esto. Y, sobre todo, nos ha dicho con su Vida renovada y distinta, que la vida no acaba con la muerte, que se ha roto la muralla y que podemos pasar al otro lado y entrar en la Ciudad, la Ciudad de los libres de la muerte, porque han sido libres en la vida primera, en la vida «uterina» de esta tierra. Libres, como Cristo ha sido el *libre*.

Todo cambia para el *hombre* en la mañana de Resurrección. *No hay muerte. No existe la muerte.* La muerte física no es más que el *parto* que nos pare a la *vida*. Por doloroso que sea. Por humillante que lo encontramos. Por terror que nos cause. Por terrible que sea la *paga* que tengamos que pagar por nuestros pecados. ¡La muerte no es más que el *parto* que aguantamos —tres días?— para ser paridos a la *vida*. A la Vida *eterna*, a la Luz y al *Ser...*!

Todo cambia para el Hombre. Descubre, ahora, su dignidad, su categoría tras-mundana de *Hijo de Dios Inmortal*. Categoría y dignidad que *no* le es debida, que no ha sido *conquistada* por él; sino que es toda ella resultado de una misteriosa complacencia de *Amor* de Dios con Nosotros. Cuando la muerte de Cristo mata a la muerte, descubrimos cuál y cuánto sea el *Amor* de Dios al mundo: «Tanto ha amado Dios al mundo que le entregó a su *Hijo Unico*.»

¿Nos quedará algún lugar para la desconfianza?

«Para liberar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hb. 1.c).

Reflexionemos bien que el *temor* a la muerte es la causa de la «esclavitud» humana. «Si no nos determinamos a *tragar* de una vez la muerte, *nunca haremos nada*.»

El temor a la muerte nos hace *negar* con nuestra vida a las Bienaventuranzas. Por miedo a la muerte queremos ser ricos, y ahuyentar las lágrimas y los sufrimientos; y nos vendemos a la injusticia. Por temor a la muerte se nos vuelve opaco el corazón y dejamos de ser sencillos; por temor a la muerte dejamos de encontrarle sentido a la justicia; por miedo a la muerte perdemos la «sabiduría» que nos deje descubrir el «valor» de cada cosa en orden a nuestra plenitud y a nuestra liberación real. Por miedo a la muerte *no hacemos nada* de lo que nos conduce a *plenitud*, ni arriesgamos nuestra vida en favor de los humildes, ni tenemos valor para dejarnos perseguir por causa de la justicia. Por temor a la muerte dejamos de ser libres y de ser santos. Por temor de la muerte oscurecemos en nosotros el rostro de quien es *Hijo de Dios*, el Dios de Vivos, el Dios *Inmortal*.

Pero Cristo ha venido para *liberar* a todos aquellos a los que el temor de la muerte, de por vida, los tenía *esclavizados*.

Entonemos nuestro himno de alegría y de bendición y de acción de gracias al Altísimo Señor que nos ha enviado a su *Hijo* el Eterno, a Jesús, nuestro *Hijo del Hombre*, que con su muerte ha matado a la muerte y nos ha librado del temor a la que *ya ha muerto* y ya no es. Ha concluido el reino de Satán. Y ya no hay más que el Reino de Dios, Reino de Verdad y de Vida. Y ese Reino es nuestra casa y nuestra morada por siempre. Ha terminado hasta el éxodo, porque *ya hemos llegado*, por la gracia que nos gana Su *muerte*.

Causa gozosa sorpresa el ir comprobando, al filo de nuestra pequeña vida «esclavizada», que las «grandes alturas» de la vida mística no consisten sino en «creer» —con densa intensidad— la Palabra revelada; ajustar nuestros criterios a los criterios, a los «juicios» de Dios, que se nos han

ido manifestando a lo largo de toda la Revelación y que han culminado en Cristo el Señor con la hora Apostólica.

«Creer a Jesús», fiarnos de El, es el único camino de la verdadera *liberación*, y —por consiguiente— de la verdadera *bienaventuranza*. Sólo ahí alcanza el hombre su verdadera *hominización*:

«Bienaventurada Tú, que has *creído*, porque se te cumplirán las promesas.» «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra.»

No han hecho otra cosa mayor ninguno de nuestros santos, ninguno de los hombres que han alcanzado la plena liberación. Actuar en sus vidas la Palabra de Dios. Prestarle fe completa y confianza a toda prueba.

«¿Por qué obráis así —les preguntamos—, por qué pensáis así?» «Porque estas son las obras y estos los pensamientos de Aquel que nos ha sido dado como único Maestro y guía. Siguiéndole a El andarás siempre en la luz y en la libertad.» Y San Pablo nos responde: «Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo.»

Y esa fe, esa confianza en la Palabra, esa imitación de Cristo... ha de tener lugar, muy especialmente, cuando se trata de valorar la vida y la muerte; lo pasajero y lo perenne; lo que no es sino apariencia y mascarada y aquello otro que *se nos dice* que constituye toda la *verdad*.

En Jesús, toda la vida humana queda iluminada desde la muerte. Sólo ella nos alumbra para que podamos discernir entre lo válido y lo inútil, entre lo verdadero y lo falso.

Y ello nos va llevando a perder todo miedo a la muerte, porque, en verdad, ya no existe.

Así lo descubre también Santa Teresa en su propia experiencia de cristiana creyente y despierta:

«Oh muerte, muerte: no sé quién te teme, pues está en ti la vida» (Excl. 6,2). «Alma tan encarcelada desea su libertad» (Ibdem.).

Debe llegar la hora en que el cristiano no le tenga temor a la muerte. Que cuente con ella como con el mejor elemento *liberador* de que disponemos, pues Cristo la eligió para librarnos de la misma. No de ésta, aparente, por la que pasaremos, sino de aquélla «muerte segunda» en la que consistía realmente la muerte.

Debe llegar la hora en que el cristiano se sienta de verdad encarcelado, de modo que deseemos «la libertad». ¿Cómo habremos de temer a «esa muerte» si en ella está la vida? ¿Cómo habremos de temerla si «Cristo, por librarnos de la muerte la murió, tan penosa como muerte de Cruz»? (Sta. Ter. «Vida», 3,12).

Por eso el espíritu *libre*, el realmente «sabio», aquel que «para vivir despierto» está constantemente enfrentándose con esta forma de vida de las apariencias, «temor ninguno tiene de la muerte» (Sta. Ter., Mor. 7,3,7).

En esto conoceremos siempre al *libre*: aquel que es capaz de enfrentarse con el morir físico sin pedirle explicaciones a su «cuerpo». Su cuerpo se funde con el morir universal. Se funde, sobre todo, con el morir del *Hijo del Hombre* en la Cruz. Pero eso no es morir. No es más que asomarse, por encima de las tinieblas de una noche angustiada, al esplendor del día que ya no tendrá ocaso.

«Temor ninguno tiene de la muerte.»

Pero esto es cuestión de *Fe*. Sólo aquel que está con ella *enriquecido* es capaz de entender este lenguaje.

¡Cuánto habremos de ir cambiando en las «liturgias» de las lágrimas y de los aspavientos y de las «plañideras»...! ¡Cuánto habrá que ir reformando en nuestros «cementerios» —certeramente llamados «dormitorios»— donde la vanidad, se junta a la increencia...! ¡Cuánta nueva «catequesis de la *dormición* y la *esperanza*» habrá que ir sembrando en nuestros corazones y en los corazones de los demás hermanos! ¡Hasta convertir la muerte, la *nuestra*, personal; y la de los nuestros, en un cántico de aleluya esperanzada por las seguridades de la fe en el que «por librarnos de la muerte la murió tan penosa»!

«Temor ninguno tiene de la muerte» el que ha ido haciendo ejercicios constantes de morir a este mundo según la verdad del Evangelio, en el des-asimiento de toda cosa que no sea *Dios*.

Porque «sólo quien piensa en la muerte sabe vivir *despierto*».

IV

IMAGENES BIBLICAS

Muchos elogios ha recibido la Biblia desde los espectros más dispares del saber humano. Es abundantísimo el elogio de su *poesía*.

Su «historicidad», su rigor, su variedad interminable, su elevación, su grandiosidad, su concepción cosmogónica y sus aportaciones al descubrimiento de lo *humano*, su monoteísmo, su proclamación de la *unidad* fundamental de los *hombres* en una sola familia y un mismo destino, el proceso de una *historia del hombre* hacia el encuentro con un *necesario e insoslayable redentor* único, salvador del *género* de los humanos, su portentosa síntesis que alcanza desde el barro original hasta la sublimación de la historia humana en un proceso de divinización consumada, la tragedia final y apocalíptica: o el *hombre* encuentra la *nada* como destino, o logra una *ciudad-de-los-libres* en posesión completa de eternidad y de plenitud...

Todo eso y mucho más ha hecho de la Biblia el *libro-de-los-libros*. Porque, encima, es la Palabra de Dios a los Hombres. Charla de Dios, sentándose a la lumbre del hogar de nuestras casas de hombres al caer de cada tarde o en el acogimiento de la noche serena. Dios, en amorosa conversación con estas pequeñas criaturas que somos los «hombrecitos», estos «gusanillos» surgidos del barro, a los que El ha querido levantar —desde el principio— a las alturas de su propia «santidad», adoptándonos como Hijos suyos, dándonos participación en su propia Naturaleza: *divinizándonos*.

Así de grande —y mucho más, que yo no sé decirlo—, la Biblia.

Pero también la Biblia nos ha enseñado a pensar en *poesía*. La poesía es esa «otra» manera de acceder a la Verdad. Si hubo o no poesía antes de ella, no merece la pena averiguarlo aquí. Para generaciones y generaciones la Biblia ha sido y seguirá siendo maestra del pensar poético, simbólico, metafórico... de un más allá de las palabras y de las razones, a donde la intuición, certamente, nos descubre de un golpe el gozo de la verdad, de la belleza y del ser.

Imágenes de la Biblia en torno de la muerte... Quiero resaltar algunas, sólo a guisa de ejemplo o que porque sintonizan fuertemente con mi sensibilidad.

La peregrinación y el «nomadismo» han venido a ser dos formas poéticas de encontrar su propia identidad el pueblo hebreo. Nada les ha sido más familiar. Ha sido siempre un pueblo que «buscaba» una «patria», un lugar de descanso y una «ciudad de Dios». Desde Abraham, el Padre del Pueblo, toda su historia ha sido siempre un mandato de Dios: «¡Sal de aquí, no te acomodes, no te sientas asido a cosa ni lugar alguno, déjalo todo y vete... a una tierra que Yo te mostraré!» ¡No cabe preguntar: ¿cuándo, dónde, hacia qué dirección...?: «Hacia una tierra que Yo te mostraré.»

Toda esa incertidumbre, que se hace en la *Fe* («sé de Quién me he fiado») certeza absoluta, es una «imagen» totalizadora del *Hombre* y de su destino: ante la vida; pero sobre todo, ante la *muerte*.

«¡Sal de este cuerpo, alma cristiana!», decía —con otras resonancias bíblicas— la antigua «recomendación del alma» ante la proximidad de la muerte que venía llamando a alguno de los nuestros.

«Sal de esta tierra; y vete» (que no sabemos a dónde vamos, nos recordaba Teresa) bajo la noche oscura, a un lugar que tú no conoces, donde Yo quiero que esté tu patria y tu casa, en la misma morada de Dios, que tú no sabes...

Ese es el *Hombre*: peregrinación y nomadismo. No hay «patria» para nosotros en esta «tierra» de la que hemos de salir. Por más que todos los «humanismos», habidos y por haber quieran, poner sus sueños en no sé qué utopías jamás realizables, a donde pudieran encaminarse las «ciencias» y los «progresos».

El *Hombre* es más: es peregrino y nómada de lo *absoluto*, de la *Utopía de Dios*, que es alcanzable por la *Fe* en Aquel que ha matado a la muerte con su muerte, y que era Dios metido a oficio de *hombre*: nómada El mismo, que no tuvo una choza donde reclinar su cabeza.

«Desmontar la tienda de campaña.» ¿Quién no habrá tenido esta expe-

riencia en sus años mozos o en los tiempos de su «servicio militar»? ¿Para qué recordar las muchas mías?

¡Qué pocas cosas se «instalan» en la «tienda»! ¿Para qué?: «¡Mañana salimos!» Se abre el petate y se tiende la manta para cobijar el saco de dormir. Se deja aquí la cantimplora y allá la fiambrera con la tortilla o el filete. Cenaremos con prisa. Estamos cansados. Y mañana, con el alba, «levantaremos la tienda» y nos iremos de aquí.

¡Qué acostumbrados estaban a esto los hebreos! ¡Cómo serían tantas noches de Cristo, a la intemperie, con los suyos: cansados del camino y de la brecha del día...! ¡Cristo, cubriendo con la manta los pies de los discípulos para que no sintieran el frío del relente matinal...! Pero sin «cobijo». ¡Mañana partiremos, con el alba...! Nos vamos de aquí...

Es toda la experiencia del *Exodo* con la que los judíos han construido su historia. ¡Vamos en busca de la Patria y de la Tierra Prometida! ¡Mañana salimos! ¡Esta noche ha sido la *Pascua*! ¡En marcha...! ¡Hemos percibido a Dios y vamos en su busca!

Otra vez, *todo el hombre* y su más verdadera historia.

Cualquier palabra estropearía el símbolo.

El *hombre* es un ser que «levanta su tienda»... y que se va. Es alta la montaña que escalamos y hemos dormido aquí esta noche ya, en la tienda...

»*Despojarse del vestido.*» Despojarse de algo es «desposeerse», «liberarse», «desprenderse» de algo que se encuentra molesto, incluso si antes fue querido. Como quien «se despoja» de sus bienes para dárselos a los pobres. Pero lo normal es despojarnos de lo que nos sobra y nos estorba.

Morir, en la Biblia, es «despojarse del vestido». ¡Qué profunda metáfora esa que nos deja ver al cuerpo y estimar al cuerpo como un simple vestido, traje o máscara del hombre! Algo que, con el uso, se aja y se estropea y que, al final, se tira a la basura sin ninguna pena.

Considerar al cuerpo como un simple «despojo», como algo que no tiene uso ni provecho; aquello que se aparta, como la ganga de la mena, como las piltrafas de la carne y cuyo único destino es la escombrera, el

estercolero o el «pudridero»; aunque sea «pudridero» de reyes, como en El Escorial, cuyo nombre —por otra parte— ya hacía alusión a la «escoria».

Despojarnos de él porque nos estorba, porque impide la alegría de nuestra libertad completa, porque es el velo que ha de ser rasgado y acabe el último impedimento que se opone para el «dulce encuentro»: «Acaba ya si quieres, —rompe la tela de este dulce encuentro—.»

Imágenes semejantes, paralelas, como bebidas y vividas en la Biblia, nos dejará Teresa de Jesús: (léase completo el romance «Que muero porque no muero», que deja siempre al que lo lee una sensación de dulzura entre ingenua y profunda.)

«¡Ay, qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero
Que muero porque no muero!

¡Ay, qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor!
Porque si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Solo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque, muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza.

Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Que es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva.
Muerte, no seas esquiva;
Viva muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte.
Mira que muero por verte
Y vivir sin Ti no puedo,
Que muero porque no muero...»

O léase también en su integridad el gracioso poemilla que han titulado
«Ayes del destierro»:

«Carrera muy larga
es la de este suelo.
Morada penosa,
muy duro destierro.
¡Oh Dueño Adorado,
sácame de aquí!:
Ansiosa de verte deseo morir...»

«La vida terrena
es continuo duelo;
vida verdadera
la hay sólo en el cielo.
Permitme, Dios mío,
que viva yo allí.
Ansiosa de verte
deseo morir...»

Así le parece a Teresa esta vida una mera «apariencia» de vida. Peor aún: «una cárcel y unos hierros en que el alma está metida.» ¡Cómo se descubre, entonces, a la muerte como *liberación*, romper los hierros y abrir la cárcel, dejar acá el despojo de nuestro cuerpo, «ausentarnos de nuestro cuerpo», romper la tela, para llegar al «dulce encuentro»!

Pero todo ello, como vivencia real, como sentimiento real, como «modo» de ser y de estar en este breve escenario del tiempo.

Y toda esa *vivencia* de la acción liberadora de la muerte, no como el estoico o el desesperado, para arrojarnos a la nada, al abismo del *no-ser*; sino para entregarnos a la *vida*, para llegar a la casa. Porque —en toda seguridad— Alguien nos espera en la «otra orilla», con amor, para cogermarnos.

Así nos lo dice San Pedro en su segunda carta (I,12 y ss.).

«Por eso estaré siempre recordándoos estas cosas, aunque ya las sepáis y estéis firmes en la verdad que poseéis. Me parece justo, mientras me encuentro en *esta tienda*, sabiendo que pronto *tendré que dejar mi tienda*,... estimularos con el recuerdo.»

Y así nos lo dice San Pablo también, en su segunda carta a los Corintios (2 Cor. 1-8):

«Porque sabemos que si *esta tienda*, que es nuestra habitación terrestre, se desmorona, tenemos una casa que es de Dios; una *habitación eterna*, no hecha por mano humana, que está en los cielos. Y así gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celeste,

si es que nos encontramos vestidos y no desnudos. ¡Sí! Los que estamos en *esta tienda* gemimos oprimidos. No es que queramos ser *desvestidos*, sino más bien, *sobrevestidos*, para que lo *mortal* sea absorbido por la Vida. Y el que nos ha destinado a eso es Dios, el cual nos ha dado en arras el Espíritu. Así pues, siempre llenos de buen ánimo, sabiendo que, *mientras habitamos en el cuerpo*, vivimos lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión... Estamos, pues, llenos de buen ánimo y *preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor.*»

Es como todo un *resumen* del anuncio gozoso de Dios a los *hombres*. Os es necesaria la muerte. Hay que pasar el «rubicón». Hay que nacer a la *vida*. Dios mismo, que se ha humanado para conduciros en el camino, ha «tragado» la muerte para conquistar la resurrección. Hay que «levantar la *tienda*». Es preciso «despojarse del vestido». Tenéis que «ausentaros del *cuerpo*». Es necesario «romper la tela de este dulce encuentro».

Por ese camino han ido todos nuestros santos. Los que nos saludan y llaman desde las cumbres de su «Monte Carmelo» y todos los otros, santos también, que han sabido recogerse en su «hondura»: todos los «muchos *sabios* que por el mundo han sido».

No me resisto a transcribir aquí un «olvidado» soneto de nuestro nunca bien conocido Quevedo:

«Ya, formidable y espantoso, suena
dentro del corazón el postrer día;
y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte en traje de color envía,
señas de su desdén de cortesía,
más tiene de caricia que de pena.

¡Qué pretende el temor desacordado
de la que a *rescatar*, piadosa, viene
espíritu en miserias añudado?

Llegue *rogada*, pues mi bien previene;
hálleme *agradecido*, no asustado;
mi vida acabe y mi vivir ordene.»

«Mi vida acabe y mi vivir ordene.» Esa es la función de la muerte para un creyente. Esperar y querer —«rogada»— que ella acabe con esta «vida» que no es Vida a fin de que, mientras llega, «ordenemos» (pongamos en «función de...») hacia la eternidad nuestro vivir temporero, tan escu-rridizo y tan breve que apenas se nació cuando llegó el ocaso. Ese ocaso que trae toda la luz del día.

«Que muero porque no muero...»

V

UN MODO DE MORIR

Dios nos ha dado la vida sólo para que tengamos tiempo de aprender a morir.

«Los profesores de otras ciencias son, por lo general, numerosos; y algunas de éstas (ciencias) parecen haberlas captado hasta los niños, de modo que podrían hasta enseñarlas: a vivir hay que aprender toda la vida, y —cosa que quizá te extrañará más— *toda la vida hay que aprender a morir*» (Séneca, «Sobre la brevedad de la vida», 7,3).

¿Nos parecerá, de verdad, *extraña* esta definición de la Vida? «La vida es el tiempo que nos queda para aprender a morir.»

Ninguna otra cosa nos hace falta.

Sólo quien orienta su vida hacia la muerte sabe vivir. Vivir en la

verdad. Sólo quien descubre que todo el mundo es «teatro» y «representación» de un «papel» que le ha sido asignado, pero que pronto, ya, se bajará el telón y comenzará la verdad, puede tener seguridad de estar «vivo».

Acontece que hay un *soló modo* de vivir que sea *humano* y que *sólo un modo de morir* corresponde, en verdad al *ser humano*.

Muchas veces hemos dicho —y es verdad— que el único modelo de vivir *humano* es Cristo.

Pero es preciso afirmar también que el único modelo del morir *humano* es el morir de Cristo. «Morir en el Señor.»

¡Cómo hay que afilar la fe!

Morir en el Señor no es el momento mismo de la muerte. Toda la vida da sentido a la muerte. La vida *humana* no es otra cosa que vivir muriendo. «Muertos al pecado, para vivir en la libertad de los hijos de Dios» —eso tan paulino—, en un constante proceso que arranca desde la «conversión» y que se va prolongando hasta el momento en que la muerte ponga fin a nuestro «ensayo» y mida exactamente la cantidad de nuestro esfuerzo y el lugar que hemos alcanzado al llegar a la meta. Sólo los que aprenden a morir han ganado su vida.

Se puede morir de mil maneras que no voy ahora a ennumerar ni analizar. Pero la experiencia del cura de aldea le ha dado ocasión de contemplar un ancho espectro de «modos de morir». Ha contemplado con tristeza y con susto que hay mucha gente que *no ha aprendido* a morir.

Por eso «morir en el Señor» no es el momento mismo de la muerte; sino que *toda* la vida le va dando sentido a ese *momento supremo*.

De ahí, toda la experiencia de los místicos y aún de los ascetas. Irmos «desprendiendo» de las cosas que no *son* sino apariencia, vivir colgados de lo eterno, de todo aquello que *realmente* es.

A morir se aprende «des-asiéndose de todo», «soltándose», «liberándose» de toda atadura, «ab-soluteciéndose»...

A morir se aprende con las «noches» juancrucianas: «no a lo que es querer algo, sino a no querer nada; no andar buscando lo mejor de las

cosas temporales, sino lo peor; y desear entrar en toda *desnudez* y vacío y pobreza, por Cristo, de todo cuanto hay en el mundo» (Subida, Cap. 13).

Y, en el mismo capítulo, *modo para no impedir al todo*:

«Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al Todo.
Porque para venir del todo al Todo,
has de negarte del todo en todo.
Y cuando lo vengas del todo a tener,
has de tenerlo sin nada querer.
Porque, si quieres tener algo en todo,
no tienes puro en *Dios* tu tesoro.»

Y «en esta *desnudez* —que es ya un anuncio de la desnudez total de habernos quitado el vestido de este cuerpo— halla el hombre su quietud y su descanso; porque no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada le opriime hacia abajo, porque está en el centro de su humildad —de su *verdad*—. Porque cuando algo codicia, en eso mismo se fatiga».

Así, el aprendizaje de morir abarca nuestra vida entera. Una vida que vaya desembocando, más cada día, en el sentido de las Bienaventuranzas, en el sentido del Padre-Nuestro... que nos «despojan de todo» para que sólo triunfe el Reino de los Cielos, para que se cumpla en la tierra su voluntad, para que aprendamos lo que es el perdón, y la riqueza que trae el ser «pobre».

Realmente, quien se empeña en vivir como Cristo está aprendiendo a morir como Cristo murió: «morir *en el Señor*.»

¡Cuándo aprenderemos a «decir» —desde Cristo y como Cristo— la única frase que explica y decide nuestra eternidad?: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» En tus manos, Señor, está mi *vida*. Todo lo que me queda atrás es pura escoria.

¡En tus manos, Señor...! ¡Qué dulce nido...!

Por todo eso (y por mucho más, que yo no sé o que no sé decir) el Juan del Apocalipsis está escuchando la voz de Dios que le ordena:

«Escribe: ¡Dichosos los muertos que mueren *en el Señor*!

Desde ahora —dice el Espíritu— ¡que descansen de sus fatigas...!» (Ap. 14,13).

Pero hay que haberse «fatigado» *toda la vida* para aprender a morir en el Señor. Y ese «aprendizaje y heroísmo» sí que «paga la pena» de morir.

Deberíamos, ahora, releer los poemas de Teresa, antes citados. Releernos la «Llama de amor viva» juancruciana. O escarbar en las cartas de Teresa, algo como esto en su carta 156: «Harto gran consuelo es ver muerte que tan cierta seguridad nos pone de que vivirá para siempre.»

Alguien ha muerto «en el Señor». No importa quién. Teresa lo ve y lo valora porque el transcurso de una vida lo avala. «Harto consuelo» es el ver morir así a alguno de los nuestros. Harta envidia nos causa y honda oración para pedirle al Padre que nos deje morir así: desnudos y en *sus manos*.

Al cura de aldea le llueven los recuerdos: ¡Cuánta paz en tantas muertes...! ¡Qué sonrisa final...!

Y también, ¡qué «agonías»...!

¿Será la *muerte* el »*Purgatorio*« que nos ponga a todos «purgados», «limpios», «des-asidos», «desnudos»... en el hueco amoroso, en el nido de las manos del Padre...?

¡Morir en el Señor!

Ese es el modo de morir. Donde se descubre todo el valor *humano* de la muerte. El que pone la distancia entre el *hombre* y la *bestia*.

VI

LAS ANSIAS DE LA MUERTE

Otro tema infinito. En nuestros místicos —ya lo hemos notado repetidas veces— el ansia de morir es la forma que está dando «consistencia» a su vivir terreno.

En la variopinta existencia humana el «ansia» de la muerte tiene tantos matices como cabezas pensantes; y tantas razones como hombres vivimos, bajo su sello y su amenaza.

¿Quién, que lo reflexione, no ha deseado alguna vez morir? Y ¿por qué causas? ¿Quién no ha encontrado a la muerte mejor que a la vida?

Oscuramente, todos, de alguna forma que el Espíritu de Dios nos va dictando, descubrimos la «realidad» en otros valles que *no son* los valles del «aquende». Nuestra «realidad» está más allá de nuestros límites de «esto» y del «ahora». En los adentros del espíritu, de forma más o menos refleja, más o menos consciente, más o menos lúcida... todos andamos esperando «otra cosa». Y esa esperanza se convierte en *ansias*, con demasiada frecuencia.

Para nuestra elemental reflexión, quizá nos bastaría con echar tres ojeadas a tres tipos de *ansias*: las de los suicidas, las de los profetas, las de los místicos. Quizá las tres sumadas —y restando todo lo restable por las diferencias evidentes— nos permitirá preguntarnos si también nosotros andamos en *ansias* de morir y bajo qué aspectos.

a) Las *ansias* de morir de los suicidas

Vaya por delante que no intento emitir ni el más ligero juicio. Sólo hay un juez: *Dios*. A El, que nos ha hecho, que nos conoce como Padre y que nos ha dotado, compete exclusivamente la función de *juzgar*. Y siempre juzgará desde lo que El es: *el amor infinito*.

Hablen las estadísticas, que yo no conozco. Pero es innegable que un

cierto número, un porcentaje más elevado que lo que cabría esperar, de hombres y de mujeres han buscado su «libertad» en una muerte *voluntariamente procurada*. Salir de este mundo por esa vía «rápida» se les ha antojado como su única solución. Tenían *ansias de morir*.

Incluso escuelas filosóficas y pensadores de gran talla no han tenido reparo en proponer el suicidio como la mejor salida para los prudentes y los sabios.

Valga este ejemplo de Séneca: («Sobre la ira», L.III,15.4)

«A donde quiera que mires, allí está el fin de tus males. ¿Ves aquel lugar cortado a pico? Por allí se desciende hacia la libertad. ¿Ves aquel mar, aquel río, aquel pozo? Allí, en el fondo, reside la libertad. ¿Ves aquel árbol, pequeño, reseco, de mal augurio? De allí pende la libertad. ¿Ves tu cuello, tu garganta, tu corazón? Son los escapes de la esclavitud. ¿Te muestro salidas excesivamente laboriosas, que exigen mucho ánimo y fuerza? ¿Me preguntas cuál es el camino hacia la libertad?: Cualquier vena de tu cuerpo.»

O este otro párrafo del mismo Séneca, en su diálogo «Sobre la Providencia»⁵ (6,7); donde hablando Dios al hombre le dice:

«Ante todo me guardé de que nadie os mantuviera sujetos contra vuestra voluntad; la salida está a la vista: si no queréis luchar, podéis huir. Por eso, de todo lo que quise que os fuera ineludible, *nada hice más asequible que la muerte*. Puse la vida en una pendiente: se deja llevar. Fijaos un poco y veréis cuán corto y cuán despejado es el camino que conduce a la libertad. No os he colocado en la salida obstáculos tan largos como a los que entran... La muerte está cerca. No he fijado un lugar concreto para ese golpe, hay vía libre por donde quieras. Precisamente, eso que se llama morir, cuando el alma se separa del cuerpo, es demasiado breve para poder percibir tan gran velocidad: bien una soga estrangule la garganta, bien el agua impida respirar, bien la dureza del suelo a nuestros pies destroe a los que caen de cabeza, bien la aspiración del fuego corte el curso de la respiración... sea lo que sea, es rápido. ¿Te ruborizas? ¡Es tan largo el temor ante una cosa que sucede con tanta rapidez...!»

Así el cura de aldea no se asombrará ya mucho ante el suicidio. Le ha tocado ver muchos: de soga, de tiro en la garganta hacia los sesos, de inyección letal, de pozo...

Fue de pozo el último. Y era una anciana. ¿Sicópata...? Abría su ojo el pozo a la clara mañana cuando se supo todo; y el pueblo hervía de dudas y de asombros. Debió ser en la noche, que nadie lo sabía. Pero allí abajo, en el estrecho tubo, flotaba el cuerpecillo semidesnudo, que hubo queizar con una soga, entre el silencio, sólo roto por el oxidado chirriar de la polea...:

«Si alguna vez, Platero, me echo a ese pozo, no será por matarme, créemelo, sino por alcanzar más pronto las estrellas...»

No se asombrará ya mucho, el cura de aldea, del suicidio. Pero seguirá siempre preguntándose en qué consisten las *ansias* de morir de los suicidas.

¡Qué experiencias de vida derrotada, qué insatisfacciones de lo que este mundo ofrece, qué cruce en el cerebro entre las líneas de la vida y la muerte, qué valoración de la una y de la otra...!

¿Acaso, puestos a pesar en la balanza, pesaba más la vida que la muerte; era más insopportable el *ser* que el *no-ser*? O, al contrario, ¿se experimentaba que este *no-ser* de la existencia humana no valía la pena de vivirlo y que era preferible bucar con prisas aquel *ser* de un más allá desconocido, al que valía la pena de entregarse de brucos?

¿Quién sabe? Pero el hecho está ahí y lo constado. Apenas hay un día en que la página de los «sucisos» diarios no nos traigan la noticia de un «suceso» así.

Los hay para todos los gustos. De filósofos, de pensadores, de gente rica, de gente pobre; de hombres afamados y de hombres oscuros; de artistas... Quizá éstos impactan más a la conciencia popular por el aura que llevaba su fama.

¿Nos fijamos un instante en el «frustrado» de Eva Lavallière?

En la cúspide de su fama de artista. Rodeada de flores cada noche y de «galanteadores» opulentos a todas las horas de su día. Siendo la «vedette» de París. Millonaria e independiente. Con todo lo que el «mundo» puede ofrecer en su bandeja de oropel...

¿Qué le pasaba? Alma sin fe y sin preocupación alguna por lo transcendente. ¡Pero absolutamente «in-satisfecha» en sus adentros! ¿Qué le pasó aquella noche de uno de sus triunfos más clamorosos, cuando se asomó por encima del pretil de un puente y buscó el refugio en las heladas aguas del Sena?

No murió, al fin. Alguien hubo de «salvarla» contra su voluntad.

Ella guardó siempre su secreto. Pero su vida cambió a monja carmelita: porque había encontrado a Dios, mirándola desde los ojos de la muerte que flotaba en el agua...

¿No estaría buscando «encontrar más pronto las estrellas»?

Un anecdotario así sería interminable. Y, aún, no acabaría por llevarnos a ningún sitio. Un caso es cada caso. Y, en el fondo, un misterio cada caso.

Pero quiero anotar aquí el *hecho* mismo —que se nos torna inquietante— de que un gran número de hermanos nuestros *hombres*, de todas las categorías y de la más variada extracción, o han encontrado «insufrible la vida» o han encontrado «deseable el morir». Unos, para «morir del todo», en una «ausencia» total de Dios. Otros, para «buscar desesperadamente» en la Otra Orilla lo que aquí no habían sido capaces de encontrar.

En todo caso, ¡ansias de morir!

¡Ansias de morir!

b) Las *ansias* de morir de los Profetas

Los suicidas eran hombres sin «Dios a la vista». O, al menos, eran hombres con un Dios presentido en la noche sin nombre; que se debatían, sabiéndola o sin saberla, en la duda de Hamlet: *Ser* o no-*Ser*. Como denominador común de los suicidios, me parece que se les podría aplicar el calificativo de «hombres de la oscuridad».

Incluso en un contexto no suicida, esa oscuridad es propia de muchos más «buscadores» que nunca encontraron: «¡Luz, más luz...!» Y se ha

hablado mucho sobre el sentido de esa exclamación de Goethe, a la hora de su muerte.

Pero los Profetas no eran hombres de la oscuridad. Eran los «dialogantes» de Dios. A plena *luz*, sin sombras, tenían la *evidencia* de Dios: «Ahí está El, con su Palabra y su Mensaje. Y aquí estoy yo, pobre hombre asustado; con su Palabra entre mis manos, como un carbón encendido, para sembrar el Fuego en el cañaveral...»

Los Profetas habían «caído en las manos de Dios vivo» y le sentían en su corazón como el torrente de donde mana una cascada incontenible que va a inundar al mundo para fecundarle.

No han sido «buscadores», sino aquellos con los que Dios se hizo «encontradizo»; y torció tantas veces «sus» caminos para que se pusieran a caminar a su par. Pero en la *Luz* del encuentro.

También ellos han tenido *ansias* de morir.

Otra vez se me duerme la tarde ante los ojos. Fingen montes las nubes con su color azul difuso, mientras un color rosa o violeta inunda la alameda, negra al contraste; la misma alameda a la que las frescas mañanas del otoño están convirtiendo, a prisa, en oro puro.

Pláceme imaginar una tarde semejante. Las viñas de Enggadi, despojadas ya de sus racimos, son oro derramado sobre la tierra parda. El Monte Carmelo se asoma al mar, trepando desde la llanura de Jezrael. Se hunde el sol por el mar, llenando de luces y de brillos dorados el caracoleo del agua.

Elías está en la cima, contemplando el torrente de sangre de los cuatrocientos sacerdotes del *Baal*, a los que él ha mandado degollar junto al torrente de Quison. El ha hecho bajar fuego del cielo para devorar a la víctima, bien rociada de agua sobre la leña húmeda: «Cayó el fuego de Yahavéh que devoró el holocausto y la leña, y lamió el agua de las zanjas. Temió todo el pueblo y cayeron sobre su rostro.»

Era el día del triunfo del Profeta. Yahavéh Dios obedecía a su plegaria y él era más grande que el rey, que había apostatado. Era la tarde del triunfo del Profeta. Habían terminado los años de sequía porque él había

arrancado del mar la pequeña nube que se iba extendiendo sobre el mar y cubría la tierra con su bendita amenaza de la lluvia abundante: «Unce el carro, Ajab, rey apóstata; y baja del monte aprisa, no sea que no te deje la lluvia...» Ajab montó en su carro y se fue a Jezrael. La mano de Yahvéh vino sobre Elías, que —ciñéndose la cintura— corrió delante de Ajab hasta la entrada de Jezrael.

Era la tarde del triunfo del Profeta. Obtenía de Dios todo lo que quería: era más grande que el rey apóstata y que la maldita reina Jezabel, la corruptora...

Era toda la ilusión de la «eficacia».

Por «su obra» y por el «valor de sus signos» iba a volver el pueblo a la verdad perdida de su Dios Unico. ¡Ay de todos los baales y de todos los ídolos...! Era el triunfo del Profeta... Y veía cumplido el «día de Dios» porque él, el Profeta, había intervenido...

Libro primero de los Reyes, capítulo 19,1 y siguientes:

«Ajab refirió a Jezabel cuanto había hecho Elías y cómo había pasado a cuchillo a todos los profetas de Baal.

Envío Jezabel un mensajero a Elías diciendo: Que los dioses me hagan esto y me añadan esto otro si mañana, a estas horas, no he puesto tu alma igual que el alma de uno de ellos.

El tuvo miedo. Se levantó y se fue para salvar su vida.

Llegó a Bersebá de Judá y dejó allí a su criado. El caminó por el desierto una jornada de camino y fue a sentarse bajo una retama. *Se deseó la muerte* y dijo: ¡Basta ya, Yahvéh! ¡Toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres! Se acostó y se durmió bajo la retama...

¿Dónde había quedado la hora del optimismo?

¿Dónde había quedado la hora de la «eficacia»?

¿Valemos? ¿Servimos?

¡Qué cosa es Dios! Nos llama como si fuéramos imprescindibles. Y luego, nos deja en el rincón de lo inútil. ¡Púdrete y muere, idiota; tú no eres nadie...! Y la salvación, que yo traigo para los hombres, es «mi» salvación; no la que tú has soñado...

En este estado nos encontramos, tantas veces, los «profetas».

Elías sentía el «celo por la causa de Dios». Pero todo se le ponía en contra. Hasta el mismo Rey de Israel, aquel que había sido «ungido» en la dedicación al Altísimo, se postraba delante de Baal.

Y así sentimos los «profetas» de hoy que todo se nos pone en contra. Y sentimos el desaliento. Parece que queríamos obrar desde un triunfo personal, nuestro. Y sólo nos aguarda el tedio, el aburrido cansancio de la «inutilidad». Hay que salir huyendo hacia no sé qué «Bersabá» y sentarse, mohino, bajo cualquier retama y *desearse la muerte*. ¡Basta ya, Yahvéh, toma mi vida! No te he servido para nada...!

Cuando mozo, tú creías que todo iba a cambiar sobre la historia de los hombres, porque tú traías tu repuesto de amor y las fórmulas mágicas por las que una pequeña nubecilla al horizonte iba a ser tempestad de novedades, riego absoluto para un mundo seco.

Y cuando se ha consumido tu mocedad profética, cuando ya estarás cansados tus ojos de esperar tanta aurora... sientes que todo sigue igual o aún peor que al principio.

Y se da un inevitable deseo de la *muerte*. ¿Qué hago aquí yo, sino estorbar? ¡Qué deseos de fuga...! ¿Merecerá la pena lo que estamos haciendo? En algún momento parecido se expresaba Teresa: «Ni yo gozaba de Dios ni tomaba contento con el mundo.» Entre ambas realidades, Dios y «el mundo», el aprendiz de «profeta» se encuentra inmensamente solitario. Dios no está a la vista y esto otro, que es el mundo donde piso, es un asco, es una porquería donde pisotean en la inmundicia lo que yo traía como mensaje de lo eterno: aquí no cuenta Dios, ¿qué pinto yo? ¡Basta ya, Yahvéh, *toma mi vida*! Todo hombre que se entrega a la causa de Dios ha pasado por la experiencia del fracaso, ha sentido todo el cansancio de la condición humana. Y el *tedio* se ha ido apoderando de sus horas. El tedio, la desgana, la fatiga...: ¡No puedo más ya, mi Dios —si es que me escuchas—. Llámame ya! ¡Qué hermosa me parece la sombra de la retama para tumbarme a morir!

¡Todo hombre que se entrega a la causa de Dios ha pasado por la experiencia del fracaso! Habrá que tener «perseverancia y paciencia». Pero sentimos todo el cansancio propio de la condición humana, corporal y temporal.

Y se añade luego el «silencio de Dios». «Señor, me sedujiste y me dejé seducir.» Y ahora ¿qué haces conmigo? Déjame sentir, al menos, que te he servido para algo. Porque el peso de la tarea que me encomendaste puede que me resulte demasiado abrumador...

Dios prueba al hombre con su silencio. Las posturas, mediocres por nuestras, nos dejan a la vista una «tierra prometida», que nunca pisaremos: el Reino ya presente y actuado. Pero saber que nunca lo pisaremos engendra la mayor de las tristezas y el sentimiento del más sonoro fracaso vital. Todo esto mío, ¿para qué? Era mucho mejor no haber caído «en las manos del Dios vivo»

Y el deseo de morir se torna inevitable. Llévame ya contigo Señor, y quédese ahí tu tierra irremediable. Me has curado de mi orgullo de «salvador» y bien sé ahora que no puedo hacer nada...

Luego vendrá, para el profeta, el pan de la confortación y el caminar cuarenta días y cuarenta noches, hasta el monte Horeb. Y habrá un encuentro con Dios. No estará Dios en el huracán violento que rompía las montañas y quebraba las rocas. Ni estará en el terremoto ni en el fuego. Sólo estará Dios en el susurro de la brisa suave, por los caminos de la pequeña «humildad» de Dios, por la paciencia infinita en la que descubre su grandeza y su amor. Pero al profeta le habrá costado su peregrinación por la noche tempestuosa, por la total negación de sí mismo, en la que habrá experimentado, como «forma» normal de la existencia del «hombre de Dios», *las ansias de la muerte*.

«La palabra de Yahvéh fue dirigida a Jonás, hijo de Amittay, en estos términos: Levántate y vete a Nínive, la gran ciudad, y clama contra ellos, porque su maldad ha subido hasta aquí.

Levantose Jonás para huir a Tarsis, lejos del rostro de Yahvéh; y bajó a Joppe, donde encontró un barco que salía para Tarsis; pagó su pasaje y se embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos del rostro del Señor. Pero Yahvéh desencadenó un gran viento sobre el mar; y hubo en el mar una tormenta tan violenta que el barco amenazaba romperse.»

... Era la fuga del que no quería «caer en las manos del Dios vivo». Del que huía de una llamada a una tarea excepcional. «Huir de Dios» es otra de las maneras de comportamiento humano. Que Tú me estás llamando, Señor, pero me asustas. Y tapo mis oídos con mis dos manos crispadas, mientras mis ojos buscan el pasadizo de la huida. Me voy al último rincón de la existencia, a donde la soledad y el despego, «con la razón, me arranquen la memoria». No quiero saber nada de Ti, ni de tu historia salvadora de los tuyos. ¿Por qué te has fijado en mí, por qué tengo que ser yo el que se encuentre, en el hueco de sus manos, el carbón encendido de tu *Voz* y tu *Palabra*....? ¿Qué hago yo ahora con tu mensaje, azogado e inquieto, barboteándome por mis labios helados...?

Jonás sintió el pasmo de la elección; y la cobardía fue su respuesta. (¡Tantas «vocaciones» habrá así frustradas...! Pero esto sería otro tema.)

Y Dios no admitió su cobardía. Hubo la «conversión» del fugitivo la vuelta a las costas conocidas. Y, por segunda vez: «Levántate y vete a Nínive; y proclama lo que yo te diga.» Levantóse Jonás y fue a Nínive como predicador y mensajero de desgracias y de maldiciones de Dios: «Dentro de cuarenta días Nínive será destruida.»

Con su predicación, Nínive se convirtió de su pecado.

«Vio Dios lo que hacían, cómo se convirtieron de su mala conducta, y se arrepintió Dios del mal que había determinado hacerles, y no lo hizo.»

¡En ridículo quedó el profeta de males y castigos: Nínive no fue destruida!

¿Para qué valía, pues, la voz del «profeta»?

«Jonás se disgustó mucho por esto y se enojó...» «Bien sabía yo que Tú eres un Dios Clemente y Misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del mal. Ahora pues, Yahvéh, te suplico que me quites la vida, porque mejor me es la muerte que la vida...»

Aún esperaba Jonás el cumplimiento de las amenazas de Dios. «Salió de la ciudad y se sentó al oriente...; se hizo una cabaña bajo la cual se sentó a la sombra hasta ver qué sucedía en la ciudad.»

No. La ciudad no era destruida. Los caminos de Dios no son nuestros

caminos. No somos nosotros los «salvadores»: «Pero lo nuestro es pasar...»

Nunca descubrimos con suficiente claridad «la pequeñez» de nuestro tránsito sobre el mundo: «pasar abriendo caminos, caminos sobre la mar...»

La «obra» es de Dios. Y en sus designios de «paciencia infinita», sólo El sabrá cuándo los caminos quedarán para siempre trazados sobre el mar sin que puedan borrarlos ni el tiempo ni las olas.

Hay en Jonás un «desespero» infantil. Ha usado Dios de su «profeta» y le ha dejado en «ridículo»..., reducido a la «nada»; sobre la Cruz ha abandonado Dios a su Propio Unigénito, el más fracasado de todos los «profetas», aunque El no anunciaba nunca destrucción ni venganzas de Dios a un mundo pecador y desviado; sólo anuncia Amor y Redención. Y su propio deseo de muerte se ha visto coronado con la abyección de la Cruz.

Es todo el misterio de la vida que se nos ofrece inútil y baldío, mientras corren nuestros años de «asidos por Dios» sin que sepamos nunca con exactitud por qué ni para qué; «profetas» fracasados, que nos sentimos incapaces de «darle la vuelta al mundo», tal como habíamos soñado, ebrios de nosotros mismos, colmados de nuestro orgullo de «salvadores».

La «obra» es de Dios. Y nuestra única colaboración es la humilde «obediencia». Que la «experiencia» de Dios, tantas veces habida a lo largo de nuestros días, nos sirva de agarradero y de hito para confortar nuestra debilidad de los días grises, de tantos días como habremos de experimentar la ausencia de Dios y su silencio...

Con el cansancio y con el tedio, con la noche eterna sobre nuestro espíritu inquieto, las *ansias de morir* serán, seguramente, una de las *palabras de hombre* que Dios mejor entenderá.

c) Las *ansias de morir* de los místicos

Esta es otra gente. Los *místicos*, los «libres», los creadores de absoluto, los «sabios», los experimentadores de la «profundidad» del *Hombre*, los que han sabido ver al Hombre «haciéndose» Dios. Es otra gente.

Se puede ser «profeta» a contrapelo de sí mismo. Sin uno buscarlo; la mayor parte de las veces, con renuncias para serlo. A contrapelo y a contra-voluntad. Dios es capaz de hacer «hablar» a las piedras del torrente: «Y si éstos callan, clamarán las piedras...» Dios es capaz de «hacerse» profecía con los rebuznos de la burra de Balaam. El pone su Palabra donde quiere. Y, para quien quiere escuchar, todo esto que existe y nos rodea es «profecía».

El «místico» es otra cosa que «profeta». «Os lo aseguro; y más que profeta» (Mt. 11,9).

Es el «liberador del absoluto» que yace, dormido, en el hombre. Es el «transformador», de baja en alta tensión, del hombre hacia lo eterno. El que sabe descubrir lo que vale y lo que es la «categoría» de la *Gracia*, la comunicación del *Hombre* y *Dios*, la invasión del *Dios* sobre el *Hombre*, para hacerle partícipe de su *naturaleza*. Porque el *Hombre* está invitado a ser *Dios* por participación.

El «místico» es otra cosa. Por eso, como nadie, ha tenido la experiencia de las *ansias de morir* y de consumar la unión del *Hombre* en *Dios*.

¿Habrá que empezar por recordar la frase de San Pablo?

«Cupio disolvi et esse cum Christo.»

«Cupio» es el deseo, es el *ansia*, es la sed devoradora de encontrarme, por fin, con mi verdad. Para esto soy nacido: para una *unión* con Aquel que me ha creado, que me ha redimido, que me ha levantado desde mi pequeñez de criatura, relativa y esclavizada por tantas «formas a priori», hasta mi ab-solutez de *Hijo de Dios*. «Cupio» es el *ansia*, sólo es el *ansia* de la muerte. Porque la muerte es la última de las «formas a priori» que —a un tiempo— me esclaviza a este mundo de la «apariencia» y es la llave que me abre la puerta hacia el mundo *real*, posesión de la *verdad* y de la *vida: Dios*.

«Disolvi.» Disolverse y *no-ser*, para este mundo de la «apariencia». *No-ser* en este *no-ser* en que consiste la trastienda de este mundo. «¿A quién buscáis? ¡A Jesús Nazareno?: ¡No está aquí!» Se ha disuelto su *no-ser* de este tiempo y de este espacio, para volver al *ser* del que venía, al Seno del Padre...

Ansias de este «ser disuelto», en comunión con la Muerte del Inmortal, definen de verdad al ser humano. Este es su triunfo y su grandeza. Todo lo que ha traído Cristo a este montón de limo.

«Cupio disolvi»: ¡Qué *ansias* tengo de que acabe la «representación», de que se disuelva «mi personaje», y pueda ser yo ya »yo» en *Ti*!

«*Esse cum Christo*»: Ser... ser. No apariencias. Ser. Consistir. No es solamente «estar» junto a El. Que ya sería gran cosa. Ocupar aquel «sillón» que —ingenuamente— pedían los Discípulos. No es «estar junto a Cristo». Sino *ser y existir... con El*. Con El, que es el *Hijo*. Con El, que es la *proyección* del Padre, la Palabra del Padre: Dios de Dios, Luz de Luz, Verdad de la Verdad, Amor de Amor, Vida en la Vida.

La ambiciosa Liturgia nos lo expresa: »*Por El, con El y en El.*» Así es tu gloria de Dios, que es la gloria del *Hombre*.

Podríamos «corregirle» la frase a San Pablo y exclamar, llenos del gozo del asombro:

«Deseo, con *ansias inflamadas*, disolverse en la *nada* de este mundo para poder *hallarme* siendo, siendo..., en *Cristo*, toda la Gloria del *Hombre*, que es toda la Gloria de Dios.»

«Oh muerte, muerte: ¿quién podrá temerte, si está en ti la Vida...?»

Quizá pueda llamarnos la atención el modo de expresión de San Juan de la Cruz. El escribe su poema de la «Noche oscura del alma»: «Con *ansias* en amores inflamada.»

Su comentario en prosa será ir desgranando los esfuerzos del hombre en el camino de su «liberación» definitiva. La «Noche oscura» parecería ser un «tratado» sobre la confluencia del «esfuerzo» humano por «desasirse» y la colaboración definitiva de Dios que nos «arranca» de nosotros mismos y del mundo. La muerte sería el «ictus» final de este proceso.

Pero el poema —me parece— no es así. Porque el poema no está escrito desde la noche. No nos habla del «éxodo» mas que desde un «recuerdo» difuso de las cosas pasadas. Cuando él lo escribe «ya estaba» en la Luz. Sólo habla de la noche con bendiciones. Es «noche amable, más que el alborada». Es la noche que «había guiado más cierto que la

luz del mediodía», a donde «le esperaba Aquel que bien sabía». Lo ha conseguido ya: «¡Oh noche que *juntaste* Amado con amada - amada *en el Amado transformada...!*»

Nos habla desde el final de la etapa.

¿Es posible que la *EXPERIENCIA* (lo pongo con mayúsculas para expresar la antonomasia), el descubrimiento del *ser* del Hombre, se logre alguna vez en «esta vida»?

Así parece ser en el lenguaje, nunca mentiroso, de los místicos:

«En mi pecho florido,
que entero para El sólo se guardaba,
allí quedó *dormido*:
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba...

Cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.»

Lo que intento destacar es que él nos habla «desde el final de la etapa», desde la coronación de su experiencia, desde la «noche» —que es ya pleno mediodía— en que Amado y amada son ya una sola realidad y el *Hombre* se ha fundido en *Dios*.

¿Es posible una «experiencia» de la muerte antes de la muerte?

Pues entonces, al fin, ¿qué es morir? Morir es encontrarse en Dios. Lo otro, la pequeñez de la experiencia de la muerte «física» ¿qué puede importarnos?

Para «morir» hay que haber «muerto» antes. «Dichosos los muertos que mueren en el Señor.» ¡Los «muertos» que mueren...!

Por eso se me antoja que la estrofa definitiva del «experimentador de lo Absoluto» en su poema de la «Noche oscura» es la estrofa primera:

«En una noche oscura,
con *ansias* en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada...!»

Y el último verso para empezar con él: mientras no esté la casa sosegada, no se puede salir. Primero de todo hay que «sosegar la casa». Hay que aceptar el Evangelio y «vivir» las Bienaventuranzas. Hay que morir. «Os aseguro que, si el grano de trigo no *muere*, no puede dar ningún fruto.» La *muerte* es una constante de la vida cristiana. No es más que el «sosiego» de la casa. Es la paz de Jesús en el corazón y en la vida. Es la «*Cruz*» de nuestro pequeño vivir diario que nos va «mortificando», «haciéndonos muertos», para dejar en paz y en silencio nuestra «tienda» de peregrinos por el desierto.

Entonces, «¡oh dichosa ventura!», podremos salirnos de esta vida. Siempre será «noche oscura», porque la fe no aclara nada. Sólo cuando las llamas del Amor incendien todas mis *ansias* —»*Sé de quién me he fiado!*!—, podré salirme por la puerta de servicio, sin que nadie se entere —«salí sin ser notada»— para dejarme todos «mis cuidados entre las azucenas olvidados».

¡Ya pasó todo! ¡Y despierto en la Luz!

«Aquesta me guia
más cierto que la luz del mediodía,
a donde me esperaba
Quien yo bien me sabía....»

En la Muerte para la Vida ha querido Cristo esconder todo su *mensaje*.
¿Esconder?, ¡no! ¡Revelar!

La Liturgia nos lo *actualiza* siempre.

Bautismo, como *comunión* en la Muerte de Jesús.

Penitencia, como *resurrección* de la fosa de la muerte, que es el pecado de la humanidad.

Eucaristía, perenne *memorial* de la muerte y la resurrección de Cristo: las de Cristo y las nuestras.

Hay un «morir en Cristo» y existe «otro morir». El primero es una muerte-para-la-Vida. El segundo es una muerte-para-la-muerte. Un desaparecer, dejar de «aparecer» sobre el escenario de «apariencias» en que consiste esta pequeña vida humana sobre la tierra, en el espacio y en el tiempo.

Pero «oh noche de esta vida», «oh noche amable más que el alborada»... Ser hombre para poder ser Dios: «Juntaste Amado con amada - amada en el Amado transformada.»

Quizá para sorpresa mía, cuando leo uno tras otro los poemas juan-crucianos, lo mismo me dicen la «Llama» que la «Noche». Quizá sólo un detalle los separa: en la «Llama», la muerte «física» tiene el encanto de ser la «varita mágica» que «rompe la tela de este dulce encuentro»: ¡razón de más para llamarla con todas las *ansias* de nuestra verdad interior!

Con esta sinfonía juan-cruciana ¡qué bien harmonizan los versillos de Teresa! Con una ingenuidad encantadora nos habla de su experiencia «en profundidad» del «ser» del hombre. El hombre es un ser para la muerte, porque la muerte es la puerta de la vida. El Hombre es un ser para Dios; y sólo en Dios encuentra su *libertad* y su *verdad*. No se cansa de repetir que «somos Imagen de Dios». No se cansa de advertir el «movimiento transformativo» mediante el cual el hombre carnal, el hombre barro, el hombre «pecador»... «el gusano asqueroso» viene a ser escondida crisálida en la muerte —muerte «mística» y muerte «física»— para reventar en la alegría y el gozo libre de la mariposa volandera o de la paloma blanca:

«En los brazos del amor
mi alma quedó rendida;
y cobrando nueva vida
de tal manera he trocado
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.»

Y como la muerte es la puerta de la Vida que espera,

«Vivo sin vivir en mí
y *tal alta vida espero*
que *muero porque no muero.*»

La «muerte mística» ha sido ya sufrida y aceptada con gozo por ella. Una experiencia común a todos los santos y que le hace exclamar a San Pablo: «Vivo yo, pero *ya no soy yo*: es *Cristo* quién vive en mí.» Y a Santa Teresa:

«Vivo ya *fuera de mí*
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor
que me quiso para Sí...»

El que ha sufrido ya la «muerte mística», el que ha alcanzado las cimas del monte «por donde ya no hay camino», no se cansará de cantar a su libertad: «Hace de Dios mi cautivo - y *libre* mi corazón.» Una *libertad* a la que no falta más que el «pequeño toque» de la muerte «física» que venga, con «su mano blanda» y con «su toque delicado», a «romper la tela de este dulce encuentro»...

Y por eso se invoca a la muerte y se la llama con *ansias*:

«¡Ay, qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida...!
Sólo *esperar la salida*
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero...»

¡Venga ya *la dulce muerte*,
venga el morir muy ligero...!

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera
no se goza estando viva.
¡Muerte, no seas esquiva!
Viva *muriendo primero*,
que muero porque no muero...»

Y como un gracioso «ritornello» encontraríamos, otra vez, los «Ayes del destierro»; «¡Oh muerte benigna, socorre mis penas! Tus golpes son dulces - que el alma libertan... Oh Dueño adorado, sácame de aquí... *ansiosa de verte - deseo morir....*»

Concluyamos estas reflexiones.

El cura de aldea sólo quería cuestionarse a sí mismo sobre su postura ante la *muerte*. Si sólo quien piensa en ella puede vivir despierto, quiero hacer mía esta pretensión: vivir despierto. Contemplar con ojos asombrados de niño chico todo el «acontecer» de este mundo, que está «posibilitando» la *realidad de la verdad humana*.

Sólo desde la muerte es posible ver la vida y vivirla en verdad. Sólo bajo la luz del faro de la muerte se descubre que son «sombras chinescas» los «acontecimientos» que tanto entretienen y encantan y distraen y adormecen a una gran parte de este «fenómeno» que es el «hombre». Se corre el riesgo de una «perenne inmadurez». La «brevedad de la vida» no nos impulsa por el camino del «desasimiento» y de la libertad: a andar con poco peso, para emprender el vuelo. A estar «ligeros de equipaje», porque ya está llegando la hora de dejarlo todo para *«ganar el todo»*.

Más bien, por el contrario, parece que «la brevedad de la vida», de la que todos estamos convencidos, ande siempre gravando al hombre con el peso de todos los «apegos» al «barro» de esta tierra, haciéndole imposible el «vuelo» hacia sus posibilidades de libertad y de plenitud.

En cualquier rato de nuestro «dulce ocio», cuando acaso se esté po-
niendo el sol, a la muerte del día, ¡qué hermoso será si levantamos a Dios
el corazón, a El que es la *vida*, para pedirle que nos enseñe a morir! Con
la «muerte mística», primero. Porque, sin ella, ¿a dónde guiará la *muerte*?
Que nos enseñe a *morir* todos los días, para que todos los días nazcan en
nosotros *las ansias del amor inflamado* que nos transforme a todos en *des-
asidos y libres*, con toda la libertad de los *hijos* que tienen que *construir el
Reino*.



Institución Gran Duque de...

OCTAVA MEDITACION

**SOBRE EL «HOMBRE»:
SU DUALIDAD Y SU ESPERANZA**



Institución Fundación Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

I

La sombra y la luz jugaron siempre juntos sobre el rostro de los hombres. Y este descubrimiento no suscita el fracaso, sino la alegría. Porque la sombra es el «reflejo», sin el cual la *luz* no existiría para el «Hombre». Como la luz no existiría en sí misma sin la sombra.

Toda la *realidad* se ofrece al hombre siempre como algo que se extiende entre dos polos: la nada y el *todo*; el *no-ser* y *el-ser*; la *contingencia* y el *absoluto*; lo *que-pasa* y *el-que-permanece*.

¿A cuál de estas dos categorías pertenece el *Hombre*?

¿Es sólo sombra o es luz?

Y, si es sombra, ¿por qué cara le alumbría la luz y por qué cara es (o se hace) opaco a la luz?

Estos dos polos —«sombra», «luz»— se le ofrecen al hombre como contradictorios; pero también como complementarios.

¿Habrá un nivel donde se fundan los dos polos opuestos y en el que pueda decirse que en «eso» consista el *Hombre*?

Creo que sí. Algo que nos diga «qué es el *Hombre*» por su intrínseca «dualidad».

Todos tenemos conciencia de nuestro *no-ser* precedente. Hace un poco —no importa cuánto; siempre bien poco— *no* éramos en absoluto; pertenecíamos al «infinito campo» de lo *no-existente*.

Luego, en un momento dado de eso que hemos querido llamar «historia», en un momento dado de esas «formas a priori» del tiempo y del

espacio, que nos «posibilitan» y nos «esclavizan», hemos descubierto que *somos*, que *existimos*, que estamos fuera de la *nada*.

Nos decubrimos como pertenecientes al ámbito del *ser*.

De un ser *contingente*, es verdad; podríamos *no haber sido* y no le habría ocurrido nada al ámbito de la *realidad*.

Pero *somos*; y, por consiguiente, estamos en el ámbito de lo *absoluto*, de lo que *necesariamente es*, puesto que *es*: estamos en el *ser*. Estamos en el ámbito de *Dios*.

¿Estar en el *ser* y poder dejar de ser...?

Ese riesgo corre la *contingencia*: el balanceo entre el poder ser y poder no ser.

Pero si estoy y soy, si soy *consciente* de ser y estar... ya no puedo dejar de estar y ser. La razón de esa exigencia es el hecho de ser *consciente de ser*. Es la «inteligencia» o el «entendimiento». Es el hecho mismo de haber venido a esta existencia «contingente» con la categoría de *imagen de Dios*, de reflejo de Dios, de *sombra* de Dios. En toda la biosfera, sólo en el *hombre* se da esta condición de ser un Dios «reflejado», de consistir en ser su imagen. Es la grandiosidad de la *Fe*. Ahí avanzamos, mientras dure esta vida terrena. A brazadas y palpando el camino, con riesgo de caer en todos los barrancos, buscamos —como desesperadamente— descubrir Aquel rostro que estamos «reflejando». Somos la espalda de la luz. Y el hombre sólo es *fe*, *búsqueda* y *ansia*. Y esperanza de llegar. Y *amor*, por consiguiente. La fe y la esperanza y el amor no son tres. Son el único impulso que hace del «existente» un *hombre*. Y, de las tres, dos han de morir al alcanzar la meta: sólo quedará el *amor*. Así pues, el *hombre* es Amor, porque Dios es Amor.

Quizá también el cartesiano «pienso, luego existo» pudiera querer expresar algo semejante. «Estoy y soy»: esa es la evidencia de encontrarme «pensante». Si pienso es porque existo; y soy «conciencia» de pensar y de ser. Pero, ya que existo y soy, yo no puedo dejar de ser y de existir: me estoy moviendo en el ámbito del Ser, porque pienso y soy libre.

Y me descubro como «fe» y «esperanza».

Como *fe*, porque hace poco yo «no era» y ahora soy. Y eso ando

buscando: quién me trajo al ser, cuál es *realmente* mi origen y cuál mi consistencia, cuál sea el «misterioso sentido» de mi existir caminando por mi «noche» «sin otra luz ni guía que la que en el corazón ardía» y que me va guiando «más cierto que la luz del mediodía.» Esa «certeza absoluta» de la fe que guía, le hará decir a San Juan de la Cruz que la fe es el hombre. Inquietante definición que nos haría decir que «sin fe» nadie ha llegado a ser «hombre».

Me descubro como esperanza. Esa fe «segura» no puede menos que conducirme a «alguna parte». Ya que soy, no tengo razón para no ser. Pues que me estoy pensando como algo que pertenece al *ser* y no a la Nada. Descubrir la esperanza como «forma» del hombre parece ser todo el «oficio» de la Revelación: traspasar la barrera de la muerte para encontrar la luz de la Resurrección. Algo que ya se actualiza para el «libre» al final de su «noche», en este mismo periplo intrahistórico: «¡Oh noche que juntaste Amado con amada!»

Pero también me descubro con Amor de *gratitud*. Porque mi llegada al *ser* no es mia, sino de *Aquel* que me llamó al *ser* desde la nada, al *ser* de que me hago *consciente*, pues que pienso.

Mi ser es un ser de realidad consciente, pensante.

Y por eso soy un ser «teologal». No soy sin Dios. Todo «yo» estoy referido a El, para que tenga un sentido mi existencia. Y tomemos la palabra «sentido» en esta doble posible acepción: como tendencia o dirección, como «esperanza»; pero también como «lógica», como aquello que hace «comprendible», y no absurdo, mi vivir. Dios es el «sentido» del Hombre: lo que él busca a través de la «noche» de la fe; lo que és espera como final de un «dulce encuentro»; y lo que él ama, sabiendo que su «objeto» es el *amor*, porque él también, en el camino, se anda descubriendo como amor del Amor y de la Luz.

Todo eso es «extraño» y «ajeno» a esta porción de «realidad» que me rodea y me acompaña en la aventura del existir contingente.

No me consta que «piensen» las estrellas, por más hermosas que luzcan en mis paseos nocturnales; ni por más que yo quiera escuchar, llegándome y «llagándome» desde ellas, la «voz del Amado».

Rastro y huella de Dios hay en cada cosa. Pues «mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura. Y, yéndolos mirando, vestidos los dejó de su hermosura»... ¡Pero no son *El, El!*

De Ti me cuentan cosas: «De Ti me van mil gracias refiriendo. Y déjame muriendo un no sé qué que quedan balbuciendo...»

Es, al fin, *muda* la creación para el deseo del hombre. Para todo lo que la fe ilumina con su oscura luz; y para todo lo que el corazón humano ansía en su esperanza.

Yo «sé» que soy «hombre» frente al mono.

Otra cosa ¡tan infinitamente distinta!...

Léase el Génesis. Yo sé que la «biosfera», que la Creación completa, de alguna forma oscura e inconsciente, ha venido trabajando durante siglos sin cuenta para que sobre este mundo, tan «otro» y tan «distinto» de Dios, pudiera aparecer el «milagro» de una *consciencia*. De un «darse-cuenta-de-sí»; de un «darse-cuenta-de-Ti».

La afirmación y la existencia de un »yo», distinto de Dios es el suceso más grande que pudo acaecerle a Dios. Y El lo ha querido, haciéndose *creador* de todo aquello que El bien pudo *no crear*, porque no le hacía falta.

Parece, —sólo «me parece»— que el diálogo interno trinitario (Padre que «se dice» a *sí mismo*, como *totalidad*, en su Palabra eterna que es Su Hijo, Eco *total* del Padre, y de cuyo «encuentro» brota la Alegría y el Regocijo del Amor *total*, que cierra el infinito círculo del *ser...*), parece que el diálogo interno trinitario habría quedado eternamente inconcluso, sin el Hombre.

Es tan perfecto Dios en Sí mismo que se buscó un problema: el de verse »reflejado», »ad extra» de Sí en «otra» su *imagen*. Ya era el *Hijo*, eternamente, imagen perfecta del Padre. Atrevidamente diremos que le faltaba a Dios una «imagen» de su *totalidad* trinitaria. Y fue creado el *Hombre*, porque Dios quiso «mirarse» en lo pequeño, en un acto de *amor* que nos trasciende. No hay más *imagen* de Dios que su *Hijo*. Por eso nos

ha hecho «Hijos» en el *Hijo*, en un misterio de «adopción» que nos comunica y nos participa su propio *ser* divino.

Por de pronto, es *impensable* la Creación, por *in-necesaria*, por contingente y gratuita. La Creación «existe» —con su modo de existencia— porque El lo ha querido así, por fuerza del Amor comunicante del ser y de la vida. Comunicante también de «inteligencia y de amor» para el Hombre.

Pero ya que está aquí, sería absolutamente absurda esta creación si no estuviese absolutamente llena del Creador.

O si El no encontrase «aquí» su punto de «referencia», «ad extra de Sí mismo».

Resulta que somos el espejo en que Dios se mira y se entiende. Somos la «contra-dicción» que afirma la existencia de la «dicción», de la Palabra, del Ser.

Resulta que, sin el Hombre, *nada se podría saber de Dios*. Sólo El «se sabría». Sería el *infinito desconocido*, por los siglos.

Y allá, en su infinita soledad, El se gozaría; pero en su infinita soledad. Por más que fuera «feliz» en la vorágine de su existencia trinitaria, en su «remedio» de «familia» —Padre, Hijo y Amor—, si seguía siendo «desconocido», era como *ser sin ser*, por carecer de referencia. El Hombre es el co-trelato de Dios.

Y así resulta que somos *necesarios* los *in-necesarios*, los «contingentes», los «creados», los de existencia comunicada...

Le hace falta a Dios, «necesita» Dios del Hombre para ser *realmente* «El Creador»; para ser *Dios*. Como no hay «inventor» sin «invento»; como no hay «poeta» sin «poema».

Yo no sé —y me pierdo al pensarlo— si es el poema el que hace al poeta o es el poeta el que crea al poema. Ambos se interfieren y se inter-necesitan. Como no es posible «creación» sin Creador; ni «Creador sin que esté creando: le hago falta a Dios, le soy «necesario» a Dios para que El pueda ser mi *Creador*, yo, que soy tan «contingente».

Resulta que soy «yo» quien *acusa* *recibo* de la existencia del Amor... pues *soy amado*.

¡Dios mío: no *eres* Tú, «porque» yo sea. De ninguna forma soy yo, ni nada, la *causa* de tu existencia: Tú eres el que *eres*: Tú eres el *ser*. Pero sí que soy, para Ti, «testigo» de tu vida. Tú, tan Grande e Infinito, te «sientes» *siendo* porque «yo» soy tu *reflejo* y tu *imagen*.

En último término, el «concepto» de Dios —no su *realidad*— se torna «referido»: no hay «Creador» sin «Criatura».

¡Qué tremendo es pensar que Dios sea «relativo»!

Y más aún que sea relativo a «mí», que no sé lo que soy... ¡pero que soy!

¡Dios *Absoluto*!: ¡Qué pequeño te has vuelto al ser «concebido» por tu criatura! («Concebido», en los dos significados del término: el «maternal» y el del «intelecto». ¡Cuántas veces mi padre me decía: «Hijo yo 'concibo'; pero no sé parir! Y así me resumía, magistralmente, la dualidad significante de la palabra.)

Pero, si por crearnos, inteligentes y pensantes, Tú has querido que el Hombre te «conciba», ya empiezo a comprender por qué a Jesús, Dios en la Historia, le gustaba llamarse *«Hijo del Hombre»*.

¡Qué es más veraz: la *realidad* frente al espejo o la *imagen* que devuelve el azogue?

Pues el *Hombre* es la *imagen* de Dios. ¡Tan veraz como el *objeto*!

Y «*ecce Homo*»: «he aquí al *Hombre*.»

¿Quién me le «aparta» de Dios? ¿Quién me le «separa» de Dios?
¿Quién me le «distingue» de Dios?

Por más que digamos que es «pura participación»; por más que digamos que es pura «comunicación de la naturaleza divina»; por más que digamos que «todo es pura gracia y capricho divinos»; por más «negaciones» y «límites» que queramos poner... para «reducir» al hombre a la «esclavitud» de su contingencia, ¡revienta el terremoto de su *grandeza*; y aparece, bajando desde el Monte al valle —como Moisés— con un resplandor en su rostro, que es el mismo resplandor de Dios.

Cuando el *Hombre* es así, Dios se sonríe. Porque ahí está su Hijo y su *Imagen*. Incluso *libre*, con la libertad de Dios, porque para algo es su *imagen*.

Ahí está la «contra-dicción» de Dios, en la que Dios se goza, su contra-Palabra: ahí está su «diá-Logos» «ad-extra» de Sí mismo. Porque en su «ad intra» no hay más que el monó-Logos, la *única palabra* de la afirmación del *ser*.

No es el Hombre el «enemigo» de Dios. Pero sí su «dialogante»; y por eso le inquierte tantas cosas que no entiende...

Dios sólo «llora» cuando esta cosa que él ha creado para que fuera su *imagen*, o no alcanza la «talla» y se queda en pre-Hombre; o «dimite» de su gracia y se transforma en ex-Hombre. Cuando el Hombre ignora a Dios, o se niega a dialogar con El, o vuelve íntegramente sus ojos a todo lo pequeño que le acompaña en su aventura de contingencia, que le «posibilita», pero que también le «esclaviza» si se deja «asir» por ello; y le des-hace de *Hombre* en «cosa», de *todo en nada*.

Dios sólo «llora» cuando el Hombre rompe su «diá-logo» con El. Porque entonces, ¿qué le queda al hombre sino la *Nada*, o qué le queda a Dios sino su infinita soledad trinitaria?

II

Miremos, un poco más de cerca, este consistir «dualista» del *Hombre*.

Queda claro. Inevitablemente, el hombre se «siente» *barro*, hecho de «este» barro, habitante de «esta tierra» y compañero de contingencia de todo lo otro que existe junto a él y que —como él— no tiene razón para existir, porque su *ser* no es *necesario*.

Pero por otro lado sólo el *Hombre*, entre todas las «cosas» que constituyen el «acontecer transitorio», se autodescubre como «problema» y como «pregunta»: «¿Quién soy yo, por qué existo y para qué existo...?»

Y descubre en su interior su propia *necesidad* de ser Absoluto: «soy para *ser*.»

El, que es pura «contingencia», no se explica a sí mismo sino como Absoluto que está —todavía— bajo la forma de lo contingente: como Absoluto «haciéndose».

Por eso, la *totalidad* del ser del hombre es una continua agonía. Una lucha por superar los condicionamientos de su ser de «criatura» para alcanzar, por grados diversos y por «noches» sin cuento, su *ab-solutez* y su *totalización*. Es una experiencia de *realidad* que se nos propone si nos embarcamos en la arriesgada aventura de «salir» de la «medidas» de este mundo y de nuestras propias «medidas» de «contingencia», para buscar, «más allá», aquellas otras medidas sin medida a donde nos está llamando nuestra propia esperanza: «En una noche oscura... 'salí' sin ser notada, estando ya mi casa sosegada...»

Por tres modos, que nos testifican todos los «libres», los experimentadores de lo Absoluto, es posible para el hombre su liberación de la «contingencia». De esta *contingencia* que le «posibilita», de este su «ser» provisional, pero sin el que no podría aspirar a su *ser* definitivo; sin el cual seguiría durmiendo en el seno de la *Nada*.

Pero, a su vez, y en tanto que le posibilita, este «ser provisional» acogota y *esclaviza* al hombre. Es, al propio tiempo, su verdad primera y su carcelero.

Por tres caminos, pensamos, se va *liberando* el hombre de su «contingencia», para ser *libre* en verdad: por el *desasimiento*, por la *apertura*, por la *esperanza*.

Y cuando se vea, por fin, ya *libre el hombre*, aún no será *total*, no será «plenamente» *hombre*. Aún le faltará convocar y reunir a todos los «libres», incorporarse él al escuadrón de los «Libres» que querrán juntos ponerse en marcha para buscar la *esperanza* y construir el *Reino*. Porque el *libre* necesita «compartir su intimidad»; y unirse en *mano-común* con los «Libres». Pues no hay álamo, sino alameda; y no hay pino, sino pinar: como no hay *Hombre*, sino *Humanidad*. Sólo hay el *uno* en el *otro*.

Dios no es soledad, sino *comunidad*; y el hombre es su *imagen*. Es el «uno» entregándose al «otro»; donándose y regalándose, en la quiebra total del *egoísmo*. Lo cual no se dará jamás sin *sacrificio*.

Hemos llegado a dos ideas en las que quizá merezca la pena detenerse un poco. Y por grupos de «tres»: como tanto le gustaba analizar al Hombre a San Juan de la Cruz:

- a) *Hombre libre*: Por su des-asimiento, por su apertura, por su esperanza.
- b) *Hombre total*: Por su intimidad compartida, por su man-comunión, por su sacrificio y entrega.

a.1. El desasimiento

No hay «liberación» sin «des-asimiento».

Nos recordará San Juan de la Cruz que igual le dará al pájaro estar *sujeto* por un tenue hilo de seda o por una maroma: mientras no rompa su «atadura», —grande o chica—, no podrá volar, ni podrá ponerse en marcha en ninguna «noche» clara u oscura.

Ya hemos repetido varias veces que «el acontecimiento», la «contingencia», está posibilitando la existencia del hombre. Pero que, en eso mismo de «posibilitarlo», le tiene «asido».

Cualquier cosa que no sea el hombre —y que, por tanto, no es «libre»— está totalmente «cerrada» y «asida» por su acontecimiento existencial. Es eso que *es* y *no puede* ser más ni aspira a serlo. El árbol es sólo árbol; y el león sólo es león. Nada les abre a otra posibilidad fuera o más allá del «acontecer» mismo en que consisten. De todo lo creado, excepto el *Hombre*, nada emerge de sí mismo, nada se «suelta», nada se libera, nada se *absolutece* de su propio ser. La estrella es sólo eso: estrella. Y ya está acabada y «cerrada» en sí misma. Y aún, por degradaciones sucesivas, terminará en su *nada* primigenia.

En cambio, el *Hombre* se sabe «abierto» hacia la *realidad* que no termina. De toda la estructura intramundana, en que —primariamente— consiste, de todo aquello que le «posibilita», extrae lo que no había en un principio. Descubre que todo lo que le rodea le está dando un mensaje de superación; que hay siempre en su entorno un «no sé qué que quedan balbuciendo»; que «todo más le llaga y le deja muriendo».

Y se pregunta por sí mismo, viéndose en este mundo, como miembro de él; pero también como «dueño» de él: superior a él, «suelto» de él y de todo: Ab-soluto.

A ese grado de absolutez y de libertad verdadera, por total «des-asimiento», nos convida e incita Juan de la Cruz desde los primeros pasos de la «Subida al Monte Carmelo» (V. 2).

«Es suma ignorancia pensar (que) podrá pasar (el *Hombre*) a este alto estado de unión con Dios, si primero no vacía el apetito de todas las cosas *naturales* y *sobrenaturales* que le pueden impedir... Pues es suma la distancia que hay de ellas a lo que en este estado se da, que es *puramente transformación en Dios*. Que, por eso, Nuestro Señor, enseñándonos este camino, dijo por San Lucas...: El que no renuncia a todas las cosas que, *con la voluntad*, posee, no puede ser mi discípulo. Y esto está claro. Porque la doctrina que el *Hijo de Dios* vino a enseñar fue el *menosprecio de todas las cosas*, para poder recibir el *precio* del Espíritu de Dios en sí. Porque, en tanto que de ellas no se deshiciere el *Hombre*, no tiene *capacidad* para recibir el Espíritu de Dios en pura transformación.»

Así que, el primer paso o todo el primer tramo por el camino de su «libertad» consiste —para el hombre que lo quiere ser de veras— en su «des-asimiento». Y éste comienza por la soledad y por el silencio. El hombre «inmaduro» charla y parlotea sin descanso. Más se parece al mono, trepando y destrepando en la enramada con constantes gestos y gruñidos que nunca dicen nada. Nunca «entra en sí». Y por eso, nunca puede «salir de sí».

Igual que al animal, todo le «encanta». Atraído hacia lo «inmediato», encandilado y «atado», se deja y abandona a todo lo que le brinda esta vida «física», que se mueve al mismo nivel que la «muerte física».

Está esta vida física llena de «ruidos», llena de las mentiras de la «apariencia»: las mil «vanidades» —«Teatro de las vanidades», la han llamado nuestro clásicos—: el poder o el dinero; la fama o el menosprecio; los «chismes» de cada hora; el encubrimiento o el olvido de éste o de aquél; las máquinas de construir o de destruir... ¡juguetes todos, en los que el hombre se «enreda», se «lía», se «atasca»; en los que queda preso y asido. Con una total incapacidad para emprender el vuelo que le lleve al abierto azul de su *libertad*!...

Ser «rico» es ser esclavo. Ser «don juan» es ser esclavo. Buscar el

dominio y el poder sobre los «otros» es ser esclavo. Y la preocupación por el vestido, por la comida o por el aposento; y el gozo de engendrar; y la misma convivencia; y la eficacia de nuestro trabajo; y ese «deber» cuyo *cumplimiento* nos absorbe en este mundo... pueden tener al hombre «asido» y sujeto al encanto y al ruido de la «contingencia», esto es, a la *Nada*: pueden convertir al hombre en un «iluso», en un hombre sin ser: «El mal positivo que causan al alma los *apetitos* es que la atormentan y afligen a manera del que está en tormento de cordeles, *amarrado* a alguna parte; de lo cual, hasta que se *libre, no descansa*» (J. de la C. «Subida», VII,1). Que es lo mismo que nos avisa San Pablo: hay que «tener como si no tuvieras, poseer como si no poseyeras, saber como si no supieras...»

Al emprender el camino de su «des-asimiento», emprende el hombre el camino de su «liberación». Se encuentra «suelto» ya, Absoluto en camino, soltándose de todo, soltando amarras y tirando lastre, para poder navegar en mar «abierto», para poder ascender por encima de ! que eran sus «límites», al cielo «abierto».

El que emprende el camino de su «libertad», el que ya comienza sentirse «ab-soluto» en camino, comienza por callar y por esconderse por a-partarse, por ponerse aparte y a un lado de todo. Como hacia el *libre Jesús*. Se adentra en la montaña. Y allí, en la solemne soledad de la «noche callada», con sólo Dios por testigo, se ejercita en desprenderse de todo. Primeramente, en desprenderse de sí mismo; y olvidar todo orgullo y todo egoísmo. Aprende a enfrentarse con su «nada», porque sólo la *Nada* es la capacidad abierta para recibir al *todo*:

«Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.
Para venir a lo que *no eres*,
has de ir por donde *no eres....*»

(J.C. «Subida», XIII,11.)

Así, vacío incluso de sí mismo, por eso mismo de que »*no eres*», vendrás a ser »*lo que no eres*»: el Libre Total, el Ab-soluto. Aunque hayas de morirte en el camino de serlo. Que por algo eres sólo «criatura»; y tu *esencia* es la *esperanza* de llegar. Llegar a lo que *no eres*, llegar a ser Dios.

a.2. La apertura

El hombre que se ha vuelto «aprendiz de Absoluto», que se va desasiendo de todo, se torna «abierto» a todo. Nadie como el «libre» ha tenido tan limpia la mirada, tan «limpio el corazón» —como decía Jesús en las Bienaventuranzas— para contemplar la hermosura del mismo «acontecer» del que se anda liberando.

Se da, para el «libre», como un desprendimiento, como una lejanía, como una «independencia» de toda criatura. El se ha ido a lo alto, desprendiéndose del polvo de las «cosas», las contempla minimizadas —pero en su esencia— desde la altura de la montaña. Toda criatura se le torna «claridad» y hermosura. Ahora las «comprende» y las saborea... en su verdad trascendente.

Nadie ha estado nunca más cerca de los pájaros, del fuego o del agua... que Francisco, el de Asís.

Nadie ha dicho nunca con tanta claridad como Juan de la Cruz que mi Dios y mi Amado estaba ahí, al alcance de los «ojos limpios», el alcance de mi «libre corazón enamorado»:

«Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios, nemorosos,
las islas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,
la noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora...»

Se recupera así la creación. Se vuelve a ella y se la pone en valor. Cuando ya se es «libre», la creación se torna el único lugar de nuestro encuentro con Dios; puesto que nosotros seguimos siendo «creación». Y la fe sigue siendo oscura hasta la muerte.

Todo se torna «su mensaje». Todo «de Ti me va mil gracias refiriendo». Y «a zaga de su huella» corremos el camino. Todo es Dios y voz de Dios para el «libre».

Y el que no sea capaz de descubrir todo el esplendor del Reino en la humildad de la simiente de mostaza, no es capaz de fe, ni goza de esperanzas, ni vibra de amor: no es hombre, ni es «libre», ni es Dios.

Tiene razón, toda la razón, Juan de la Cruz en su «Oración del alma enamorada» (vide supra) cuando afirma que «todo» es propiedad del hombre «libre»:

«Míos son los cielos y mía es la tierra...
y el mismo Dios es mío y para mí...

Todo es tuyo... y *todo* es para Ti.»

Es tal la «apertura» del libre que todo le cabe dentro. La «preocupación por todas las Iglesias», y el sufrimiento de todos los que sufren; y el hambre de todos los hambrientos; y todas las lágrimas de los que lloran y todas las risas de los que ríen en este mundo... Y las puestas del sol. Y el canto de los pájaros. Y el viento que silba en la alameda. Y el recuerdo de lo que se ama, tan cercano, o tan lejos...

Se ha hecho tan grande el corazón del «libre» que le caben dentro también »*las injusticias*». Como a Dios. Y las digiere para cambiarlas en «justicia de amor».

Abierto, así, a todo —y sobre todo, al «acontecimiento» histórico del problema del «hombre» y a sus implicaciones sociales y políticas—, el «libre» no es un *desenraizado* de este mundo. No es un solitario de egoísmos narcisistas. Por el contrario, es el testigo autorizado de que «el aconteci-

miento», el paso y transcurrir de la historia, tiene un «sentido». Testigo de que *todo* nos habla de la unidad del *ser*: que todo es del *Hombre*, que el *Hombre* es de *Cristo* y que *Cristo* es de *Dios*.

(Al cura de aldea le parece que sólo desde estos «supuestos» de una «liberación totalizante del hombre», a través de su real des-asimiento de todo, y a través de su «apertura» y disponibilidad hacia toda criatura y hacia el quehacer del hombre sobre el barro de la historia, tiene sentido una *teología de la liberación*. Sólo desde la «libertad» se hace libre al *Hombre*. Sólo desde la *santidad*. Desde esa «disponibilidad», tan abierta, que se abran nuestros brazos en la cruz de cada día; y nos dejemos clavar a ella, como *Cristo*. Para que se haga patente al mundo que la *injusticia* ha quedado vencida en la *justicia*, que la *injusticia* pende, colgada y muerta, de la *Cruz*.

Sólo desde la *santidad* de la *Cruz* se «libra» o se «libera» al *Hombre*. Lo demás es ir cambiando de lugar las *ligaduras*.)

a.3. La Esperanza

Jugaremos siempre al «ya, pero todavía no».

«El mismo *Dios* es *mío* y para *mí*..»

Pero también lo es del «tú» que yo he descubierto y en el que me explico y me des-doblo como en «mi palabra»; en el que descubro la *hondura* de mi propio «absoluto».

Una y mil veces habrá que repetirlo: no existe el «hombre» sino la «humanidad». No se da el hombre como un ser aislado e inconexo. El «grupo» y la comunidad le es indispensable al hombre para «existir», lo mismo que a tantas y tantas formas de «vida» que pueblan la biosfera. Otra cosa será su propia consistencia individual singularizada. Pero, para que ésta pueda lograrse, le es imprescindible la «colonia».

«Yo» soy una pura referencia al «Tú»; y nos encontramos los dos en el Amor. Somos *imagen* de la Trinidad.

¡Qué lejos andamos aún los hombres de «enterdernos» así! ¡Qué a

hueco nos suena todavía el antiguo lenguaje de San Pablo sobre el «consistir» de los hombres en un sólo Cuerpo indiviso! Yo soy dedo y tú eres ojo. Aquél es pie y ése otro es corazón. Juan es sangre y Pedro es el pulmón que la oxigena... Todos importantes y todos necesarios. Y los más humildes, mejor tratados que los más nobles. Y los más indecorosos, tratados con mayor decoro.

Esa es la «esperanza» de la Humanidad: lograr el Reino. Una humanidad conjuntada y ensamblada como se conjuntan y ensamblan todos los distintos miembros de un solo Cuerpo, en el que nada sobra y en el que todo es necesario. Donde cada uno se esfuerza por resarcir al común por tantos beneficios como del común recibe.

No acabamos nunca de «entendernos» desposeídos de nuestro «yo» —¡tan importante!— para encontrarnos «perdidos» en el «yo» comunal del Cuerpo Místico de Cristo, del «Reino de Dios» que adviene. Donde la paz sea solamente fruto de la justicia; y la justicia fruto del amor: a cada cual lo suyo; cada cual en su puesto; a su trabajo cada uno, para el provecho de todos.

Esa era la oración del Libre Jesús: «Padre Nuestro; ¡venga a nosotros Tu Reino!»

Y esta es la *esperanza* del Hombre.

La Esperanza es como un instrumento capaz de detectar al Futuro que avanza entre las nieblas oscuras: tan oscuras, que parecen negarle realidad.

Si hay un hombre capaz de ir anticipando la realización de la «totalidad» humana, es porque está colmado del inmenso poder creador de la Esperanza.

Cristo lo ha sido. Mensajero y anunciador de la totalización del hombre en cuanto hombre. El mismo lo ha sido: *el Hombre total*. Pero no cerrado en «sí» mismo, sino abierto hasta la más excelsa y extraña de las comunicaciones: «Tomad y comed, *esto es mi cuerpo.*» Y soy *uno* en vosotros y *uno* con vosotros. Y así es su «oración» prolongada de la Ultima Cena, según la narra San Juan, cuya lectura debería empapar nuestra alma de creyentes y aún el alma de los que todavía no creen.

¿Será difícil descubrir la dimensión «comunal» del Hombre, cuando San Pablo la hizo fundamento de su anuncio tan pocos años después del «paso» de Jesús, a quien él no conoció «personalmente»?

»Des-asidos» seamos del «aquende». Libres y sueltos del mundo y de las «cosas». Purificados de cualquier egoísmo.

¿Para qué? ¿Para enquistarnos en nuestro propio «orgullo» de dominadores de lo «creado» que, por creado, es despreciable? ¡No! Sino para hacernos »disponibles» y abiertos, para comunicar nuestra fuerza libre con la libre fuerza del otro y andar juntos buscando la esperanza que nos mueve: el *reino* que pedimos cada día y que hemos de ir construyendo cada día con la segura esperanza de que *adviene...*

b.1. Compartir la Intimidad

Retomemos el tema. Ya sé que estas consideraciones del cura de aldea resultan repetitivas y sobre-abundantes de lo mismo. El cura de aldea es hombre de pocas «ideas» y ojalá fuera hombre de un solo Libro: el Evangelio. De exprofeso vuelve y revuelve sobre lo mismo, convencido de que ahí anda escondido un tesoro que él no ha sabido explotar de modo conveniente. Haga Dios que estas «chispas» repetidas puedan prender en el cañaveral de lo *humano* y contribuyan a dar un paso, un paso sólo, hacia el «logro» del *Hombre*.

Retomemos el tema: toda la esperanza del *Hombre* está en el descubrimiento «efectivo» de su «comunalidad».

Por caminos distorsionados lo anda siempre intentando descubrir el «homo scientificus» y el «homo thecnicus» de casi todos los tiempos. El «avance», el «progreso» y la «técnica» nos han hablado siempre de unas «esperanzas» de transformación de la historia, nuevas situaciones en las que el «hombre» sería capaz de alcanzar su «felicidad». Vano empeño, cuando el esfuerzo no abarque al «hombre totalizado», al «hombre libre», al «hombre entregado».

Tan claro como lo dejó Jesús. Tan claro y tan simple; y tan difícil: «*Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.*» «Nadie tiene amor más grande que aquel que da su vida por los amigos...»

A la esencia del hombre pertenece el no ser solitario. No se es hombre si no se es en común. Ser «hombre» consiste en amar y en ser amado. Por causa del amor, hacer juntos el viaje hacia el Reino. Y, por causa del Amor, sacrificarse hasta perder la vida —que es «encontrarla»— para que el Reino venga y el mundo pueda ser, de verdad, la «Ciudad de los Libres»; «la Ciudad de Dios», la «Nueva y Definitiva *Jerusalem*»: Morada de *paz*.

Sólo alcanza el *Hombre* su propia verdad «humana» «comunicándose», que por algo es Imagen de Dios.

Y su comunicación primera y más radical es, también, la más cálida y la más entrañable: es la comunicación del amor.

Compartir con el «otro» la propia intimidad está en el principio mismo del ser humano. La deliciosa narración bíblica del «origen» ya dibuja al varón con el gozoso hallazgo de «su *domina*, de su *dama*»; con la asombrosa presencia de «su mitad», con el descubrimiento de su «yo» en el «otro».

El hombre que *nunca* haya descubierto su propia realidad, su propio «absoluto», en el espejo de un ser «amado», no ha estrenado todavía «hominidad».

Quien no ha partido de la experiencia de compartir entrañablemente su «mismidad» con el «otro» —padre o madre, esposa o esposo, hijo o hija, amado o amada, amigos...— no puede saber todavía qué es *ser Hombre*.

Sólo el que ama llega a su *verdad*.

Por eso el «mandamiento» único de Jesús: «*Amaos unos a otros.*» Un mandamiento que debe pervadir toda la historia de «cada hombre» y toda la historia de la «humanidad».

Sólo el que ama llega a su *verdad*. Llega a su puro y total des-asimiento. El que ama es un «entregado», es un «desposeído» de sí mismo, es una

«procesión» del «otro» y hacia el «otro». Sólo el que ama *es*, porque —al amar— es *ya* «comunidad».

Esta primera experiencia de la «vida en común», este «compartir la intimidad», es *fundante*; y es el referente analógico de toda otra forma de «comunes» o de «comunidades» que el hombre intentará inventar para expresarse y para poder *ser*.

b.2. La mano-comunión o mancomunidad

Una vez que el «hombre» se descubre como Amor, parece que comienzan a allanarse las montañas. Su vida es un chorro de comunicación vertical. Es un surtidor que brinca desde el suelo hacia lo alto del «Dador de vida» que ha hecho posible —con la Creación— la existencia de este «buscador de absoluto» y de este «cantor de la libertad».

Pero desde el chorro vertical, desde su ascensión hacia las regiones en que «Tú tan secretamente moras», transida de Tu presencia, el agua se remansa en su caída y comienza a esparcirse por todos sus entornos.

Ha sido primero el descubrimiento del propio absoluto al encontrarlo reflejado en el otro Tú absoluto, en cuya intimidad se participa por «comunicación» total.

Ya se ha abierto el camino para *universalizar* la «comunicación» del hombre. Ni solo, ni contigo: soy *con todos*.

Es cierto que a medida que el chorro revertido de lo alto va inundando áreas más amplias, a medida que se extiende el «campo» de comunicación, va perdiendo en intensidad afectiva. En la solidaridad de otras «comunidades» más extensas, la «intimidad» no podrá repetir la tremenda experiencia de encuentro con el «absoluto» que le ha sido dada en la maravilla de compartir la intimidad con el Tú encontrado. Pero ese encuentro es el dato «referencial»: hay que esforzarse por «amar» al otro *como se ama a un hermano*, como se ama a la *madre*, como se ama al *cónyuge*, como se ama a aquel que es *el objeto* de tu amor.

Mi mano en tu mano... y a caminar.

Mano-común del Libre con el Libre. Asociación y compañía. Asociémonos todos los que andamos «buscando el Sepulcro del Caballero», para despertarlo de su «sueño», que no de su muerte. Hacia el «Sepulcro» iremos todos los «solitarios liberados»: «Miré entonces y había un Cordero, que estaba en pie sobre el monte; y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre... Cantaban un cántico nuevo delante del trono. Y nadie podía aprender el cántico fuera de los ciento cuarenta y cuatro mil rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancharon... pues son *libres*, son «vírgenes»...» (Ap. 14,1 y ss.).

¡Adelante, pues, los ciento cuarenta y cuatro mil —número simbólico, ya lo entendemos todos—, adelante, pues, todos los *libres*! Llegaremos, solitarios, cada cual de nuestro lado, de nuestras propias noches y de nuestras propias vigilias. Llegaremos de nuestras propias ansias de un mundo de paz y de verdad y de vida: ¡Al Sepulcro del Caballero! Y le despertaremos de su «sueño». Y él volverá a montar su «Rocinante» y embrazará su adarga. Y nos conducirá a luchar contra todos «los gigantes» —o molinos de viento, ¿qué más da?— que tienen acogotado al *Hombre* y esclavizado al *Hombre* con el constante rotar de sus palas mecánicas, que están constantemente cantando su única melopea de «productividad, productividad, materia, materia, barro, nada, *nada*...»

¿Dónde se encontraría el *Hombre* sin esta lucha contra los Gigantes, a los que hay que domeñar solamente con las lanzas del *Amor*?

Mano-común, todos los «solitarios» liberados, todos los «sueltos» y ab-solutos. Y ¿qué voz del »*absurdo*» podrá contradecir a la voz de la *verdad*?

Mientras caminamos, cada uno será el modelador y el estructurador de sí mismo. Cada cual ha de encaminarse a sí mismo. Cada uno es el asociador y el integrador y el liberador de sí mismo.

Pero cuando nos asociemos en el *común* de los libres, el *Hombre* asume la pesada carga de ser *social*. Y a cada uno le corresponderá «desempeñar» su «papel», a que él no le modifica; sólo será un «papel». Alguien tiene que ir «modelando» la imagen y la forma del «común».

Alguien tiene que ir guiando en el camino. Y alguien tiene que dar la voz de «ataque». Nadie domina, nadie «esclaviza». Sólo hay una «vida común» participada por todos, en la que todos se asocian y en la que son y se sienten compañeros y hermanos. Por eso, en el camino de los libres hacia la ciudad de los libres, nada puede ser más estúpido que el que alguien quiera dedicarse al «deporte» de *querer tener poder*. En la vida, nada hay más noble que «el camino» («Yo soy el *camino*», dijo Cristo): el camino íntimo y personal, y el camino *común*. Por eso nada será más aberrante que confundir a los «hombres» con «cosas», e invertir la *capacidad* de encaminar a los «libres», cuando la comunidad lo requiere, para *obligarle* a caminos que la comunidad no requiere. Porque así se hace *sometidos* de los que sólo nacieron para libres. ¡Y son tan conocidas las diversas formas de «esclavitud»...!: clases bajas, proletarios, vencidos, marginados, gentes de otro color, pobreza, hambre, subdesarrollo, jubilados, parados, armamentismo, «revolucioncitas», promesas y promesas y desequilibrios y guerras dirigidas para que «ahí te mates tú»... Y la lista interminable de los «aconteceres» a los que nos van llevando siempre los «poderosos», que invierten la *capacidad* de aunar en un camino *común* el esfuerzo de los libres y lo convierten siempre en «ocasión» de *poderío* hasta hacer «esclavos» de los nacidos para «libres».

Y esto en las «democracias», falsedad de las libertades.

Y esto en los «totalitarismos», que al menos tienen la gallardía de gritarnos en nuestra cara: «¡libertad!, ¿para qué?»

Así vamos arrastrándonos, veinte siglos ya de Cristianismo, de «grito» que glorifica al *Hombre*, de solución del *único humanismo*.

¡Despierte el Caballero! ¡Monte jinete sobre el rocín de la ilusión y la esperanza! ¡Aglutine en su entorno a los *libres*! Es hora de comenzar el nuevo *éxodo*. La nueva *repatriación* desde la Babilonia podrida.

Iremos junto a Ti, Caballero de Sueños, otra vez »*esperado*». Y junto a las murallas de la Jerusalén destruida, desde los viejos cimientos de la «Morada de Paz», comenzaremos, otra vez, por hundir nuestra azada y nuestro pico.

Unidos en *común*, aquél que arrastra piedra y éste que cuece el ladrillo,

y aquél que traza el plano y éste que ordena el ritmo... cantando la canción de la esperanza —porque nuestras cítaras ya no cuelgan lánguidas de las secas ramas de los álamos del destierro— *construyamos, entre todos, la Ciudad.*

Es la hora de los *»laicos»*.

Es la hora de los *»libres»* que han sido capaces de «librarse» hasta de las «ataduras» que les pudo imponer una «estructura clerical» no mejor que otra cualquiera.

Decidle a los «clérigos», con claridad, dónde está su sitio: a lo alto de la montaña silenciosa, con sus brazos tendidos hacia el cielo y rogando a Dios por el triunfo de vuestra lucha. Ellos son los que tienen que llenar vuestro espíritu del Espíritu. ¡Nada menos! Pero lo vuestro es *construir la Ciudad*. ¡Qué hermoso es oír el rumor de la oración de los que oran, mientras se escucha el estrépito de las máquinas que transportan las piedras...!

Todos a una, construyamos *el mundo de la Paz*, hagamos la *Ciudad*. Todo está aún por hacer. Siempre estuvo por hacer. Y quizá, hasta un final que no sabemos, siempre estará por hacer. Pero, mientras pasamos, mientras vamos sintiendo el dolor de lo no hecho, vamos a darnos las *manos en común* y vamos a poner nuestras piedras en la *Ciudad* que nos promete *ser concluida un día*.

Donde no hubo «utopías» jamás hubo verdad. Todo el hombre fue siempre esperanza de sí mismo. Y así se va logrando, a trompicones, *el Señor de este mundo*. Sin la «utopía» de una *humanidad lograda* y terminal, sin la futura *construcción* de la *Ciudad*, donde los *libres*, libremente, alcancen su *transformación en Dios* y puedan dar testimonio del *sentido de la creación*, todo sería fracaso en el hombre; y habría que invocar una *Apocalipsis* destructiva total, de verdad «aniquiladora», que desde la *Nada* nueva le gritase a Dios: «Has fracasado, oh Dios *Omnipotente*: ¡no has conseguido al *Hombre*!»

Pero la «utopía» es siempre camino de verdad. Es la esperanza. Es todo el esfuerzo del «Caballero». Lo importante es lanzarse a los caminos y buscar la injusticia y destruirla a lanzadas de amor: igual me da enfren-

tarde con gigantes que con molinos. Siempre el «acontecimiento» de los «sabios» de este mundo tendrá el poder nigromántico de cambiarme en molinos mis gigantes. Y de humillarme así. Y de llamarre «soñador» y «loco». No me importa. A la próxima vez me tomarán en serio. Porque sabrán que yo me enfrento igual con una máquina a la que mueve el viento que con un descomunal gigante.

Sabrán que yo soy «desfacedor de entuertos»... hálense dondequiera los entuertos.

Por eso es la hora de los laicos. Es la hora de los «Caballeros». Valientemente, Vaticano II levantó la barrera. Luego, timoratamente, el «barbero y el cura» han vuelto a hacer almoneda o pira de fuego con los «libros de caballería» del Caballero.

Y, en tanto, la *Humanidad* sigue «dualizada». Ahí están los dominadores y los dominados. El grupo de los «señores» y el grupo de los «esclavos». Bajo cualquier forma de dominación, nos sigue sonando extraña la «utopía» que anunció como *Esperanza la Mujer* de Nazareth: «Colmó a los hambrientos y a los ricos los despide vacíos.»

El «Caballero» tiene ahí su hora. Su compromiso.

Hay, en el misterio de la noche —es verdad— la fantasmagoría de monjes encapuchados, con velas encendidas, conduciendo yo no sé qué cadáver hacia no sé qué tumba. Y el espectáculo es «sobrecogedor». Pero todo son «encantamientos». Y ahí está tu «brazo fuerte» y tu «valor nunca negado» para desfacer el encanto y descubrir la verdad.

Ahí tiene su «hora» el «Caballero». Pero no sólo, aislado y heroico, el Caballero.

Ahí tiene su hora la Mano-Común de todos los que andan siguiendo al Caballero, de todos los que han abandonado, con cánticos, la odiosa Babilonia y han vuelto, la mano sobre la azada, a *construir la nueva Jerusalén*, esta amada Ciudad de los Libres.

¿Qué hay que hacer? Yo no lo sé. Pero este *mundo* que están queriendo darnos los *dominadores*, es solamente un mundo para esclavos. Vosotros, los que venis de la esclavitud de Babilonia, sabréis lo que queréis. Construid la Ciudad. En mano-común con todos. Porque cuando estéis cantando

vuestra canción de *libertad* en la Verdad, hasta los «antiguos dominadores» pondrán con vosotros su mano en común. Siempre será el triunfo el de los *libres*.

Y el Caballero podrá morir en paz.

¿Que todo esto es «hablar por hablar»? ¡Ya lo sé! ¿Que no es un lenguaje riguroso y científico? Ya lo sé también.

Pero si alguien se pone en marcha, si desde cualquier ángulo de la existencia humana, grupos de hombres se ponen a vivir «en común», llenos de mutuo respeto y de amor trascendente... ya estaremos dando pasos ciertos para regresar desde la esclavitud a la *libertad*.

¡Libres del mundo, uníos!: lema que me da reparo transcribir, por evidentes paralelismos no queridos. ¡Ojalá los «pobres» aludidos en el «paralelo» evitado hubieran sido los «pobres» de la primera «bienaventuranza»; porque, entonces, hubieran sido ya realmente los *»Libres»*.

Jamás con odio, sino con *Amor*, ¡Libres del mundo, poneos en marcha y levantad la *Ciudad...*!

NOTA: Antes de concluir este apartado, al cura de aldea le parece importante recordar a los «conventos de clausura». Grupos de «hombres» o grupos de «mujeres» experimentando —hasta con heroísmo— las dificultades y los trances de una vida social-comunitaria, en el desasimiento, en la pobreza, en el respeto y en la búsqueda diaria de un amor mutuo.

Son los más importantes «laboratorios» de experimentación del Hombre-Absoluto.

Desde los resultados de ese Hombre-Absoluto logrado «in vitro», tendría que ir brincando, hacia la «existencia normal» del hombre que labora y se esfuerza en «este mundo», la utópica flecha indicadora de *unos nuevos caminos* de ordenación *social* del Hombre que quiere construir una *Ciudad de Libres*.

b.3. El Sacrificio

Poco más que añadir para concluir esta reflexión; y —con ella— esta pequeña colección de reflexiones.

Sólo algo evidente y que tampoco necesita de estadísticas: la carrera del libre que lucha por construir y realizar «comunes» de «libres» acaba

—con mucha frecuencia— por exigir el sacrificio personal del «libre» que se embarca en la aventura.

Al que se pone en el mundo a «liberar absoluto» no le basta con un gesto, con una acción o una decisión de su voluntad. Necesita miles de acciones y de gestos y de decisiones. Y nunca estará seguro de ser, él mismo, un «libre». Pero, de la misma fuente de donde brota su paciencia, está sacando su esperanza alegre y confiada. Aunque sabe que, al final, se la va a exigir el *sacrificio*.

Con el único nombre de *Jesús*, el profeta Nazareno, que fue llevado hasta el sacrificio de la Cruz por ser el *libre* congregante de *libres*, cualquiera de nosotros puede ir ensayando la interminable lista de los *libres* que han pagado con el sacrificio la osadía de su liberación congregante. Coincidiría con el «martirologio» cristiano y con otros «martirologios» no cristianos, a los que quizás sólo separaba el «nombre», no su verdad profunda.

El Libre es siempre un «arriesgado». Su lucha es una lucha contra «los gigantes». Y nunca conoce el Libre cuál sea la verdad intrínseca de los «gigantes» a los que tiene que acometer.

Lo que sí sabe es que hay hombres encadenados y esclavos sin causa a los que tienen presos los «gigantes». Y que él tiene que luchar contra éstos, pues para eso nació y se hizo «libre».

Y ni siquiera sabrá si, de verdad, ha «liberado» a alguien cuando —caído por tierra» dé por terminada su desigual batalla.

O aún más, será posible —y bien posible que es— que el «gigante poderoso» haya trastocado el ánimo de los sometidos, de modo que estos mismos no «quieran libertad» y se levanten en ejército contra aquel mismo que los libera y le hagan fracasar, al final, aún de peor manera.

El pavoroso misterio de la «soledad» de Cristo en su agonía es testimonio de lo que quiero expresar: hasta Dios esconde su rostro y desaparece, para que brille en todo su espantoso resplandor la grandeza heroica del *Libertador*.

Pues hasta ese sacrificio postrero está llamado el Libre. Y sin ese sacrificio postrero, ni el Libre hará nada, ni siquiera será Libre del todo.

Quédenos siempre la esperanza.

La risueña esperanza de que todos los libres se congregarán cualquier tarde al pie de las murallas de la vieja ciudad derruida. Y, al son de las canciones, comenzarán su obra: reconstruir Jerusalén.

Habrá «hombres libres y liberadores» en todos los rincones donde sea precisa su presencia: en el campo de la política y de la economía; en las asociaciones gremiales y en las inquietudes científicas; en los centros de decisión y en los grupos de pacifistas más osados; en las comunidades de experiencia religiosa y en los avances de la unidad de los creyentes.

Sólo nos hacen falta «hombres libres». Que por un total desasimiento se hayan vuelto disponibles para un trabajo sin recompensas: disponibles y «abiertos» a la «comunicación» y al «compromiso». Que saquen, de su gozosa experiencia de «intimidad compartida», el deseo de sembrar amor en todas las áreas de su presencia.

Sólo nos hacen falta «santos».

Y ¿quién dirá que, entonces, puede ser inútil o vacua la tarea «escondida y silenciosa» de tantos «curas de aldea» y de otros muchos «curas» que no están en la aldea, sino en lugares incómodos, difíciles y complicados de esta «ciudad de locos y de escalvos» en la que intentan domeñarnos los desmedidos «poderes» de los Gigantes?

A todos estos «curas», sin nombre o con él, que han querido entregar sus vidas para el «bien» del «común de los hombres libres», quisiera yo dedicar mi aplauso y mi elogio. ¡Mirad en torno de vosotros!: no encontraréis un «escuadrón» más aguerrido. Ellos son, ellos... los que van en vanguardia de *Humanidad*, los que impulsan el corazón de los «libres» cuando éstos dudan o flaquean. Con todos sus defectos y con todos sus límites, su voz es la voz de lo eterno y su mirada se anda siempre perdiendo en los futuros —neblinosos aún— que un día llegarán. Vigías en pie, sobre las atalayas de la historia, su grito es un grito de esperanza: *¡El Hombre... está a la vista!*

* * *

A.M. D.G.

Rasueros, noviembre de 1987



Institución Gran Duque de Alba

TITULOS PUBLICADOS

- **Autarquía**, de Alberto Medina González.
- **Aproximación a la Ortología Clásica de Robles Dégano**, de Jacinto Herrero Esteban.
- **Juan de la Cruz: Camino y Mensaje**, de Baldomero Jiménez Duque.
- **La Salamandra en el fondo del pozo**, de Fernando Alda Sánchez.



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA